

CRIMEN & CIA.

***Eric
Ambler***
**HERENCIA
MALDITA**



Lectulandia

En *Herencia maldita*, George Carey, un prometedor abogado de una compañía americana, deberá enfrentarse a un caso en el que sus libros de leyes no le serán de gran ayuda. Acompañado por una intérprete que no desdeña las bebidas fuertes, atravesará la Europa en ruinas de la posguerra, de Alemania a Grecia, a la búsqueda del misterioso heredero de un fabricante de refrescos gasificados y de una vieja excéntrica que esconde millones de dólares bajo el colchón. El joven picapleitos se codeará con mercenarios, desertores, ladrones, políticos de dudosa moralidad, criminales y otras gentes de mal vivir para intentar entregar a su legítimo propietario una fortuna que parece que nadie quiere.

Lectulandia

Eric Ambler

Herencia maldita

Crimen & Cia. - 4

ePub r1.8

Titivillus 28.10.17

Título original: *The Schirmer Inheritance*

Eric Ambler, 1953

Traducción: Esteban Riambau

Diseño de cubierta: Jordi París

Editor digital: Titivillus

Corrección de erratas: sibelius, JArsenio, agmuser, undr
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Para Sylvia Payne



PRÓLOGO

EN 1806, Napoleón se dispuso a dar una lección al rey de Prusia. Tanto en Auerstadt como en Jena, los ejércitos prusianos sufrieron aplastantes derrotas, y después, lo que quedaba de ellos marchó hacia el este para unirse a un ejército ruso, mandado por Bennigsen. El mes de febrero siguiente, Napoleón se enfrentó a estas fuerzas combinadas, en la villa de Preussisch-Eylau, cerca de Königsberg.

Eylau fue una de las más sangrientas y terribles batallas de Napoleón. Comenzó con una violenta tempestad de nieve y con una temperatura muy por debajo de cero. Los hombres de los dos ejércitos estaban hambrientos y lucharon con desesperada ferocidad para conseguir el escaso refugio que les ofrecían los edificios de Eylau. Las bajas fueron muy cuantiosas en ambos bandos y casi una cuarta parte de los combatientes encontró la muerte. La lucha terminó al caer la noche del segundo día, más por el agotamiento que por haberse tomado decisión alguna. Después, durante la noche el ejército ruso empezó a retirarse hacia el norte. Los supervivientes de las fuerzas prusianas, cuya acción de flanco contra las tropas de Ney había estado a punto de decidir la victoria, ya no tenían motivo para permanecer allí y efectuaron su repliegue hacia el este, a través del pueblo de Kuttschitten. La caballería que protegía su retaguardia la constituían los dragones de Ansbach.

La relación entre esta unidad y el resto del ejército prusiano era absurda, pero, en la Europa central de aquel período, esto no era raro. No muchos años antes, y todavía en el recuerdo de los soldados más veteranos, el regimiento había sido la única fuerza montada del principado independiente de Ansbach, y había prestado juramento de obediencia al margrave gobernante. Después, Ansbach pasó muy malas temporadas y el último margrave tuvo que vender sus tierras y sus gentes al rey de Prusia. Fue preciso entonces prestar nuevos juramentos de obediencia, pero el nuevo señor no tardó en demostrar que era tan inseguro como el anterior. El año antes de Eylau, los dragones experimentaron un nuevo cambio de *status*. La provincia de Ansbach había sido cedida por los prusianos a Baviera y, puesto que Baviera era aliada de Napoleón, ello significaba que, estrictamente hablando, los pobladores de Ansbach debían haber luchado ahora contra los prusianos, y no al lado de estos. Sin embargo, los dragones

se mostraban tan indiferentes ante la anomalía que presentaban como ante la causa por la que luchaban. El concepto de nacionalidad poco significaba para ellos. Eran soldados profesionales, en el sentido que este término significaba en el siglo XVIII. Si habían caminado, combatido, padecido y muerto durante dos días y una noche, no era por amor a los prusianos ni por odio a Napoleón; era porque se les había adiestrado para ello, porque ansiaban recoger los despojos de la victoria, y porque temían las consecuencias de la desobediencia.

Por tanto, cuando su caballo se abrió camino entre los bosques de las afueras de Kuttschitten, aquella noche, el sargento Franz Schirmer pudo estudiar su situación y trazar planes para salir airoso de ella, sin graves reparos para su conciencia. No quedaban muchos de los dragones de Ansbach, y de los que quedaban pocos sobrevivirían a las futuras calamidades. Los heridos y los que tenían miembros congelados serían los primeros en morir, y después, una vez perdidos o devorados los caballos, el hambre y la enfermedad exterminarían a todos los demás, excepto los más jóvenes y fuertes. Veinticuatro horas antes, el sargento hubiera podido esperar, razonablemente, ser uno de estos pocos, pero ahora ya no le era posible hacerlo. Aquella tarde, también él había sido herido.

La herida le había afectado de un modo extraño. Un coracero francés le había asestado un sablazo, y el sargento había parado el golpe con su brazo derecho. La hoja se había deslizado oblicuamente a través de los músculos más gruesos del deltoides, llegando hasta el hueso, precisamente sobre el codo. Era una fea herida, pero el hueso no estaba roto y, por tanto, no le había sido necesario someterse a las torturas de los cirujanos del ejército. Un camarada le había vendado la herida y le había colocado el brazo en cabestrillo, contra el pecho, con un correaje. Ahora, la herida latía dolorosamente, pero la hemorragia parecía detenida. Se sentía muy débil, pero pensó que ello podía deberse al hambre y al frío más que a una grave pérdida de sangre. Lo que le resultaba más extraño era el hecho de que, junto con su dolor físico, sentía una extraordinaria sensación de bienestar.

Se había apoderado de él mientras le vendaban la herida. Los sentimientos de sorpresa y terror con los que al principio había contemplado la sangre que corría a lo largo de su brazo inutilizado, habían desaparecido de repente, y en su lugar había surgido una absurda y espléndida sensación de libertad y euforia.

Era un joven robusto y de mentalidad práctica, poco inclinado a las fantasías, y algo entendía de heridas. La suya había sido lavada por su propia sangre y, por tanto, podía considerarse limpia, pero, a pesar de todo, siempre quedaba la posibilidad de que no escapara a la muerte por gangrena. También entendía algo de guerras, y no solo se daba cuenta de que la batalla se había perdido según todas las probabilidades, sino también de que la retirada los llevaría a una campaña que ya había sido despojada de todo por los ejércitos en movimiento. Sin embargo, esta seguridad no entrañaba desesperación. Era como si hubiera recibido, junto con su herida, un perdón especial por sus pecados, una absolución más poderosa y completa que la que

podiera darle cualquier sacerdote mortal. Llegó a pensar que Dios le había enviado una señal, y que todas las medidas drásticas que se viera obligado a tomar a fin de conservar la vida, gozarían de la aprobación divina.

Su caballo tropezó cuando trataba de abrirse paso entre la nieve alborotada por el viento, y el sargento tensó las riendas. Había muerto la mitad de los oficiales y a él le habían puesto al mando de uno de los destacamentos del flanco. Tenía órdenes de mantenerse en el flanco y lejos del camino principal, y durante algún tiempo le resultó fácil hacerlo, pero ahora, después de salir del bosque y sobre aquella profunda capa de nieve, la marcha presentaba serias dificultades. Dos de los dragones que le seguían habían desmontado ya, y caminaban al lado de sus caballos. Podía oír sus pasos en la nieve, al final de la columna. Si llegaba a sentir la necesidad de caminar conduciendo a su caballo, sabía que tal vez no tendría después fuerzas suficientes para volver a montar.

Pensó durante unos momentos en esta posibilidad. Después de una batalla de dos días, en la que se había combatido con la mayor desesperación, las posibilidades de que la caballería francesa todavía fuese capaz de hostigar la retirada por un flanco eran remotas. Por consiguiente, aquella vigilancia del flanco no era más que una precaución sacada del libro de ordenanzas. Desde luego, no valía la pena correr riesgos para seguirla. Dio una breve voz de mando y la columna empezó a dirigirse de nuevo hacia el bosque y la carretera. Poco temía que su desobediencia fuese descubierta. Si lo era, diría simplemente que había perdido el camino y no le castigarían severamente por no haber sabido cumplir lo que era un deber de oficial. Por otra parte, tenía otros asuntos más importantes en que pensar. La comida era lo primero.

Afortunadamente, el macuto que llevaba debajo de su larga capa todavía contenía la mayor parte de las patatas heladas que había hurtado el día antes en una granja. Podía comerlas a intervalos y en secreto. En momentos como aquellos, el hombre de quien se sospechaba que disponía de una despensa privada corría un cierto peligro, cualquiera que fuese su graduación. Sin embargo, las patatas no durarían mucho y, al final de aquella marcha, no habría calderos de sopa hirviente. Incluso los caballos podrían considerarse más afortunados, ya que no se había perdido ninguno de los carromatos de suministro y en ellos todavía había forraje para un día. El hambre acabaría primero con los hombres.

Trató de contener una sensación de pánico. Había de tomar una decisión sin tardanza y el pánico no le ayudaría. Podía notar ya cómo el frío hacía mella en él. No pasarían muchas horas antes de que la fiebre y el agotamiento se hicieran cargo, irrevocablemente, de la situación. Apretó involuntariamente con las rodillas la silla de montar, y en aquel momento se le ocurrió la idea.

El caballo se había inquietado ligeramente al notar la presión. El sargento Schirmer aflojó los músculos de sus muslos e, inclinándose hacia adelante, dio al animal unas palmadas afectuosas en el cuello con su mano izquierda. Sonreía para

sus adentros cuando el caballo reanudó su marcha. Apenas el destacamento llegó a la carretera, el plan del sargento estaba ya establecido.

Durante el resto de aquella noche y la mayor parte del día siguiente, el ejército prusiano avanzó lentamente hacia el este, en dirección a los lagos Masurianos, y después giró hacia el norte, en la dirección de Insterburg. Poco después del anochecer, y con el pretexto de ir a buscar a un rezagado, el sargento Schirmer abandonó el destacamento y cabalgó hacia el sur, a través de los lagos helados y siguiendo la ruta general de Lötzen. Por la mañana se encontraba al sur de esta ciudad.

Había llegado ya casi al límite de su resistencia. La marcha desde Eylau hasta el punto en que desertó había sido ya toda una prueba, pero el viaje campo a través desde allí hubiera acabado con las fuerzas de cualquier hombre, aunque no estuviese herido. Ahora, el dolor de su brazo era intolerable en ciertos momentos y el sargento temblaba tanto, a causa de la fiebre y del frío, que apenas podía sostenerse sobre la silla de montar. Empezaba a preguntarse, en efecto, si no se había equivocado en su estimación de las intenciones de Dios, y si lo que él había considerado como un signo del favor divino no resultaría ser una indicación de la muerte que se le aproximaba. Sea como fuere, sabía que si no encontraba muy pronto un refugio como el que su plan exigía, moriría.

Tiró de las riendas y con gran esfuerzo levantó de nuevo la cabeza para mirar a su alrededor. A lo lejos, a su izquierda y a través de la blanca desolación de un lago helado, pudo ver la silueta baja y negruzca de una granja. Sus ojos siguieron recorriendo el paisaje, puesto que cabía la posibilidad de que hubiera un edificio más cercano que investigar. Pero no había nada. Casi perdidas las esperanzas, dirigió la cabeza de su caballo hacia aquella granja y reanudó su marcha.

La zona en la que se encontraba el sargento estaba habitada principalmente por polacos, aunque en aquella fecha formara parte del reino de Prusia. Nunca había sido muy próspera y después de haber pasado por ella el ejército ruso, que se apoderó de las reservas de grano y forraje y se llevó consigo el ganado, era poco más que un páramo. En algunos pueblos, los caballos de los cosacos habían devorado incluso la paja de los tejados, y en otros las casas habían sido demolidas para encender hogueras. Las campañas de los ejércitos de la Santa Rusia podían ser más devastadoras para sus aliados que para sus enemigos.

Acostumbrado como estaba a las campañas militares, al sargento la devastación no le pillaba de sorpresa. En realidad, su plan se basaba en ella. Una campaña que acababa de abastecer a un ejército ruso no atraería a otro ejército durante largo tiempo. Un desertor podía considerarse casi seguro allí. Sin embargo, lo que sí le sorprendía era la ausencia de una población hambrienta. Desde la madrugada, había pasado ante varias granjas, y todas ellas estaban abandonadas. Había comprendido entonces que los rusos se habían mostrado más exigentes que de costumbre (tal vez porque se encontraron allí con polacos), y que los habitantes, al no poder ocultar

comida suficiente para sobrevivir hasta la primavera, habían huido a lugares más al sur, que tal vez hubieran sido más respetados. Por consiguiente, la situación era desesperada para él. Tal vez pudiera sostenerse en su montura otra hora, pero si todos los campesinos de las cercanías se habían marchado con los demás, era hombre muerto. Volvió a levantar la cabeza, parpadeando para desprender el hielo que cubría sus pestañas, y forzó la vista.

En aquel momento, vio el humo. Ascendía en una delgada columna desde el tejado del edificio al que él se dirigía, y lo vio solo por un momento antes de que desapareciera. Todavía se encontraba lejos, pero no le quedaba ninguna duda acerca de lo que había visto. Aquella era una zona de turba y aquel humo procedía de un fuego de turba. Con renovado ánimo, apremió a su caballo.

Necesitó otra media hora para llegar a la granja y, al acercarse a ella, vio que se trataba de un lugar mísero y mal cuidado. Había un edificio bajo, de madera, que era a la vez establo y vivienda, un corral vacío para ovejas y un carro destartado casi oculto bajo la nieve. Eso era todo.

Los cascos del caballo solo dejaban oír un leve crujido sobre la nieve helada. Cuando se acercó más, soltó las riendas y extrajo cuidadosamente su fusil de su larga funda. Una vez lo hubo cebado, colocó el arma a través de las alforjas y apoyada en las mantas enrolladas, junto al pomo de la silla. Después, cogió de nuevo las riendas y siguió avanzando.

En un extremo del edificio había una ventanilla cerrada, y junto a ella una puerta. La nieve del exterior había sido apartada desde la última nevada, pero, exceptuando la fina columna de humo de turba en el tejado, no había ningún otro signo de vida. Se detuvo y miró a su alrededor. La cerca del corral estaba abierta. Junto al carro había un pequeño montículo de nieve que probablemente ocultaba los restos de un pajar. No había excrementos de ganado en la nieve fresca, ni se oía ninguna ave de corral. Excepto el leve suspiro del viento, el silencio era absoluto. Los rusos se lo habían llevado todo.

Dejó que las riendas se deslizaran entre sus dedos y el caballo sacudió la cabeza. El ruido metálico pareció muy intenso y enseguida dirigió la mirada hacia la puerta de la casa. Si aquel ruido había sido oído, la primera reacción de los habitantes sería de pánico y, suponiendo que motivase la inmediata apertura de la puerta y el pronto acatamiento de sus deseos, este pánico le sería útil.

En cambio, si inducía a alzar una barricada detrás de la puerta, se encontraría en graves dificultades. Tendría que echar la puerta abajo, y no podía correr el riesgo de desmontar hasta estar seguro de que aquel era el punto final de su viaje.

Esperó. En el interior de la casa no se oía nada. La puerta permanecía cerrada. Su instinto de dragón le impulsaba a golpear la puerta con la culata de su fusil, y gritar a los que estuvieran en el interior que salieran o los mataría, pero apartó de sí esta

tentación. La culata del fusil podría entrar en juego más tarde, pero de momento intentaría la actitud amistosa que había planeado. Trató de llamar, pero el sonido que salió de su garganta fue apenas un sollozo. Desconcertado, lo intentó nuevamente:

—¡Ho!

Esta vez logró emitir una especie de graznido, pero se apoderó de él una abrumadora sensación de impotencia. Un momento antes había estado pensando en golpear una puerta con su arma de fuego, e incluso en echarla abajo, y ahora no le quedaban ni siquiera fuerzas para gritar. Había una especie de rugido atronador en sus oídos y creyó que iba a caerse. Cerró los ojos, luchando contra aquella horrible sensación, y cuando volvió a abrirlos vio que la puerta se abría lentamente.

La cara de la mujer que se encontraba en el umbral y le estaba mirando estaba tan ajada por el hambre que era difícil cuál podía ser su edad. A no ser por las trenzas que rodeaban su cabeza, incluso su sexo habría sido motivo de duda. Las voluminosas prendas de campesina que llevaba eran totalmente deformes, y pies y piernas estaban abrigados con arpillera, como los de un hombre. Le miró opacamente, después dijo algo en polaco y dio media vuelta para volver a entrar. Él se inclinó hacia adelante y habló en alemán:

—Soy un soldado prusiano. Ha habido una gran batalla. Los rusos han sido derrotados.

Lo dijo como si estuviera anunciando una victoria. Ella se detuvo y volvió a mirarle. Sus ojos hundidos carecían de toda expresión. El sargento tuvo la curiosa idea de que seguirían manteniendo aquella mirada fija incluso si él desenvainaba el sable y la rajaba con él.

—¿Quién más hay en la casa?

Los labios de ella volvieron a moverse y esta vez habló en alemán.

—Mi padre. Estaba demasiado débil para marcharse con nuestros vecinos. ¿Qué desea?

—¿Qué le ocurre a su padre?

—Padece consunción.

—¡Ah!

Si se hubiera tratado de la epidemia, él hubiera preferido morir en la nieve antes que quedarse allí.

—¿Qué quiere? —repitió ella.

Como contestación, él desató los cordones de su capa y la apartó para enseñarle su brazo herido.

—Necesito un techo y descanso —dijo—, y alguien que me prepare la comida hasta que se haya curado mi herida.

Los ojos de ella pasaron de la casaca ensangrentada de él hasta su fusil, y después a las repletas alforjas debajo de este. Él supuso que ella pensaba que, si tenía la fuerza suficiente, podía apoderarse del arma y matarlo. Colocó firmemente la mano sobre el fusil y los ojos de ella volvieron a encontrarse con los suyos.

—No hay comida para preparar —dijo ella.

—Yo tengo comida de sobra —repuso él—; la suficiente para compartirla con aquellos que me ayuden.

Ella seguía mirándole. Él le dirigió un gesto tranquilizador y después, sosteniendo firmemente el fusil con su mano izquierda, pasó la pierna derecha a través de la silla de montar y se deslizó hasta el suelo. Al tocarlo con los pies, las piernas cedieron debajo de él y quedó tendido en la nieve. Una terrible sensación dolorosa, parecida a una quemadura, se extendió desde su brazo hasta todos los nervios de su cuerpo. Gritó y después, durante unos momentos, permaneció echado y sollozando. Finalmente, sin soltar su fusil, se levantó tambaleándose.

La mujer no había hecho ningún gesto para ayudarle. Ni siquiera se había movido. Pasó junto a ella, atravesó el umbral y entró en la casa.

Una vez en el interior, miró a su alrededor, desorientado. La luz procedente del umbral y que se filtraba a través del humo de la turba le permitió ver borrosamente un tosco camastro de madera, sobre el cual había lo que parecía ser un montón de sacos.

Procedía de allí un susurro gimoteante. La fogata de turba emitía un brillo opaco en la estufa de arcilla situada en el centro. El suelo era de tierra, cubierto por una blanda capa de cenizas y polvillo de turba. Aquel aire cargado estuvo a punto de sofocarlo. Se acercó a la estufa y avanzó entre los soportes del tejado, hasta el espacio en el que habían estado antes los animales. Bajo sus pies, la paja estaba muy sucia, pero de una patada amontonó parte de ella junto a la parte posterior de la estufa. Sabía que la mujer le había seguido y que se encontraba ahora junto al enfermo. Podía oír el susurro de una conversación. Arregló el montón de paja, dándole cierta semejanza con un lecho, y cuando terminó extendió sobre ella su capa.

Los susurros habían cesado. Oyó un movimiento detrás de él y se volvió.

La mujer estaba mirándole. Tenía entre las manos una pequeña hacha.

—La comida —dijo ella.

Él asintió con la cabeza y volvió a salir al patio. Ella le siguió y se quedó mirándole mientras él, sosteniendo el fusil entre sus rodillas, desataba las correas que sostenían las mantas sobre el caballo. Finalmente, lo consiguió y dejó caer las mantas enrolladas sobre la nieve.

—La comida —repitió ella.

Él levantó el fusil, y apoyando la culata contra su cadera izquierda, deslizó la mano hasta la llave. Con un esfuerzo, logró amortillarla y entonces trasladó su dedo índice al gatillo. Después colocó el extremo del cañón junto a la cabeza del caballo, debajo del oído.

—Aquí está nuestra comida —dijo, y oprimió el gatillo.

En sus oídos resonó el estampido del disparo y el caballo se desplomó pataleando. El fusil se había desprendido de su mano y yacía sobre la nieve, todavía humeante. Recogió las mantas y se las puso debajo del brazo, antes de recoger el arma. La mujer seguía mirándole, inmóvil. Él le dirigió un gesto con la cabeza y, señalando con un

gesto el caballo, se encaminó hacia la casa.

Casi antes de que llegara a la puerta, ella se había arrodillado junto al animal moribundo, y empezaba a trabajar con su hacha. Él miró hacia atrás. Estaban allí la silla y las alforjas, y también su sable. Ella no tendría dificultad en matarlo con el sable mientras él yaciera, impotente. Sin duda creería que había una fortuna en la cartera de cuero que guardaba debajo de su casaca. Durante unos momentos observo los rápidos y desesperados movimientos de los brazos de ella, así como el oscuro torrente de sangre que se extendía en la nieve, a su lado. ¿Su sable? Ella no necesitaría ningún sable, si tenía la intención de acabar con él.

Entonces notó que volvía la agonía periódica de su brazo y pudo oír sus propios gemidos. Supo, de pronto, que nada más podía hacer para poner orden en el mundo, más allá de su cuerpo. Cruzó tambaleándose la entrada y se dirigió a su yacija. Colocó el fusil en el suelo, bajo su capa. Después se quitó el casco, desenrolló sus mantas y se tendió en aquella cálida oscuridad, dispuesto a luchar por su vida.

La mujer se llamaba Maria Dutka, y tenía dieciocho años cuando el sargento Schirmer la vio por primera vez. Su madre había fallecido cuando ella era todavía muy joven y, puesto que no había más hijos y su padre no había podido encontrar una segunda esposa, le habían enseñado a efectuar todo el trabajo de un hijo y un heredero en la granja. Además, la enfermedad crónica que padecía el padre persistía desde hacía tiempo, y los períodos de mejoría se hacían cada vez más raros. La joven estaba ya acostumbrada a pensar y actuar por su cuenta. Sin embargo, no era testaruda. Aunque la idea de matar al sargento, a fin de evitar el reparto del caballo muerto con él, le pasó por la mente, primero discutió la cuestión con su padre. Era profundamente supersticiosa por naturaleza, y cuando el padre sugirió que tal vez algún poder sobrenatural había influido en la providencial aparición del sargento, ella comprendió el peligro que representaba su plan. Vio, también, que incluso en el caso de que el sargento muriese a causa de su herida —y estuvo muy cercano a la muerte en aquellos primeros días— los poderes sobrenaturales podrían juzgar que los pensamientos homicidas de ella habían hecho inclinar la balanza. Por consiguiente, cuidó al herido, con una especie de angustiada devoción, que lógicamente el agradecido sargento interpretó de otro modo. Más tarde, sin embargo, ella hizo algo que a él le conmovió todavía más. Cuando, en el curso de su convalecencia, intentó darle las gracias por haber cumplido tan fielmente su parte en el trato hecho, ella le explicó sus motivos con la mayor sencillez y un absoluto candor. En aquel momento, él se sintió a la vez conmovido y divertido. Después, cuando reflexionó acerca de lo que ella había dicho y el hecho de que lo hubiera dicho, experimentó unas sensaciones mucho más sorprendentes. A medida que la comida que compartían restablecía el aspecto juvenil de ella y su vitalidad, él empezó a observar los movimientos del cuerpo de la joven y a modificar con satisfacción sus anteriores planes para el futuro.

Se quedó en casa de los Dutka durante ocho meses. Conservado bajo la nieve, el

cadáver del caballo les suministró a todos carne fresca hasta que llegó el deshielo, y después aprovecharon los restos tras ahumarlos y secarlos. Para entonces, el sargento se sentía ya con fuerzas para ir con su fusil al bosque y regresar con algún ciervo. Las verduras empezaron a crecer y después, durante unas pocas semanas memorables, el viejo Dutka mejoró y mientras el sargento y Maria tiraban del arado, a falta de caballo, pudo incluso labrar su tierra.

La presencia continua del sargento era considerada ya como un hecho normal. Ni Maria ni su padre hacían la menor alusión a sus antecedentes militares. Él era una víctima de la guerra, como lo eran ellos. Los vecinos que regresaron no consideraron en absoluto extraña su presencia. También ellos habían pasado el invierno trabajando para desconocidos. Si el viejo Dutka había encontrado un prusiano robusto y trabajador para ayudarlo a restablecer su situación, tanto mejor. Y si algún curioso se preguntaba cómo le pagaba el viejo Dutka o por qué un prusiano se tomaba la molestia de trabajar unos terrenos tan pobres, siempre había alguien para recordar las anchas caderas y las robustas piernas de Maria, y la cosecha que se podía obtener con la ayuda de un hombre tan joven y vigoroso.

Llegó el verano. Se libró la batalla de Friedland. Los emperadores de Francia y Rusia se reunieron en una balsa anclada en el río Niemen. Se firmó el Tratado de Tilsit. Prusia fue despojada de todos sus territorios al oeste del Elba y de todas sus provincias polacas. Bialla, que se hallaba tan solo a pocos kilómetros al sur de la granja de los Dutka, se encontró de pronto en la frontera rusa, y Lyck se convirtió en una plaza con guarnición militar. Las patrullas de la infantería prusiana recorrieron el territorio en busca de reclutas, y el sargento se ocultó en los bosques junto con otros hombres jóvenes. Se encontraba ausente, en una de estas excursiones, cuando el padre de Maria murió.

Después de la ceremonia del entierro, él sacó su cartera de cuero y, junto con Maria, se sentó ante la mesa para contar sus ahorros. El fruto de numerosas distribuciones de botín y los sueldos de cuatro años como suboficial eran más que suficientes para compararse con la pequeña cantidad que Maria obtendría gracias a la venta de la propiedad de su padre a un vecino. Desde luego, ninguno de los dos estaba dispuesto a seguir trabajando la tierra. Habían visto lo que podía suceder cuando llegaban los ejércitos rusos y, con las nuevas fronteras, los rusos estaban a menos de una jornada de camino. Esto les pareció a los dos un argumento de más peso, para abandonar aquel lugar, que la precaria posición del sargento como desertor. Evidentemente, el lugar al que había de dirigirse debía ser uno en el que no hubiera rusos ni prusianos, y donde Maria, que ya estaba encinta, pudiera criar a sus hijos con la seguridad de poder alimentarlos.

A principios de noviembre de 1807, partieron, con una carretilla construida a partir de los restos del carro de Dutka y se encaminaron hacia el oeste. Era un viaje difícil y peligroso, puesto que su ruta atravesaba Prusia y solo se atrevían a viajar de noche. Sin embargo, no pasaron hambre. Llevaban víveres en su carretilla y les

duraron hasta llegar a Wittenberg. Esta fue, también, la primera ciudad en la que entraron a la luz del sol. Por fin, habían salido del suelo prusiano.

Sin embargo, no se quedaron en Wittenberg, ya que al sargento le parecía demasiado cercana a la frontera de Prusia. A mediados de diciembre, llegaron a Mühlhausen, recientemente incorporada al reino de Westfalia. Allí nació el primer hijo de Maria, Karl, y allí se casaron Maria y el sargento. Durante algún tiempo, el sargento trabajó como mozo de cuadra, pero después, cuando tuvo ahorros suficientes, inició un negocio como tratante de caballos. Prosperó. Las mareas de las guerras napoleónicas se extinguían mansamente en el puerto que él y Maria habían encontrado. Durante varios años pareció que se habían alejado los malos tiempos, pero después la enfermedad que había padecido su padre atacó también a Maria. Dos años después de nacer su segundo hijo, Hans, falleció.

Con el tiempo, el sargento Schirmer volvió a casarse y su segunda esposa le dio diez hijos más. Murió en 1850, siendo un hombre respetado y próspero.

Solo una vez durante aquellos años felices en Mühlhausen, Franz Schirmer se vio atormentado por el recuerdo del delito militar que había cometido. En 1815, en virtud del Tratado de París, Mühlhausen se convirtió en una ciudad prusiana. En este año se celebró el segundo matrimonio del sargento, y, si bien no creyó probable que los registros de la iglesia fueran revisados en busca de nombres de desertores, siempre existía la posibilidad de que fueran empleados para verificar las listas de movilización. Él no podía resignarse a correr aquel riesgo y mostrarse fatalista. Después de tantos años de inmunidad frente al arresto, había perdido la costumbre de vivir al día. La perspectiva de morir ante un pelotón de fusilamiento, por remota que pudiera ser, no podía arrostrarla ya con el vigor de antes.

¿Qué podía hacer, pues? Reflexionó cuidadosamente sobre esta cuestión. Recordó que en el pasado había confiado en Dios, y que en momentos de grave peligro Dios había sido magnánimo con él.

Pero ¿podía *todavía* confiar simplemente en Dios? Y se preguntó también si aquel era realmente un momento de *grave* peligro. Al fin y al cabo, había otros muchos Schirmer en los archivos del ejército prusiano y sin duda algunos de ellos se llamaban también Franz. ¿Era realmente necesario recurrir a Dios para asegurarse contra la posibilidad de que la lista de aquellos ciudadanos que habían adquirido su exención militar en Mühlhausen, fuese comparada con la lista de desertores del ejército en Potsdam? ¿O era, realmente, más prudente hacerlo? ¿No podía Dios, que tanto había hecho por su siervo, disgustarse al ver que aquella responsabilidad menor también era cargada sobre sus espaldas, sin que el siervo hiciera nada al respecto? ¿No había, pues, algo que su siervo pudiera hacer por sí mismo, sin invocar la ayuda del Todopoderoso?

¡Sí, desde luego había algo!

Decidió cambiar su nombre por el de Schneider.

Solo topó con una ligera dificultad. Era muy sencillo cambiar su apellido y el de

su hijo menor, Hans, pues tenía buenos amigos en la alcaldía, y su excusa de que había otro tratante de caballos que se llamaba igual y vivía en una ciudad cercana, fue aceptada de inmediato. Sin embargo, el primer hijo, Karl, presentaba un problema. El niño, que ahora contaba siete años de edad, acababa de ser clasificado para su futura movilización por las autoridades militares prusianas, y el sargento no tenía influencias ni amigos en los círculos militares de Prusia. Además, cualquier trámite oficial para cambiar el nombre del niño fácilmente podía suscitar precisamente aquellas investigaciones sobre su origen que él quería evitar. Al final, no hizo nada con respecto al apellido de Karl. Y así fue como, aunque los hijos de Franz y Maria fueron bautizados con el apellido de Schirmer, crecieron con diferentes apellidos. Karl siguió siendo Karl Schirmer y Hans se convirtió en Hans Schneider.

El cambio de nombre del sargento jamás le causó ni un momento de ansiedad o de inconveniencia en toda su vida. La ansiedad y los inconvenientes resultantes de ello se abatieron, más de cien años después, sobre la cabeza de Mr. George L. Carey.

GEORGE CAREY procedía de una familia de Delaware que parecía una ilustración para el anuncio de una marca de automóviles de lujo. Su padre era un médico próspero, con el pelo blanco como la nieve. Su madre procedía de una antigua familia de Filadelfia y era un miembro importante del club de jardinería. Sus hermanos eran altos, robustos y apuestos. Sus hermanas eran esbeltas, atléticas y vivarachas. Todos tenían una dentadura sana y regular, que mostraban al sonreír. En realidad, toda la familia parecía tan feliz, tan segura de sí misma y tan afortunada que era difícil no sospechar que entre sus componentes tal vez la verdad fuese otra. Pero no era así, pues realmente eran personas felices, seguras y afortunadas. Eran también personas sumamente satisfechas de sí mismas.

George era el hijo más joven y, aunque sus hombros no eran tan anchos como los de sus hermanos ni su sonrisa reflejaba tanta autosatisfacción, era el miembro de la familia que gozaba de mayor talento e inteligencia. Cuando terminaron sus días de gloria en los campos de fútbol, sus hermanos se abrieron camino, sin rumbo fijo, en el mundo de los negocios. Los planes de George para el futuro habían quedado perfectamente trazados desde el momento en que terminó sus estudios superiores. A pesar de que su padre abrigaba la esperanza de tener un sucesor en su carrera, George no quiso fingir por la medicina un interés que no sentía. Lo que a él le interesaba eran las leyes, y no la carrera de Derecho dirigida a los tribunales y a lo penal, sino la que permitía llegar, a cierta edad, a la presidencia de compañías de ferrocarriles o grandes siderúrgicas, o bien a los círculos de alta política. Pero si bien la guerra, que estalló poco después de graduarse él en Princetown, eliminó gran parte de la solemnidad y las pretensiones de su carácter, y tuvo unos efectos beneficiosos sobre su sentido del humor, nada hizo para cambiar su decisión con respecto a la profesión elegida. Después de cuatro años y medio como piloto de bombardero, ingresó en la Facultad de Derecho de Harvard. Allí se graduó, *cum laude*, a principios de 1949, y después, tras haber pasado un año muy útil como secretario de un juez tan famoso como erudito, se incorporó a la firma Lavater, Powell y Sistrom.

El bufete de Lavater, Powell y Sistrom, en Filadelfia, era uno de los más

importantes del este de Estados Unidos, y la larga lista de sus socios parecía una selección de candidatos prometedores para una vacante en el Tribunal Supremo. Sin duda, su sólida reputación todavía procedía hasta cierto punto de recuerdos de las vastas manipulaciones con activos a las que se dedicó en los años veinte, pero durante los últimos treinta años pocos casos importantes de sociedades mercantiles se dieron en los que este bufete no hubiera representado un papel de cierta envergadura. Seguía siendo una firma progresiva y con empuje, y ser invitado a unirse a ella representaba para cualquier abogado joven una marca aprobatoria más que halagüeña.

Por tanto, mientras ordenaba sus pertenencias en uno de los bien amueblados despachos de Lavater, George tenía motivos para sentirse satisfecho con el progreso experimentado en su carrera. Desde luego, su edad era un tanto avanzada para la posición que ocupaba, de tipo algo *junior*, pero era lo bastante listo como para comprender que sus cuatro años en las Fuerzas Aéreas no habían sido desperdiciados por completo desde un punto de vista profesional, y que la distinción de su hoja de servicios había influido tanto en su presencia en el bufete Lavater como su trabajo en la facultad o las calurosas recomendaciones del sesudo juez. Ahora, si todo iba bien (¿y por no había de ir?), le cabía esperar una rápida promoción, valiosos contactos y una expansión de su reputación personal.

Creía poder considerar que había «llegado».

La noticia de que iba a realizar un trabajo en el caso Schneider Johnson fue pues, para él, un golpe desagradable. Fue, además, una sorpresa de otra índole. El tipo de casos que normalmente ocupaba a la firma Lavater, Powell y Sistrom era el que forja reputaciones con tanta seguridad como rinde dinero. Por lo que George recordaba acerca del caso Schneider Johnson, era uno de esos asuntos de dudosa seriedad ante los cuales un abogado de empresas con cierto respeto por su reputación pagaría por mantenerse al margen.

Había constituido una de las más notorias y absurdas historias de búsqueda de heredero de fortuna, en los años anteriores a la guerra.

En 1938, Amelia Schneider Johnson, una anciana senil con ochenta y un años a cuestas, falleció en Lamport, Pennsylvania. Había vivido sola en la decrepita casa de madera que fue el regalo de boda del ya fallecido señor Johnson, y sus años de declive habían transcurrido en atmósfera de discreta pobreza. Sin embargo, cuando murió se descubrió que su activo incluía tres millones en obligaciones, que había heredado, en los años veinte, de su hermano Martin Schneider, un magnate de las bebidas refrescantes. La buena mujer había mostrado una excéntrica desconfianza con respecto a los bancos y las cajas de seguridad, y había guardado los bonos en un baúl metálico, debajo de su cama. También había recelado de los abogados y se había abstenido de hacer testamento. En aquella época, en Pennsylvania, la ley que regía las herencias venía determinada por una normativa de 1917 que decía, en efecto, que cualquier persona con un parentesco sanguíneo con el difunto, por remota que fuera esta relación, podía tener derecho a participar de la herencia. El único pariente

conocido de Amelia Schneider Johnson era una solterona de edad proveya, la señorita Clotilde Johnson, pero se trataba de su cuñada y por tanto no quedaba amparada por la ley. Con una entusiasta y desastrosa cooperación de los periódicos, comenzó entonces la búsqueda de parientes consanguíneos de Amelia.

En opinión de George, era perfectamente comprensible la avidez de los periódicos. Habían olfateado otro caso Garrett. La anciana señora Garrett había muerto en 1930, dejando diecisiete millones de dólares y ningún testamento, y ocho años más tarde el caso seguía en pie, con toda su pujanza y con tres mil abogados que aún sacaban su tajada, veintiséis mil aspirantes a la herencia y, por encima de todo, un intenso olor a corrupción. El asunto Schneider Johnson bien podía resultar igualmente largo. Ciertamente que la herencia era menos cuantiosa, pero el volumen no lo era todo. No faltaban los aspectos humanos —una fortuna en juego, el romántico aislamiento de la anciana en sus años de declive (había perdido a su único hijo en el frente del Argonne), la muerte solitaria sin un solo pariente junto a la cabecera de su cama, la búsqueda infructuosa del testamento— y nada indicaba que no fueran a producirse también exasperantes dilaciones. El nombre de Schneider y sus modificaciones norteamericanas presentaban una amplia distribución. La anciana debía de haber tenido parientes cercanos en algún lugar, aunque tal vez ella no los hubiera llegado a conocer. A ellos, o a él. ¡O a ella! Sí, podía ocurrir incluso que hubiese un solo heredero. ¡O heredera! ¿En una granja de Wisconsin? ¿En la oficina de una inmobiliaria en California? ¿Tras el mostrador de un *drugstore* en Texas? ¿Cuál de los miles de Schneiders, Snyders y Sniders en Estados Unidos iba a ser el afortunado? ¿Quién era el millonario ignorante de su condición? ¿Una broma de mal gusto? Tal vez sí, pero siempre divertida de seguir, y además de interés nacional.

Y había demostrado ser de interés nacional. A principios de 1939, el administrador de la herencia recibió la notificación de que ocho mil personas reivindicaban ser aspirantes a la herencia, un ejército de abogados de escasa reputación se había movilizado para explotar a los candidatos, y el caso en general había empezado a pasar rápidamente al reino irreal de la fantasía, el embuste y la trampa jurídica, en el que permanecería hasta que, al estallar la guerra, cayera súbitamente en el olvido.

George no podía imaginar siquiera qué clase de negocio pudiera buscar la firma Lavater, Powell y Siström con la resurrección de un cadáver tan desagradable.

Fue el señor Budd, uno de sus socios más veteranos, quien le ilustró al respecto.

La carga principal de la herencia Schneider Johnson había gravitado sobre el bufete Moreton, Greener y Cleek, una antigua y muy respetable firma de abogados de Filadelfia. Habían sido los consejeros legales de la señorita Clotilde Johnson y, siguiendo las instrucciones de esta, habían efectuado la búsqueda formal de un testamento. Una vez debidamente establecida la ausencia de testamento, el asunto fue presentado ante el Tribunal de Huérfanos de Filadelfia, y el Registro de Testamentarías había nombrado a Robert L. Moreton como administrador de la

herencia. Permaneció en este puesto como administrador hasta finalizar el año 1944.

—Y muy bien hecho por su parte —dijo el señor Budd—. Si al menos hubiera tenido el sentido común de permanecer en él, yo no lo culparía. Pero no fue así, porque ese viejo chocho mantuvo a su *propia* firma como asesora legal del administrador. ¡Válgame Dios, en un caso como este equivalía a un suicidio!

El señor Budd era un hombre rechoncho, con una cabeza alargada, bigote bien recortado y gafas bifocales. Tenía una sonrisa fácil, la costumbre de utilizar frases hechas ya anticuadas, y un aire de buen humor despreocupado que inspiraba a George una viva suspicacia.

—Los honorarios combinados —aventuró George con precaución— debieron de ser muy cuantiosos con una herencia de esta envergadura.

—Ningún honorario —declaró el señor Budd— es lo bastante cuantioso para justificar que un despacho legal decente se mezcle con una caterva de cazadores de herencias y de granujas. Hay, en todo el mundo, docenas de estos casos de herencia. ¡Fíjese en la fortuna de Abdul Hamid! Los británicos se mezclaron en este asunto y dura ya desde hace treinta años, o tal vez más. Lo más probable es que nunca llegue a quedar zanjado. ¡Recuerde el caso Garrett! Piense en cuántas reputaciones habrá echado ya a perder. ¡Hombre, pero si siempre ocurre lo mismo! ¿Es A un impostor? ¿Es B un chiflado? ¿Quién murió antes de que muriese quién? ¿Tía Sara o tía Flossie? ¿Ha estado trabajando un falsificador con tinta falsamente envejecida? —alzó los brazos en un ademán de desaliento—. Le aseguro, George, que en mi opinión el caso Schneider Johnson, dio el tiro de gracia al bufete Moreton, Greener y Cleek como firma decente de asesores jurídicos. Y cuando Bob Moreton enfermó en 1944 y tuvo que retirarse, esto significó el fin. La firma se disolvió.

—¿Y no pudieron Greener o Cleek hacerse cargo de la administración?

El señor Budd fingió escandalizarse.

—Mi querido George, no se asume tan fácilmente una misión como esta. Es una recompensa por unos servicios eficientes y leales. En este caso, nuestro docto, respetado y reverenciado John J. Sistrom fue el afortunado.

—Ya comprendo.

—Las inversiones funcionan, George, y nuestro John J. se queda con los honorarios como administrador. Sin embargo —prosiguió el señor Budd, con una nota de satisfacción en su voz—, no parece ser que esto vaya a durar mucho tiempo. Comprenderá el porqué dentro de un momento. Por lo que el viejo Bob Moreton me contó en su momento, al principio la posición era la siguiente. El padre de Amelia se llamaba Hans Schneider. Era un alemán que inmigró en 1849. Finalmente, Bob Moreton y sus socios se convencieron de que, si había alguien realmente merecedor de asumir la herencia, era alguno de los parientes del padre en Alemania. Sin embargo, toda la cuestión quedaba gravemente complicada por el asunto de la representación. ¿Sabe usted algo al respecto, George?

—Al comentar la ley de 1947, Bregy ofrece un resumen muy claro de las normas

anteriores.

—Bien contestado —sonrió el señor Budd—, porque yo, sinceramente, no sé ni jota al respecto. Ahora bien, prescindiendo de las tonterías de los periódicos, he aquí lo que ocurrió en este caso. En 1939, Bob Moreton fue a Alemania para investigar la otra rama de la familia Schneider. Autoconservación, desde luego. Necesitaba hechos para seguir peleando si había de enfrentarse a todas aquellas reivindicaciones falsas. Pero, cuando regresó ocurrió lo peor que podía ocurrir. Siempre ocurren las peores cosas en este maldito caso. Al parecer, los nazis husmearon las investigaciones que estaba efectuando Bob. Lo que hicieron entonces fue echar por su cuenta un rápido vistazo al asunto y presentar a un viejo llamado Rudolph Schneider, y a continuación reclamar para este toda la herencia.

—¡Lo recuerdo! —exclamó George—. Contrataron a McClure para que les defendiera el caso.

—Exactamente. Ese tal Rudolph procedía de Dresde o algún lugar por el estilo, y dijeron que se trataba de un primo hermano de Amelia Johnson. Moreton, Greener y Cleek se enfrentaron a esta aseveración y dijeron que los documentos presentados por los alemanes eran falsos. Sin embargo, el caso seguía corriendo por los tribunales cuando nosotros entramos en guerra en 1941, y en lo que a nosotros respecta la guerra le puso fin. La Custodia de la Propiedad Extranjera en Washington intervino y presentó una reivindicación, a causa, claro está, de la reivindicación alemana. El caso quedó congelado. Cuando Bob Moreton se retiró, entregó todos los documentos a John J. Había más de dos toneladas de ellos y en estos momentos se encuentran en nuestras cajas fuertes, allí donde quedaron cuando la firma Moreton, Greener y Cleek los entregó en 1944. Nadie se ha molestado nunca más en echarles un vistazo. No había razón para ello. Pues bien, ahora hay una razón.

A George, al oír aquello, se le cayó el alma a los pies.

Eligiendo aquel momento para llenar su pipa, el señor Budd evitó la mirada de George mientras proseguía:

—Tal es la situación, George. Parece ser que, con el cálculo de valores e intereses, la herencia asciende ya a cuatro millones, y la Commonwealth de Pennsylvania ha decidido ejercer sus derechos y reivindicar la totalidad. Sin embargo, han preguntado a John J., como administrador, si se propone pleitear al respecto y, solo para salvar las formas, él piensa que deberíamos revisar los documentos para asegurarnos de que no hay pendiente ninguna reivindicación importante. Y por esto voy a decirle lo que deseo que haga, George. Tan solo verificar este punto para él. Asegurarse de que nada pueda pasarle por alto a John J. ¿De acuerdo?

—Sí, señor, he comprendido.

Sin embargo, no consiguió eliminar del todo un tono de resignación en su voz. El señor Budd le miró, con una sonrisa comprensiva.

—Y si esto ha de dar un cierto aliciente a su trabajo, George —añadió—, puedo decirle que desde hace algún tiempo vamos algo escasos de espacio en el archivo. Si

puede usted eliminar allí toda esa masa de papel, se habrá ganado el sincero agradecimiento de todo el personal.

George consiguió esbozar una sonrisa.

NO TUVO dificultad en hallar los expedientes Schneider Johnson. Estaban empaquetados con papel impermeable y disponían en el archivo de un espacio exclusivo, desde el suelo hasta el techo. Era evidente que el comentario del señor Budd acerca de su volumen total no era exagerado. Por suerte, todos los paquetes habían sido cuidadosamente etiquetados y ordenados de una forma sistemática. Tras asegurarse de que entendía el sistema utilizado, George hizo una selección de los paquetes y ordenó que le llevaran algunos de ellos a su despacho.

La tarde estaba ya avanzada cuando comenzó su trabajo y, con la vaga intención de obtener un cuadro general del caso antes de iniciar seriamente su tarea con las reivindicaciones, abrió una voluminosa carpeta cuya etiqueta rezaba: «Recortes de prensa Schneider Johnson», si bien esta inscripción resultaba un tanto errónea. Lo que de hecho contenía el paquete era el historial de la desesperada batalla de la firma Moreton, Greener y Cleek con la prensa, y sus esfuerzos para atajar el torrente de reivindicaciones absurdas que les estaban abrumando. Su lectura resultaba patética.

La historia comenzaba dos días después de que Moreton hubiera sido nombrado administrador de la herencia. Un rotativo de Nueva York había descubierto que el padre de Amelia, Hans Schneider («el Viejo pionero», como le llamaba el periódico), se había casado con una joven neoyorquina llamada Mary Smith. No sin cierta excitación, el periódico sostenía que el nombre del heredero desconocido podía ser Smith en vez de Schneider.

Los señores Moreton, Greener y Cleek, como abogados del administrador, se apresuraron, tal y como era su deber, a negar esta pretensión, pero en vez de indicar, con mayor o menor extensión, que, puesto que todos los primos hermanos de Amelia por parte materna habrían muerto, la familia Smith de Nueva York no podía ser calificada legalmente como heredera, se habían limitado a citar el texto de la ley según el cual «no podía haber representación admisible entre colaterales después de los nietos de hermanos y hermanas y los hijos de tías y tíos». Esta desafortunada cita, subtitulada burlescamente «Sofismas», fue la única parte de la respuesta que salió publicada.

En su mayoría, las subsiguientes manifestaciones de los socios del bufete sufrieron el mismo sino. De vez en cuando, algunos de los periódicos más responsables habían hecho serios esfuerzos para interpretar de cara a sus lectores las leyes de la testamentaría, pero en ningún momento, por lo que pudo ver George, se habrían molestado los socios en echarles una mano. El hecho de que, al no tener Amelia parientes próximos vivos, los únicos herederos posibles fueran sobrinos o sobrinas del difunto Hans Schneider que todavía vivieran cuando falleció Amelia, nunca fue explícitamente manifestado por los socios de la firma. Lo que con mayor claridad expusieron fue la sugerencia de que resultaba improbable que hubiera en Estados Unidos «primos hermanos de la difunta legataria que hubieran sobrevivido a esta», y que si existía alguno lo más probable era que se le encontrara en Alemania.

Hubieran podido ahorrarse este esfuerzo. La sugerencia de que el heredero legal pudiera encontrarse en Europa en vez de algún lugar como Wisconsin no había ofrecido interés para los periódicos de 1939, y la posibilidad de que no existiera ninguno habían preferido ignorarla por completo. Además, un diario emprendedor de Milwaukee acababa entonces de dar a la historia un nuevo giro. Con la ayuda de las autoridades de inmigración el investigador especial de este periódico había logrado averiguar el número de familias apellidadas Schneider que habían emigrado desde Alemania en la segunda mitad del siglo XIX. El número era considerable. ¿Era mucho suponer, preguntaba el periódico, que al menos uno de los hermanos más jóvenes del «Viejo pionero» hubiera seguido el ejemplo de este en lo que se refería a emigrar? ¡Claro que no! La caza se reanudó y escuadras de investigadores especializados removieron esperanzadamente los archivos de la ciudad, los registros de compraventa de bienes inmuebles y los archivos estatales, siguiendo las huellas de los Schneider inmigrantes.

George volvió a empaquetar el expediente y lanzó un suspiro. Sabía que ya las próximas semanas no iban a resultarle muy placenteras.

El número total de reclamaciones presentadas rebasaba las ocho mil y descubrió que cada una disponía de su correspondiente carpeta. En la mayoría de estas había solo dos o tres cartas, pero muchas eran voluminosas y otras constituían paquetes enteros rebosantes de affidávits, fotocopias de documentos, viejas fotografías y árboles genealógicos. Otros contenían Biblias antiguas y otros recuerdos familiares, y uno, por alguna razón inexplicable, ofrecía incluso un grasiento gorro de piel.

George empezó a trabajar y, al finalizar su primera semana en esta tarea, había revisado setecientas reivindicaciones y se compadecía ya de los señores Moreton, Greener y Cleek. Muchas de ellas procedían, naturalmente, de chiflados y maniáticos. Había, por ejemplo, la del hombre encolerizado de Dakota del Norte que aseguraba que su nombre era Martin Schneider, que no estaba muerto y que Amelia Johnson le había robado su dinero mientras él estaba durmiendo. Había la de la mujer que reclamaba la herencia en nombre de una sociedad californiana para la propagación de la herejía catafrigia, basándose en que el espíritu de la difunta Amelia había entrado

en la señora Schult, secretaria honoraria de dicha sociedad. Y había la del hombre que escribía desde un hospital estatal, con tintas multicolores, diciendo que él era el hijo legítimo de Amelia, fruto de un primer matrimonio secreto con un hombre de color. Sin embargo, la mayoría de los reivindicantes parecían ser personas que, aunque tal vez no desequilibradas, tenían unas nociones muy rudimentarias sobre lo que constituía prueba. Había, por ejemplo, un hombre de Chicago, llamado Higgins, que había presentado una reclamación complicada a partir de sus recuerdos de haber oído decir a su padre que la prima Amelia era una vieja tacaña y miserable; y otro hombre exigía una parte del legado alegando la existencia de una carta muy antigua de un pariente danés llamado Schneider. No faltaban tampoco aquellos que declinaban cautelosamente todo envío de pruebas para sustentar sus exigencias, por temor a que fuesen robadas y empleadas para apoyar la reclamación de otras personas, y otros pedían dietas de viaje a fin de poder presentar personalmente sus casos ante el administrador. Y por encima de todo, había los abogados.

Solo treinta y cuatro de las primeras setecientas reclamaciones examinadas por George habían sido revisadas por abogados, pero necesitó más de dos días para estudiar estos expedientes. En su mayor parte, estas alegaciones eran de dudosa validez, y un par de ellas eran evidentemente fraudulentas. En opinión de George, ningún abogado digno las hubiera tocado siquiera, pero en este caso habían intervenido abogados indignos, que no solo las habían tocado sino también defendido. Habían citado precedentes inexistentes y fotografiado documentos sin ninguna utilidad. Habían contratado los servicios de investigadores sin escrúpulos para efectuar pesquisas carentes de todo sentido, y los de dudosos genealogistas para que dibujaran árboles familiares falsificados. Habían escrito cartas altisonantes e insinuado oscuras amenazas. Lo único que no había hecho ninguno de ellos era aconsejar a su cliente que retirase su reclamación. En una de estas carpetas había una carta dirigida al administrador por una mujer de avanzada edad, llamada Snyder, en la que esta se lamentaba de que no le quedara más dinero para pagar los servicios de su abogado y pedía que no por ello quedase relegada al olvido su justa reclamación.

En su segunda semana de trabajo con estos expedientes, George consiguió, a pesar de un molesto resfriado, aumentar hasta mil novecientos el número de expedientes examinados. Al concluir la tercera semana llegó a los tres mil, y al finalizar la cuarta pudo considerar que había llegado a la mitad de su tarea. Se sentía muy deprimido. La monotonía de su trabajo y el efecto acumulativo de tantas muestras de la estupidez humana se estaban haciendo sentir con todo su peso. La sonriente conmiseración de sus nuevos colegas y el hecho de saber que estaba comenzando su carrera en el bufete Lavater, Powell y Sistrom con lo que no dejaba de ser una broma pesada de oficina, nada hacían para mejorar su ánimo. El señor Budd, al que había encontrado últimamente en el ascensor cuando acababa de almorzar, le había hablado campechanamente de béisbol y ni siquiera se había molestado en interesarse por sus progresos. El lunes de la quinta semana, por la

mañana, George contempló con angustia los montones de expedientes que todavía estaban pendientes de examen.

—¿Ha terminado con la O, señor Carey?

Quien le hablaba era el conserje que se ocupaba del archivo, buscaba las carpetas y las llevaba al despacho de George o las recogía en él.

—No, será mejor empezar ahora por la P.

—Si usted quiere, señor Carey, puedo sacar el resto de la O.

—Esta bien, Charlie. Siempre que pueda hacerlo sin que se derrumbe toda la pila.

Los huecos que había abierto en las monumentales pilas de paquetes habían reducido considerablemente la estabilidad de los restantes.

—Desde luego, señor Carey —contestó Charlie.

Agarró un montón de carpetas cerca del suelo y tiró de ellas. Se oyó un rumor deslizante y después un estruendo cuando un alud de paquetes cubrió al conserje. Entre la nube de polvo provocada por el derrumbamiento, este se incorporó tosiendo y lanzando un juramento. Se llevó una mano a la cabeza. Empezaba a manar sangre de un corte sobre su ojo.

—¡Válgame Dios, Charlie! ¿Cómo ha podido ocurrir esto?

El conserje asestó una patada a un objeto sólido enterrado bajo el montón de carpetas que le rodeaba.

—Ese maldito trasto me ha dado en la cabeza, señor Carey —explicó—. Debía de estar apilado junto con todo lo demás.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, desde luego. No es más que un rasguño. Lo siento, señor Carey.

—Será mejor que vaya a curárselo.

Tras haber puesto al conserje en manos de uno de los empleados del ascensor y cuando la polvareda del archivo se hubo posado de nuevo, George entró y examinó el desorden reinante. Tanto la O como la P habían desaparecido bajo un alud de S y W. Apartó varios paquetes y entonces pudo ver lo que había causado el corte en la ceja del conserje. Era una caja grande, negra y barnizada, del tipo que antes solía recubrir las paredes en los despachos de los antiguos abogados de grandes familias. Pintadas en blanco sobre ella había las palabras: «SCHNEIDER. CONFIDENCIAL».

George arrastró la caja hasta sacarla de las carpetas que la cubrían y trató de abrirla. Estaba cerrada y no había ninguna llave sujeta a una de las asas. Entonces titubeó. Su misión en la tarea se centraba en las carpetas de las reivindicaciones y era una tontería perder el tiempo satisfaciendo su curiosidad acerca del contenido de una vieja caja para escrituras. Por otra parte, se necesitaría más de una hora para ordenar el caos que tenía a sus pies. De poco serviría quedar cubierto de polvo y telarañas para acelerar este proceso, y Charlie no tardaría en regresar. Entró en el cuarto del conserje, cogió un escoplo y un martillo en el estante de las herramientas, y volvió junto a la caja. Unos pocos golpes cortaron la delgada plancha que rodeaba la lengüeta de la cerradura y pudo abrir la tapa.

A primera vista, el contenido parecía consistir simplemente en unas cuantas pertenencias personales procedentes de la oficina del señor Moreton. Había una agenda encuadernada en piel, con sus iniciales grabadas en oro, una escribanía de ónix, una caja de madera tallada para cigarros, un cuaderno de notas con tapas de cuero repujado, y, haciendo con él, un par de bandejas para cartas, también recubiertas de piel. En una de estas bandejas, había una toalla pequeña, unas cuantas aspirinas y una botella con cápsulas de vitaminas. George levantó la bandeja. Debajo de ella había una gruesa carpeta cuya etiqueta rezaba: «INVESTIGACIÓN ALEMANA SOBRE SCHNEIDER, POR ROBERT L. MORETON, 1939». Echó un vistazo a un par de hojas, vio que el texto estaba redactado en forma de diario y lo colocó a un lado para leerlo más tarde. Debajo había un sobre de papel grueso que contenía un montón de fotografías, en su mayor parte, al parecer, de documentos legales alemanes de diversas clases. Aparte de todo ello, la caja solo contenía un paquete sellado y un sobre también lacrado. En el paquete habían escrito: «Correspondencia entre Hans Schneider y su esposa, junto con otros documentos hallados por Hilton G. Greener y Robert L. Moreton entre los efectos de la difunta Amelia Schneider Johnson, septiembre de 1938». La inscripción en el sobre decía: «Fotografía entregada a R. L. M. por el padre Weichs, en Bad Schwennheim».

George volvió a colocar los objetos personales de Moreton en la caja de escrituras y llevó el resto del contenido a su despacho. Lo primero que hizo, una vez allí, fue abrir el paquete sellado.

Las cartas que había en él habían sido cuidadosamente numeradas y marcadas con sus iniciales por Greener y Moreton. Se trataba de setenta y ocho cartas, todas ellas atadas en pequeños paquetes con cinta de seda, y cada uno con una flor prensada. George desató uno de los paquetes. Las cartas de este pertenecían al período de noviazgo de los padres de Amelia, Hans Schneider y Mary Smith. Demostraban que Hans trabajaba entonces en un almacén y que estaba aprendiendo el inglés, y que Mary había estado aprendiendo el alemán. George las juzgó formales, monótonas y aburridas. Sin embargo, su valor para Moreton debía de ser considerable, ya que probablemente habían permitido encontrar con rapidez a la familia Smith en cuestión, y llevado a la eliminación de esta en la lista de los aspirantes a la herencia.

George ató de nuevo el paquete y dedicó su atención a un álbum de viejas fotografías. Había en él fotos de Amelia y de Martin en su infancia, de su hermano Frederick, que había muerto a los doce años de edad, y, desde luego, de Hans y Mary. Más interesante, porque era incluso más antiguo, resultaba un retrato en daguerrotipo de un anciano que lucía una espesa barba.

Estaba sentado muy erguido y con una actitud enérgica, agarrando con sus manazas los brazos del sillón del fotógrafo y con la cabeza firmemente apoyada en el respaldo. Los labios eran gruesos y denotaban determinación. Había, detrás de la barba, un rostro de facciones pronunciadas y vigorosas. La placa de cobre plateado sobre la que se había obtenido la foto estaba pegada a un soporte de terciopelo rojo.

Debajo de ella, Hans había escrito: «*Mein geliebt Vater, Franz Schneider, 1782-1850*».

El documento restante era una delgada libreta de notas encuadernada en piel y con las páginas cubiertas por la fina escritura de Hans. Estaban escritas en inglés. En la primera, elaboradamente adornada con rasgos ornamentales trazados a pluma, había una descripción del contenido del libro: «Relato del papel heroico que representó mi querido padre en la batalla de Preussisch-Eylau, librada en el año 1807, de sus heridas, y de su encuentro con mi querida madre, que le salvó la vida. Escrito por Hans Schneider para sus hijos, en junio de 1867, a fin de que puedan sentirse orgullosos del nombre que llevan».

El «Relato» se iniciaba con los acontecimientos centrados en Eylau y seguía con descripciones de las diversas acciones libradas por los dragones de Ansbach frente al enemigo, y de incidentes espectaculares en la batalla, como una carga de la caballería rusa, la captura de una batería de cañones y la decapitación de un oficial francés. Evidentemente, lo escrito por Hans era una leyenda aprendida sobre las rodillas de su padre. Parte del relato tenía la ingenuidad de un cuento de hadas, pero a medida que avanzaba cabía ver cómo Hans, hombre de mediana edad, trataba, no sin cierta perplejidad, de reconciliar sus recuerdos de infancia con su sentido adulto de la realidad. George pensó que la redacción del «Relato» debió de constituir para él una extraña experiencia.

Sin embargo, después de la descripción de la batalla la pluma de Hans mostraba mayor seguridad. Las emociones del héroe herido, su certeza de que tenía a Dios a su lado, su determinación en cuanto a cumplir con su deber hasta el postrer momento..., todo ello estaba escrito con verdadera unción. Y cuando llegaba el terrible momento de la traición, cuando los prusianos abandonaban cobardemente al héroe herido mientras este ayudaba a un camarada moribundo, Hans dejaba brotar un torrente de denuncia con tonos bíblicos. Si Dios no hubiera guiado los cascos del caballo del héroe hacia la granja de la linda Maria Dutka, sin duda todo habría estado perdido. En realidad, Maria se había mostrado comprensiblemente suspicaz ante el uniforme prusiano, y (como más tarde había confesado ante el héroe) sus instintos humanitarios habían estado a punto de verse sofocados por el temor por su virtud y por su padre enfermo. Pero finalmente, claro está, todo había sucedido como Dios manda. Una vez curada su herida, el héroe había regresado triunfalmente a su hogar con su salvadora. El año siguiente, había nacido Karl, el hermano mayor de Hans.

El «Relato» terminaba con una solemne homilía sobre los temas de la plegaria y la obtención del perdón de los pecados. George cerró la libreta y pasó a examinar el diario del señor Moreton.

Moreton y un intérprete contratado por él en París, habían llegado a Alemania a fines de marzo de 1939. Primero, deseaba seguir los pasos de Hans Schneider. Después, cuando supiera dónde había vivido la familia Schneider, pretendía descubrir qué había sido de todos los hermanos y hermanas de Hans.

La ejecución de la primera parte de su plan resultó sencilla. Hans procedía de algún lugar de Westfalia, y en 1849 un hombre en edad militar había precisado un permiso para abandonar el lugar. En Münster, la antigua capital del estado, Moreton logró encontrar los datos sobre la partida de Hans. Este había llegado a Mühlhausen y se había dirigido a Bremen.

En Bremen, una búsqueda en los archivos de las autoridades portuarias, para examinar las antiguas listas de pasajeros, reveló que Hans Schneider, de Mühlhausen, había embarcado en el *Abigail*, un barco inglés de seiscientas toneladas, el 10 de mayo de 1849. Esto coincidía con una referencia, en una de las cartas de Hans a Mary Smith, a su viaje desde Alemania. Moreton llegó entonces a la conclusión de que estaba siguiéndole los pasos al Hans Schneider que le interesaba. Seguidamente, se trasladó a Mühlhausen.

Allí, sin embargo, le esperaba una situación embarazosa, pues descubrió que, a pesar de que los libros de las iglesias registraban matrimonios, bautizos y entierros hasta la Guerra de los Treinta Años, ninguno de los que cubrían los años 1807 y 1808 contenía la menor referencia al nombre de Schneider.

Moreton digirió esta decepción durante veinticuatro horas, pero después tuvo una idea. Regresó a los archivos.

Esta vez examinó los correspondientes a 1850, el año en que murió Franz Schneider. Los datos de su defunción y su entierro estaban debidamente registrados, así como la ubicación de la tumba. Moreton fue a inspeccionarla y fue entonces cuando se llevó la más desconcertante de las sorpresas. Una lápida ya muy deteriorada aportaba la curiosa información de que en aquel lugar reposaba Franz Schneider, junto con su amada esposa Ruth. Y según el «Relato» de Hans, el nombre de su madre era Maria.

Moreton tuvo que regresar a los archivos una vez más. Necesitó largo tiempo para remontarse desde 1850 a 1815, pero cuando lo hubo hecho disponía de los nombres de no menos de diez hijos de Franz Schneider, así como de la fecha del matrimonio de este con Ruth Vogel. También se había enterado, con gran desánimo por su parte, de que ninguno de los hijos se llamaba Hans o Karl.

Pronto se le ocurrió, sin embargo, la idea de que debía de haber tenido lugar un matrimonio previo en alguna otra ciudad. Pero ¿dónde podía haberse celebrado este matrimonio anterior? ¿Con qué otras ciudades había estado relacionado Schneider? ¿En qué ciudad, por ejemplo, fue reclutado por el ejército prusiano?

Solo podía haber un lugar donde esta clase de preguntas consiguieran respuesta. Moreton y su intérprete se trasladaron a Berlín.

El señor Moreton tuvo que esperar hasta fines de marzo para abrirse paso entre la maraña de la burocracia nazi y profundizar lo suficiente en los archivos de Potsdam para llegar a los documentos de los dragones de Ansbach en tiempos de las guerras napoleónicas. Entonces necesitó menos de dos horas para averiguar que, entre 1800 y 1850, el nombre de Schneider había figurado una sola vez en las listas nominales del

regimiento. Un tal Wilhelm Schneider se había matado al caerse del caballo en 1803.

Este fue un golpe muy duro. La anotación del señor Moreton en su diario, correspondiente a ese día, terminaba con las siguientes palabras, llenas de desaliento: «Por tanto, sospecho que se trata de una búsqueda inútil. Sin embargo, mañana haré una verificación. Si no da resultado, abandonaré la investigación, pues considero que la imposibilidad de vincular positivamente a Hans Schneider con la familia de Mühlhausen en los registros hace que todo ulterior esfuerzo resulte vano».

George volvió la página y se quedó mirándola, atónito. La siguiente anotación en el diario consistía únicamente en cifras. Llenaban totalmente la página, línea tras línea de ellas. Hojeó rápidamente las páginas. Con la excepción de las fechas de encabezamiento, a partir de entonces todas las anotaciones en el diario —y este seguía a lo largo de más de tres meses— consistían en números. Además, los números formaban grupos de cinco. No solo el señor Moreton había decidido no abandonar sus pesquisas en Alemania, sino que había juzgado necesario registrar los resultados de las mismas en clave.

George abandonó el diario y echó un vistazo a la colección de documentos fotografiados. Leía el alemán con dificultad incluso cuando estaba impreso en letras romanas, y la escritura alemana del tipo tradicional le resultaba totalmente incomprensible. Aquellos documentos estaban todos ellos escritos a mano, pero un cuidadoso escrutinio de dos o tres de ellos reveló que se referían a los nacimientos y defunciones de personas llamadas Schneider, aunque esto no tenía nada de sorprendente. Los dejó a un lado y abrió el sobre lacrado.

La fotografía entregada a R. L. M. por el padre Weichs en Bad Schwennheim resultó ser el retrato, tamaño postal, de un joven y una muchacha sentados en un banco rústico, sin duda propiedad de un fotógrafo profesional. La mujer era hermosa aunque un tanto fofa, y posiblemente estuviera embarazada. El hombre no presentaba ninguna característica sobresaliente. Las ropas de ambos correspondían a los principios de la década de 1920. Daban la impresión de una pareja próspera de la clase trabajadora en un día de fiesta. Detrás de ellos había un telón pintado, con pinos nevados. En la esquina de la foto estaba escrito con letra alemana: «*Johann und Ilse*». La marca del fotógrafo, en la montura, demostraba que la foto había sido hecha en Zurich. No había nada más en aquel sobre.

Charlie, el conserje, entró con una tira de esparadrapo en la frente y otro montón de carpetas, y George siguió trabajando con las reclamaciones. Sin embargo, aquella noche se llevó el contenido de la caja a su apartamento y allí volvió a revisarlo todo cuidadosamente.

Se encontraba en un aprieto. Le habían pedido que verificara las reclamaciones de la herencia recibidas por el antiguo administrador, y nada más. Si la caja de escrituras no se hubiera caído y producido un corte en la frente del conserje, probablemente ni siquiera se habría fijado en ella. La habrían retirado de los montones de paquetes con los expedientes de las reivindicaciones y se habría quedado en el archivo. Él hubiera

continuado su tarea con las reclamaciones, para después, sin duda, comunicar simplemente al señor Budd lo que el señor Budd deseaba oír: que no había ninguna reivindicación digna de ser discutida y que la Commonwealth de Pennsylvania podía obrar a su gusto. Y entonces él, George, se habría visto libre de todo aquel endiablado asunto y dispuesto a ser recompensado con una misión más adecuada a sus habilidades. Pero ahora diríase que se encontraba ante dos opciones, y que tanto una como otra le pondrían en ridículo. Una consistía en olvidarse del contenido de la caja de escrituras y con ello correr el riesgo de que el señor Sistrof pusiera el grito en el cielo, y la otra en darle la lata al señor Budd con absurdas fantasías.

La alta política y las presidencias de las compañías de ferrocarriles parecían aquella noche cosas muy distantes. Hasta primera hora de la mañana no se le ocurriría la manera de plantear con tacto el asunto al señor Budd.

Este recibió el informe de George con impaciencia.

—Ni siquiera sé si Bob Moreton vive todavía —dijo irritado—. Sea como sea, esa historia de la clave sugiere, al menos para mí, que el pobre hombre se encontraba en un estado avanzado de paranoia.

—¿A usted le dio la impresión de que gozaba de buena salud, cuando le vio en 1944, señor Budd?

—Pudo haber tenido un aspecto saludable, pero, a juzgar por lo que usted me explica, parece ser que no era así.

—Pero él continuó su investigación...

—¿Y qué? —suspiró el señor Budd—. Mire, George, en este negocio no queremos complicaciones. Solo queremos librarnos de él, y cuanto antes mejor. Sé que usted quiere hacer las cosas como es debido, pero yo diría que la cosa es bien sencilla. Basta con buscar un traductor de alemán para esos documentos fotografiados, averiguar de qué tratan, y después verificar las reclamaciones de personas llamadas Schneider y comprobar si los documentos hacen referencia a alguna de ellas. Así de fácil, ¿no cree?

George creyó llegado el momento de utilizar el tacto.

—Sí, señor. Pero lo que yo había pensado era una manera de acelerar precisamente este asunto. Verá usted, yo todavía no he revisado las reivindicaciones de los Schneider, pero, a juzgar por el volumen de papel que hay en el archivo, debe de haber por lo menos tres mil. Ahora bien, he necesitado casi cuatro semanas para revisar el mismo número de reclamaciones corrientes, y es seguro que los expedientes de los Schneider requerirán más tiempo todavía. Sin embargo, he estado estudiando algunos detalles y tengo la impresión de que, si puedo revisarlas con el señor Moreton, ello puede ahorrar mucho tiempo.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Verá, he revisado algunos de los informes sobre su pleito contra la reclamación de Rudolph Schneider y el Gobierno alemán. Me ha parecido evidente que Moreton, Greener y Cleek disponían de un gran número de hechos, cosa de la que carecía la

otra parte. Creo que tenían una información muy definida acerca de que ya no quedaba ningún heredero Schneider con vida.

El señor Budd le miró con los ojos entornados.

—¿Está sugiriendo, George, que Moreton, como administrador, continuó hasta establecer más allá de toda duda que no había ningún heredero, y que entonces él y sus socios guardaron silencio sobre este hecho, para poder seguir cobrando honorarios del Estado?

—Podría ser, ¿no cree?

—¡Menuda imaginación tienen ustedes, los jóvenes! —súbitamente, el señor Budd volvía a ser el hombre jovial de siempre—. Está bien, ¿qué es lo que pretende?

—Si pudiéramos acceder a los resultados de las pesquisas confidenciales de Moreton, acaso dispondríamos de información suficiente para poder considerar innecesario todo ulterior examen de estas reclamaciones.

El señor Budd se rascó la barbilla.

—Comprendo. Sí, no está nada mal, George —asintió enérgicamente con la cabeza—. De acuerdo. Si el viejo todavía vive y está en sus cabales, vea qué puede hacer. Cuanto antes nos saquemos de encima ese lastre, tanto mejor.

—Sí, señor —contestó George.

Aquella tarde recibió una llamada de la secretaria del señor Budd para decirle que una consulta dirigida al club del señor Moreton había revelado que este vivía ahora retirado, en Montclair, Nueva Jersey. Budd había escrito al anciano, pidiéndole si podía ver a George.

Dos días después llegó una contestación de la señora Moreton. Esta decía que su esposo guardaba cama desde hacía varios meses, pero que en vista de su anterior asociación, y siempre y cuando la visita del señor Carey fuese breve, el señor Moreton se alegraría de poner su memoria a la disposición del señor Carey. El señor Moreton dormía por la tarde. Tal vez el viernes por la mañana, a las once, resultase conveniente para el señor Carey.

—Esta debe de ser su segunda esposa —comentó el señor Budd.

El viernes por la mañana, George metió la caja de escrituras con todo su contenido original en el maletero de su coche y se dirigió a Montclair.

LA CASA era un edificio de aspecto confortable rodeado por varias hectáreas de jardín bien cuidado, y George no pudo menos que pensar que el desenlace financiero de la firma Moreton, Greener y Cleek no debió de ser tan desastroso como había insinuado el señor Budd. La segunda señora Moreton resultó ser una mujer esbelta y pulcra, de unos cincuenta años. Tenía una actitud directa y enérgica, y una sonrisa acompañada de un aire protector. Parecía probable que hubiera sido la enfermera de Moreton.

—¿El señor Carey, verdad? No lo fatigue. Ahora se le permite sentarse en la cama por las mañanas, pero debemos tener mucho cuidado. Trombosis coronaria.

Condujo al visitante a través de un porche galería, en la parte posterior de la casa.

El señor Moreton era un hombre corpulento, sonrosado y lacio, como un atleta venido a menos. Tenía los cabellos cortos y blancos y unos ojos muy azules, y en su cara abotargada todavía había trazas del joven guapo que debió de ser en otro tiempo. Estaba recostado sobre almohadas y envuelto en una manta, en una cama de día provista de un atril para libros. Saludó a George efusivamente, apartando a un lado el atril e incorporándose hasta sentarse, para poder estrecharle la mano. Tenía una voz suave y agradable y olía levemente a agua de lavanda.

Durante un par de minutos preguntó por las personas de la oficina de George a las que él había conocido, y después, acerca de varios ciudadanos de Filadelfia que George nunca había oído nombrar. Finalmente, se echó de nuevo, con una sonrisa.

—No permita nunca que le convenzan de que se jubile, señor Carey —dijo—. Uno vive en el pasado y convierte en un pelmazo. Y, además, un pelmazo embustero. Yo le he preguntado cómo está Harry Budd. Usted me ha contestado que está bien. Lo que en realidad yo quiero saber es si está calvo.

—Pues sí —contestó George.

—Y si, a pesar de tan estudiada lozanía, tiene ya su úlcera, o tal vez una buena hipertensión.

George se echó a reír.

—Porque si la tiene —prosiguió benévolamente el señor Moreton—, me parece muy bien. Es un hijo de mala madre al que nada le he de envidiar.

—¡Vamos, Bob! —exclamó su esposa en un tono de reproche.

Él siguió hablando sin mirarla.

—Ahora, el señor Carey y yo vamos a hablar un poco de negocios, Kathy.

—Está bien. No te fatigues demasiado.

Moreton no replicó y, al marcharse ella, sonrió.

—¿Un trago, muchacho?

—No, muchas gracias. Creo que el señor Budd le explicó por qué quería verle.

—Desde luego. El asunto Schneider Johnson. De todos modos, yo lo habría supuesto —miró de soslayo a George—. De modo que usted encontró aquello, ¿verdad?

—¿Encontré qué, señor Moreton?

—El diario y las fotos, y todo aquello sobre Hans Schneider. ¿Lo encontró, verdad?

—Lo tengo todo en mi coche, junto con algunas cosas suyas que también aparecieron en la caja.

Moreton asintió con la cabeza.

—Lo sé. Yo mismo lo puse allí... encima de lo demás.

—Creo que no le entiendo, señor Moreton.

—Lo supongo, pero yo se lo explicaré. Como administrador, estaba éticamente obligado a entregarlo todo, sin que faltara absolutamente nada. Pues bien, este material confidencial era algo que yo no quería ceder a nadie. Yo quería destruirlo, Pero Greener y Cleek no me lo permitían. Decían que si ocurría algo después y John J. lo averiguaba, yo me vería en apuros.

George se limitó a proferir una breve exclamación sin ningún significado. En realidad, él no había creído que Moreton, Greener y Cleek hubieran ocultado informaciones importantes. Era algo que se le había ocurrido meramente para engatusar al señor Budd. Ahora se sentía un tanto escandalizado.

Moreton se encogió de hombros.

—Por consiguiente, todo lo que podía hacer yo era tratar de camuflar aquello. Bueno, pues no lo conseguí. —Contempló melancólicamente el jardín por unos momentos y después se volvió rápidamente hacia George, como si quisiera disipar un recuerdo desagradable—. Supongo que la Commonwealth de Pennsylvania anda de nuevo detrás del botín, ¿no es así?

—Sí. Quieren saber si el señor Sistrof piensa pleitear con ellos en este asunto.

—Y Harry Budd, a quien no le agrada ensuciarse sus lindos dedos con estas cosas, no ve llegar el momento de sacarse este asunto de su despacho, ¿verdad? No, no tiene usted que contestar, joven. Vayamos al grano.

—¿Desea que saque esos papeles del coche, señor Moreton?

—No los necesitaremos —contestó Moreton—. Sé lo que hay en esa caja tan bien como pueda saber mi nombre. ¿Ha leído aquel librito que Hans Schneider escribió para sus hijos?

—Sí.

—¿Y qué le parece?

George sonrió.

—Después de leerlo, tomé una decisión. Si alguna vez tengo hijos, jamás les explicaré ni media palabra sobre mis experiencias en la guerra.

El anciano se echó a reír quedamente.

—Ellos le obligarán a explicarlas. Lo que habrá de procurar es evitar tener un hijo como Hans, que escriba lo que usted diga. Esto es peligroso.

—¿Qué quiere decir?

—Se lo explicaré. Yo era el administrador, desde luego, pero fui a Alemania porque mis socios me enviaron allí. Eso fue como poner el arado delante de los bueyes. Llevábamos arrastrando este caso demasiado tiempo y querían terminarlo de una vez. Mis instrucciones consistían en confirmar lo que ya creíamos: que no había ningún heredero legítimo para este legado. Pues bien, cuando descubrí que Hans era probablemente un hijo del primer matrimonio de Franz Schneider, tuve que informarme acerca de ese matrimonio para completar el cuadro. Como usted sabe, fui a Potsdam para ver si podía encontrarlo a través de los archivos regimentales. Al principio, fracasé.

—Pero el día siguiente volvió allí para proceder a otra investigación...

—Sí, pero había tenido toda una noche para pensar. Y había pensado de nuevo en lo que había escrito Hans. Sí había allí algo de verdad, el sargento Schneider había sido baja en la batalla de Eylau y había desaparecido en la retirada. Seguramente, el diario de guerra había de registrar este hecho en la lista de bajas. Por tanto, al día siguiente, en vez de repasar de nuevo todas las listas nominales, hice que el intérprete me tradujera el relato regimental de la batalla. —Suspiró ante esta reminiscencia—. Hay algunos momentos en la vida, joven, que siempre parecen agradables por más veces que se les dé vueltas en la cabeza. Este fue uno de ellos. Era ya cerca del mediodía y empezaba a hacer mucho calor. El intérprete tenía dificultades con aquella escritura antigua y vacilaba en la traducción. Después empezó con el relato de la larga marcha desde Eylau hasta Insterburg. Yo solo escuchaba a medias. En realidad, estaba pensando en una marcha atroz que hice yo en Cuba, durante la guerra hispano-norteamericana. Pero entonces, algo que el intérprete dijo me hizo pegar un brinco.

Hizo una pausa.

—¿Qué dijo?

Moreton sonrió.

—Recuerdo sus palabras con toda exactitud. «Durante esa noche —cito a partir del diario de guerra, Franz Schirmer, un sargento, abandonó el destacamento que tenía bajo su mando, diciendo que iba a socorrer a un dragón que se había rezagado a causa de la cojera de su caballo. Cuando amaneció, el sargento todavía no se había incorporado a su destacamento. Se constató que en este no faltaba nadie más, y que nadie se había rezagado. Por consiguiente, el nombre de Franz Schirmer fue incluido

en la lista de desertores».

Durante unos momentos reinó el silencio.

—¿Y bien? —añadió Moreton—. ¿Qué le ha parecido esto?

—¿Y ha dicho usted Schirmer?

—Exactamente. El sargento Franz Schirmer, S-c-h-i-r-m-e-r. George se echó a reír.

—¡Valiente bellaco! —exclamó.

—Exactamente.

—Por lo tanto, todo aquello que les contó a sus hijos sobre la cobardía de los prusianos que lo dejaron por muerto era...

—Puro cuento —contestó secamente Moreton—. Pero usted ya ve las implicaciones.

—Sí. ¿Y qué hizo usted?

—Lo primero que hice fue tomar medidas de seguridad. Ya habíamos tenido bastantes problemas con los periódicos, empeñados en investigar el caso y publicar lo que les parecía, y antes de partir para Alemania yo había acordado una estrategia con mis socios. Yo había de mantener en el mayor secreto posible lo que hiciera, y, para asegurarme de que no me acompañase un intérprete que tuviera contactos con los periódicos alemanes, había de buscarlo en París. Otra cosa que acordamos fue utilizar una clave para los asuntos confidenciales. Esto puede parecerle absurdo, pero si alguna vez ha tenido experiencias con...

—Lo sé —le interrumpió George—. Vi los recortes de prensa.

—Bien. Pues yo había estado enviando a mis socios informes sobre mis gestiones, en forma de diario. Cuando descubrí lo de Schirmer, empecé a utilizar la clave. Era una clave de tipo sencillo, pero suficiente para nuestro propósito. Verá, yo ya había imaginado qué podía ocurrir si los periódicos se hacían con el nombre de Schirmer: toda una nueva inundación de reclamaciones por parte de los Schirmer, los Sherman y otros. Lo último que hice fue despedir al intérprete. Le dije que abandonaba la investigación y le liquidé sus honorarios.

—¿Y esto por qué?

—Porque yo me disponía a continuarla y no quería que ninguna persona ajena a la firma tuviera una visión completa de la misma. Y fue un acierto el despedirle porque más tarde, cuando los nazis fueron en posesión de la herencia y Francia fue ocupada, la Gestapo detuvo al segundo hombre que yo utilicé, para interrogarlo. Si este hubiera sabido lo que sabía el primero, nos habríamos visto en un aprieto. Conseguí el segundo intérprete a través de nuestra embajada en París. Cuando llegó, yo ya había fotografiado la anotación en el diario de guerra (lo encontrará en el expediente) y estaba a punto de marcharme.

—¿A Ansbach?

—Sí. Allí encontré los datos del bautizo de Franz Schirmer. De nuevo en Mühlhausen, hallé en el archivo la inscripción del matrimonio entre Franz y Maria

Dutka, los nacimientos de Karl y Hans, y el fallecimiento de Maria. Pero lo más importante lo encontré cuando regresé a Münster. Karl, el hijo, aparecía en la lista de reclutas para 1824, como Karl *Schirmer*. Franz había cambiado su nombre, pero no el de su hijo primogénito.

George pensó con intensidad.

—Supongo que Franz cambiaría su nombre cuando Mühlhausen fue cedido a Prusia...

—Esto fue lo que pensé yo. En lo que a los prusianos se refería, él era un desertor, pero supongo que no le preocupó lo de Karl.

—Cambió el nombre de Hans...

—Pero Hans era entonces un bebé. Crecería con toda naturalidad como un Schneider. Cualquiera que fuese la razón, así sucedieron las cosas. Hans había tenido seis hermanos y cinco hermanas. Todos ellos llevaban el apellido Schneider, excepto uno, Karl. El apellido de este era Schirmer. Todo lo que había de hacer yo era descubrir cuál de estas personas había tenido hijos (primos de Amelia) y si alguno de estos hijos seguía con vida.

—Debió de ser un trabajo ímprobo.

Moreton se encogió de hombros.

—Bien, en realidad no fue tan duro como puede parecer. En el siglo pasado, los índices de mortalidad eran más altos. De los once hermanos y hermanas, dos chicos y dos chicas murieron en una epidemia de tifus antes de cumplir los doce años, y otra de las niñas fue arrollada por un caballo desbocado cuando contaba quince años de edad. Esto significaba que yo solo había de ocuparme de seis. Cuatro de ellos los puse en manos de un agente de investigaciones privadas, especializado en este tipo de cosas. De los otros dos me ocupé yo mismo.

—¿Y Karl Schirmer fue uno de estos dos?

—Sí. Y a mediados de Julio había terminado con los Schneider. Habían tenido hijos, sí, pero ninguno de ellos había sobrevivido a Amelia. Por tanto, seguía sin aparecer un heredero. El único que quedaba por investigar era Karl Schirmer.

—¿Tuvo hijos?

—Seis. Había trabajado como aprendiz con un impresor de Coblenza, y se casó con la hija de su patrono. A partir de mediados de julio, me dediqué a recorrer las ciudades y pueblos de Renania, y a mediados de agosto los había localizado a todos menos uno, y seguíamos sin heredero. El que faltaba era un hijo, Friedrich, nacido en 1863. Cuanto sabía acerca de él era que en 1887 se había casado en Dortmund y que era tenedor de libros. Y entonces empecé a tener problemas con los nazis.

—¿Qué clase de problemas?

—Pues bien, en el verano de 1939 todo extranjero que viajara por Renania haciendo preguntas, consultando registros oficiales y enviando cables cifrados tenía las mayores probabilidades de convertirse en un elemento sospechoso, pero como un necio, yo no había pensado en ello. En Essen fui interrogado por la policía y se me

exigió que explicara todas mis actividades. Me las arreglé lo mejor que pude y los policías se fueron, pero regresaron al día siguiente. Esta vez les acompañaban un par de chicos de la Gestapo —el señor Moreton sonrió con malicia—. No me importa confesárselo, muchacho, pero me alegré de tener pasaporte norteamericano. No obstante, al final conseguí que me creyeran. Creo que ayudó el hecho de que estuviera tratando de impedir que la prensa se enterase de lo que yo estaba haciendo. Tampoco a ellos les gustaban los periódicos. Lo más importante fue que conseguí mantener al margen el nombre de Schirmer, pero de todos modos ellos no dejaron de armar jaleo. Al cabo de dos semanas, recibí un cable de mis socios, en el que se me decía que la embajada alemana en Washington había notificado al Departamento de Estado que, en el futuro, el Gobierno alemán representaría a todo súbdito alemán que reclamase la herencia Schneider, y que había solicitado información completa acerca del estado actual de las investigaciones del administrador al respecto.

—¿Quiere usted decir que la Gestapo había comunicado a su Ministerio de Asuntos Exteriores lo que usted estaba haciendo?

—Desde luego que sí. Así fue como empezó aquella reivindicación suya con el falso Rudolph Schneider. No tiene usted idea de la dificultad que representa, políticamente y de cualquier otra manera, discutir la validez de documentos presentados y avalados por el Gobierno de una potencia amiga, y con ello me refiero a una potencia que mantenga relaciones diplomáticas normales con el Gobierno de uno. Es como acusarles de falsificar sus propios billetes de banco.

—¿Y la rama Schirmer de la familia, señor Moreton? ¿Llegaron a meterse los nazis en esto?

—No, no lo hicieron. Recuerde que ellos no tenían los documentos de Amelia para ayudarles, como los teníamos nosotros. Ni siquiera tenían la verdadera familia Schneider, pero esto era difícil de demostrar.

—¿Y Friedrich Schirmer, el hijo de Karl? ¿Pudo usted encontrarlo?

—Sí, joven, ya lo creo que lo encontré, pero me costó mis buenos sudores. Hallé su pista por fin a través de una agencia de colocaciones en Karlsruhe. Aquella gente averiguó que en sus listas, cinco años antes, ya había estado inscrito un contable de edad ya proveya, llamado Friedrich Schirmer. Le habían encontrado un trabajo en una fábrica de botones, en Friburgo de Brisgovia. Por consiguiente, fui a la fábrica de botones. Allí me dijeron que él se había jubilado tres años antes, cumplidos ya los setenta, y que había ingresado en una clínica de Bad Schwennheim. Trastornos de la vesícula, me dijeron. Creían que probablemente habría muerto ya.

—¿Y había muerto?

—Sí, estaba muerto —Moreton miró al jardín como si lo odiase—. No me importa decirle, muchacho, que para entonces también yo me estaba sintiendo muy viejo y cansado. Era la última semana de agosto y, a juzgar por lo que decía la radio, apenas cabía dudar de que al cabo de una semana Europa estaría en guerra. Deseaba volver a casa. Nunca he sido de esos hombres a quienes les gusta verse metidos en un

buen fregado. Además, estaba teniendo dificultades con el intérprete. Era lorenés, Francia estaba movilizándolo y él temía no tener tiempo para ver a su mujer antes de incorporarse a su regimiento. Por otra parte, empezaba a resultar difícil comprar gasolina para el coche. Me acometía la tentación de olvidarme de Friedrich Schirmer y largarme. Y sin embargo, no podía decidirme a marcharme sin realizar antes una verificación final. Veinticuatro horas más era todo lo que necesitaba.

—Y entonces hizo la verificación...

Ahora, cuando tenía los datos que deseaba, George se estaba impacientando con las reminiscencias de Moreton.

—Sí, la hice. Pero sin el intérprete. Estaba tan asustado que le dije que cogiera el coche, se fuera con él a Estrasburgo y me esperase allí. Fue, por otra parte, una idea afortunada, pues cuando la Gestapo lo detuvo más tarde, él ya no sabía que yo me había trasladado a Bad Schwennheim. Fue una suerte. Llegué allí en tren. ¿Conoce ese lugar? Está cerca de Friburgo, en Baden.

—Nunca he seguido esta ruta.

—Es uno de esos pequeños centros de vacaciones estivales, con pensiones, hoteles de familias y pequeñas villas al borde de los bosques de abetos. Había constatado ya que la mejor persona a la que consultar en este tipo de investigaciones era el párroco, de modo que lo busqué sin perder tiempo. Podía ver la iglesia —era como un reloj de cuco, en una falda de la colina— y yo hablaba lo bastante el alemán como para averiguar, a través de un transeúnte, que la casa del párroco estaba algo más allá de la iglesia. Me dirigí hacia allí y vi al párroco. Por suerte, hablaba inglés. Desde luego, le conté los embustes usuales...

—¿Embustes?

—Que se trataba de una nadería, de un pequeño legado, etcétera. Es necesario jugar las cartas así. Si uno va contando la verdad en un trabajo como este, va aviado. ¡La codicia! Le sorprendería saber lo que ocurre con gente perfectamente normal cuando empiezan a pensar en millones. Por tanto, conté las mentiras de costumbre e hice las preguntas de costumbre.

—¿Y el cura dijo que Friedrich Schirmer había muerto?

—Sí —Moreton sonrió tímidamente—, pero también dijo que era una lástima que yo hubiese llegado demasiado tarde.

—¿Demasiado tarde para qué?

—Para el entierro.

—¿O sea que había sobrevivido a Amelia?

—En más de diez meses.

—¿Tenía esposa?

—Había fallecido dieciséis años antes.

—¿Hijos?

—Un hijo llamado Johann. Su fotografía es la que usted tiene en la caja. Ilse era la esposa del hijo. Johann debe de tener ahora unos cincuenta años.

—¿Quiere decir que vive?

—No tengo ni la menor idea, joven —replicó alegremente Moreton—. Pero si vive, es, sin lugar a dudas, el heredero de la fortuna Schneider Johnson.

George sonrió.

—Dirá usted que *era*, ¿no cree? Como alemán, nunca podría percibir la herencia. La Custodia de las Propiedades Aliadas le vetaría su reclamación.

El señor Moreton se rio por lo bajo y sacudió la cabeza.

—No esté tan seguro de ello, muchacho. Según el párroco, Friedrich pasó más de veinte años de su vida trabajando para una industria alemana de electricidad, en una planta situada en Schaffhausen, en Suiza. Johann nació allí. Técnicamente, sería suizo.

George se movió en su silla y durante unos momentos se sintió demasiado confuso para pensar con claridad. Las rosadas y rollizas mejillas del señor Moreton temblaron al contener esta risa. Se sentía satisfecho ante el efecto de su afirmación. En cambio, George notó que le invadía la irritación.

—Pero ¿dónde vivía? —quiso saber—. ¿Dónde vive?

—Yo tampoco lo sé. Ni el párroco lo sabía. Por lo que pude deducir, la familia regresó a Alemania a principios de los veinte. Pero Friedrich Schirmer no había visto a su hijo y su nuera durante años, ni sabía nada de ellos. Es más, no había en los papeles que dejó nada que indicara que alguna vez habían existido, excepto la fotografía y algunas cosas que él le dijo al cura.

—¿Hizo testamento Friedrich?

—No. No tenía nada que justificara hacerlo. Había vivido gracias a una modesta pensión. Apenas le quedaba dinero para ser enterrado decentemente.

—Pero seguramente usted hizo algo para encontrar a ese Johann...

—En aquellos momentos, poca cosa podía hacer yo. Pedí al padre Weichs, el párroco, que se pusiera inmediatamente en contacto conmigo si se sabía algo acerca de Johann, pero la guerra comenzó tres días después. Nunca más he oído hablar de todo este asunto.

—Pero cuando el Gobierno alemán reclamó la herencia, ¿no les informó usted acerca de la situación y les pidió que buscaran a Johann Schirmer?

El anciano se encogió de hombros, con impaciencia.

—Naturalmente, si se hubiese llegado al punto de que ellos tuvieran una posibilidad real de respaldar la reclamación de su Schneider, habríamos tenido que hacerlo. Pero, tal como estaban las cosas, era mejor no enseñar nuestras bazas. Ellos ya habían sacado a relucir a un Schneider falso. ¿Qué podía impedirles exhibir a un falso Johann Schirmer? ¿Y si descubrían que Johann e Ilse habían fallecido sin dejar descendencia? ¿Cree que lo hubiesen admitido? Además, no esperábamos que la guerra durase más de un mes o dos y pensábamos en todo momento que podríamos regresar a Alemania y solucionar el asunto adecuadamente y a nuestro gusto. Después, claro, vino lo de Pearl Harbor y para nosotros eso significó ponerle punto

final a todo.

Moreton se reclinó en sus almohadas y cerró los ojos. Había pasado un rato divertido, pero ahora estaba cansado.

George guardó silencio. Por el rabillo del ojo podía ver a la segunda señora Moreton, que hacía acto de presencia entre bastidores. Se levantó.

—Solo hay una cosa sobre la cual no tengo una idea clara, señor Moreton —dijo.

—¿Qué es, joven?

—Ha dicho usted que cuando en 1944 cedió sus atribuciones al señor Sistrom, no quiso que él se enterase de estos hechos. ¿Por qué?

Moreton abrió lentamente los ojos.

—A principios de 1944 —contestó—, mi hijo fue asesinado por las SS tras escapar de un campo de prisioneros de guerra en Alemania. Mi esposa no andaba entonces muy bien de salud y el disgusto acabó con ella. Cuando llegó el momento de ceder la administración, sospecho que no me era posible aceptar la idea de que Alemania pudiese sacar algo de nuestro país a consecuencia de mis gestiones.

—Lo comprendo.

—No fue una actitud muy profesional —dijo el anciano con un tono de desaprobación—. Ni ética. Pero era lo que yo sentía entonces. Ahora... —se encogió de hombros y en sus ojos brilló de nuevo una chispa traviesa—, ahora lo único que me pregunto es qué dirá Harry Budd cuando usted se lo explique.

—Y yo me estoy preguntando lo mismo —admitió George.

El señor Budd dijo:

—¡Oh, Dios mío!

Lo dijo con gran vehemencia y ordenó a su secretaria que averiguase si el señor Sistrom estaba disponible para una reunión de consulta.

John J. Sistrom era el socio más antiguo de la firma (Lavater y Powell habían muerto años atrás) y había estado muy bien considerado por el viejo J. P. Morgan. Era un personaje remoto y ominoso que entraba en su despacho y salía de él por una puerta privada, rara vez visto como no fuese por otros socios antiguos. George le había sido presentado al incorporarse a la firma y había recibido un rápido apretón de manos. Era un hombre muy viejo, mucho más que Moreton, pero delgado y ágil, un saco de huesos lleno de energía. Juguetó con un lapicero de oro mientras escuchaba la explicación que le ofrecía el señor Budd con un tono de disgusto.

—Comprendo —dijo finalmente—. Y bien, Harry, ¿qué quiere que haga yo? Buscar a algún otro, ¿verdad?

—Sí, John J. Pensé que alguien como Lieberman podría sentirse interesado.

—Es posible. ¿Cuál es ahora el valor exacto de la herencia?

Budd miró a George.

—Cuatro millones trescientos mil, señor —dijo George.

El señor Sistrofrunció los labios.

—Vamos a ver... El impuesto federal se llevará un buen bocado. Por otra parte. Esto ha estado encallado durante más de siete años, de modo que se ha de aplicar la legislación de 1943. Esto significa el ochenta por ciento de lo que quede para la Commonwealth.

—Si un aspirante a la herencia lograra sacar medio millón, podría considerarse afortunado —observó Budd.

—Medio millón de dólares libres de impuestos es mucho dinero hoy en día, Harry.

El señor Budd se echó a reír y Sistrofrunció hacia George.

—¿Cuál es su opinión sobre esa cuestión de Johann Schirmer, joven? —quiso saber.

—A primera vista, señor Sistrofrunció, la reivindicación me parece sólida. Un punto importante a su favor parecería ser el hecho de que, aunque la herencia en sí queda sometida a la ley de 1917, la reclamación de Schirmer satisfaría las condiciones más estrictas de la ley de 1947. No cabe hablar aquí de representación. Friedrich Schirmer era un primo hermano y además sobrevivió a la anciana.

Sistrofrunció con la cabeza.

—¿Está usted de acuerdo con esto, Harry?

—Sí, desde luego. Creo que Lieberman estará encantado de poder actuar.

—Resultan muy curiosas algunas de esas herencias antiguas —comentó distraídamente Sistrofrunció—. Abren extrañas perspectivas. Un dragón alemán de la época napoleónica deserta después de una batalla y se ve obligado a cambiar de nombre. Y ahora, más de cien años después y a más de seis mil kilómetros de distancia, nosotros nos preguntamos cómo hemos de manejar una situación surgida de un hecho tan remoto. —Sonrió vagamente—. Es un caso interesante. Siempre podríamos alegar que Friedrich heredó antes de que se nombrase la Custodia de las Propiedades Aliadas. Ha habido un par de casos de reclamaciones germano-suizas contra la Custodia, que han salido victoriosas. Hay toda clase de posibilidades.

—¡Y como van a divertirse los de la prensa cuando se enteren!

—Bien, yo creo que no deben enterarse, ¿verdad? Al menos por el momento. —Al parecer, el señor Sistrofrunció había tomado una decisión—. Me parece que no debe actuar con precipitación en este asunto, Harry —dijo—. Desde luego, no vamos a enredarnos en ningún jaleo montado por los periódicos, pero nosotros poseemos una cierta información a la que nadie más tiene acceso. Ocupamos una buena posición. Creo que, antes de tomar cualquier decisión con respecto a quién va a actuar en el caso, al menos deberíamos enviar discretamente a alguien a Alemania, para saber si es posible encontrar a ese Johann Schirmer. No me agrada la idea de permitir que la Commonwealth se quede con todo ese dinero solo porque a nosotros nos incomode pelear con ella. Si el hombre ha muerto sin dejar herederos, o si no podemos dar con él, siempre podremos volver a considerar el asunto. Tal vez entonces yo explique

simplemente a la Commonwealth los hechos y deje que se las compongan por su cuenta. Pero si hay alguna posibilidad de que el hombre esté vivo, por leve que sea, deberíamos multiplicar nuestros esfuerzos para encontrarlo. Y no es necesario que le paguemos a otra firma unos honorarios sustanciosos para este fin. Nuestra tarifa por servicios se cobra tanto si nuestras gestiones son fructíferas como si no lo son. No veo motivo para dejar escapar esta oportunidad.

—Pero, válgame Dios, John J...

—Es perfectamente ético que los abogados del administrador procuren encontrar el heredero y que se les pague por sus gestiones.

—Ya sé que es ético, John J., pero de todos modos...

—En este tipo de oficina la vía puede llegar a ser demasiado estrecha —dijo Sistro con firmeza—. Y no creo que solo porque temamos que pueda molestarnos un poco de publicidad en la prensa, debamos permitir que este negocio escape de manos de la familia.

Reinó el silencio, solo interrumpido por un suspiro del señor Budd.

—Está bien —dijo este—, si plantea las cosas de este modo, John J. Pero supongamos que ese hombre se encuentra en la zona comunista de Alemania, o en la prisión como criminal de guerra...

—Entonces lo volveremos a pensar todo. Vamos a ver, ¿a quién enviará?

Budd se encogió de hombros.

—Yo diría que un investigador privado, experto y fiable, es lo que necesitamos.

—¿Un investigador privado? —el señor Sistro dejó caer su lapicero de oro—. Mire, Harry, nosotros no vamos a sacar un millón de dólares de ese asunto. Los investigadores competentes son demasiado caros para una operación como esta. No, creo tener una idea mejor.

Se volvió en su sillón y miró a George.

George esperó con el corazón en un puño y entonces cayó la bomba.

El señor Sistro sonrió con benevolencia y preguntó:

—¿Qué me diría de un viajecito a Europa, señor Carey?

DOS SEMANAS más tarde, George fue a París.

Al virar lentamente el avión procedente de Nueva York y empezar a perder altitud, preparándose para el aterrizaje en Orly, pudo ver como la ciudad se ofrecía perezosamente a su vista por debajo del ala de babor. Alargó el cuello para divisar algo más. No era la primera vez que volaba sobre París, pero sí la primera en que lo hacía como civil, y tenía curiosidad por comprobar si todavía podía identificar hitos en otro tiempo familiares. Se trataba, además, del comienzo de una nueva relación con aquel lugar. Para él había sido, sucesivamente, una zona en un mapa, la ubicación de un cuartel general de las Fuerzas Aéreas, un parque de atracciones en el que pasar períodos de permiso, y un gris laberinto de calles en el que uno consumía largos turnos de espera en busca de medios de transporte que lo llevaran a su casa. Ahora se había convertido en una capital extranjera en la que había de atender a ciertos negocios, con un punto de partida que, en un momento de humor, había imaginado como el de una odisea. Ni siquiera el hecho de saber que actuaba meramente como el sustituto barato de un competente investigador privado llegaba a disipar la agradable sensación de expectación que le embargaba.

Su actitud había cambiado ligeramente en las dos últimas semanas.

Aunque todavía consideraba su conexión con el mismo como una desventura, ya no la contemplaba como un grave desastre. Varias cosas habían conspirado para reforzar su sentido común en esta cuestión. Se había producido la protesta del señor Budd contra el envío de un hombre tan capacitado para una misión tan pedestre. Sus colegas habían expresado malignamente su convicción de que, aburrido por la revisión de tantas reclamaciones, había alterado astutamente los hechos a fin de conseguir unas vacaciones gratuitas. Y, por encima de todo, hubo la decisión del señor Sstrom en lo referente a asumir un interés personal en el asunto. El señor Budd, malhumorado, la había atribuido a vulgar codicia, pero George sospechaba que el deseo, aparentemente simple, del señor Sstrom en cuanto a ordenar la herencia mientras tuviera esta posibilidad, contenía elementos de otros deseos de tipo menos crematístico. Sin duda, era fantástico sugerir que, en un asunto financiero de

cualquier tipo, un socio de la firma Lavater, Powell y Siström pudiera estar influido por consideraciones románticas o sentimentales, pero, como George ya había percibido, la fantasía y el caso Schneider Johnson nunca habían estado muy distantes entre sí. Además, la creencia de que en el señor Siström había todavía, aunque oculta, una personalidad juvenil resultaba tranquilizadora, y la tranquilidad era algo que George necesitaba.

Tras una nueva visita a Montclair, se había puesto a trabajar para descifrar el diario de Moreton. Cuando hubo completado la tarea e identificado todos los documentos fotografiados que había en la caja de escrituras, fue consciente de la sensación, para él poco familiar, que pueden inspirar la inadecuación y la duda interna. Münster, Mühlhausen, Karlsruhe y Berlín..., él mismo había lanzado bombas sobre muchos de los lugares en los que Moreton había trabajado para reunir la historia de la familia Schirmer. Y sin duda, había matado a algunos de sus habitantes. ¿Tendría él la paciencia y el ingenio necesarios para hacer lo que había hecho el señor Moreton? Se sentía inclinado a dudarlo. Resultaba humillante consolarse con la idea de que probablemente su tarea sería más sencilla.

La mañana siguiente a su llegada a París, fue a la embajada de Estados Unidos, estableció relaciones con su departamento legal y pidió que le recomendaran un intérprete alemán-inglés cuyos servicios ellos ya hubieran utilizado, y cuyas declaraciones juradas fuesen aceptadas más tarde por el Tribunal de Huérfanos en Filadelfia y la Custodia de Propiedades Aliadas.

Cuando regresó a su hotel le esperaba una carta. Era del señor Moreton.

Muy apreciado señor Carey:

Muchas gracias por su carta. Desde luego, me ha interesado mucho saber que mi viejo amigo John Siström ha decidido continuar la investigación del asunto Schirmer, y me ha complacido el hecho de que usted vaya a asumir esta responsabilidad. Le felicito. John J. debe tener muy buen concepto de usted para confiarle esta tarea. Puede tener la seguridad de que ningún periódico sabrá por mí ni una palabra acerca de este asunto. Veo con agrado su halagüeña intención de tomar las mismas medidas de precaución que asumí yo para asegurar el secreto. Si me permite darle un consejo sobre la cuestión del intérprete, no admita ninguno que le dé la impresión de que no va a gustarle personalmente. Pasarán tanto tiempo juntos que si desde un buen principio no es de su agrado, acabará por aborrecerle.

En cuanto a aquellos puntos de mi diario que para usted no acababan de estar claros, incluyo en una hoja por separado mis respuestas a sus preguntas. Sin embargo, recuerde que yo confío en mi memoria y que, en algunos casos, esta me ha fallado. Las contestaciones las doy de acuerdo con todo lo que pueden dar de sí mis conocimientos y creencias.

He reflexionado sobre sus problemas en Alemania y me parece probable que el padre Weichs, el párroco de Bad Schwennheim, se cuente entre aquellas personas con las que usted se pondrá en contacto en los primeros momentos. Pero cuando traté de recordar lo que yo le dije a usted con respecto a mi conversación con el párroco, tuve la impresión de haber olvidado varios detalles importantes. Sé que mi diario solo explica los hechos más concretos. Esta fue mi última entrevista en Alemania y yo tenía ganas de regresar cuanto antes a mi país. Sin embargo, como puede imaginar, recuerdo vivamente esta ocasión. Un relato más detallado de la entrevista tal vez pueda serle útil.

Como le expliqué, él me informó acerca del fallecimiento de Friedrich Schirmer y yo le expuse con cautela mis razones para hacer averiguaciones sobre aquel hombre. Después sostuvimos una conversación que, en lo que se refiere hasta cierto punto a Johann Schirmer, voy a exponerle tal como la recuerdo.

El padre Weichs es, o era, un hombre alto y rubio, con una cara huesuda y unos ojos azules de mirada penetrante. No tiene un pelo de tonto, se lo advierto. Y en él no hay actitudes pasivas. Mi alemán entrecortado hizo que los músculos de sus mandíbulas se movieran con impaciencia. Por suerte, habla bien el inglés y, una vez terminado el intercambio de cortesías, este fue el idioma que empleamos.

—Yo esperaba que fuese usted un pariente —me dijo—. En una ocasión me habló de un tío de América al que nunca había visto.

—¿Tenía parientes aquí? ¿Estaba casado? —pregunté.

—Su esposa murió hace unos dieciséis años, en Schaffhausen. Ella era suiza. Vivieron allí más de veinte años. Su hijo nació allí, pero cuando ella murió, él regresó a Alemania. Durante su última enfermedad solía hablarme de su hijo Johann, pero hacía muchos años que no lo había visto. Johann estaba casado y él había vivido con la pareja algún tiempo, pero después se pelearon y él abandonó su casa.

—¿Dónde vivían?

—En Alemania, pero no me dijo en qué lugar. Este tema le resultaba muy penoso. Me habló de esto una sola vez.

—¿Y por qué se pelearon?

Ante esta pregunta, el padre Weichs titubeó. Evidentemente, conocía la respuesta, pero solo me contestó:

—No puedo decírselo.

—¿No lo sabe? —insistí yo.

Vaciló de nuevo y después respondió cautelosamente:

—Es posible que Friedrich Schirmer no fuera un hombre tan simple como parecía. Esto es todo lo que puedo decirle.

—Comprendo.

—De mortuis... El pobre hombre estaba muy enfermo.

—Entonces, padre, ¿no tiene usted la menor idea acerca del paradero de Johann?

—Ninguna, lo siento. Revisé las pertenencias del anciano en busca de la dirección de alguien a quien poder comunicarle su muerte, pero no encontré nada. Vivía en el sanatorio para ancianos y la directora me dijo que no recibía cartas; tan solo su pensión cada mes. ¿Recibirá el hijo la herencia, ahora?

Yo estaba preparado para esta pregunta. En cierto momento había pensado en depositar mi confianza en el clérigo, pero el hábito de la cautela era muy fuerte en mí. Contesté con una evasiva:

—El dinero se encuentra en fideicomiso —dije, y cambié de tema preguntándole qué había sido de las pertenencias del difunto.

—Poca cosa había, aparte de las ropas con las que fue enterrado —me contestó.

—¿Ningún testamento?

—No. Había unos pocos libros y unos cuantos papeles antiguos, recuerdos de su servicio militar y otros por el estilo. Nada de valor. Me he hecho cargo de ello hasta que las autoridades me digan que puedo destruirlo.

Naturalmente, yo estaba decidido a examinar todo aquello, pero tenía que actuar con tacto.

—¿No podría verlas, padre? —inquirí—. Creo que sería apropiado decir a sus parientes en América que lo he hecho.

—Desde luego, si así lo desea.

Había hecho un paquete con los papeles y había incluido en el mismo el rosario del difunto. Los examiné.

Debo decirle que se trataba de una colección patética. Había viejos programas suizos de conciertos y catálogos de exposiciones del ramo de la electricidad en Suiza, un diploma de contabilidad de una escuela comercial en Dortmund, y el menú autografiado de un banquete ofrecido en 1910 para los empleados alemanes de la fábrica de Schaffhausen en la que él había trabajado. Había también cartas de empresas comerciales de toda Alemania que contestaban a la solicitud de un empleo como contable. Las fechas eran de 1927 en adelante. El solicitante había escrito desde Dortmund, Maguncia, Hannover, Karlsruhe y Friburgo, en ese orden de fechas. Estaban los papeles del ejército y los documentos relacionados con la pensión vitalicia que él había conseguido con sus ahorros. En momentos expansivos se me ha oído decir que las cosas aparentemente sin importancia que un hombre conserva, los recuerdos privados, todo lo que él acumula durante su existencia, son un índice de los secretos de su alma. Si esto es así, entonces Friedrich Schirmer

debió de llevar una vida interior singularmente carente de acontecimientos.

Había dos fotografías: la de Johann e Ilse, que usted ha visto, y otra de la difunta Frau (Friedrich) Schirmer. Comprendí que debía hacerme con la de Johann a cualquier precio y la separé como por casualidad.

—Nada de interés, como puede ver —dijo el padre Weichs.

Yo asentí.

—Sin embargo —alegué— me pregunto si no sería una buena acción por mi parte llevarme algún recuerdo suyo para entregarlo a sus parientes en Estados Unidos. Si estas cosas han de ser destruidas, es una lástima no conservar algo suyo.

Reflexionó por unos instantes, pero no pudo ver objeción alguna. Me sugirió el rosario y yo me mostré inmediatamente de acuerdo, y solo saqué a relucir la foto como si fuese una ocurrencia ulterior.

—Si, por alguna razón, alguien reclamase la foto, siempre podría sacar una copia y devolverle a usted el original —dije.

Y así fue como me la llevé conmigo. También me llevé su promesa de que, en caso de que él se enterase del paradero de Johann Schirmer, me lo comunicaría. Como usted sabe no he vuelto a tener noticias de él. El día siguiente, a primera hora de la mañana, el ejército alemán cruzó la frontera e inició su avance en Polonia.

Bien, esto es todo, muchacho. Mi esposa ha tenido la bondad de mecanografiar todo esto y espero que le sea de alguna utilidad. Si algo más puedo hacer, hágamelo saber. Y si cree que, sin traicionar la confianza en usted depositada por su firma, puede informarme sobre la marcha de sus gestiones, me encantará saber lo que quiera decirme. Usted ya sabe que el único de todos esos Schneider y Schirmer que he llegado a conocer y que realmente me ha caído bien es ese viejo sargento Franz. Supongo que el hombre se encontró ante un dilema peliagudo. ¿Qué le ocurre a una sangre como esta? Sí, ya sé que solo se transmiten ciertas características, y que todo es cuestión de genes y cromosomas, pero si llega a encontrar un Schirmer con una barba como la de Franz, hágamelo saber. Sea como fuere, le deseo la mejor suerte.

Sinceramente,

ROBERT L. MORETON

George dobló la carta y contempló la hoja de papel que la acompañaba, con la respuesta a sus preguntas. Al hacerlo, el teléfono sonó apremiante junto a su cama y se dio la vuelta para contestar a su llamada.

—Mademoiselle Kolin desea verle, señor.

—Muy bien. Ya bajo.

Era la intérprete que le había sido recomendada por la embajada.

—¿La señorita Kolin? —había exclamado George—. ¿Una mujer?

—Desde luego, se trata de una mujer.

—Yo creía que me proporcionarían a un hombre. Ya saben que he de viajar de un lado a otro y hospedarme en hoteles. Va a resultar un poco raro que...

—¿Por qué? No ha de dormir con ella.

—¿No había ningún hombre disponible?

—No con la capacidad de la señorita Kolin. Usted dijo que le interesaba una persona de la que pudiéramos responder si se quería que el testimonio del intérprete fuese aceptado por un tribunal norteamericano. Nosotros podemos recomendarle totalmente a la señorita Kolin en este sentido. Siempre nos valemos de ella o de la señorita Harle para tareas importantes de esta índole, y lo mismo hacen los británicos. Harle se encuentra ahora en Ginebra, desempeñando otra misión, y por tanto le mandamos a la señorita Kolin. Tiene usted la suerte de que se encuentre disponible.

—Está bien. ¿Cuál es su edad?

—Treinta y pico, y es muy atractiva.

—¡Por el amor de Dios!

—No debe usted preocuparse —le aseguró el funcionario de la embajada, con una risita forzada.

George ignoró la risita y solicitó el historial de la señorita Kolin.

Había nacido en una de las ciudades serbias de Yugoslavia y se había licenciado en la Universidad de Belgrado. Para los idiomas, tenía un talento casi fenomenal. Un comandante británico que trabajaba con una organización benéfica la había descubierto en un campo de personas desplazadas en 1945 y se había servido de ella como secretaria. Después trabajó como intérprete para un equipo jurídico norteamericano que estaba preparando los juicios de Nuremberg. Cuando este equipo terminó su trabajo, uno de los abogados, tan impresionado por su capacidad como secretaria como por su dominio de diversos idiomas, le dio cartas de recomendación para la International Standards Organization y para la embajada de Estados Unidos en París, y le aconsejó que procurase crearse una especialidad como intérprete y traductora jurada. No tardó en forjarse una reputación, y ahora gozaba de un buen nombre en las conferencias comerciales internacionales por la rapidez y fiabilidad de su trabajo. Sus servicios estaban más que solicitados.

Había varias mujeres que esperaban en el vestíbulo del hotel y George tuvo que pedir al conserje que le indicara cuál de ellas era su visitante.

Desde luego, Maria Kolin era atractiva. Tenía aquel tipo y aquella postura que dan el mejor aspecto a unas ropas de poco precio. Cara y facciones eran más bien anchas, con piel morena y cabellos de color pajizo. El único maquillaje que se permitía era el lápiz de labios, pero aplicado con vigor. Daba la impresión de haber regresado de una temporada de vacaciones en un lugar de esquí.

Aunque forzosamente había de haber observado que el conserje la señalaba, permaneció impasible cuando George se acercó, y cuando este le dirigió la palabra fingió sobresaltarse.

—¿La señorita Kolin? Soy George Carey.

—¿Cómo está usted?

Tocó la mano que él le alargaba como si se tratara de un periódico enrollado.

—Me alegro de que haya podido venir —dijo George.

Ella se encogió de hombros, rígidamente.

—Como es natural, usted desea hablar conmigo antes de tomar la decisión de contratar mis servicios.

Su inglés era muy claro y preciso, casi sin acento.

—En la embajada me han dicho que es usted una persona muy atareada y que he tenido mucha suerte de encontrarla disponible —aseguró George, con la más amistosa de sus sonrisas.

Ella le miró vagamente.

—¿Sí?

George empezaba a sentirse irritado por la actitud de ella.

—¿Nos sentamos en cualquier lugar y hablamos, señorita Kolin?

—Claro.

George se encaminó, a través del salón, hacia unas butacas confortables cerca del bar. Ella le siguió con excesiva lentitud, con lo que la irritación de George fue en aumento. Podía ser una mujer atractiva, pero no había motivo para comportarse como si estuviera esquivando un torpe intento de seducción. Se había presentado para conseguir un trabajo. ¿Le interesaba o no le interesaba? Y en este último caso, ¿por qué perder tiempo viniendo?

—Vamos a ver, señorita Kolin —dijo cuando se sentaron—, ¿qué le explicaron en la embajada acerca de esta tarea?

—Que usted iba a Alemania para hablar con varias personas a propósito de un pleito judicial. Que deseaba transcripciones al pie de la letra de estas entrevistas. Que más tarde tal vez fuese necesario acudir a una embajada de Estados Unidos para que estas transcripciones fueran legalizadas ante notario. El período durante el cual usted requeriría mis servicios no sería inferior a un mes ni superior a tres meses. Yo percibiría mis honorarios habituales por cada mes de trabajo, y además me serían pagados todos mis gastos de viaje y alojamiento.

Y de nuevo miró más allá de él, erguida la cabeza y con la actitud de una dama de alcurnia importunada por un lascivo proletario.

—Más o menos es así —admitió George—. ¿Le dijeron de qué trataba el pleito?

—Dijeron que era una cuestión altamente confidencial y que sin duda usted me explicaría lo que yo necesitara saber.

Una leve sonrisa indiferente... los hombres se comportan como chiquillos con sus insignificantes secretos.

—De acuerdo. ¿Qué pasaporte tiene, señorita Kolin?

—Francés.

—Yo tenía entendido que era yugoslava...

—Tengo ciudadanía francesa. Mi pasaporte es válido para Alemania.

—Sí, esto es lo que me interesaba saber.

Ella asintió con la cabeza, pero sin decir nada. Cabía mostrar paciencia con una persona lerda, pero nadie estaba obligado a seguirle siempre la corriente.

En aquel momento, George tuvo varias frases en la punta de la lengua, en su mayoría destinadas a poner un brusco punto final a aquella conversación, pero optó por tragárselas. El hecho de que ella no fingiera ser más estúpida de lo que era o tener más interés del que realmente tenía por aquel empleo, no justificaba que él la insultara. La joven no era precisamente un ejemplo de buena educación, pero eso no importaba. ¿Acaso la convertía en una mala intérprete? Por otra parte, ¿qué esperaba él que hiciera ella? ¿Adularle?

Entonces le ofreció un cigarrillo.

Ella lo rehusó moviendo negativamente la cabeza.

—Gracias, pero prefiero estos —y sacó un paquete de Gitanes.

Él le dio fuego con una cerilla.

—¿Desea hacerme alguna pregunta con respecto a este trabajo? —inquirió George.

—Sí —contestó ella, exhalando el humo—. ¿Ha tenido alguna experiencia con el uso de un intérprete, señor Carey?

—Ninguna.

—Está bien. ¿Habla usted alemán?

—Un poco.

—¿Qué es un poco? No se trata de una pregunta superflua.

—Sé que no lo es. Pues bien, hablo el alemán que aprendí en el bachillerato. Después de la guerra estuve destinado en Alemania durante unos meses y allí pude oírlo hablar cada día. Entiendo el contenido de la mayoría de las conversaciones entre alemanes, pero a veces me desoriento hasta el punto de creer que escucho una discusión sobre política, cuando en realidad se trata de una conversación sobre la cría de aves de corral. ¿Contesta esto a su pregunta?

—Perfectamente. Le explicaré por qué. Cuando se utiliza un intérprete, no siempre es fácil abstenerse de escuchar también la conversación que se está traduciendo. Y con ello pueden producirse confusiones.

—De hecho, es mejor confiar en la intérprete y no pretender sustituirla.

—Exactamente.

El camarero estaba pendiente de ellos, pero George ignoró su presencia. Parecía que la entrevista había terminado y él no tenía el menor deseo de prolongarla. El cigarrillo de ella estaba ya a medio fumar. Cuando se hubiera consumido otro medio centímetro del mismo, él se levantaría.

—Supongo que usted conoce muy bien Alemania, ¿no es así, señorita Kolin?

—Solo ciertos lugares.

—¿Renania?

—Un poco.

—Me dijeron que había trabajado en los preparativos para los juicios de Nuremberg.

—Así es.

—Como yugoslava, debió de juzgarlos muy satisfactorios, ¿verdad?

—¿Lo cree así, señor Carey?

—¿No aprobó estos juicios?

Ella contempló su cigarrillo.

—Los alemanes retuvieron a mi padre como rehén y lo fusilaron —contestó secamente—. A mi madre y a mí nos enviaron a Leipzig, a trabajar en una fábrica. Mi madre murió allí a causa de un envenenamiento de la sangre producido por una herida infectada que ellos se negaron a tratar. No sé con exactitud que les ocurrió a mis hermanos, excepto que en un momento dado fueron torturados hasta morir en un cuartel de las SS en Zagreb. Sí, ya lo creo que aprobé los juicios de Nuremberg. Si consiguieron que las Naciones Unidas se sintieran fuertes y justas, desde luego que los apruebo. Pero no me pida que los aplauda.

—Sí, comprendo que usted hubiera deseado una venganza más personal.

Ella se había inclinado hacia adelante para apagar la colilla de su cigarrillo. Después, volvió lentamente la cabeza y sus ojos se encontraron con los de él.

—Mucho me temo que yo no tengo su fe en la justicia, señor Carey —dijo.

Había en sus labios una extraña y leve sonrisa y él comprendió súbitamente que estaba a punto de perder los estribos.

Entonces ella se levantó y, ante él, se alisó el vestido.

—¿Desea saber algo más? —preguntó fríamente.

—Nada más, muchas gracias —también él se levantó—. Ha sido muy amable al venir, señorita Kolin. Todavía no sé con exactitud cuándo me marcharé de París, pero me pondré en contacto con usted apenas lo sepa.

—Está bien. —La joven recogió su bolso—. Adiós, señor Carey.

—Buenas tardes, señorita Kolin.

Con un leve saludo, ella se alejó.

Durante unos momentos, George contempló el cigarrillo que ella había apagado y las manchas de carmín de labios en él, y después se encaminó hacia el ascensor y subió a su habitación.

Inmediatamente, telefoneó al funcionario de la embajada.

—Acabo de ver a la señorita Kolin —le dijo.

—Perfectamente. ¿Todo arreglado?

—No, ni mucho menos. Mire, Don, ¿no puede proporcionarme otra persona?

—¿Qué le pasa a Kolin?

—No lo sé, pero sea lo que sea no me gusta.

—Debe de haberla pillado en uno de sus malos días. Ya le dije que como refugiada había pasado por algunas experiencias muy desagradables.

—Mire, yo he hablado con muchos refugiados que habían tenido experiencias desagradables, pero hasta el momento no había hablado con uno que me hiciera simpatizar con la Gestapo.

—Lo siento. Sin embargo, su trabajo es irreprochable.

—Pero ella no.

—Usted quería el mejor intérprete disponible.

—Me quedaré con el que ocupe el segundo lugar.

—Todos los que han trabajado con Kolin solo han tenido palabras de alabanza para ella.

—Puede ser muy apta para conferencias y comités, pero esto es algo diferente.

—¿Qué diferencia puede haber? Supongo que no está usted en viaje de vacaciones, ¿no es así?

Había ahora una nota de irritación en la voz de su interlocutor y George titubeó.

—No, pero...

—Supongamos que hay después una disputa legal sobre el testimonio. Le va a ser bastante difícil explicar que desperdició la oportunidad de conseguir una intérprete fiable solo porque no le agradó su personalidad, ¿no le parece, Carey?

—Bueno... —George se interrumpió y después suspiró—. De acuerdo, pero si cuando regrese me he convertido en un alcohólico, le enviaré las facturas del médico.

—Probablemente acabará casándose con la chica.

George se rio cortésmente y colgó el teléfono.

Dos días más tarde, él y Maria Kolin salían para Alemania.

UN CONTABLE llamado Friedrich Schirmer había fallecido en Bad Schwennheim en 1939. Había tenido un hijo llamado Johann. Buscar a este hijo. Si había muerto, buscar entonces a su heredero.

Tales eran las instrucciones de George.

Había probablemente millares de Johann Schirmer en Alemania, pero sobre este se sabían algunas cosas. Había nacido hacia 1895, en Schaffhausen. Se había casado con una mujer llamada Ilse. Existía una fotografía de los dos, tomada a principios de los años veinte. George tenía una copia. Serviría probablemente de muy escasa ayuda como identificación positiva en esta primera etapa, pero podía resultar útil para refrescar la memoria de antiguos vecinos o conocidos de la pareja. Las caras suelen ser mejor recordadas que los nombres. La fotografía suministraba además otra pista, aunque débil: el sello del fotógrafo en el soporte indicaba que había sido tomada en Zurich.

No obstante, el primer movimiento en el plan de campaña que Siström le había trazado era, tal como había recomendado Moreton, ir a Bad Schwennheim y comenzar allí donde la anterior investigación se había interrumpido.

Cuando murió Friedrich Schirmer, hacía varios años que no veía a su hijo, pero siempre cabía la posibilidad de que la guerra hubiera cambiado las cosas. En casos de emergencia, las familias tienden a reunirse y, en opinión del señor Siström, hubiera sido lógico que Johann tratase de establecer contacto con su padre en aquellos años. En este caso, se le habría notificado oficialmente el fallecimiento de este, y tal vez hubiera quedado registrada esta notificación, con la inclusión de sus señas. Ciertamente que Moreton no había recibido ninguna noticia a este respecto desde Bad Schwennheim. Pero esto no demostraba nada. El cura podía haber olvidado su promesa e incluso haberla incumplido, su carta podía haberse perdido en las inseguridades del correo en tiempo de guerra, y también cabía que él se hubiese incorporado al ejército alemán como capellán castrense. Había infinitas posibilidades.

En el tren que les llevaba a Basilea, George explicó todo esto a la señorita Kolin.

Esta le escuchó atentamente y, cuando él hubo terminado, hizo un gesto de

asentimiento.

—Sí, lo comprendo. Desde luego, no puede usted descuidar la menor posibilidad.
—Hizo una pausa y preguntó—: ¿Espera conseguir mucho en Bad Schwennheim, señor Carey?

—Mucho, no. No sé exactamente cuáles son los procedimientos alemanes, pero yo diría que, cuando fallece un anciano como ese Friedrich, las autoridades no revuelven cielos y tierra en busca de parientes a los que notificárselo. Tampoco nosotros lo hacemos. ¿Para qué? No hay herencia a la vista. Y suponiendo que Johann escribiese, la carta llegaría al sanatorio y lo más probable es que fuese devuelta con la anotación «Destinatario fallecido», o cualquier otra por el estilo. Lo más fácil es que el párroco no se enterase siquiera.

Ella frunció los labios.

—Es curioso lo de ese viejo.

—No mucho, estas cosas ocurren cada día.

—Dice usted que el señor Moreton no encontró nada referente al hijo entre los papeles del viejo, excepto esa fotografía. Ni cartas, ni tampoco otras fotos, salvo la de su difunta esposa. Nada. Se nos dice que se pelearon. Sería interesante saber por qué.

—Probablemente, la esposa se cansó de tener el suegro en casa.

—¿De qué murió?

—No sé de qué dolencia de la vesícula.

—Debió de saber que se estaba muriendo, y sin embargo no escribió a su hijo antes del fin, ni siquiera pidió al cura que lo hiciera...

—Tal vez ya no le importaba en absoluto.

—Tal vez —la joven reflexionó unos momentos—. ¿Sabe cómo se llamaba el párroco?

—Era el padre Weichs.

—Entonces creo que podría hacer averiguaciones antes de ir a Bad Schwennheim. Podría enterarse, a través de las autoridades eclesiásticas de Friburgo, de si el padre Weichs todavía sigue allí. Si ya no está, podrán decirle dónde se encuentra. Con ello, puede ganar mucho tiempo.

—Es una buena idea, señorita Kolin.

—En Friburgo, también puede usted averiguar si algún pariente reclamó las pertenencias del anciano.

—Creo que para esa información deberemos ir a Baden, pero siempre podemos probar en Friburgo.

—¿No le molesta que le haga estas sugerencias?

—En absoluto. Muy al contrario, me resultan de gran utilidad.

—Gracias.

George no consideró necesario mencionar que, de hecho, las ideas ofrecidas por ella ya se le habían ocurrido a él. Había estado pensando en la señorita Kolin desde que tomó, de mala gana, la decisión de emplear sus servicios.

Le desagradaba y, si había que creer al señor Moreton, acabaría por detestarla. No era una persona a la que hubiera elegido libremente para que le prestase unos servicios. En todos los aspectos, ella le había sido impuesta. Por lo tanto, carecería de todo sentido el comportarse con ella como si hubiera de representar —como, por ejemplo, debería representar una buena secretaria— una extensión de parte de su propia mente y voluntad. Más bien ocupaba la posición de una asociada indiferente con la que tenía el deber de colaborar amigablemente hasta concluir un determinado trabajo. Se había encontrado en situaciones semejantes en el ejército y las había aceptado con filosofía, y no había razón para no hacer ahora lo mismo con esta.

Y así, tras haberse preparado para lo peor, había descubierto que la señorita Kolin, que se había presentado aquella mañana en la Gare de l'Est con su maleta y una máquina de escribir portátil, ofrecía un aspecto muy agradable. Ciertamente que había avanzado por el andén como si se dispusiera a hacer frente a un pelotón de fusilamiento, y cierto también que parecía como si aquel día hubiera sido insultada ya varias veces, pero le había saludado amistosamente y a continuación le había desconcertado al sacar un mapa excelente de la Alemania Occidental en el que, en beneficio de él, había trazado los límites de las diferentes zonas de ocupación. Había aceptado con una comprensión muy práctica la manifiesta reserva que él mostraba en lo referente al caso, y se había mostrado alerta y eficiente cuando él había procedido a explicar en detalle la índole del trabajo que había de realizar en Alemania. Y ahora estaba brindando sugerencias inteligentes y útiles. Kolin en pleno trabajo era, evidentemente, una persona muy diferente de Kolin entrevistada para ofrecérselo. O tal vez el hombre de la embajada había tenido razón y, tras haber pasado ella por uno de sus malos días, ahora disfrutaba de uno mejor. En este caso, bien valdría la pena de descubrir si era posible evitar estos malos días. Nunca es conveniente perder las esperanzas.

Después de dos días buenos en Friburgo, la actitud de George con respecto a su colaboradora experimentó un nuevo cambio. No se trataba de que ella le agradara más, pero sí había adquirido un respeto por su capacidad, que, desde un punto de vista profesional al menos, resultaba mucho más tranquilizante. A las dos horas de su llegada, la joven había descubierto ya que el padre Weichs se había marchado de Bad Schwennheim en 1943, reclamado por el Hospital del Sagrado Corazón, una institución para hombres y mujeres incapacitados situada en las afueras de Stuttgart. Al terminar el día siguiente, sabía ya que las pertenencias de Friedrich Schirmer habían sido retiradas de acuerdo con una ley sobre los indigentes que morían intestados, y que el pariente más próximo del difunto había sido registrado como «Johann Schirmer, hijo, paradero desconocido».

Al principio, él había tratado de dirigir personalmente cada paso de la investigación, pero, a medida que eran enviados de un funcionario a otro, la laboriosa y larga rutina de los interrogatorios y las traducciones, seguidos por las respuestas y sus correspondientes interpretaciones, resultó absurda. Por sugerencia de George, ella

empezó a interpretar lo sustancial de las conversaciones, pero después, en medio de una de las entrevistas, ella la interrumpió con impaciencia.

—Esta no es la persona con la que usted quiere hablar —le había dicho—. Aquí, perderá el tiempo. Creo que hay un método más sencillo.

A continuación, él se mantuvo en la retaguardia permitiendo que ella llevara la iniciativa, cosa que hizo con una energía y un aplomo considerables. Sus métodos para tratar con la gente carecían de sutileza, pero eran eficaces. Con aquellos que mostraban una cooperación ella agilizaba los trámites, con las personas obstructivas adquiría una actitud imperiosa, y ante las suspicaces mostraba una sonrisa radiante pero metálica. George decidió que, en Estados Unidos, aquella sonrisa no hubiera seducido ni siquiera a un adolescente hambriento de sexo, pero, al parecer, en Alemania la cosa funcionaba. Su triunfo definitivo fue el de persuadir a un melancólico funcionario de la jefatura de policía para que telefonease a Baden-Baden, a fin de consultar los registros judiciales acerca del paradero de lo que había dejado en este mundo Friedrich Schirmer.

Todo resultó muy satisfactorio y George así lo expresó, lo mejor que pudo.

Ella se encogió de hombros.

—No me parece necesario que pierda usted su tiempo con estas gestiones tan simples y rutinarias. Si cree poder confiármelas a mí, lo haré con mucho gusto.

Fue aquella misma noche cuando descubrió algo todavía más desconcertante acerca de la señorita Kolin.

Habían adquirido la costumbre de hablar brevemente sobre el programa del día siguiente mientras cenaban. Después, ella se retiraba a su habitación y George escribía cartas o leía. Sin embargo, esa noche se enzarzaron en una conversación con un hombre de negocios suizo en el bar, antes de cenar, y más tarde este los invitó a sentarse a su mesa. El motivo era, evidentemente, seducir a la señorita Kolin, si esto podía realizarse sin demasiados problemas, y si George no presentaba objeción alguna. George no tenía ninguna. El hombre era simpático y hablaba bien el inglés, y a George le interesó ver cómo se las arreglaba para lograr su objetivo.

La señorita Kolin había tomado cuatro coñacs antes de cenar y el suizo había ingerido varios Pernods. Durante la cena, ella bebió vino, y también lo hizo el suizo. Después de cenar, este la invitó a tomar más coñac y, una vez más, pidió copas grandes. La señorita Kolin se bebió cuatro, y lo mismo hizo el suizo. Después de tomar la segunda, este se mostró muy afectuoso y trató de acariciar la rodilla de la joven. Esta rechazó la maniobra con aire ausente, pero con plena eficacia. Cuando hubo terminado su tercera copa, el suizo dedicaba a George una amarga disertación sobre el tema de la política fiscal norteamericana. Poco después de la cuarta, se puso muy pálido, se excusó rápidamente, abandonó la mesa y ya no reapareció. Con un ademán de la cabeza, dirigido al camarero, la señorita Kolin encargó una quinta copa para ella.

George había observado en otras veladas que a ella le gustaba el coñac y que rara

vez pedía otra cosa para reconfortarse bebiendo. Incluso se había fijado en que, cuando pasaron la aduana en Basilea, ella llevaba una botella de coñac en su maleta. Sin embargo, no había observado que la afectara en lo más mínimo. Si se le hubiera interrogado sobre este punto, habría contestado que la señorita Kolin era un modelo de sobriedad.

Ahora, mientras ella saboreaba su quinta copa, George la contempló, fascinado. Sabía que, de haber bebido él lo mismo que ella, en aquellos momentos estaría ya inconsciente. Por su parte, ella ni siquiera se mostraba locuaz. Se mantenía muy erguida en su silla y tenía todo el aspecto de una joven profesora, atractiva pero puritana, dispuesta a corregir por primera vez un caso de exhibicionismo juvenil. Había, en una comisura de la boca, una mera sospecha de saliva, pero la hizo desaparecer limpiamente con la lengua. Sus ojos estaban empañados, pero con ellos enfocó cuidadosamente a George.

—Entonces, ¿iremos mañana al sanatorio de Bad Schwennheim? —preguntó con toda precisión.

—No, no lo creo. Primero, iremos a ver al padre Weichs en Stuttgart. Si él sabe algo, tal vez sea innecesario ir a Bad Schwennheim.

Ella asintió con la cabeza.

—Creo que tiene usted razón, señor Carey.

Después miró su copa durante unos momentos terminó su contenido de un sorbo y se levantó tranquilamente.

—Buenas noches, señor Carey —dijo con firmeza.

—Buenas noches, señorita Kolin.

Cogió su bolso, dio media vuelta y se situó ante la puerta. Seguidamente, empezó a caminar directamente hacia ella. Pasó rozando una mesa, pero no se desvió ni se tambaleó. Era una exhibición milagrosa de autodominio. George vio como salía del restaurante, cambiaba de dirección hacia el mostrador del conserje, recogía la llave de su habitación y desaparecía por la escalera. Para un observador casual, tenía todo el aspecto de no haber bebido nada más fuerte que una copa de vino del Rin.

El Hospital del Sagrado Corazón resultó ser un siniestro edificio de obra de ladrillo, en las afueras de Stuttgart, junto a la carretera de Heilbronn.

George había tomado la precaución de enviar un largo telegrama al padre Weichs. En él mencionaba la visita del señor Moreton a Bad Schwennheim en 1939 y expresaba su deseo de saludar al padre. Él y la señorita Kolin esperaron pocos minutos antes de que apareciera una monja que les guio, a través de varios pasillos solitarios y con muros de piedra, hasta la habitación del clérigo.

George recordaba que el padre Weichs hablaba bien el inglés, pero le pareció más diplomático comenzar la conversación en alemán. Los vivarachos ojos azules del sacerdote miraron alternativamente a los dos mientras la señorita Kolin traducía la cortés explicación de George sobre su presencia allí, así como su esperanza de que el telegrama (que podía ver claramente sobre la mesa del cura) hubiese llegado para

recordarle cierta ocasión en 1939, cuando...

Mientras escuchaba, los músculos de las mandíbulas del padre Weichs se habían estremecido con impaciencia. Ahora interrumpió a sus visitantes y habló en inglés.

—Sí, señor Carey. Recuerdo a aquel caballero y, como puede ver, he recibido su telegrama. Por favor, siéntense.

Les indicó unas sillas y él se acomodó ante su mesa.

—Sí —repitió—. Recuerdo muy bien a aquel caballero. Tengo mis motivos para recordarlo.

Una sonrisa torcida arrugó sus flacas mejillas. Era la suya una cabeza escultórica e interesante, pensó George.

A primera vista, cabía pensar que debía de ocupar un alto cargo eclesiástico, pero después uno se fijaba en los viejos y deteriorados zapatos que ocultaba bajo la mesa y esta ilusión se desvanecía.

—Me pidió que le transmitiera sus cordiales saludos —dijo George.

—Muchas gracias. ¿Viene usted en su nombre?

—Por desgracia, el señor Moreton está ya jubilado y es un inválido.

Resultaba difícil no mostrarse algo pomposo delante del padre Weichs.

—Desde luego, lamento saberlo —el clérigo inclinó cortésmente la cabeza—. Sin embargo, no fue el caballero en sí mismo lo que hace que le recuerde. Veamos. Fallece un hombre de avanzada edad y que lleva una vida solitaria. Yo soy su confesor. Llega el señor Moreton y me hace una serie de preguntas sobre él. Esto es todo. No es una cosa tan inusual como puedan ustedes creer. A menudo, una persona de cierta edad que durante largos años ha vivido olvidada por sus parientes, adquiere un interés para estos cuando muere. Desde luego, no es tan corriente que venga un abogado norteamericano, pero tampoco esto es en sí tan extraño. Hay muchas familias alemanas que tienen vínculos con su país. —Hizo una pausa y añadió secamente—. Pero el incidente llega a ser memorable cuando demuestra ser un asunto importante para la policía.

—¿La policía?

George procuró no reflejar la sensación de culpabilidad que de pronto le había invadido.

—¿Le sorprende, señor Carey?

—Mucho. El señor Moreton estaba investigando por encargo de un cliente norteamericano perfectamente respetable, sobre la cuestión de una herencia... —empezó a explicar George.

—Una herencia —le interrumpió el clérigo— que, según él dijo, consistía en una modesta cantidad. —Hizo otra pausa y, antes de seguir hablando, dedicó a George una sonrisa irónica—. Sé, desde luego, que los tamaños siempre son relativos y que en Estados Unidos no se mide por el mismo rasero que en Europa, pero incluso en Estados Unidos parece exagerado calificar de modesta cantidad una suma de tres millones de dólares.

Por el raballo del ojo, George vio que la señorita Kolin se sobresaltaba por una vez, pero esta era una satisfacción muy pequeña en aquel momento.

—El señor Moreton se encontraba en un compromiso, padre —dijo—. Había de ser discreto. Los periódicos de nuestro país ya habían causado problemas al dar una excesiva publicidad a este caso. Se habían presentado innumerables reclamaciones de la herencia. Además, el caso era muy complicado. El señor Moreton no quería suscitar las esperanzas de nadie, para después tener que disiparlas.

El sacerdote frunció el ceño.

—Su discreción me puso en una postura muy peligrosa ante la policía. Y con ciertas otras autoridades... —añadió vagamente.

—Lo comprendo, y lo siento mucho, padre. Creo que si el señor Moreton hubiera sabido... —se interrumpió—. ¿Le importaría contarme lo que sucedió?

—Si cree que puede interesarle... Poco antes de la Navidad de 1940, vino la policía y me hizo preguntas sobre la visita que me había hecho el señor Moreton un año antes. Yo les dije todo lo que sabía. Lo anotaron y se marcharon. Dos semanas más tarde, volvieron con otros hombres que no pertenecían a la policía, sino a la Gestapo. Me llevaron a Karlsruhe. —Sus facciones se endurecieron—. Me acusaron de mentir con respecto a la visita del señor Moreton. Dijeron que se trataba de un asunto de gran importancia para el Reich. Dijeron también que si no les decía lo que ellos deseaban saber, sería tratado tal como lo habían sido algunos de mis hermanos en la Iglesia. —Había estado contemplando sus manos, pero ahora alzó la cabeza y su mirada buscó la de George—. Es posible que pueda usted sospechar lo que deseaban saber, señor Carey.

George se aclaró la garganta.

—Yo diría que deseaban saber algo acerca de un hombre llamado Schneider.

El sacerdote asintió con la cabeza.

—Sí, alguien llamado Schneider. Dijeron que el señor Moreton había estado buscando a esa persona y que yo ocultaba lo que sabía. Estaban convencidos de que yo sabía quién era esta persona, heredera del dinero americano, y que el señor Moreton había comprado mi silencio para que el dinero pudiera ir a parar a Estados Unidos. —Se encogió de hombros—. Lo triste de los hombres malignos es que no pueden creer ninguna verdad que no pinte el mundo con los colores que ellos desean.

—¿No se interesaban por Friedrich Schirmer?

—No. Creo que al final se convencieron de que esto era un truco del señor Moreton para despistarlos. No lo sé. Tal vez solo se cansaran de mí. Sea como fuere, me dejaron marchar. Pero, como puede ver, tengo mis razones para recordar al señor Moreton.

—Sí, pero no veo cómo hubiera podido él prever los problemas que había de causarle.

—Señor Carey, no guardo ningún rencor —se reclinó en su sitio—, pero me gustaría saber la verdad.

George titubeó.

—La familia de Friedrich Schirmer era una rama de la familia Schneider en cuestión. Se necesitaría largo tiempo para explicar su conexión, pero puedo asegurarle que el Gobierno alemán no la conocía.

El clérigo sonrió.

—Por lo que puedo ver, todavía es necesaria la discreción.

George se ruborizó.

—Soy tan sincero como me es posible, padre. Este caso siempre ha sido muy especial. Ha habido tantos falsos aspirantes a la herencia que, incluso en el caso de encontrar uno que fuese legítimo, ahora sería enormemente difícil probar la justicia de su reclamación ante los tribunales americanos. Lo cierto es que, según todas las probabilidades, nunca triunfará ninguna de tales reclamaciones. El dinero pasará, simplemente, a la Commonwealth de Pennsylvania.

—Entonces, ¿cuál es la razón de su presencia aquí señor Carey?

—Se debe en parte a que el bufete de abogados para el que yo trabajo sucedió al señor Moreton en este caso. Y en parte, a que nuestro deber consiste en encontrar el heredero. Y en parte, también, a que este asunto ha de quedar resuelto para que nuestra firma cobre sus honorarios.

—Esto, por lo menos, es hablar con sinceridad.

—Tal vez pueda añadir, también, que si existe un heredero legítimo, es él o ella el que debe recibir el dinero, y no la Commonwealth de Pennsylvania. El Gobierno federal y el estatal cobrarán la mayor parte de la misma en forma de impuestos, al fin y al cabo, pero no existe motivo para que alguien más no pueda disfrutar también de ello.

—El señor Moreton hizo mención de un fideicomiso.

—Bueno...

—Ya veo que también esto exige discreción.

—Mucho me temo que sí.

—¿Era Friedrich Schirmer el heredero legítimo?

—Así lo creía el señor Moreton.

—Entonces, ¿por qué no lo explicó así el señor Moreton a los jueces?

—Porque Friedrich Schirmer había muerto y porque él temía que si se descubría que Friedrich no tenía ningún heredero vivo, el Gobierno alemán falsificara uno para quedarse con el dinero. En realidad, llegaron a presentar un anciano y alegaron que el heredero era él. El señor Moreton combatió esta reclamación durante más de un año.

El padre Weichs guardó silencio durante unos momentos y después suspiró.

—Está bien. ¿Y cómo puedo ayudarle ahora, señor Carey?

—El señor Moreton dijo que usted le había prometido informarle si aparecía Johann, el hijo de Friedrich Schirmer. ¿Apareció?

—No.

—¿Sabe si llegó alguna carta para Friedrich Schirmer al sanatorio donde este

falleció?

—Hasta mediados de 1940 no llegó ninguna.

—¿Usted lo hubiera sabido?

—¡Ya lo creo! Yo visitaba a menudo el sanatorio.

—¿Y después de mediados de 1940?

—El sanatorio fue requisado por el ejército. Se convirtió en el cuartel general de una escuela de adiestramiento para operadores de radio.

—Comprendo. Bien, parece que esto es todo —dijo George, levantándose—. Muchas gracias, padre.

Pero el padre Weichs había hecho ya un gesto de protesta.

—Un momento, señor Carey. Usted ha preguntado si Johann Schirmer fue a Bad Schwennheim.

—¿Sí?

—Él no vino, pero sí vino su hijo.

—¿Su hijo?

George había vuelto a sentarse, lentamente.

—¿Puede resultar interesante para usted este hijo?

—Si fuese un nieto de Friedrich Schirmer me interesaría muchísimo.

El padre Weichs asintió con la cabeza.

—Vino a verme a mí. Debo explicar que cuando el ejército ocupó el sanatorio, yo visité al comandante de la escuela para ofrecer los servicios de mi ministerio a aquellos que los desearan. El comandante no era un hombre religioso, pero se mostró complaciente con mi petición y facilitó la tarea en lo posible a aquellos que deseaban asistir a la misa.

Hizo una pausa y miró a George, con expresión pensativa. Al cabo de unos momentos continuó:

—No sé si usted ha servido en el ejército, señor Carey... —George asintió—. ¡Perfectamente! Entonces tal vez haya observado que había ciertos hombres (entre los jóvenes combatientes, quiero decir) que no eran religiosos y sin embargo consideraban necesario a veces buscar alguno de los consuelos de la religión. Al parecer esta necesidad surgía cuando habían de encontrar el valor suficiente para hacer frente a la muerte o la mutilación, después de haber visto qué eran tales cosas. En estos momentos, el elaborado materialismo de los más inteligentes de entre ellos demostraba ser tan inútil y estéril como los mitos heroicos que se les habían infundido en las Juventudes Hitlerianas. Descubrían que necesitaban algo más y, a veces, recurrían a un sacerdote para encontrarlo. —Sonrió levemente—. Desde luego, en aquellos momentos la cosa no era tan simple como puede parecer ahora. Aquellos jóvenes acudían a mí alegando razones triviales para hablar de sus familias, para pedir consejo sobre algún problema material, para que les prestase un libro o una revista, para enseñarme fotografías que habían tomado, o para disfrutar de la tranquilidad de un jardín. Sin embargo, la razón aparente carecía de importancia.

Aunque no siempre se dieran cuenta de ello, lo que deseaban era, en cierto modo, entrar en contacto con el sacerdote. Querían algo que, en el fondo de sus corazones, creían que tal vez yo pudiera darles: una paz y una fuerza interiores.

—¿Y el nieto de Schirmer fue uno de ellos?

El Padre Weichs se encogió de hombros.

—No estoy seguro. Tal vez sí. Pero voy a decírselo. Le habían enviado a aquella escuela para un entrenamiento especial. Era un...

Titubeó, y después, mirando a la señorita Kolin, pronunció la palabra *Fallschirmjäger*.

—Era un paracaidista —aclaró ella.

El sacerdote asintió con la cabeza.

—Esto es, muchas gracias. Vino a verme un día de septiembre o de octubre..., no lo recuerdo muy bien. Era un joven alto y vigoroso, con todo el tipo de un soldado. Había sido herido en Bélgica, en el ataque contra la fortaleza de Eben-Emael, y todavía no estaba lo bastante restablecido para volver a combatir. Vino a preguntarme si yo sabía algo acerca de su abuelo, Friedrich Schirmer.

—¿Dijo de dónde era él? —preguntó George inmediatamente.

—Sí. Procedía de Colonia.

—¿Dijo en qué trabajaba su padre?

—No. No recuerdo que lo dijese.

—¿Tenía hermanos?

—No, era hijo único.

—¿Sabía, cuando vino, que su abuelo había muerto?

—No. Fue para él una gran decepción. Cuando él era un chiquillo, su abuelo había vivido en la casa de sus padres y había sido muy bueno con él. Después, un día hubo una disputa y el abuelo se marchó.

—¿Dijo cómo sabía que el anciano había vivido en Bad Schwennheim?

—Sí. La pelea fue muy seria y, después de marcharse Friedrich, los padres del chico jamás volvieron a mencionar su nombre. Pero este había querido a su abuelo. Antes incluso de que él fuese a la escuela, el viejo le había enseñado a escribir y a realizar algunos ejercicios de cálculo. Más tarde, el abuelo le ayudó con los problemas de aritmética y le hablaba frecuentemente de asuntos comerciales. ¿Sabía usted que Friedrich Schirmer era contable?

—Sí.

—El muchacho no lo había olvidado. Cuando tenía unos catorce años, sus padres recibieron una carta del anciano, en la que este decía que se retiraba para vivir en Bad Schwennheim. Él les oyó comentar esta carta. Después la destruyeron, pero él recordó el nombre del pueblo y, cuando fue enviado a la escuela militar, trató de encontrar a su abuelo. Hasta que yo se lo dije, no sabía que, por una extraña casualidad, él vivía entonces en el mismo edificio donde había muerto el anciano.

—Comprendo.

El padre Weichs contempló sus manos.

—Viéndole o hablando con él, nadie hubiera dicho que se trataba de un joven al que era necesario proteger contra la desilusión. Creo que yo le fallé en este aspecto. No le comprendí hasta que ya era demasiado tarde. Vino a verme varias veces y me hizo muchas preguntas sobre su abuelo. Después comprendí que quería convertirle en un héroe, pero en aquellos momentos no se me ocurrió. Contesté a sus preguntas con toda la amabilidad posible. Después, un día me preguntó si yo no creía que su abuelo Friedrich había sido un buen hombre, un hombre excelente. —Hizo una pausa y después siguió hablando con lentitud y cautela, como si eligiera defensivamente sus palabras—. Le di la mejor respuesta que pude encontrar. Dije que Friedrich Schirmer había sido un hombre muy trabajador y que había padecido su larga y dolorosa enfermedad con paciencia y valor. No pude decirle nada más. El joven aceptó mis palabras y empezó a hablar entonces con rencor de su padre, el cual, me dijo, había expulsado de casa al anciano en un momento de rabia y celos. Yo no podía permitirle que hablase de esta manera, ya que podía faltar a la verdad. Le dije que estaba cometiendo una grave injusticia con su padre y que debía dirigirse a él y pedirle que le contara la verdad —alzó los ojos y miró sombríamente a George—. Él se echó a reír y me dijo que todavía no había recibido nunca de su padre algo que fuese bueno, y que no conseguiría de él la verdad. Siguió hablándome burlescamente de su padre, como si lo despreciara. Después se marchó y ya no volví a verle.

Afuera, en los balcones de hierro del hospital las sombras se estaban alargando. Un reloj dio la hora.

—¿Y cuál era la verdad, padre? —preguntó George.

El clérigo meneó la cabeza.

—Yo era el confesor de Friedrich Schirmer, señor Carey.

—Desde luego. Perdone.

—En nada le ayudaría saberlo.

—No, estoy de acuerdo. Sin embargo, dígame una cosa, padre. El señor Moreton hizo una lista aproximada de los documentos y fotografías que se encontraron después de la muerte de Friedrich Schirmer. ¿Era eso todo lo que él tenía? ¿No se encontró nada más?

Con gran sorpresa por su parte, vio una expresión de malestar en el rostro del sacerdote. Su mirada evitó la de George. Durante unos momentos, hubo una nota furtiva en la expresión del padre Weichs.

—Los documentos antiguos —añadió rápidamente George— pueden constituir pruebas muy importantes en casos como este.

Los músculos de las mandíbulas del padre Weichs se tensaron.

—No había otros documentos —dijo.

—¿Ni fotografías?

—Ninguna que pudiera ser del menor valor para usted, señor Carey —replicó el clérigo secamente.

—¿Pero había otras fotografías o no? —insistió George.

Los músculos de las mandíbulas del padre Weichs empezaron a contraerse.

—Le repito, señor Carey, que no habrían tenido ningún valor en su investigación —aseguró.

—¿No *habrían* tenido valor? —repitió George—. ¿Quiere decir que ya no existen, padre?

—Exactamente. Ya no existen. Yo las quemé.

—Comprendo —dijo George.

Hubo un denso silencio mientras los dos hombres se miraban fijamente. Después, el padre Weichs se levantó suspirando y contempló el paisaje a través de la ventana.

—Friedrich Schirmer no era un hombre agradable —dijo finalmente—. No creo causar daño a nadie diciéndole esto. Incluso puede haberlo sospechado por lo que he dicho hasta el momento. Había muchas fotografías. Nunca tuvieron importancia para nadie, excepto para Friedrich Schirmer, y posiblemente para aquellos a quienes él las compró.

George comprendió entonces.

—Está bien —exclamó—. Está bien, lo comprendo todo.

Sonrió, mientras reprimía un vivo deseo de echarse a reír.

—Él había hecho las paces con Dios —afirmó el padre Weichs—. Me pareció justo destruirlas. Los deseos secretos de los difuntos deberían terminar junto con la carne que los creó. Además —añadió—, siempre existe el peligro de que estas imágenes eróticas caigan en manos de chiquillos.

George se levantó.

—Gracias, padre. Hay un par de cosas que me gustaría preguntarle. ¿Llegó a saber a qué unidad de paracaidistas pertenecía el joven Schirmer?

—No, siento decirle que lo ignoro.

—Está bien, esto podemos averiguarlo más tarde. ¿Cuál era su nombre de pila, padre, y su graduación? ¿Lo recuerda?

—Solo recuerdo un nombre. Creo que era Franz. Franz Schirmer. Era sargento.

PERNOCTARON EN STUTTGART. Mientras cenaban, George resumió los resultados de su trabajo.

—Podemos ir directamente a Colonia y tratar de encontrar a Johann Schirmer y su mujer, revisando los registros de habitantes de la ciudad —continuó después—, y también podemos revisar los registros del ejército alemán, encontrar los documentos referentes a Franz Schirmer y de este modo conseguir las señas de sus padres.

—¿Por qué debería el ejército tener la dirección de sus padres?

—Pues bien, si él hubiera servido en nuestro ejército, en su ficha personal figuraría probablemente la dirección de sus padres, o de su esposa en caso de estar casado, como parientes más próximos. Alguien a quien notificar la muerte del combatiente es una cosa que a la mayoría de los ejércitos les gusta tener. ¿Qué opina usted?

—Colonia es una gran ciudad; antes de la guerra tenía casi un millón de habitantes. Sin embargo, nunca he estado en ella.

—Yo sí. Cuando la vi, era un caos de destrucción. Lo que no había hecho la RAF lo hizo nuestro ejército. Ignoro si los archivos de la ciudad se salvaron o no, pero, por si acaso, me inclino por recurrir primero a los registros militares.

—Está bien.

—De hecho, creo que el ejército es la posibilidad. Así matamos dos pájaros de un tiro. Descubriremos lo que fue del sargento Schirmer al mismo tiempo que buscamos a sus padres. ¿Tiene alguna idea de dónde pueden encontrarse los archivos del ejército alemán?

—Bonn es la capital de Alemania Occidental. Lógicamente, debieran estar ahora allí.

—Sin embargo, no está totalmente segura de que así sea, ¿verdad? Pues yo tampoco. De todos modos, creo que mañana iremos a Frankfurt. Puedo preguntarlo allí a amigos del ejército norteamericano. Ellos lo sabrán. ¿Otro coñac?

—Muchas gracias.

Otra cosa que había descubierto acerca de la señorita Kolin era que, aunque

probablemente consumiera, en público o en la intimidad de su habitación, más de media botella de coñac cada día, no daba la impresión de padecer en ningún momento la menor jaqueca.

Necesitaron casi dos semanas para averiguar lo que el ejército alemán sabía acerca del sargento Schirmer. Este había nacido en Winterthur en 1917, hijo de Johann Schirmer (mecánico) y de Ilse, su esposa, los dos de pura raza germánica. Procedente de las Juventudes Hitlerianas, se había incorporado al ejército a la edad de dieciocho años y, en 1937, fue ascendido a cabo. Se le trasladó del Cuerpo de Ingenieros a una unidad especial de la aviación (*Fallschirmjäger*) en 1938, y el año siguiente se le ascendió a sargento. En Eben-Emael recibió un balazo en el hombro, del cual se curó satisfactoriamente. Había tomado parte en la invasión de Creta y se le había concedido la Cruz de Hierro (tercera clase) por conducta distinguida. Aquel mismo año, más tarde, padeció en Bengasi disentería y malaria. En 1943, mientras servía en Italia como instructor de paracaidistas, se fracturó una cadera. Se abrió una investigación oficial para determinar quién había sido el responsable de dar la orden de saltar sobre terreno boscoso. El tribunal alabó la conducta del sargento al abstenerse de transmitir una orden que juzgaba equivocada, al mismo tiempo que él la obedecía. Después de cuatro meses en el hospital y en un centro de rehabilitación, seguidos por un período de permiso por enfermedad, un tribunal médico le declaró no apto para ulterior servicio como paracaidista, o cualquier otra misión de combate que exigiera marchas prolongadas. Fue destinado entonces a las fuerzas de ocupación en Grecia, donde sirvió como instructor de armamento en el 94.º Regimiento de Guarnición, en la División de Líneas de Comunicación estacionada en la zona de Salónica, hasta el año siguiente. Después de una acción contra los guerrilleros griegos durante la retirada de Macedonia, se le declaró «desaparecido, probablemente muerto». Su pariente más próximo, Ilse Schirmer, Elsass Str. 39, Colonia, recibió la correspondiente notificación.

Encontraron la Elsass Strasse, o lo que de ella quedaba, en los restos de la ciudad antigua, junto al Neumarkt.

Antes de caer el rosario de bombas que la destruyeron, había sido una calle estrecha con tiendas pequeñas sobre las cuales había oficinas, y con un almacén de tabaco en su parte central. Era evidente que este almacén había recibido un impacto directo. Todavía se mantenían en pie algunas de las paredes externas, pero, con la excepción de tres pequeños comercios en un extremo de la calle, todos los edificios de esta habían sido desfondados. Crecían hierbas en los suelos de los que habían sido sótanos, y varios carteles anunciaban que estaba prohibido adentrarse en las ruinas o depositar basuras en ellas.

El número 39 había sido un garaje algo retirado de la calle, en un espacio situado entre otros dos edificios, y al que se llegaba por debajo de un pasaje abovedado. El

arco de bóveda todavía se mantenía en pie. Clavado en los ladrillos había un rótulo metálico, oxidado. Todavía se podía leer en él: «*Garage und Reparaturwerkstatt. J. Schirmer-Bereifung, Zubehör, Benzin*».

Cruzaron por debajo del arco hasta el lugar donde había estado el garaje. Solo quedaba un solar, pero la planta del edificio aún era visible; no debía de ser un garaje muy grande. Todo lo que restaba ahora de él era un foso de reparaciones. Estaba medio lleno de agua de lluvia y flotaban en ella fragmentos de una vieja caja.

Mientras se encontraban allí, empezó a llover.

—Será mejor ver si podemos averiguar algo en la tienda que hay al final de la calle —dijo George.

El propietario de la segunda de las tiendas en las que preguntaron era un instalador electricista, y pudo darles alguna información. Solo llevaba allí tres años y nada sabía acerca de los Schirmer, pero en cambio sabía algo acerca del antiguo garaje. Había pensado en alquilar el solar para utilizarlo él, con la intención de instalar allí un taller y un almacén, al tiempo que utilizaba las habitaciones que había sobre su tienda como vivienda. El solar no daba a la calle y, por tanto, su valor era escaso. Él tenía la intención de comprarlo barato, pero el propietario había pedido demasiado y entonces él tomó otras medidas. La propietaria era una tal *Frau* Gresser, esposa de un químico que trabajaba en los laboratorios de una gran fábrica en Leverkusen. Cuando las mujeres empiezan a regatear, ya se sabe que lo mejor es... Sí, había anotado las señas de ella en alguna parte, pero si el caballero estaba pensando en adquirir aquella finca, él debía aconsejarle que lo pensara dos veces antes de perder el tiempo discutiendo con...

Frau Gresser vivía en un apartamento de planta superior en un edificio recientemente reconstruido cerca de Barbarossa Platz. Tuvieron que llamar tres veces antes de encontrarla en casa.

Frau Gresser era una mujer robusta, desaliñada y jadeante, con una edad cercana a los sesenta años. Su apartamento estaba amueblado con el estilo funcional, tipo bar de cócteles, propio de la Alemania de preguerra, y abarrotado de chucherías tirolesas. Escuchó con suspicacia sus explicaciones acerca de su presencia allí, antes de invitarles a sentarse. Después, se retiró y telefoneó a su marido. Regresó al cabo de un rato y dijo entonces que estaba dispuesta a contestar sus preguntas.

Explicó que Ilse Schirmer era una prima suya y había sido su amiga de la infancia.

—¿Viven aún los Schirmer? —inquirió George.

—Ilse Schirmer y su marido murieron durante los grandes bombardeos aéreos sobre la ciudad, en mayo de 1942 —interpretó la señorita Kolin.

—¿Heredó *Frau* Gresser el garaje de ellos?

Frau Gresser dio señales de indignación cuando se le repitió la pregunta y contestó hablando rápidamente.

—De ningún modo. El terreno era de ella, es decir, de ella y de su marido. El

negocio de Johann Schirmer había quebrado. Ella y su esposo le habían echado una mano para que empezara de nuevo, a fin de ayudar a Ilse. Naturalmente, también esperaban sacar un beneficio, pero el principal motivo que les impulsó a hacerlo fue la bondad de sus corazones. No obstante, el negocio era suyo. Schirmer era solamente el administrador. Tenía un porcentaje sobre los ingresos y disponía de un apartamento sobre el garaje. Nadie podría decir que no se le hubiera tratado generosamente. Sí, después de todo lo que habían hecho por él los amigos de su esposa, había tratado de engañarles con respecto a los ingresos del garaje.

—¿Quién era su heredero? ¿Dejó algún testamento?

—Si hubiera tenido algo que dejar, excepto deudas, su heredero habría sido su hijo Franz.

—¿Tenían otros hijos los Schirmer?

—Por suerte, no.

—¿Por suerte?

—Ya le resultaba bastante duro a la pobre Ilse alimentar y vestir a un hijo. Nunca fue muy fuerte y, con un marido como Schirmer, la mujer más robusta hubiera acabado por enfermar.

—¿Qué pasaba con Schirmer?

—Era perezoso, era tramposo y además bebía. Cuando la pobre Ilse se casó con él, no lo sabía. Era un hombre que engañaba a todo el mundo. Cuando nosotros lo conocimos tenía un próspero negocio en Essen. Creíamos que era un hombre inteligente, y hasta que se marchó su padre no se supo la verdad.

—¿La verdad?

—Era su padre, Friedrich, el que tenía una buena cabeza para los negocios. Era un buen contable y mantenía a su hijo bajo el debido control. Johann no era más que un mecánico, un trabajador manual. El padre era el que tenía cerebro. Sabía lo que era el dinero.

—¿Era Friedrich el propietario del negocio?

—Era una sociedad. Friedrich había vivido y trabajado durante muchos años en Suiza. Johann se crio allí. En la primera guerra mundial, no luchó por Alemania. Ilse le conoció en 1915, cuando pasaba unos días con unos amigos en Zurich. Se casaron y se quedaron a vivir en Suiza. Todos sus ahorros los tenían en francos suizos. En 1923, cuando se hundió el marco alemán, regresaron todos ellos a Alemania (Friedrich, Johann, Ilse y el pequeño Franz) y compraron el garaje en Essen muy barato, con su dinero suizo. El viejo Friedrich sabía hacer negocios.

—Entonces, ¿Franz nació en Suiza?

—Winterthur se encuentra cerca de Zurich, señor Carey —dijo la señorita Kolin—. Recordará que esto se mencionaba en los registros del ejército. Sin embargo, a pesar de ello estaba obligado a solicitar la nacionalidad suiza.

—Sí ya lo sé. Pregúntele por qué se vino abajo la sociedad.

—Cuando oyó la pregunta, *Frau* Gresser titubeó.

—Tal como ha dicho antes, Johann no tenía talento para...

Frau Gresser vaciló de nuevo y guardó silencio. Su rostro mofletudo había enrojecido y brillaban en él gotitas de sudor. Finalmente, habló.

—Preferiría no hablar sobre este asunto —tradujo la señorita Kolin.

—Está bien. Pregúntele por Franz Schirmer. ¿Sabe ella qué fue de él?

Vio retratarse el alivio en la cara de *Frau* Gresser, cuando la mujer comprendió que no se iba a insistir sobre el tema de la partida de Friedrich Schirmer. Este detalle suscitó la curiosidad de George.

—A Franz se le dio por desaparecido en Grecia, en 1944. La carta oficial dirigida a su madre fue entregada a *Frau* Gresser.

—El comunicado decía: «Desaparecido, presumiblemente muerto». ¿Recibió alguna confirmación oficial de su muerte?

—Oficialmente, no.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Uno de los oficiales de Franz escribió a *Frau* Schirmer para decirle lo que le había ocurrido a su hijo. Esa carta fue entregada también a *Frau* Gresser. Al leerla, no tuvo ninguna duda de que Franz había muerto.

—¿Conservó la carta? ¿Es posible que la veamos?

Frau Gresser estudió esta petición durante unos momentos, pero finalmente asintió con la cabeza y, dirigiéndose a una cómoda cuya forma parecía destinada a reducir su resistencia al viento, sacó de ella una caja metálica llena de papeles. Después de una prolongada búsqueda, apareció la carta del oficial, junto con la notificación original de la baja. Entregó ambos documentos a la señorita Kolin, dándole al mismo tiempo ciertas explicaciones.

—*Frau* Gresser desea explicar que Franz omitió comunicar a las autoridades militares que sus padres habían muerto y que fueron las autoridades postales las que entregaron las cartas.

—Comprendo. ¿Qué dice la carta?

—Es del teniente Hermann Leubner, de la compañía de Ingenieros, del 94.º Regimiento de Guarnición. Lleva la fecha del 1 de diciembre de 1944.

—¿En qué fecha se declaró desaparecido a Franz, en la notificación militar?

—El 31 de octubre.

—Perfectamente.

—El teniente escribe lo siguiente: «Apreciada *Frau* Schirmer: Sin duda, las autoridades militares ya le habrán comunicado el hecho de que su hijo, el sargento Franz Schirmer, ha sido incluido en la lista de desaparecidos. Escribo como oficial suyo para explicarle las circunstancias en que tuvo lugar este triste suceso. Fue el 24 de octubre...» —se interrumpió.

—Se estaban retirando ya. No podían molestarse en enviar informes sobre sus bajas cada día —observó George.

La señorita Kolin asintió con la cabeza.

—La carta sigue diciendo: «El regimiento se estaba desplazando hacia el oeste desde Salónica, hacia la frontera griega y en la dirección general de Florina. El sargento Schirmer, como soldado experimentado y hombre responsable, fue enviado con tres camiones y diez hombres a un depósito de gasolina situado a varios kilómetros de la carretera principal, cerca del pueblo de Vodena. Tenía la orden de cargar la mayor cantidad posible de gasolina en los camiones, destruir la restante y regresar, llevando consigo los soldados que habían estado vigilando hasta entonces el depósito. Por desgracia, su destacamento cayó en una emboscada de una de las bandas terroristas griegas que habían estado intentando obstaculizar nuestras operaciones. Su hijo se encontraba en el primer camión, que voló por los aires al pasar sobre una mina colocada por los terroristas. El tercer camión pudo detenerse a tiempo para evitar la mayor parte del fuego de ametralladora desencadenado por los terroristas, y dos de los hombres que viajaban en él consiguieron escapar y reunirse con el regimiento. Yo mandé personalmente un destacamento que se trasladó al lugar de la emboscada. Su hijo no se encontraba entre los muertos que encontramos y enterramos, ni tampoco había la menor traza de él. También faltaba el conductor de su camión. Su hijo no era hombre capaz de rendirse sin estar herido. Es posible que quedase inconsciente a causa de la explosión de la mina, y que fuese capturado. No lo sabemos. Sin embargo, no cumpliría yo con mi deber si alentase sus esperanzas en el sentido de pensar que, si fue capturado por aquellos griegos, tal vez esté vivo. Ellos no tienen el código del honor militar que tenemos nosotros, los alemanes. También es posible, desde luego, que su hijo se librase de ser capturado, pero le fuese imposible reunirse inmediatamente con sus camaradas. De ser así, será usted informada por las autoridades cuando haya alguna noticia de él. Era un hombre valiente y un buen soldado. Si ha muerto, podrá usted tener el orgullo y el consuelo de saber que dio la vida por su Führer y su patria».

George suspiró.

—¿Esto es todo?

—Añade un «Heil Hitler» y firma la carta.

—Pregunte a *Frau* Gresser si oyó algo más acerca de este asunto, a través de las autoridades militares.

—No, no supo nada más.

—¿Hizo algún intento para averiguar más detalles? ¿Probó a través de la Cruz Roja?

—Le dijeron que la Cruz Roja no podía hacer nada.

—¿Cuándo lo preguntó?

—A principios de 1945.

—¿Y a partir de entonces no volvió a hacerlo?

—No. También pidió información a la *Volksbund Deutsche Kriegsgräberfürsorge*, es decir, la organización de tumbas de guerra. No sabían nada.

—¿Se hizo alguna solicitud para que se le declarase como presuntamente muerto?

—No había ninguna razón para hacerlo.

—¿Sabe si él estaba casado?

—No.

—¿Tuvo alguna correspondencia con él?

—Ella le escribió una carta de pésame cuando murieron sus padres, pero solo recibió de él una mera nota de agradecimiento. Ni siquiera preguntó dónde habían sido enterrados. Ella pensó que esto demostraba falta de sentimientos. Poco después, le envió un paquete, y él ni siquiera se molestó en darle las gracias por ello. No volvió a enviarle nada más.

—¿De dónde procedía su respuesta en 1942?

—De Bengasi.

—¿Guardó ella la carta?

—No.

Frau Gresser volvió a hablar. George observó cómo vibraba su rostro rubicundo y cómo saltaban sus ojillos malignos del uno al otro. Se estaba acostumbrando ya a la interpretación y se le había enseñado a no tratar de anticipar la conversación mientras esperaba. En aquel momento pensaba que sería desagradable tener algún tipo de obligación con *Frau Gresser*. La cuota de interés emocional que esta cargaría forzosamente habría de ser exorbitante.

—Dice —explicó la señorita Kolin— que a ella no le gustaba Franz, y que nunca le había gustado, ni siquiera cuando era un chiquillo. Era un muchacho sombrío y malhumorado, que recibía con ingratitud cualquier gesto amable. Solo le escribió para cumplir un deber con su difunta madre.

—¿Qué opinaba él sobre los extranjeros? ¿Salía con algunas chicas en especial? Lo que trato de saber es si ella cree que era el tipo de hombre capaz de casarse con una chica griega, por ejemplo, o con una italiana, de surgir esta posibilidad.

La respuesta de *Frau Gresser* fue rápida y agria.

—Dice que, en lo referente a mujeres, él era uno de esos hombres capaces de hacer todo lo que le sugiriese su naturaleza egoísta. Era capaz de hacer cualquier cosa si se le presentaba la oportunidad..., excepto casarse.

—Comprendo. Está bien, creo que esto es todo. ¿Quiere preguntarle si podemos quedarnos con estos papeles durante veinticuatro horas, para sacar unas fotocopias?

Frau Gresser reflexionó cuidadosamente sobre esta petición. Sus ojillos adquirieron un tono opaco. George pudo comprender que de pronto los documentos habían adquirido para ella un gran valor.

—Desde luego, le daré un recibo por ellos y mañana le serán devueltos —dijo—. Explíqueme que el cónsul de Estados Unidos deberá legalizarlos ante notario, y que de no ser así podríamos devolvérselos hoy mismo.

Frau Gresser los entregó de mala gana y, mientras estaba escribiendo el recibo, George recordó algo.

—Señorita Kolin, trate nuevamente de averiguar por qué Friedrich Schirmer

abandonó el negocio en Essen.

—De acuerdo.

George siguió redactando el recibo, mientras oía cómo formulaba la pregunta la señorita Kolin. Hubo una pausa momentánea y, a continuación, *Frau Gresser* contestó con una verdadera andanada de palabras. Mientras hablaba. Su voz se alzó, adquiriendo un tono cada vez más agudo. Después enmudeció. George firmó el recibo y alzó la vista para descubrir que la mujer le estaba mirando con una expresión indignada, acusadora. Le entregó el recibo y guardó los documentos en el bolsillo.

—Dice —explicó la señorita Kolin— que este asunto no puede ser discutido en presencia de un hombre y que no puede tener nada que ver con sus investigaciones. Sin embargo, añado que, si usted no cree que ella dice la verdad, me lo explicará confidencialmente a mí. No dirá ni una palabra más al respecto mientras usted siga aquí.

—De acuerdo. La esperaré abajo. —Se levantó y se inclinó ante *Frau Gresser*—. Le quedo muy agradecido señora. Lo que me ha explicado representa para mí una ayuda inestimable. Me ocuparé de que sus papeles le sean devueltos sin falta mañana. Buenos días.

Sonrió afablemente, se inclinó de nuevo y salió. Había abandonado el apartamento antes de que la señorita Kolin hubiera acabado de traducir su discurso de despedida.

La joven se reunió con él en la calle, diez minutos más tarde.

—¿Y bien? —preguntó él—. ¿De qué se trataba?

—Friedrich hizo proposiciones a Ilse Schirmer.

—¿A la esposa de su hijo?

—Sí.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Le ha contado detalles?

—Sí. Y disfruta contándolos, esa mujer.

—Pero si el viejo debía de frisar entonces los sesenta años...

—¿Recuerda las fotografías que destruyó el padre Weichs?

—Sí.

—Las enseñó a su nuera.

—¿Solo se trata de esto?

—Al parecer, su intención no ofrecía lugar a dudas. También le propuso, veladamente, tomar unas fotografías similares de ella.

—Entiendo —dijo George, mientras trataba de representarse aquella escena.

Vio una habitación destartada en Essen y un contable de edad proveya sentado en ella, colocando viejas fotografías, una por una, sobre la mesa, de modo que la esposa de su hijo pudiera verlas mientras ella se inclinaba sobre su labor de costura.

¡Cómo debía de latir el corazón de aquel hombre mientras vigilaba la cara de ella! Su mente debía de estar repleta de preguntas y dudas.

¿Sonreiría ella o fingiría escandalizarse? Ella estaba sentada muy quieta,

absolutamente inmóvil, y había dejado de trabajar. Seguramente no tardaría en sonreír. Él no podía ver sus ojos. Al fin y al cabo, no había nada malo en una pequeña broma íntima entre suegro y nuera... Ella era una mujer ya adulta y bien debía de estar enterada de ciertas cosas... Él sabía que le caía bien. Todo lo que deseaba hacer era demostrarle que no era aún demasiado viejo para bromear un poco y que, aunque Johann de poco sirviera, había en la casa un hombre en quien ella podía confiar. Y finalmente colocaba la última fotografía, la más osada de todas. Seguía la broma. Ella todavía no había sonreído, pero tampoco había fruncido el ceño. Las mujeres eran unas criaturas extrañas. Uno había de elegir su momento, comportarse con gentileza y después demostrar audacia. Ahora, ella levantaba lentamente la cabeza y le miraba. Sus ojos estaban muy abiertos. Él sonrió y dijo lo que había planeado decir, aquella sutil observación sobre el hecho de que unas fotos nuevas siempre son mejores que las viejas. Pero ella no sonrió como respuesta. Se estaba levantando y él pudo observar que temblaba. ¿A causa de qué? ¿De excitación? Y de pronto, repentinamente, soltó un sollozo aterrorizado y salió corriendo de la habitación, dirigiéndose al taller donde Johann estaba reparando aquel taxi Opel. Después, todo se convertía en una pesadilla, con Johann gritando y amenazando a su padre e Ilse sollozando, mientras el pequeño Franz lo escuchaba todo, pálido el semblante, sin comprender lo que ocurría, pero sabiendo que, de algún modo, el mundo se estaba acercando a su fin.

Sí, pensó George, un cuadro muy detallado, aunque probablemente poco preciso. Sin embargo, se trataba de una de aquellas escenas con las que nadie puede mostrarse nunca totalmente preciso, y menos aquellos que toman parte en ellas. Jamás sabría lo que ocurrió en realidad, pero tampoco importaba mucho. Con toda seguridad, Friedrich, Johann e Ilse, los protagonistas principales, habían muerto. ¿Y Franz? Miró a la señorita Kolin, que caminaba junto a él.

—¿Usted cree que Franz ha muerto? —preguntó.

—Las pruebas parecían definitivas, ¿no le parece?

—En cierto modo, sí. Si el hombre hubiera sido amigo mío y hubiera tenido esposa y una familia a la que quisiera, yo no trataría de alentar en su mujer la esperanza de que estuviera vivo. Y si ella fuese lo bastante ilusa como para seguir creyendo que no había muerto, yo intentaría, con el mayor tacto posible, hacerle abrir los ojos. Pero esto es diferente. Si presentáramos estas pruebas ante un tribunal y pidiéramos permiso para suponer muerto a Franz Schirmer, se reirían de nosotros.

—No veo por qué.

—Vamos a ver. El hombre se encuentra en un camión que cae en una emboscada de los guerrilleros. Aquel teniente llega algún tiempo después y echa un vistazo a la escena. Hay numerosos muertos, pero no está el cadáver de nuestro hombre. Por tanto, tal vez ha huido y tal vez ha caído prisionero. Si está prisionero, dice el teniente, no existe la menor esperanza, puesto que los guerrilleros griegos tienen la costumbre de matar a los prisioneros. «Un momento —dice el juez—. ¿Está usted

afirmando que todos los guerrilleros griegos que peleaban en 1944 mataban *invariablemente a todos* sus prisioneros? ¿Está dispuesto a demostrar que no hubo ningún caso de soldados alemanes que sobrevivieran después de su captura?». ¿Qué puede contestar el teniente a esto? Yo no sé apenas nada acerca de la campaña de Grecia, ya que no estuve allí, pero sí sé que si todos aquellos guerrilleros hubieran estado tan bien adiestrados y organizados y hubieran sido tan aficionados a darle al gatillo que ningún alemán de los que cayeron en sus manos habría sido lo suficientemente listo o afortunado para lograr evadirse, habrían expulsado a los alemanes de Grecia mucho antes de que comenzaran los desembarcos de Normandía. Pues bien, en vista de ello vamos a alterar el enunciado de la prueba. Digamos que los guerrilleros griegos mataban *a menudo* a sus prisioneros.

Y entonces...

—¿Pero es que cree que él no ha muerto? —preguntó ella.

—Claro que creo que ha muerto. Solo estoy tratando de indicar que hay una gran diferencia entre una probabilidad ordinaria, cotidiana, y las probabilidades calculadas que la ley prefiere. Y la ley tiene razón. Le sorprendería saber con cuánta frecuencia aparecen personas que han sido dadas por muertas. Un hombre es despedido de su trabajo y se pelea con su esposa, por lo que se va a la orilla del mar, se quita la americana, la deja en la playa junto con una nota de suicida, y ya no se sabe más de él. ¿Muerto? Tal vez. Pero a veces se le encuentra por casualidad, años más tarde, viviendo con un nombre distinto y con una esposa diferente en una ciudad al otro lado del continente.

Ella se encogió de hombros.

—Eso es otra cosa.

—No tanto. Vamos a enfocarlo de otro modo. Estamos en 1944. Supongamos que Franz Schirmer es capturado por los guerrilleros pero, por suerte o por ser muy hábil, consigue fugarse. ¿Qué va a hacer? ¿Buscar su unidad? Las fuerzas de ocupación alemanas están tratando de escapar a través de Yugoslavia, y su recorrido no tiene nada de agradable. Si él abandona su escondrijo y trata de reunirse con las fuerzas alemanas, está seguro de que los guerrilleros volverán a capturarlo. Estos ocupan ya todos los lugares. Es mejor quedarse algún tiempo donde está. Es un hombre lleno de recursos, adiestrado para vivir en condiciones muy duras. Puede seguir viviendo. Cuando vea que la situación lo permite, se marchará. Pasa el tiempo. El país vuelve a estar bajo el control de los griegos. Ahora, le separan cientos de kilómetros de la unidad alemana más cercana. En Grecia, estalla la guerra civil. En la confusión resultante, logra abrirse camino hasta la frontera turca y la atraviesa sin que nadie le ponga la mano encima. Es un hombre con conocimientos técnicos y no le asusta buscarse un empleo.

—En febrero de 1945, Turquía estaba en guerra con Alemania.

—Tal vez esto ocurra antes de febrero.

—Entonces, ¿por qué no presentarse al cónsul alemán?

—¿Y por qué había de hacerlo? Alemania se está derrumbando. La guerra ha terminado prácticamente. Tal vez le gusta el lugar donde se ha asentado. Y por otra parte, ¿para qué ha de regresar a una Alemania en plena posguerra? ¿Para ver a *Frau Gresser*? ¿Para ver lo que ha quedado de la casa de sus padres? Tal vez se casó con una chica italiana cuando estaba en Italia, y desea regresar allí. Incluso es posible que tenga hijos. Hay docenas de razones posibles por las que no se presentaría ante el cónsul alemán. Tal vez recurrió al de Suiza.

—Si se hubiera casado, su expediente militar lo indicaría.

—No, si se casó con alguien con quien se suponía que no había de casarse. Recuerde las normas que dieron los americanos y los británicos para sus soldados, con respecto a casarse con mujeres alemanas.

—¿Qué piensa hacer?

—Todavía no lo sé. Tendré que pensarlo.

Cuando regresó al hotel, se sentó y escribió un largo telegrama dirigido al señor Sistro. Primero expuso brevemente las últimas novedades en la investigación, y pidió instrucciones. ¿Había de volver ya a su país, o bien debía continuar y tratar de confirmar la muerte de Franz Schirmer?

Al día siguiente recibió la respuesta.

«TRAS HABER MIRADO DEBAJO DE TANTAS PIEDRAS SERÍA UNA LÁSTIMA DEJAR UNA DE ELLAS SIN REMOVER STOP SIGA TRATANDO DE CONFIRMAR O NO LA MUERTE DE FRANZ STOP LE SUGIERO CONCEDER TRES SEMANAS A LA TAREA STOP SI EN SU OPINIÓN NO ENCUENTRA NINGUNA PISTA INTERESANTE PASADO ESTE TIEMPO ABANDONAREMOS EL ASUNTO STOP SISTROM».

Aquella noche, George y la señorita Kolin salieron de Colonia rumbo a Ginebra.

La señorita Kolin había actuado como intérprete en conferencias del Comité de la Cruz Roja Internacional, y sabía que los funcionarios de su sede central podían prestarles ayuda. Al poco tiempo, George entró en contacto con un funcionario que había trabajado en Grecia, para la Cruz Roja, en 1944. Era un suizo delgado y de aspecto muy serio, cuya actitud parecía indicar que nada podía sorprenderle ya. Hablaba muy bien el inglés, y además otros cuatro idiomas. Su nombre era Hagen.

—No hay la menor duda, señor Carey —dijo—, de que los *andartes* solían matar a sus prisioneros. No estoy diciendo que lo hicieran simplemente porque odiaban al enemigo, o porque les gustara matar, usted ya me entiende. Es difícil explicar qué otras cosas hubieran podido hacer las más de las veces. Una guerrilla de treinta hombres como máximo no está en condiciones de vigilar y alimentar a los prisioneros que capturan. Además, Macedonia sigue la tradición balcánica, y allí matar a un enemigo parece ser un hecho de escasa importancia.

—Pero ¿por qué coger prisioneros? ¿Por qué no matarlos enseguida?

—Generalmente, los cogían para interrogarlos.

—Si usted se encontrase en mi lugar, ¿cómo se las arreglaría para establecer sin lugar a dudas la muerte de este hombre?

—Pues bien, dado que sabe usted dónde se produjo la emboscada, podría tratar de entrar en contacto con alguno de los *andartes* que operaron en esa zona. Es posible que recuerden el incidente. Sin embargo, yo diría que tal vez le resulte difícil persuadirlos para que se les refresque la memoria. ¿Sabe si se trataba de un grupo ELAS, o si era un EDES?

—¿EDES?

—Estas iniciales griegas significan Ejército de Liberación Nacional Democrático, es decir, los *andartes* anticomunistas. Los ELAS eran los *andartes* comunistas, es decir, el Ejército de Liberación Nacional Popular. En la zona de Vodena, lo más probable es que pertenecieran al ELAS.

—¿Tiene importancia lo que fuesen?

—La tiene, y mucha. Debe recordar que en Grecia ha habido tres años de guerra civil. Ahora, dominada ya la rebelión, no es tan fácil encontrar a los que pelearon en el bando comunista. Algunos han muerto, otros están en la cárcel y otros siguen ocultándose. Hay muchos de ellos refugiados en Albania y Bulgaria. Tal como están las cosas, seguramente le será difícil entrar en contacto con hombres del ELAS. Es bastante complicado.

—Sí, creo que sí. ¿Y que posibilidad real existe en lo que respecta a descubrir lo que deseo saber?

Monsieur Hagen se encogió de hombros.

—A menudo, en este tipo de asuntos he visto la suerte actuar de un modo tan extraño que ya no trato de calibrar las posibilidades. ¿Es muy importante el asunto que le trae aquí, señor Carey?

—Hay un buen puñado de dinero en juego.

El otro suspiró.

—¡Pueden haber ocurrido tantas cosas! Sepa que hubo centenares de hombres declarados como «desaparecidos, presumiblemente muertos», cuando simplemente habían desertado. A fines de 1944, Salónica estaba llena de desertores alemanes.

—¿Llena?

—Sí, ya lo creo. El ELAS reclutó a la mayoría de ellos. Hacia la Navidad de 1944, había muchos alemanes que peleaban junto a los comunistas griegos.

—¿Quiere decir que, a fines de 1944, un soldado alemán podía deambular por Grecia sin que lo mataran?

Una pálida sonrisa apareció en el rostro melancólico de *monsieur Hagen*.

—En Salónica, podían verse soldados alemanes sentados en los cafés y paseando por las calles...

—¿Uniformados?

—Sí, o parcialmente uniformados. Era una situación muy curiosa. Durante la

guerra, los comunistas de Yugoslavia, Grecia y Bulgaria habían acordado crear un nuevo estado macedonio. Todo ello formaba parte de un plan ruso, más amplio, con vistas a una federación comunista balcánica. Pues bien, apenas se marcharon los alemanes, una fuerza llamada Grupo Macedonio de Divisiones del ELAS se apoderó de Salónica y se dispuso a ejecutar este plan. Ya no les importaban los alemanes, pues tenían un nuevo enemigo con el que luchar: el Gobierno legal griego. Y lo que deseaban para luchar eran soldados bien adiestrados. Fue Vafiades quien tuvo la idea de reclutar desertores alemanes. Él era el comandante del ELAS en Salónica, en aquel entonces.

—¿Puede ponerme en contacto con ese Vafiades? —preguntó George.

Vio que la señorita Kolin le miraba fijamente, al tiempo que aparecía una expresión de angustiada perplejidad en la cara de *monsieur* Hagen.

—Mucho me temo que esto sería un poco difícil, señor Carey.

—¿Por qué? ¿Acaso ha muerto?

—Pues bien, parece haber ciertas dudas precisamente acerca de lo que le ocurrió. —*Monsieur* Hagen daba la impresión de elegir cuidadosamente sus palabras—. Lo último que oímos acerca de él, directamente, fue en 1948. Dijo entonces a un grupo de periodistas extranjeros que, como jefe del Gobierno Democrático Provisional de la Grecia Libre, se proponía establecer una capital en suelo griego. Fue más o menos en esa época cuando su ejército capturó Karpenissi, tengo entendido.

George miró a la señorita Kolin con una expresión de ignorancia.

—Markos Vafiades se hacía llamar general Markos —murmuró ella—. Mandaba el ejército rebelde de los comunistas griegos en la guerra civil.

—¡Oh, ya comprendo! —George notó que se le enrojecía el semblante—. Ya le dije que no sabía absolutamente nada acerca de la situación en Grecia —se justificó—. Y temo que estos cambios de nombres todavía me desorienta más.

Monsieur Hagen sonrió.

—Lo comprendo, señor Carey. Aquí estamos más cercanos a este tipo de cosas. Vafiades era un griego nacido en Turquía, que antes de la guerra trabajaba en una manufactura de tabacos. Era comunista desde hacía varios años y por esta razón había estado en la cárcel. Sin duda, tenía un respeto por la tradición revolucionaria. Cuando los comunistas le dieron el mando del ejército rebelde, decidió que se llamaría simplemente Markos. Es un nombre que tiene solo dos sílabas y resulta más impresionante. Si los rebeldes hubieran ganado, él tal vez se hubiera convertido en un hombre tan importante como Tito. En realidad, y si me permite la comparación, tenía algo en común con su general Lee. Ganó sus batallas, pero perdió la guerra, y por las mismas razones. Para Lee, la pérdida de Vicksburg y Atlanta, en especial la de Atlanta, significó la destrucción de sus líneas de comunicación. Para Markos, que al mismo tiempo se enfrentaba a un enemigo superior en número, el cierre de la frontera yugoslava ejerció el mismo efecto. Mientras los comunistas de Yugoslavia, Bulgaria y Albania le ayudaron, su posición fue sólida, ya que, retirándose a través de estas

fronteras, podía interrumpir cualquier acción militar cuyo desarrollo le fuese desfavorable. Después, al otro lado de la frontera, podía reagrupar y reorganizar sus fuerzas en plena seguridad, reunir refuerzos y aparecer de nuevo, con efectos devastadores, en algún sector del frente gubernamental en el que el enemigo ocupara unas posiciones débiles. Cuando Tito se peleó con Stalin y retiró su apoyo al plan de Macedonia, cortó en dos las líneas laterales de comunicación de Markos. Es mucho lo que Grecia le debe a Tito.

—Pero ¿no cree que de todos modos Markos hubiera perdido finalmente la guerra?

Monsieur Hagen expresó la duda con una mueca.

—Tal vez. La ayuda británica y norteamericana hizo mucho, cosa que yo no niego. El ejército y las fuerzas aéreas de Grecia experimentaron una transformación completa. Sin embargo, el hecho de que se le negara la frontera yugoslava a Markos permitió utilizar estas fuerzas con rapidez y de modo decisivo. En enero de 1949, después de más de dos años de lucha, las fuerzas de Markos ocupaban Naoussa, una gran ciudad industrial situada tan solo a ciento treinta kilómetros de Salónica. Nueve meses más tarde, podían darse por vencidas. Todo lo que restaba de ellas era un foco de resistencia en el monte Grammos, cerca de la frontera albanesa.

—Comprendo —George sonrió—. Pues bien, no parece que sea muy probable que yo consiga tener una conversación con el general Vafiades, ¿no cree?

—Mucho me temo que no será posible, señor Carey.

—E incluso si lo consiguiera, no tendría mucho sentido por mi parte preguntarle acerca del sargento alemán que fue capturado en una emboscada en 1944.

Monsieur Hagen inclinó cortésmente la cabeza.

—Ninguno.

—Por lo tanto, permítame ir directo al grano. En 1944, los guerrilleros —los *andartes* como los llaman ustedes, ¿verdad?— mataron a algunos alemanes pero reclutaron a otros. ¿Correcto?

—Ciertamente.

—Por tanto, si el soldado alemán en el que estoy interesado consiguió salvar su vida después de aquella emboscada, no sería una fantasía el concederle una posibilidad del cincuenta por ciento de seguir con vida, ¿no es así?

—No tiene nada de absurdo. Es muy razonable.

—De acuerdo, pues. Muchas gracias.

Dos días más tarde, George y la señorita Kolin se encontraban en Grecia.

—CUARENTA Y CINCO mil muertos, incluidos tres mil quinientos civiles asesinados por los rebeldes, y setecientos que perecieron a causa de las minas colocadas por estos. Doble número de heridos. Once mil casas destruidas. Setecientas mil personas expulsadas de sus hogares en las zonas ocupadas por los rebeldes. Veintiocho mil personas trasladadas a la fuerza a países comunistas. Siete mil pueblos saqueados. Esto es lo que Markos y sus amigos le costaron a Grecia.

El coronel Chrysantos hizo una pausa y, reclinándose en su sillón basculante, miró a George y a la señorita Kolin con una sonrisa amarga. Era la suya una postura muy efectiva, pues se trataba de un hombre realmente guapo, de ojos oscuros y penetrantes.

—Y he oído decir a los británicos y a los norteamericanos —añadió— que hemos sido demasiado duros con nuestros comunistas. ¡Demasiado duros!

Y extendió sus largas y delgadas manos.

George murmuró algo vagamente. Sabía que la idea del coronel sobre lo que constituía la dureza era muy diferente de la suya, y que una discusión al respecto no podía ser provechosa. *Monsieur Hagen*, el funcionario de la Cruz Roja, al entregarle la carta de presentación para el coronel Chrysantos, le había explicado claramente la posición de este. El coronel era un amigo deseable tan solo por el hecho de ser un alto jefe en la rama de Salónica del contraespionaje militar griego, el hombre que podía hacerse con el tipo de información que George necesitaba. Por otra parte, no era persona por la que uno pudiera abrigar sentimientos muy amistosos.

—¿Estas cifras incluyen también a los rebeldes, coronel? —preguntó.

—La de los muertos, sí. Veintiocho mil de los cuarenta y cinco mil eran rebeldes. Con respecto a sus heridos, como es lógico, no disponemos de cifras precisas, pero, además de los que matamos, capturamos a trece mil, y otros veintisiete mil se rindieron.

—¿Tiene usted listas de los nombres?

—Desde luego.

—¿Sería posible comprobar si el nombre de este alemán figura en una de esas

listas?

—Desde luego. Sin embargo, ya sabe que solo capturamos a un número muy reducido de alemanes.

—No obstante, valdría la pena probarlo, aunque, tal como le he dicho, ni siquiera sé si ese hombre sobrevivió a la emboscada.

—¡Ah, sí! Ahora hablaremos de esto. El 24 de octubre de 1944 fue el día de la emboscada, según dice usted, y esta tuvo lugar cerca de un depósito de gasolina en Vodema. Creo posible que los *andartes* procedieran de la zona de Florina. Enseguida lo veremos.

Oprimió un pulsador en su mesa y entró un joven teniente con gafas de montura de concha. El coronel le habló enérgicamente en griego durante medio minuto, y, cuando dejó de hablar, el teniente contestó con un monosílabo y salió de la habitación.

Al cerrarse la puerta, el coronel se relajó.

—Un buen muchacho —comentó—. Ustedes, los occidentales, a veces comentan que nosotros no podemos ser eficientes, pero ya lo verán...

Hizo chasquear los dedos, dedicó una sonrisa seductora a la señorita Kolin y después miró a George para comprobar si le importaba que él hubiese dirigido semejante sonrisa a su chica.

La señorita Kolin se limitó a enarcar las cejas y, seguidamente, el coronel ofreció cigarrillos.

George juzgaba casi divertida la situación. La curiosidad del coronel sobre la índole de la relación existente entre sus visitantes había sido evidente desde el primer momento. La mujer era atractiva, el hombre tenía un aspecto pasablemente viril, y por tanto resultaba absurdo suponer que viajaran juntos por asuntos de negocios, sin aprovechar al mismo tiempo su asociación para otras actividades placenteras. Sin embargo, el hombre era un anglosajón y por tanto nadie podía estar seguro. En ausencia de toda prueba positiva con respecto a si los componentes de la pareja eran o no amantes, el coronel estaba empezando a buscar algún indicio. Más tarde lo intentaría de nuevo, pero entretanto el trabajo era lo primero.

El coronel se alisó la guerrera.

—Ese alemán que le interesa, señor Carey..., ¿era alsaciano?

—No, procedía de Colonia.

—Muchos de los desertores eran alsacianos, y ya sabe usted que algunos de ellos odiaban a los alemanes tanto como nosotros.

—¿De veras? ¿Estuvo usted en Grecia durante la guerra, coronel?

—A veces. Al principio, sí. Más tarde, estuve con los británicos, en sus fuerzas de incursión. Eran una especie de comandos, ya me entiende. Fue una época muy feliz.

—¿Feliz?

—¿No fue usted soldado, señor Carey?

—Yo era piloto de bombardero, y no recuerdo haberme sentido nunca muy feliz

al respecto.

—No, desde luego, pero el aire es diferente de la lucha en tierra. Usted no ve al enemigo que mata. Es usted una máquina de guerra, impersonal.

—Para mí fue suficientemente personal —replicó George, pero su observación no fue oída.

Había, en los ojos del coronel, la luz del recuerdo.

—Se perdió usted muchas cosas volando, señor Carey —dijo con expresión soñadora—. Recuerdo cierta ocasión...

Y con ello empezó a perorar.

Al parecer, había tomado parte en numerosas incursiones británicas contra guarniciones alemanas en territorio griego. Pasó a describir con gran lujo de detalles lo que juzgaba, evidentemente, como algunas de sus experiencias más divertidas. A juzgar por la satisfacción con la que recordaba los hechos, era indudable que para él fueron aquellos unos tiempos felices.

—... salpicó con sus sesos toda la pared al recibir una ráfaga de una metralleta Bren... apoyé mi cuchillo en su bajo vientre y lo rajé hasta las costillas... las granadas mataron a todos los hombres de la habitación excepto uno, al que yo arrojé desde la ventana... huyó sin sus pantalones, por lo que pudimos apuntar allí donde nos pareció mejor... trató de salir de la casa para rendirse, pero sus movimientos eran demasiado lentos y la granada de fósforo le prendió fuego como si fuera una antorcha... le solté una ráfaga de mi Schmeisser y casi lo corté en dos...

Hablaba con rapidez, sin dejar de sonreír y acompañando sus explicaciones con gestos graciosos. De vez en cuando, empleaba el francés. George apenas se molestó en seguir sus explicaciones; pero ello no importaba, ya que toda la atención del coronel se había concentrado ahora en la señorita Kolin. Esta exhibía su sonrisa de superioridad, pero había algo más en su expresión: una nota de placer. De haber estado observando a los dos sin saber de que se hablaba, pensó George, se hubiera podido suponer que el apuesto coronel la estaba obsequiando con una ingeniosa explicación sobre ecos de sociedad. Todo ello resultaba bastante desconcertante.

El teniente regresó a la habitación, con una maltrecha carpeta llena de papeles debajo de su brazo. El coronel enmudeció instantáneamente y se irguió en su sillón para recibir la carpeta. La miró con fijeza, mientras el teniente hacía su informe. En cierto momento, formuló una seca pregunta y recibió una respuesta que pareció satisfacerle. Finalmente, hizo un gesto con la cabeza y el teniente se retiró. El coronel se relajó nuevamente y sonrió con cierta complacencia.

—Se necesitará tiempo para verificar las listas de prisioneros —dijo—, pero, tal como yo esperaba, disponemos de otras informaciones. Lo que no puedo decir es si les servirán o no de ayuda. —Contempló de nuevo el fajo de papeles desgarrados y grasientos que habían colocado ante él—. Esa emboscada de la que usted habla fue, muy probablemente, una de las diversas operaciones realizadas aquella semana por un grupo del ELAS con base en los montes cercanos a Florina. Eran treinta y cuatro

hombres, en su mayoría procedentes de Florina y de los pueblos cercanos. El jefe era un comunista llamado Phengaros. Era oriundo de Larisa. En esta acción fue destruido un camión del ejército alemán. ¿Le parece que puede tratarse del caso que a usted le interesa?

George asintió con la cabeza.

—Es este. Había tres camiones, y el primero tropezó con una mina. ¿Se dice aquí algo sobre prisioneros?

—No se habla de prisioneros, señor Carey, pero, afortunadamente, puede usted preguntarlo.

—¿Preguntarlo a quién?

—A Phengaros —el coronel sonrió—. Fue capturado en 1948. Lo tenemos bien encerrado.

—¿Todavía?

—Bien, fue puesto en libertad gracias a una amnistía, pero vuelve a encontrarse entre rejas. Es miembro del Partido, señor Carey, y un miembro peligroso. Un hombre valiente, tal vez, y apto para matar alemanes, pero esos políticos no cambian de manera de ser. Es una suerte para usted que no se le hubiera fusilado hace ya mucho tiempo.

—Me pregunto porqué no se le fusiló...

—No es posible fusilar a todos estos rebeldes —contestó el coronel, encogiéndose de hombros—. Nosotros no somos alemanes, o rusos. Además, a sus amigos de Ginebra no les hubiera gustado.

—¿Dónde puedo ver a ese hombre?

—Aquí, en Salónica. Tendré que hablar con el comandante de la prisión. ¿Conoce usted a su cónsul en esta ciudad?

—Todavía no, pero tengo una carta para él de nuestra legación en Atenas.

—¡Perfectamente! Diré al comandante que es usted un amigo del embajador norteamericano. Esto será suficiente.

—¿Por qué, exactamente, se encuentra en la prisión ese Phengaros?

El coronel consultó los papeles de la carpeta.

—Robo de joyas, señor Carey.

—Creía que había dicho usted que era un preso político...

—En Estados Unidos, señor Carey, sus criminales son todos ellos capitalistas. Aquí, en la época actual, son a veces comunistas. Los hombres como Phengaros no roban para sí mismos, sino para los fondos del Partido. Desde luego, si los capturamos los encerramos en la prisión como criminales comunes. No se les puede enviar a las islas como presos políticos. Últimamente, han realizado varios golpes de envergadura, cosa que no deja de ser tradicional. Incluso el gran Stalin robó un banco para engrosar los fondos del Partido cuando era joven. Desde luego, hay algunos de esos bandidos de la montaña que solo fingen robar para el Partido, y lo que hacen es guardar para sí lo que consiguen. Son hombres listos y peligrosos, y la policía no

suele capturarlos. Pero Phengaros no es de esa clase. Es un simple fanático iluso, de esos que siempre acaban dejándose capturar.

—¿Cuándo podré verle?

—Mañana, quizá. Ya veremos. —Volvió a pulsar el botón para llamar al teniente—. Dígame —preguntó—, ¿tienen, usted y *madame*, por casualidad algún compromiso esta noche? Me agradecería enseñarles nuestra ciudad.

Veinte minutos más tarde, George y la señorita Kolin salieron del edificio para encontrarse de nuevo bajo el calor y la luz deslumbrante de una tarde en Salónica. La excusa de George, de acuerdo con la cual había de escribir un largo informe aquella noche, había sido aceptada con pronta comprensión. En cambio, la señorita Kolin tuvo, al parecer, más dificultad para esquivar la hospitalidad del coronel. Sin embargo, la conversación al respecto transcurrió en griego y George no pudo comprender nada.

Cruzaron la calle, en busca de la sombra que había al otro lado.

—¿Cómo se las ha arreglado para excusarse? —preguntó él, mientras se dirigían hacia el hotel.

—He explicado que tenía el estómago trastornado por la comida y las moscas, y que probablemente me encontraría mal durante toda la noche.

George se echó a reír.

—He dicho la verdad —añadió ella.

—Oiga, lo siento. ¿Cree que debe verla un médico?

—Ya pasará. ¿Usted todavía no tiene molestias estomacales?

—No.

—Las tendrá más tarde. Este es mal lugar para el estómago, cuando una persona no está acostumbrada.

—Señorita Kolin —dijo George al cabo de un rato— ¿qué opina usted, realmente, acerca del coronel Chrysantos?

—¿Y qué puede pensar una sobre semejante hombre?

—¿No le agrada? Se ha mostrado muy eficiente y servicial.

—Sí, no cabe duda de ello. El hecho de mostrarse servicial halaga su vanidad. Solo hay una cosa que me agrada en ese coronel.

—¿Qué es?

Ella caminó durante unos momentos en silencio. Después habló en voz baja, tan baja que George apenas pudo oír lo que decía.

—Sabe cómo se ha de tratar a los alemanes, señor Carey.

Fue en aquel momento cuando George experimentó el primer síntoma de futuros trastornos en su estómago y sus intestinos. Y, en aquel momento, también se olvidó del coronel Chrysantos y de los alemanes.

—Empiezo a comprender lo que usted quería decir al hablar de la comida y las moscas —observó al doblar la esquina en dirección al hotel—. Si no le importa, creo que debemos entrar unos momentos en una farmacia.

El día siguiente, el teniente ayudante del coronel llegó a su hotel en un coche del ejército, para conducirlos a la prisión. Esta era un antiguo cuartel que se alzaba junto a los restos de un viejo fuerte turco, en los arrabales occidentales de la ciudad. Con la alta muralla que lo rodeaba y los montes de Kalamara al otro lado de la bahía, como telón de fondo, desde fuera recordaba un monasterio. En su interior, reinaba el olor de una inmensa y mal cuidada letrina.

Los papeles que enseñó el teniente les valieron la admisión y se les condujo hasta el edificio de la administración donde les atendió un funcionario civil ataviado con un ceñido traje de seda, que se excusó por la ausencia del comandante, debido a una misión oficial, y les ofreció café y cigarrillos. Era un hombre delgado y de aspecto angustiado, con el hábito de hurgarse la nariz, a través de la cual daba la impresión de intentar, aunque sin éxito, vaciarse a sí mismo. Después de tomar el café, cogió un pesado manojó de llaves y los condujo a lo largo de una serie de pasillos con puertas de acero en ambos extremos, las cuales abrió y volvió a cerrar a medida que avanzaban.

Finalmente, entraron en una habitación de paredes encaladas y con una reja que la dividía por la mitad desde el suelo hasta el techo. A través de la reja, pudieron ver otra puerta.

El funcionario adoptó una expresión de excusa y murmuró algo en deficiente francés.

—Phengaros no es un buen preso y a veces se comporta violentamente —tradujo la señorita Kolin—. El comandante no desea que nos exponamos a ningún riesgo. Por esta razón, la entrevista debe tener lugar en este ambiente poco confortable. Se excusa por ello.

George asintió con la cabeza. Distaba de sentirse a sus anchas. Había pasado una noche desagradable y fatigosa, y el olor del lugar le impedía olvidar este hecho. Además, nunca había estado hasta entonces en el interior de una cárcel y, si bien había supuesto que esta experiencia forzosamente había de resultar deprimente, no estaba preparado para la vívida sensación de culpabilidad personal que aquel ambiente suscitaba.

Se oyó ruido en la puerta situada más allá de la reja y George dirigió la mirada allí. Se había abierto en la puerta una estrecha mirilla y unos ojos miraban a través de ella. Después, giró una llave en la cerradura y la puerta se abrió. Un hombre entró lentamente en la habitación.

El preso era delgado y nervudo, con ojos oscuros y hundidos, y una nariz curvada como un pico. Tenía la piel morena y curtida como si hubiera trabajado largo tiempo bajo el sol, y en su afeitada cabeza crecía una corta pelambreira negra. Llevaba una camiseta de algodón y unos pantalones de tela basta, sostenidos en la cintura por una tira de arpillera. Iba descalzo.

Titubeó cuando vio las caras al otro lado de la reja y el guardián que le seguía le

obligó a avanzar empujándole con una porra. Entonces avanzó hasta que la luz le dio de lleno. El guardián cerró la puerta y se quedó de espaldas a ella. El funcionario hizo una seña a George.

—Pregúntele cómo se llama —dijo George a la señorita Kolin.

Esta formuló la pregunta. El prisionero se pasó la lengua por los labios y sus negros ojos miraron, más allá de ella, a los hombres, como si la joven fuese un señuelo que hubiera de hacerle caer en una trampa. Después, miró a la intérprete y seguidamente al funcionario, y murmuró algo.

—¿De qué se trata? —tradujo la señorita Kolin—. Saben ustedes perfectamente cuál es mi nombre. ¿Quién es esta mujer?

El funcionario le gritó algo, violentamente, y el guardián volvió a hurgarle las costillas con la porra.

George habló apresuradamente:

—Señorita Kolin, explíquele, tan amistosamente como pueda, que soy un abogado norteamericano y que mi gestión nada tiene que ver con él, personalmente. Se trata de un asunto privado, legal. Dígale que solo queremos interrogarle acerca de aquella emboscada en Vodena. No hay en esta pregunta ningún ángulo político. Nuestra única finalidad, al interrogarle, es confirmar la muerte de un soldado alemán al que se declaró desaparecido en 1944. Explíqueselo lo mejor que pueda.

Mientras ella hablaba, George contempló la cabeza del prisionero. Los negros ojos chispearon con suspicacia en su dirección, a medida que ella se explicaba. Cuando hubo terminado, el preso reflexionó unos instantes y finalmente contestó.

—Atenderá a las preguntas y decidirá si ha de contestarlas cuando las haya oído.

Detrás de George, el teniente empezaba a decirle algo, airadamente, al funcionario de la prisión, pero el abogado fingió no advertirlo.

—De acuerdo —dijo George—; pregúntele su nombre. Debe identificarse.

—Phengaros.

—Pregúntele si recuerda la emboscada contra los camiones.

—Sí, la recuerda.

—¿Estaba él al mando de aquellos *andartes*?

—Sí.

—¿Qué ocurrió, exactamente?

—No lo sabe. Él no estaba allí.

—Pero si ha dicho...

—Él dirigía al mismo tiempo un ataque contra el depósito de gasolina. Fue su lugarteniente el que se ocupó de los camiones.

—¿Dónde está el lugarteniente?

—Murió. Fue fusilado unos meses después por las bandas fascistas, en Atenas.

—Está bien. Pregúntele si alguno de los alemanes que iban en los camiones fue hecho prisionero.

Phengaros reflexionó unos momentos y después asintió con la cabeza.

—Sí. Uno.

—¿Vio él a este prisionero?

—Lo interrogó.

—¿Qué graduación tenía?

—Cree que era un soldado raso. Era el hombre que conducía el camión que chocó con la mina. Estaba herido.

—¿Está seguro de que no hubo otros prisioneros?

—Sí.

—Dígale que, según nuestras informaciones, en aquel primer camión había dos hombres que no regresaron y cuyos cadáveres no fueron encontrados después por el destacamento alemán que llegó allí más tarde. Uno era el conductor del camión, el que, según él dice, fue interrogado. El otro era el sargento al mando del destacamento. Deseamos saber qué le ocurrió al sargento.

Phengaros empezó a gesticular enfáticamente mientras hablaba.

—Dice que él no estaba allí, pero que si hubiera quedado un sargento alemán con vida, sin duda sus hombres lo hubieran hecho prisionero para interrogarle. Un sargento hubiera podido dar más informaciones que un simple chófer.

—¿Qué le ocurrió al chófer?

—Murió.

—¿Cómo?

Hubo unos momentos de vacilación.

—A causa de sus heridas.

—Está bien, vamos a dejar este aspecto. Cuando él servía en el ejército del general Markos, ¿conoció a algunos alemanes que también luchaban con él?

—Unos pocos.

—¿Alguno cuyo nombre pueda recordar?

—No.

—Pregúntele si conoce a alguien que todavía viva y que tomara parte en la emboscada de los camiones.

—No conoce a nadie.

—Seguramente, no estarán *todos* muertos. Pídale que trate de recordar.

—No conoce a nadie.

Phengaros ya no miraba a la señorita Kolin, sino que tenía la vista fija al frente.

Hubo una pausa y George sintió que le tocaban el brazo. El teniente se lo llevó algo más allá, para un aparte.

—Señor Carey, este hombre no desea dar información que pueda comprometer a sus amigos —le explicó en inglés.

—Desde luego, lo comprendo.

—Excúseme un momento, por favor.

El teniente se dirigió al funcionario de la prisión y mantuvo con él una conversación en voz baja. Después, regresó junto a George.

—Puede obtenerse esta información, señor Carey —le aseguró a media voz—, pero se necesitará algún tiempo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ese Phengaros es un hombre difícil de persuadir, al parecer, pero si usted lo desea se le puede aplicar cierta presión disciplinaria...

—¡No, no! —contestó apresuradamente George, cuyas rodillas empezaron a vacilar—. A menos que dé esta información de manera totalmente voluntaria, no puede tener ningún valor legal como prueba.

Se trataba de una falsa excusa, pues de todas maneras la declaración de Phengaros no tenía ningún valor legal. Era el testimonio de los testigos oculares (si es que había alguno) lo que podía tener importancia. Sin embargo, a George no se le ocurrió en aquel momento nada mejor.

—Como usted quiera. ¿Hay algo más que desee preguntar?

La actitud del teniente reflejaba ahora un cierto aburrimiento. Había interpretado correctamente la actitud de George. Si la investigación de este podía desarrollarse con una timidez tan patente, no podía ser de gran importancia.

—Creo que no, muchas gracias. —George se volvió hacia la señorita Kolin—. Pregúntele al funcionario de la prisión si va contra las reglas dar al prisionero unos cigarrillos.

Cuando oyó esta consulta, el funcionario dejó de hurgarse la nariz y a continuación se encogió de hombros. Si el americano deseaba desperdiciar unos cigarrillos con un tipo tan poco cooperativo podía hacerlo, pero antes los cigarrillos debían ser examinados.

George sacó un paquete de cigarrillos y se lo entregó.

El funcionario investigó el interior, pellizcó el paquete y se lo devolvió. George lo ofreció al preso a través de la reja.

Entretanto, Phengaros había estado esperando con una leve sonrisa en los labios. Sus ojos se encontraron con los de George y, con una leve e irónica inclinación, aceptó los cigarrillos. Al hacerlo, empezó a hablar.

—Comprendo la sensación de malestar que le mueve a ofrecerme este obsequio señor —tradujo la señorita Kolin—. Si yo fuera un criminal, lo aceptaría con placer. Pero el destino de mis camaradas en manos de los reaccionarios fascistas todavía inquieta muy poco a la conciencia del mundo. Si su conciencia le está atormentando, señor, ello habla en favor de usted. Sin embargo, todavía no me he corrompido tanto aquí como para permitirle que alivie esta sensación al precio de un paquete de cigarrillos. No. Aunque los hubiera fumado muy a gusto, señor creo que su destino debe ser el de cualquier otra ayuda americana.

Y con un rápido gesto de la muñeca arrojó los cigarrillos al guardián que se encontraba detrás de él.

El paquete cayó al suelo y, mientras el guardián lo recogía, el funcionario empezó a vociferar, indignado, a través de la reja y el otro hombre se apresuró a abrir la

puerta que había detrás de ellos.

Phengaros les dirigió un breve saludo y se retiró.

El funcionario dejó de gritar y se volvió hacia George, deshaciéndose en excusas.

—*Une espèce de fausse-couche* —dijo—; *je vous demande pardon, Monsieur.*

—¿Por qué? —contestó George—. Si él cree que yo soy un repugnante lacayo de los criptofascistas-imperialistas, tiene perfecto derecho a negarse a fumar mis cigarrillos.

—*Pardon?*

—También ha tenido el buen gusto de no arrojármelos a la cara. En su lugar, yo hubiera hecho exactamente lo mismo.

—*Qu'est-ce que Monsieur a dit?*

El funcionario miraba desesperadamente a la señorita Kolin. George movió la cabeza de un lado a otro.

—No se moleste en traducir, señorita Kolin. No lo entendería. Pero usted sí me ha comprendido, ¿verdad, teniente? Sí, ya me lo parecía. Y ahora, si no le importa, me gustaría largarme de aquí antes de que ocurra algo muy inconveniente en el interior de mi estómago.

Cuando llegaron al hotel, les esperaba allí una nota del coronel Chrysantos. Contenía la información de que el examen de todas las listas importantes no había logrado descubrir a nadie llamado Schirmer que hubiera muerto o sido capturado en la campaña contra Markos. Tampoco se había concedido amnistía alguna a persona que llevara este nombre.

—Señorita Kolin —dijo George—, ¿qué se puede beber cuando se tienen estas molestias estomacales?

—El coñac es lo mejor.

—Entonces, vamos a pedirlo.

Más tarde, una vez realizado el experimento, dijo:

—Cuando estábamos en Colonia, mi firma me dio permiso para proseguir la investigación durante tres semanas más si yo juzgaba que estábamos realizando progresos. Ha pasado ya una de ellas, y todo lo que hemos averiguado es que, según todas las probabilidades, ese Franz Schirmer no fue capturado por los hombres que atacaron los camiones.

—Sin duda, ya es algo.

—No deja de tener un cierto interés en el mejor de los casos, pero lo cierto es que esto no nos lleva a ninguna parte. Voy a conceder al asunto otra semana más. Si, para entonces, no nos acercamos más a la verdad, regresaremos a casa. ¿De acuerdo?

—Perfectamente. ¿Qué hará durante esta semana?

—Haré lo que creo que debía haber hecho antes. Ir a Vodena y buscar su tumba.

VODENA, QUE ANTES se llamaba Edessa y que fue en otro tiempo la sede de los reyes de Macedonia, está a unos ochenta kilómetros al este de Salónica. Se encuentra entre una densa vegetación de viñedos, granados, higueras y moredas, en la falda del monte Chakirka, a unos doscientos metros sobre la llanura de Yiannitsa. Torrentes de aguas centelleantes descienden líricamente a lo largo de las faldas del monte hasta el Nisia Voda, un afluente del Vadar que discurre con rapidez junto a la ciudad, en dirección al río principal. Las tejas de las casas brillan bajo el sol. No hay hoteles turísticos.

George y la señorita Kolin llegaron allí en un coche alquilado en Salónica. No fue un viaje placentero, pues hacía mucho calor y la carretera era accidentada. El estado de su estómagos les privó incluso del consuelo de un buen almuerzo y una botella de vino en su lugar de destino. Mientras el chófer se lanzaba afanosamente en busca de comida y bebida, ellos entraron en un café, ahuyentaron las moscas el tiempo suficiente para tomar unos sorbos de coñac, y después empezaron a buscar, no sin cierto desaliento, algún tipo de información.

Casi inmediatamente les sonrió la suerte. Un vendedor de dulces del mercado no solo recordaba bien la emboscada, sino que en aquellos tiempos había estado trabajando en una viña cercana. Los *andartes*, que llegaron una hora antes que los camiones alemanes, le habían avisado para que se pusiera a salvo.

Cuando regresó el chófer, persuadieron al vendedor para que dejase al cuidado de un amigo su parada de golosinas cubiertas de moscas y los guiara hasta el lugar del encuentro.

El depósito de gasolina había estado situado junto a un apartadero del ferrocarril, a unos cinco kilómetros de Vodena, cerca de la carretera secundaria que conducía a Apsalos. Los camiones habían sido sorprendidos en esta, a unos tres kilómetros de distancia del depósito.

Era un lugar ideal para una emboscada. La cuesta era muy empinada y en aquel punto la carretera describía una curva cerrada debajo de un promontorio, lo que permitía a los atacantes esconderse entre los árboles y los matorrales. Más abajo y más allá de la carretera, no había ninguna clase de refugio. Las minas habían sido

colocadas más allá del viraje, de modo que, al estallar una debajo del primer camión, este bloqueara el camino para los que lo seguían, en un punto en el que los vehículos no podían dar media vuelta ni sus ocupantes encontrar protección y replicar al fuego que se les hacía desde arriba. Para los *andartes* ocultos en el monte, la operación debió de resultar bastante fácil. Lo más notable era el hecho de que dos de los once alemanes que ocupaban los camiones hubieran conseguido regresar con vida, lo cual solo podía deberse a que fueran hombres muy rápidos en la huida o a que los disparos desde la montaña estuvieran muy mal dirigidos.

Los hombres que encontraron allí la muerte habían sido enterrados más abajo, en un terreno llano contiguo a la carretera. Según el vendedor del mercado, en aquella época la tierra estaba muy húmeda a causa de las lluvias. La fila de tumbas todavía podía distinguirse entre la maleza. El teniente Leubner y sus hombres habían amontonado unas cuantas piedras, formando montículo sobre cada una de ellas. George había visto este tipo de tumbas alemanas en Francia y en Italia y supuso que en aquel momento cada una de ellas también había ostentado el casco de acero de su ocupante, y tal vez una placa de madera con su número, nombre y graduación. Todo dependía del tiempo del que se dispusiera para tales refinamientos. Buscó las placas de madera, pero, si es que alguna vez habían existido, ahora no había trazas de ellas. Debajo de un matorral cercano encontró un casco alemán oxidado, y esto fue todo.

—Siete tumbas —observó la señorita Kolin cuando volvieron a subir por la colina—. Esto es lo que cabía esperar a juzgar por la carta del teniente de *Frau* Schirmer. Eran diez hombres y su sargento. Dos hombres regresaron. No se encontraron los cadáveres del sargento y del conductor del primer camión. En total, siete tumbas.

—Sí, pero Phengaros dijo que solo hubo un prisionero, precisamente el conductor. Por consiguiente, ¿dónde estaba el sargento? ¡Veamos! El chófer fue herido cuando el camión chocó con la mina, pero no murió. Es muy probable que el sargento se encontrase en la cabina, a su lado. Probablemente, también él resultó herido. El teniente Leubner dijo que no era hombre capaz de rendirse sin pelear. Suponiendo que abandonara la carretera y que se le diera caza para matarlo a cierta distancia de ella...

—Pero ¿cómo, señor Carey? ¿Cómo pudo alejarse de aquí?

George recorrió el borde de la carretera y miró hacia abajo.

El terreno rocoso descendía casi en vertical hacia el valle que había abajo. Era absurdo suponer que un hombre, incluso ileso, tratara de bajar por allí bajo los disparos que se le dirigían desde el monte y desde la carretera. Los dos hombres que huyeron consiguieron hacerlo gracias a que se encontraban en el último camión y no haber resultado heridos, pero el sargento estaba a más de doscientos metros de distancia de cualquier refugio. No había tenido la menor oportunidad de salir de allí.

George ascendió un breve trecho en la colina para contemplar la escena desde el lugar que ocuparon los atacantes. Desde allí, la situación de los hombres que ocuparon aquellos camiones todavía parecía más desesperada. Pudo imaginar la

escena: los camiones que subían fatigosamente por la carretera, la ensordecedora explosión de la mina, el tableteo de las metralletas y los disparos de los fusiles, las sordas explosiones de las granadas lanzadas a la carretera, las voces de mando y los gritos de los moribundos.

Descendió de nuevo hasta el coche.

—Está bien, señorita Kolin —dijo—; ¿qué cree usted que sucedió?

—Creo que fue capturado junto con el conductor y que los dos estaban heridos. Creo que el sargento murió a causa de sus heridas o lo mataron cuando trataba de escapar al dirigirse los *andartes* al lugar de su encuentro con Phengaros. Naturalmente, Phengaros pensaría que solo se había hecho un prisionero.

—¿Y los documentos del sargento? Tenían que entregárselos a Phengaros.

—También debieron de apoderarse de los papeles de los alemanes a los que mataron aquí.

George reflexionó.

—Sí, puede que tenga razón. Al menos, es una explicación razonable. Sin embargo, todavía queda una manera de poder saber con certeza lo que ocurrió, y es encontrar a alguien que estuviera presente.

Con un gesto de la cabeza, la señorita Kolin indicó el vendedor de dulces.

—He estado hablando con este hombre. Dice que los *andartes* que realizaron esta acción eran de Florina. Esto concuerda con la información del coronel.

—¿Conocía a alguno de ellos por su nombre?

—No. Solo ha dicho que eran de Florina.

—Otro callejón sin salida. Está bien, mañana iremos allí. De momento, será mejor que emprendamos el regreso. ¿Qué propina cree que debo darle a ese viejo?

A primera hora de la tarde llegaron a Salónica. Parecía como si hubiera ocurrido algo inusual durante su ausencia. En las calles se veían más policías que de costumbre y los tenderos se encontraban en las aceras. Discutiendo animadamente con sus vecinos. Los cafés estaban atestados.

En el hotel se enteraron de la noticia. Poco antes de las tres de aquella tarde, un camión del ejército se había detenido ante la entrada del Banco de Crédito Euroasiático, en la calle Egnatie, donde había esperado unos momentos. De pronto, habían saltado del mismo, por la parte posterior, seis hombres armados con metralletas y granadas. Tres de ellos se habían situado inmediatamente junto a la entrada, mientras los tres restantes irrumpían en el banco. Dos minutos más tarde, volvieron a salir con un botín de dólares, escudos y francos suizos por valor de varios cientos de miles de dólares. Diez minutos más tarde, y prácticamente antes de que los transeúntes hubieran advertido que sucedía algo, habían saltado de nuevo al camión y este se había perdido de vista.

La operación había estado perfectamente organizada. Los asaltantes sabían con

exactitud en qué caja fuerte se guardaba el dinero y también cómo llegar a ella. Nadie había resultado herido. Un empleado, que había tenido el valor de poner en marcha un timbre de alarma, solo había recibido un culatazo en la cara por su audacia. El timbre no había sonado por la sencilla razón, descubierta más tarde, de que sus cables habían sido desconectados. Los asaltantes habían saludado con el puño en alto. Evidentemente, habían contado con un correligionario comunista en el banco, y, sin duda, este robo era uno más en la serie organizada para alimentar los fondos del Partido. Naturalmente, las sospechas sobre la identidad del correligionario se habían acumulado sobre el empleado valiente. ¿Quién se hubiera atrevido a hacer lo que hizo este, de no haber sabido de antemano que no corría el menor riesgo? La cosa parecía clara y, por tanto, la policía lo estaba interrogando.

Tal fue el relato que sobre los hechos les hizo un excitado empleado de la recepción del hotel. El barman del hotel confirmó los hechos, pero este tenía una teoría más sofisticada sobre los motivos de los atracadores.

¿Por qué, preguntaba, todos los grandes robos que tenían ahora lugar eran obra de comunistas que con ellos pretendían aumentar los fondos del Partido? ¿Es que nadie más robaba ya? Sí, desde luego que se habían producido robos políticos, pero no tantos como la gente suponía. ¿Y por qué los bandidos habían de saludar puño en alto al marcharse? ¿Para demostrar que eran comunistas? ¡Absurdo! Meramente, trataban de dar esta impresión para engañar a la policía y desviar la atención de esta. Podían estar seguros de que la policía preferiría culpar a los comunistas. Todo lo malo era achacado a los comunistas. Él, desde luego, no era comunista, pero...

Y así siguió hablando extensamente.

George le escuchaba, distraído. En aquel momento, lo que más le interesaba era el descubrimiento de que su apetito había hecho repentinamente su reaparición, y que podía contemplar sin repugnancia la perspectiva de una buena cena.

Florina se encuentra en la entrada de un profundo valle, quince kilómetros al sur de la frontera yugoslava. A unos sesenta kilómetros de distancia, a través de las montañas y hacia el oeste, está Albania. Florina es el centro administrativo de la provincia del mismo nombre y es un importante nudo ferroviario. Cuenta con una guarnición militar y con una ciudadela turca en ruinas. Posee más de un hotel. No es tan pintoresca como Vodena, ni tan antigua. Nació como insignificante etapa de relevo de caballos en una carretera romana que unía Durazzo con Constantinopla, y ya demasiado tarde para compartir las efímeras glorias del Imperio Macedonio. En una tierra que ha contenido tantas de las fuentes de la civilización occidental, Florina es una advenediza.

Pero si bien Florina no posee una historia de gran interés para los compiladores de guías de viaje, sí tiene, en el sentido eduardiano de la palabra, un pasado.

En el verano de 1896, dieciséis hombres se reunieron en Salónica. Allí fundaron

una organización política que, años después, se convertiría en la más formidable de las sociedades terroristas secretas de los Balcanes, e incluso de Europa. Su nombre era el de Organización Revolucionaria Macedonia Interna, y sus siglas ORMI. Su credo era «Macedonia para los macedonios», su bandera una calavera y unas tibias rojas sobre fondo negro, y su lema, «Libertad o Muerte». Sus argumentos eran el cuchillo, el fusil y la bomba. Sus fuerzas armadas, que vivían en las colinas y montañas de Macedonia, aplicando las leyes de la ORMI y cobrando sus impuestos a los habitantes de pueblos y ciudades, eran conocidas como *comitadjis*. Su juramento de obediencia se prestaba sobre una Biblia y un revólver, y el castigo para la traición era la muerte. Entre los que prestaban este juramento y servían a la ORMI se contaban hombres acaudalados, así como campesinos, poetas y también soldados, y filósofos al mismo tiempo que asesinos profesionales. Por la causa de la autonomía macedonia, se daba muerte a turcos y búlgaros, serbios y valacos, griegos y albaneses. También se mataba a macedonios por la misma causa. Cuando comenzó la primera guerra balcánica, la ORMI era una importante fuerza política, capaz de ejercer una influencia considerable sobre los acontecimientos. El *comitadji* macedonio, con sus cartucheras y su fusil, se estaba convirtiendo en una figura legendaria, en un heroico defensor de mujeres y niños contra el salvajismo de los turcos, en un caballero de las montañas que prefería la muerte al deshonor y que trataba a sus cautivos con cortesía y magnanimidad. El hecho de que, según algunos observadores cínicos, las salvajadas de los turcos se cometieran generalmente como represalia por las atrocidades realizadas por los *comitadjis*, y de que la conducta caballerescas solo se demostraba cuando existía la posibilidad de impresionar con ella a simpatizantes extranjeros, parecía ejercer muy poco efecto sobre la leyenda. Esta persistió, con un vigor considerable, y hasta cierto punto todavía se mantiene. En la plaza principal de Gorna Djoumaia, la capital de la Macedonia búlgara, hay incluso un monumento al «*Comitadji* desconocido». Es cierto que fue erigido en 1933 por bandoleros de la ORMI que saquearon la ciudad, pero el gobierno central búlgaro de la época no presentó ninguna objeción al respecto, y casi con toda seguridad todavía sigue allí. Si bien ya no militan en la ORMI poetas e idealistas, sigue siendo una fuerza política y, según las épocas, ha prestado sus servicios, con admirable imparcialidad, tanto a fascistas como a comunistas. La ORMI es, y siempre ha sido, una institución muy balcánica.

Florina fue uno de los baluartes «fundadores» de la ORMI. Poco después de la importante reunión de Salónica en 1896, un exsargento del ejército búlgaro, llamado Marko, empezó a reclutar en Florina una banda de la ORMI, que al poco tiempo se convirtió en la más poderosa de la zona, así como en la más distinguida. El poeta búlgaro Yavorov y el joven escritor Christo Silianov se contaban entre los que se unieron a ella y (aunque Silianov, el escritor, cayó en desgracia al mostrar una afeminada aversión a degollar a sus prisioneros) ambos prestaron un intenso servicio activo con los hombres de Florina. Marko fue muerto por los soldados turcos, pero la

banda se mantuvo como unidad efectiva y desempeñó un papel destacado en la rebelión de 1903. Las técnicas irredentistas del sabotaje, la emboscada, el secuestro, la intimidación, el robo armado y el asesinato forman parte de la herencia cultural de Florina y, aunque hoy se necesite una invasión y una guerra para inducir a los habitantes de la provincia, fieles cumplidores de la ley, a dedicarse de nuevo a esas antiguas habilidades, siempre hay, incluso en tiempo de paz, unos cuantos hombres audaces dispuestos a echarse al monte y recordar a sus infortunados vecinos que las tradiciones de sus antepasados todavía están vivas.

George y la señorita Kolin llegaron en tren desde Salónica.

El Hotel Partenón era un edificio de tres plantas cerca del centro de la ciudad. Había debajo de él un café y un restaurante en el que se podía entrar directamente desde la calle. Su tamaño era más o menos el de un hotel comercial de tercera clase, en una ciudad como Lyon. Las habitaciones eran pequeñas y la instalación de fontanería muy primitiva. La cabecera de la cama, en la habitación de George, era de hierro, pero alrededor del somier había un marco de madera. Por sugerencia de la señorita Kolin, George pasó su primera media hora allí trabajando con un fuelle y un bote de DDT, atacando las grietas de la madera. Después, bajó al café y al poco rato la señorita Kolin se reunió con él.

El propietario del Partenón era un hombre más bien bajo, de cara grisácea y cabellos grises cortados como un cepillo, y ataviado con un arrugado traje gris. Cuando vio aparecer a la señorita Kolin, abandonó la mesa más cercana al mostrador del bar, junto a la cual había estado hablando con un oficial del ejército, y se acercó a ellos. Hizo una reverencia y dijo algo en francés.

—Pregúntele si quiere tomar una copa con nosotros —dijo George.

Una vez traducida la invitación, el hombrecillo se inclinó de nuevo, se sentó murmurando unas palabras de excusa e hizo chasquear los dedos en dirección al camarero.

Los tres tomaron *ouzo* y se intercambiaron fórmulas de cortesía. El propietario del hotel se excusó por no hablar inglés y después empezó a inquirir discretamente acerca de los asuntos que los habían traído a la ciudad.

—Aquí tenemos pocos turistas —observó—, y siempre he dicho que es una lástima.

—El paisaje, desde luego, es muy atractivo.

—Si tienen tiempo mientras estén aquí, deben hacer alguna excursión en coche. Yo mismo me ocuparé de alquilárselo.

—Es muy amable por su parte. Dígame que en Salónica nos enteramos de que había unos excelentes terrenos de caza cerca de los lagos, al oeste.

—¿Acaso el caballero desea ir de caza?

—Esta vez no, por desgracia. Estamos en viaje de negocios. Sin embargo, nos dijeron que la caza es aquí muy abundante.

El hombrecillo sonrió.

—Hay toda clase de caza en las cercanías. En las montañas, también hay águilas —añadió a media voz.

—¿Águilas que también se dedican a la caza, tal vez?

—Seguramente, esto se lo contaron también al caballero en Salónica.

—Siempre he tenido entendido que este es un lugar muy romántico del país.

—Sí, el águila es un ave romántica para muchos —afirmó el dueño del hotel con picardía.

Evidentemente, era una de aquellas personas que no dejan pasar por alto la menor broma, una vez ha hincado sus dientes en ella.

—También es un ave de presa.

—¡Desde luego! Cuando los ejércitos se desintegran, siempre hay unos cuantos que prefieren seguir juntos y librar una guerra privada contra la sociedad. Sin embargo, aquí en Florina el caballero no debe temer nada. Las águilas están bien seguras en el monte.

—Es una lástima. Nosotros esperábamos que usted pudiese ayudarnos a encontrar una.

—¿Encontrar un águila? ¿Acaso el caballero comercia en plumas valiosas?

Pero George se estaba aburriendo ya y dijo:

—Está bien, dejemos de hablar a medias. Dígale que soy un abogado y que, si es posible, deseamos hablar con alguien que perteneciera al grupo del ELAS dirigido por Phengaros en 1944. Explíqueme que no hay en ello ningún aspecto político, y que solo deseamos investigar acerca de la tumba de un sargento alemán que murió cerca de Vodena. Dígale que represento a parientes de ese hombre, que viven en Estados Unidos.

Observó la cara del hombrecillo mientras la señorita Kolin traducía las palabras. Durante unos momentos apareció una expresión extraordinaria en su cara arrugada y grisácea, una expresión compuesta, en partes iguales, por interés, sorpresa, indignación y temor. Después bajó un telón y la cara recuperó su inexpresividad. Su propietario levantó la copa y la vació de un trago.

—Lamento —dijo con toda precisión— que en este asunto no pueda prestarles ninguna ayuda.

Dicho esto se levantó.

—Espere un momento —exclamó George—. Si no puede ayudarme, pregúntele si conoce a quien pueda hacerlo.

—El propietario del hotel titubeó y después miró al oficial sentado ante la mesa, junto al mostrador del bar.

—Un momento —dijo secamente.

Se acercó al oficial e, inclinándose sobre la mesa, empezó a hablarle rápidamente.

A los pocos momentos, George vio que el oficial le dirigía una rápida mirada, después de lo cual dijo algo al dueño. El hombrecillo se encogió de hombros. El oficial se levantó entonces y se aproximó.

Era un joven moreno y esbelto, con ojos brillantes, unos pantalones de montar muy anchos y una cintura tan estrecha como la de una muchacha. Llevaba las insignias de capitán. Se inclinó ante la señorita Kolin y dirigió una sonrisa amable a George.

—Le ruego que me disculpe, caballero —dijo en inglés—. El propietario del hotel me dice que están ustedes realizando una investigación.

—Exactamente.

El joven hizo chocar sus tacones.

—Capitán Streftaris —dijo—. ¿Es usted norteamericano, señor...?

—Me llamo Carey. Sí, soy norteamericano.

—¿Y esta señora?

—La señorita Kolin es francesa. Es mi intérprete.

—Gracias. Tal vez yo pueda ayudarle, señor Carey.

—Muy amable por su parte, capitán. Siéntese, por favor.

—Gracias.

El capitán hizo girar la silla, colocó el asiento entre sus piernas y se sentó con los codos apoyados en el respaldo. Había en este gesto un matiz curiosamente insolente. Sonrió de nuevo, pero esta vez con menos amabilidad.

—Ha logrado que el dueño de este hotel se sienta muy intranquilo, señor Carey.

—Lo lamento. Todo lo que le he pedido es que me pusiera en contacto con alguien que formara parte del grupo de Phengaros en 1944. También le he dicho que en mi gestión no había ningún aspecto político.

El capitán suspiró.

—Señor Carey —dijo—, si yo me dirigiera a usted, en Estados Unidos, y le pidiera que me pusiera en contacto con un gángster buscado por la policía, ¿estaría usted dispuesto a ayudarme?

—¿Es esta una comparación adecuada?

—Desde luego que sí. No creo que usted comprenda muy bien los problemas que tenemos aquí. Es usted un extranjero, desde luego, y esto le excusa, pero resulta muy indiscreto investigar cuestiones de esta clase.

—¿Le importa decirme por qué?

—Estos hombres son comunistas, hombres fuera de la ley. ¿Sabe usted que el propio Phengaros se encuentra en la cárcel bajo la acusación de un delito criminal?

—Sí. Hablé con él hace dos días.

—¿Cómo dice?

—El coronel Chrysantos, en Salónica, tuvo la amabilidad de disponer que yo pudiera entrevistar a Phengaros en la prisión.

La sonrisa del capitán se desvaneció y el joven retiró sus codos del respaldo de la silla.

—Le ruego que me excuse, señor Carey.

—¿Por qué?

—No había entendido que se encontraba aquí en misión oficial.

—Bien, para ser exacto...

—No creo que hayamos recibido órdenes de Salónica. De haberlas recibido, desde luego, el comandante me habría dado instrucciones.

—Un momento, capitán; no quiero que haya ningún malentendido. Mis asuntos son legales, más bien que oficiales. Se lo explicaré.

El capitán escuchó atentamente la explicación, y, cuando George la hubo terminado, mostró una expresión de alivio.

—Entonces, ¿no se encuentra usted aquí por recomendación del coronel Chrysantos?

—No.

—Debe usted saber, señor Carey, que yo soy el oficial del servicio de información militar en este distrito. Sería muy desagradable para mí que el coronel Chrysantos creyera que...

—Desde luego. El coronel es un hombre muy eficiente.

—¡Ya lo creo!

—Y también un hombre muy ocupado. Por lo tanto, creí que sería mejor no volver a molestar al coronel, y conseguir de manera no oficial los nombres de algunas de estas personas.

El capitán se mostró perplejo.

—¿No oficial? ¿Hasta qué punto?

—Podría comprar los nombres, ¿no cree?

—Pero ¿a quién?

—Pues bien, eso es lo que yo esperaba que el dueño del hotel pudiera indicarme.

—¡Ah! —el capitán se permitió por fin sonreír de nuevo—. Señor Carey, si el propietario supiera dónde poder comprar los nombres que usted desea, no sería tan imprudente como para admitirlo ante un extraño.

—Pero ¿no tienen ustedes la pista de algunas de estas personas? ¿Qué ha sido de todas ellas?

—Algunos encontraron la muerte peleando con las fuerzas de Markos y otros están al otro lado de la frontera, con nuestros vecinos. Los demás... —se encogió de hombros— han tomado otros nombres.

—Pero seguramente algunos vivirán cerca de aquí...

—Sí, pero no puedo recomendarle que se dedique a buscarlos. Hay en esta ciudad ciertos cafés donde, si hiciera usted las preguntas que le ha hecho aquí al hotelero esta noche, podría encontrarse en situación muy desagradable.

—Comprendo. ¿Y qué haría usted en mi lugar, capitán?

El capitán reflexionó profundamente durante unos momentos, y después se inclinó hacia adelante.

—Señor Carey, no quiero que crea que no estoy dispuesto a proporcionarle toda la ayuda que me sea posible.

—No, desde luego que no.

Sin embargo, el capitán no había terminado.

—Quiero ayudarle en todo lo que me sea posible. No obstante, permítame, por favor, que le explique una cosa. Usted desea saber, simplemente, si ese sargento alemán murió o no murió en aquella emboscada. ¿Es así?

—Exactamente.

—¿Usted no desea especialmente saber el nombre de la persona que le vio morir? George consideró la pregunta durante unos momentos.

—Bien, vamos a plantear la cosa de otra manera —dijo finalmente—: Lo más probable es que el sargento *muriera*. Si fue así y yo puedo adquirir una razonable certeza de este hecho, entonces eso será todo lo que yo deseo saber. Mi gestión habrá terminado.

El capitán asintió con la cabeza.

—Muy bien. Vamos a suponer ahora, por un momento, que se pudiera obtener de algún modo esta información. ¿Estaría dispuesto a pagar, por ejemplo, trescientos dólares por esa información, sin saber la procedencia de la misma?

—¡Trescientos dólares! Es mucho dinero, ¿no cree?

El capitán movió la mano, como restando importancia a la cuestión.

—Digamos, pues, doscientos. Lo de la cantidad es lo de menos.

—Entonces, digamos cien dólares.

—Como usted quiera. Sin embargo, ¿los pagaría, señor Carey?

—Bajo ciertas condiciones, sí.

—¿Qué condiciones, por favor?

—Pues bien, puedo decirle ya que no estoy dispuesto a pagar cien dólares solo por el placer de que alguien me diga que conoce a alguien más que conoce a su vez a un hombre que tomó parte en aquella emboscada, y que dice que el sargento alemán murió en ella. Yo desearía algún tipo de prueba que demostrase la veracidad de su historia.

—Comprendo, pero ¿qué prueba podría haber?

—En primer lugar, lo que yo querría es una explicación razonable del hecho de que el cadáver del sargento no fuese encontrado por la patrulla alemana que llegó poco después. Había allí soldados muertos, pero el sargento no se contaba entre ellos. Un testigo fiable debería saber la respuesta a esta pregunta.

—Sí, es muy lógico.

—Pero ¿hay alguna posibilidad de obtener esta información?

—Esto es lo que yo he estado pensando. Tal vez vea una posibilidad, sí. No puedo prometer nada. ¿Sabe usted algo acerca de los métodos policiales?

—Solo lo más usual.

—Entonces, sabrá usted que, cuando se trata con criminales, a veces es prudente conceder a los menos peligrosos una inmunidad temporal, e incluso proporcionarles un cierto estímulo, si con ello se puede averiguar algo acerca de lo que están

haciendo los demás.

—¿Se refiere usted a pagar a los informadores?

—No exactamente. El informador pagado rara vez resulta satisfactorio. Se le paga una y otra vez a cambio de nada, y después, cuando llega el momento en que puede resultar útil, se le encuentra con la garganta cortada y el dinero del Gobierno ha sido desperdiciado. No, los tipos de los que yo hablo son los delincuentes menores, cuyas actividades pueden tolerarse porque gozan de la confianza de aquellos a los que nosotros deseamos ponerles la mano encima. Esos tipos no informan ¿comprende?, pero al mostrarles una cierta amistad aparente y pasarles por alto sus pequeñas fechorías, es posible aprender muchas cosas más interesantes.

—Comprendo. Si hubiera algo de dinero en ello y nadie corriera peligro, una de estas personas podría averiguar lo que yo deseo saber.

—Exactamente.

—¿Tal vez se le ocurre algo?

—Sí, pero primero debo realizar una discreta investigación para ver si cabe establecer un contacto seguro. Creo que le coronel Chrysantos se enfadaría mucho conmigo, señor Carey, si yo pusiera su vida en peligro —dirigió una radiante sonrisa a la señorita Kolin—, o la de *madame*.

La señorita Kolin bajó la vista y George sonrió.

—No, no conviene que se enfade el coronel. Pero, de todos modos, es muy amable por su parte tomarse todas estas molestias, capitán.

El capitán alzó la mano en un ademán de protesta.

—No tiene importancia. Si por casualidad usted mencionara ante el coronel que yo le he podido prestar algún pequeño servicio, tenga la seguridad de que me vería bien recompensado.

—Naturalmente, pienso mencionarlo. Pero ¿quién es la persona que, según cree, puede echar una mano en este asunto?

—Es una mujer. Exteriormente, es la propietaria de una bodega, pero en realidad comercia secretamente en armas. Si un hombre desea un fusil o un revólver, acude a ella, y ella se lo proporciona. ¿Por qué no la detenemos? Pues porque otra persona iniciaría enseguida el mismo comercio, alguien a quien no conoceríamos y a quien no podríamos mantener tan fácilmente bajo vigilancia. Tal vez un día, cuando podamos estar seguros de cortar sus fuentes de suministro, le echemos el guante. Hasta entonces, es mejor que las cosas sigan tal como están. Le encanta hablar por los codos y, para nuestros fines, es una persona más que adecuada.

—¿Pero no sabe ella que se encuentra bajo vigilancia?

—Sí, ya lo creo, pero soborna a mis hombres. El hecho de que estos acepten su dinero hace que ella se sienta segura. Todo transcurre de una manera muy amistosa. Sin embargo, como no queremos alarmarla, primero debemos consultar con ella. — Se levantó, como disponiéndose súbitamente a poner manos a la obra—. Tal vez esta noche.

—Muy amable por su parte, capitán. ¿No quiere quedarse para tomar una copa?

—No, muchas gracias. Es que tengo una cita. Mañana le enviaré aquí una nota con las señas a las que debe usted ir si ella está de acuerdo, y todas las demás instrucciones necesarias.

—De acuerdo. Me parece muy bien.

Hubo varios taconazos y un nuevo intercambio de cortesías al marcharse el oficial. George hizo una seña al camarero.

—¿Y bien, señorita Kolin? —preguntó, cuando les hubieron servido de nuevo—. ¿Qué opina?

—Creo que la cita del capitán es, casi con toda seguridad, con su amante.

—Quería decir si opina usted que de esto puede salir algo. Usted conoce esta parte del mundo. ¿Cree que hará lo que ha dicho, acerca de ponerse en contacto con esa mujer?

Ella se encogió de hombros.

—Creo que por cien dólares el capitán haría prácticamente cualquier cosa.

George necesitó unos momentos para apreciar la implicación de estas palabras.

—Pero el capitán no se quedará con el dinero... —dijo.

—¿No?

—No. Eso es para la mujer de la bodega, en caso de que dé la información.

—No creo que él vaya a darle cien dólares. Tal vez veinte. A lo mejor, nada.

—Está usted bromeando.

—Usted me ha preguntado mi opinión.

—El capitán es uno de esos jóvenes tipo ejecutivo dinámico. Todo lo que desea es una palmada de su jefe en la espalda. Ya lo verá.

La señorita Kolin sonrió sarcásticamente.

George no pudo descansar bien aquella noche. Las precauciones que había tomado contra las chinches habían servido, en cierto aspecto, para convencerle de que colchón y somier debían de estar rebosantes de bichos. En la oscuridad no tardó en imaginar que le estaban atacando. De nada servía ahora recordar el DDT que había aplicado, ya que las chinches balcánicas probablemente se comían el insecticida como si fuera un helado. Cuando una cuarta y minuciosa investigación no consiguió revelar ni un solo atacante, le invadió la desesperación, deshizo la cama y procedió a una nueva campaña contra el colchón, con el insuflador. Se alzaba ya entre las montañas la luz rosada del amanecer cuando consiguió conciliar el sueño.

Despertó a las nueve, malhumorado. Mientras desayunaba en el café de la planta baja, llegó una carta del capitán.

Muy señor mío:

La mujer es madame Vassiotis, dueña de la bodega de la calle Monténégrine. Le esperará, pero no hasta esta tarde. Dígale que va de parte

de monsieur Kliris. No hable de mí. Se le ha dicho lo que usted desea y es posible que tenga una respuesta para ello. El precio será de 150 dólares USA, pero no dé el dinero a la mujer ni hable de él. Deseo tener la seguridad personal de que ha quedado usted satisfecho antes de pagar. Si, cuando yo lo vea esta noche, me dice que todo ha ido bien, yo me ocuparé de que el dinero llegue a ella por mediación de monsieur Kliris.

La carta estaba escrita en una hoja de papel en blanco e iba sin firmar.

George no la enseñó a la señorita Kolin.

La calle Monténegrine resultó ser un empinado pasaje, lleno de inmundicias, en el barrio más pobre de la ciudad. Las casas estaban maltrechas y su aspecto era repelente. Hileras de ropa tendida colgaban a través del pasaje, entre algunas de las ventanas superiores, y en otras ventanas las sábanas habían sido puestas a airear en las repisas. Había gran cantidad de chiquillos por todas partes.

La bodega estaba situada cerca del extremo más alto del pasaje, junto al patio de un almacenista de materiales de construcción. Había una entrada con una cortina de hileras de cuentas, y dos o tres escalones conducían al interior. George y la señorita Kolin entraron y se encontraron en una especie de bodega, con barriles de vino apilados en ambos lados junto a las paredes y un gran mostrador de madera en el centro. La luz procedía de una lámpara de aceite colocada en un estante. El aire era fresco y había un olor a vino rancio y barricas viejas que no resultaba del todo desagradable.

Había en la tienda dos personas. Una de ellas, un anciano con pantalones de sarga azules, estaba sentado en un banco y bebía un vaso de vino. La otra era *madame Vassiotis*.

Era sorprendentemente obesa, con grandes pechos colgantes y un inmenso regazo. Estaba sentada en un taburete bajo, al que ocultaba casi por completo, junto a una puerta en la parte posterior de la tienda. Cuando ellos entraron, se levantó lentamente y avanzó hacia la luz.

Su cabeza era pequeña para aquel cuerpo enorme y llevaba los negros cabellos peinados atrás, muy estirados. Parecía como si su cara hubiera de pertenecer a una persona más joven o menos gorda, pues todavía era una cara fresca y de forma delicada, y bajo unas gruesas pestañas los ojos eran negros y brillantes.

Murmuró unas palabras de salutación.

La señorita Kolin contestó a ellas. George le había dado instrucciones de antemano para la entrevista, y la joven no se molestó en traducir las frases preliminares. George vio que *madame Vassiotis* asentía con un gesto de comprensión y miraba al anciano. A continuación, ella dirigió una breve inclinación a George y, con un signo de invitación, les hizo atravesar una puerta que llevaba a una sala de estar.

Había en ella tapices turcos en las paredes, un diván con cojines de felpa y unos

cuantos muebles victorianos más bien desvencijados. Recordaba la cabina de una adivina en una feria ambulante. Solo faltaba la bola de cristal.

Madame Vassiotis sirvió tres copas de vino, se arrellanó pesadamente en el diván e indicó unas sillas a sus visitantes. Una vez sentados estos, la mujer cruzó las manos sobre su regazo y les miró plácidamente, como si esperase que alguien propusiera un juego de salón.

—Pregúntele —dijo George— si ha podido conseguir respuesta a las preguntas que le formuló *monsieur Kliris*.

Madame Vassiotis escuchó muy seria la traducción y después, con un gesto de asentimiento, empezó a hablar.

—Manifiesta —explicó la señorita Kolin— que ha podido hablar con uno de los *andartes* que tomó parte en aquel encuentro cerca de Vodena. La información que ella tiene es que el sargento alemán resultó muerto.

—¿Sabe cómo murió?

—Se encontraba en el primer camión del convoy alemán. Estalló una mina debajo de él.

George reflexionó durante unos momentos. Él no había mencionado ninguno de estos hechos ante el capitán. La cosa parecía prometedora.

—¿Vio el informante al sargento ya muerto?

—Sí.

—¿Se encontraba en la carretera?

—Estaba allí donde cayó cuando el camión recibió los efectos de la explosión.

—¿Qué ocurrió después con el cadáver?

George vio que *madame Vassiotis* se encogía de hombros.

—¿Sabe ella que el cadáver no estaba allí cuando llegó después la patrulla alemana?

—Sí, pero su informante no puede ofrecer ninguna explicación al respecto.

George volvió a reflexionar. Aquello resultaba extraño. Un hombre experimentado en la guerra sabría probablemente que el suboficial al mando de una columna alemana viajaría en el primer camión, y con toda certeza cualquiera que hubiese tomado parte en aquella emboscada sabría que el primer camión era el que había hecho explotar la mina. Era muy posible que el informante se hubiera encontrado alejado de la carretera, disparando contra los demás camiones, pero, ante la perspectiva de ganarse unos cuantos dólares por sus servicios, quisiera quedar bien presentando un testimonio razonable.

—Pregúntele si su amigo sabe cuáles eran las heridas que sufrió el sargento.

—No puede decirlo con exactitud. El sargento yacía en medio de un charco de sangre.

—¿Está ella absolutamente segura de...? —se interrumpió—. No, espere un momento. Pregúntelo de otra manera. Si el sargento hubiera sido su hijo, ¿estaría ella totalmente segura de su muerte a juzgar por lo que su amigo le ha explicado?

Apareció una sonrisa en aquellos labios delicadamente curvados y seguidamente un temblor de hilaridad sacudió el voluminoso cuerpo cuando la mujer entendió la pregunta. Después, con un esfuerzo que le arrancó un gruñido, se levantó del diván y se dirigió a la mesa, donde abrió un cajón. Extrajo de él un trozo de papel que entregó a la señorita Kolin, con una explicación.

—*Madame* había previsto sus dudas y pidió una prueba que demostrase que su amigo vio el cadáver. Este le contó que despojaron a los muertos de su equipo y que él se quedó con la cantimplora del sargento. Todavía la tiene. Lleva el número y el nombre del sargento grabados en la correa. Están escritos en este papel.

Madame Vassiotis volvió a sentarse y, mientras George examinaba el papel, tomó un sorbo de vino.

George conocía bien el número, pues lo había visto antes en varios documentos. Debajo de él, con letras mayúsculas, alguien había escrito: «SCHIRMER, F.».

George lo estudió cuidadosamente durante unos momentos y después asintió con la cabeza. Él no había mencionado el nombre de Schirmer ante el capitán. No cabía pensar en un engaño. La prueba era concluyente. Tal vez no se supiera nunca lo que ocurrió después con el cadáver del sargento Schirmer, pero no había la menor duda de que *madame* Vassiotis y su misterioso conocido estaban contando lo que ellos sabían acerca de lo sucedido.

Asintió otra vez y, cogiendo su copa de vino, la alzó cortésmente, en un gesto de brindis dedicado a aquella mujer.

—Dele la gracias de mi parte, señorita Kolin —dijo mientras dejaba de nuevo la copa—, y dígame que me considero satisfecho.

Sacó un billete de cincuenta dólares, lo puso sobre la mesa y se levantó.

Vio en la cara de la mujer una expresión de asombro, rápidamente disimulada, y a continuación también ella se levantó, dedicándole una inclinación y una sonrisa. Era evidente que estaba muy contenta. Si su dignidad lo hubiera permitido, habría cogido el billete para echarle un vistazo más detenido. Les rogó entonces que bebieran un poco más de vino.

Cuando finalmente pudieron abandonar la bodega, George se volvió hacia la señorita Kolin.

—Será mejor que le diga que no mencione estos cincuenta dólares ante *monsieur* Kliris —dijo—. Yo tampoco hablaré de ellos con el capitán. Con un poco de suerte, tal vez esa mujer cobre dos veces.

La señorita Kolin estaba terminando su sexto coñac después de la cena, y sus ojos se empañaban ya con rapidez. Estaba sentada, muy erguida en su silla, y de un momento a otro decidiría que había llegado la hora de ir a acostarse. Hacía ya largo tiempo que el capitán se había marchado, con el aspecto de un hombre de cuyo carácter bondadoso alguien ha sabido aprovecharse. Sin embargo, no había rechazado los cien

dólares que George le ofreció. Era de suponer que en aquellos momentos estuviera celebrando la ocasión con su querida. Para George, nada más quedaba por hacer en Florina.

—Nos marcharemos mañana por la mañana, señorita Kolin —dijo—. En tren hasta Salónica. En avión hasta Atenas, y otro avión hasta París. ¿De acuerdo?

—¿Su decisión es definitiva?

—¿Se le ocurre algún motivo que obligue a continuar con este asunto?

—Yo nunca he tenido ninguna duda de que el hombre había muerto.

—No, es cierto, siempre lo ha sostenido. ¿Va a acostarse?

—Creo que sí. Buenas noches, señor Carey.

—Buenas noches, señorita Kolin.

Mientras contemplaba su cuidadoso avance hacia la puerta del café, George se preguntó melancólicamente si la joven mantenía aquel rígido autocontrol hasta llegar a su cama, o si, en la intimidad de su habitación, se permitía desplomarse sin sentido.

Acabó poco a poco su copa. Se sentía deprimido y deseaba explicarse el porqué. Desde el punto de vista del joven abogado de un conocido bufete, que, tan solo unas pocas semanas antes, había tenido la satisfacción de ver escrito su nombre en la puerta de una oficina de Filadelfia, hubiera tenido que sentirse encantado por el giro de los acontecimientos. Se le había confiado una tarea difícil y poco remuneradora, y la había efectuado con rapidez y eficiencia. Ahora podía regresar, confiado, para asumir otras actividades más serias y más útiles. Todo marchaba perfectamente, pero no le estaba causando ningún placer la situación. Era absurdo. ¿No podía ser que, en el fondo de su corazón, hubiera esperado, absurdamente, descubrir al reivindicante de la herencia Schneider Johnson, y llevarlo triunfalmente para presentarlo a aquel viejo chocho, pero en cierto modo todavía juvenil, que era el señor Sistro? ¿No sería que lo que le estaba inquietando ahora, era, meramente, una estúpida sensación de decepción? Había de ser esto, desde luego. Por unos momentos, casi logró convencerse a sí mismo de que había descubierto la razón de su presente estado de ánimo, pero seguidamente descubrió la verdad, que era todavía menos digerible: se había estado divirtiendo.

Sí, era esto. Al inteligente, ambicioso y pretencioso señor Carey, con su elegante y sonriente familia, sus trajes de Brooks Brothers y sus títulos obtenidos en Princeton y en Harvard, le *gustaba* jugar a los detectives, le *gustaba* buscar a inexistentes soldados alemanes, le *gustaba* tener tratos con personas tan extrañas como *Frau Gresser*, tan desagradables como el coronel Chrysantos y tan indeseables como Phengaros. ¿Y por qué? ¿Por el valor de tales experiencias en la práctica de su profesión legal? ¿Porque amaba a sus semejantes y estos le inspiraban curiosidad? ¡Tonterías! Lo más probable era que los complicados sistemas defensivos de su juventud, las pomposas fantasías de grandes sillones presidenciales y salas de juntas con paneles de madera, de poder y riqueza ocultos entre las tramoyas, empezaran a derrumbarse, y que el adolescente atacado por el acné empezara a surgir, aunque

tardíamente, bajo los focos de la escena. ¿No sería que, al encontrar algo acerca de un hombre ya muerto, había empezado a encontrar, por fin, algo acerca de sí mismo?

Suspiró, pagó la cuenta del bar, recogió su llave y subió a su habitación.

Esta estaba situada en la parte frontal del hotel, en el segundo piso, y, de noche, la luz que brotaba desde las ventanas sin persianas al otro lado de la calle era casi tan intensa como para permitir leer. Por consiguiente, cuando abrió la puerta no buscó inmediatamente el interruptor de la luz. Lo primero que vio, al retirar la llave de la cerradura, fue su maleta abierta sobre la cama, con su contenido esparcido sobre el cobertor de la misma. Avanzó rápidamente, pero, apenas había dado dos pasos, la puerta se cerró de golpe detrás de él. Dio media vuelta.

Había un hombre de pie junto a la puerta. Estaba en una zona de sombra, pero la pistola que empuñaba era claramente visible a la luz procedente de la calle. La pistola se adelantó mientras el hombre hablaba.

Hablaba con voz muy queda, pero, a pesar de que George tenía en aquel momento los sentidos embotados, el fuerte acento *cockney* era inconfundible.

—Tranquilo, muchacho —dijo la voz—. No se excite. No, no se mueva. Ponga las manos detrás de la cabeza, quédese bien quieto, y rece para que no le ocurra nada. ¿Me ha entendido?

LA EXPERIENCIA que George tenía de situaciones de extremo peligro procedía de las cabinas de los bombarderos pesados, y se había producido en unas circunstancias para las que había sido cuidadosamente preparado durante largos períodos de adiestramiento. Con respecto a peligros tales como los que puedan acechar detrás de las puertas de hoteles macedonios, peligros que nada tenían que ver con llevar un uniforme y librar organizadamente una guerra, no tenía la menor experiencia, y tampoco Princeton ni la Facultad de Derecho de Harvard habían hecho nada para prepararlo al respecto.

Por lo tanto, mientras alzaba obedientemente las manos y las colocaba detrás de su cabeza, experimentó repentinamente un deseo abrumador y razonable, y totalmente impracticable, de huir a cualquier parte y esconderse. Luchó contra él durante unos momentos, pero entonces el hombre volvió a hablar y este deseo se desvaneció tan rápidamente como había surgido. La sangre empezó a latir desagradablemente en sus sienes.

—Eso es, muchacho —decía la voz con tono amable—. Ahora, colóquese junto a la ventana y cierre la persiana. Seguidamente, iluminaremos un poco la escena. Eso es, poco a poco. Sí, puede utilizar las manos, pero vigile lo que hace con ellas pues no deseo que sufra un accidente. No trate, tampoco, de gritar o llamar. Todo tranquilo y en perfecto silencio. Este es el programa.

George cerró las persianas y, en el mismo momento, se encendió la luz de la habitación. Se volvió.

El hombre que se encontraba junto al interruptor de la luz, vigilándole, tendría unos treinta y pico de años, era bajo y grueso, con cabello negro que ya empezaba a escasear. Obviamente, su traje era un producto local, pero no ocurría lo mismo con el que lo llevaba. El rostro huesudo y la nariz respingona, así como la mirada directa e insolente de los ojos, sin contar el acento *cockney*, indicaban que aquel hombre procedía de la zona del Gran Londres.

—Así estamos mejor, ¿verdad? —comentó el visitante—. Ahora podremos hablar tranquilamente, sin que los vecinos del otro lado de la calle curioseen.

—Oiga, ¿qué demonios pretende con esto? —preguntó George—. ¿Y quién demonios es usted?

—Tranquilo, amigo —aconsejó el visitante con una sonrisa—. Nada de nombres, y de esta manera no tendremos problemas. Puede llamarme Arthur, si lo desea. No es este mi nombre, pero servirá igual. Mucha gente me llama Arthur. Y usted es el señor Carey, ¿verdad?

—Bien puede usted saberlo —repuso George, mirando los papeles esparcidos sobre la cama.

—Sí, desde luego. Lo siento, señor Carey. Tenía la intención de ordenarlo todo antes de que usted regresara. Sin embargo solo he tenido tiempo para echarles un vistazo. Naturalmente, no me he quedado con nada.

—Naturalmente. No tengo la costumbre de dejar dinero en las habitaciones de los hoteles.

—¡Hombre, vaya manera de plantear las cosas! —exclamó el visitante, ofendido—. Al parecer, tiene usted una lengua muy mordaz.

—Pues bien, si no ha venido aquí en busca de dinero, ¿qué diablos hace en mi cuarto?

—Quería charlar un rato con usted, señor Carey.

—¿Y suele visitar a la gente pistola en mano?

El visitante adoptó una expresión apenada.

—Mire usted, amigo, ¿cómo iba yo a saber que se mostraría razonable al encontrar un extraño en su habitación? ¿Y si hubiera empezado a gritar y a arrojarme los muebles por la cabeza? Bien tenía yo que tomar mis precauciones.

—Podría haber preguntado por mí en la recepción.

El visitante sonrió con una mueca de astucia.

—¿De veras? Creo que usted no conoce muy bien este país, señor Carey. Está bien —esta vez, el tono de su voz denotaba ganas de entrar en materia—, le diré lo que voy a hacer con usted. Usted me promete no llamar al personal del hotel ni gallear conmigo y yo guardo la pistola. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Sin embargo, todavía deseo saber qué está haciendo aquí.

—Ya se lo he dicho. Quiero tener una breve conversación en privado. Esto es todo.

—¿Sobre qué?

—Ya se lo explicaré. —Arthur se guardó la pistola en el bolsillo interior de la chaqueta y sacó un paquete de cigarrillos griegos que ofreció a George—. ¿Un pitillo?

George sacó sus propios cigarrillos.

—No, gracias. Prefiero estos.

—¿Chesterfield, verdad? Hacía tiempo que no veía ni uno. ¿Le importa que pruebe uno?

—Se lo ruego.

—Gracias. —Se apresuró a dar lumbre a George, como el más amable de los anfitriones. Después, encendió su cigarrillo y aspiró el humo con un gesto apreciativo—. Excelente tabaco —dijo—. Realmente excelente.

George se sentó en el borde de la cama.

—Vamos a ver —dijo con impaciencia—, ¿a qué se debe, exactamente, todo esto? Entra usted por la puerta de mi habitación, registra mis papeles privados, me amenaza con una pistola y después dice que solo quiere mantener una charla en privado. Pues bien, ya estamos charlando. ¿Y ahora qué?

—¿Le importa que me sienta, señor Carey?

—Haga lo que quiera, pero le ruego que vaya de una vez al grano.

—Está bien, está bien, deme una oportunidad. —Arthur se sentó en una silla de mimbre—. Se trata de una conversación en privado, señor Carey —explicó—. Confidencial, si entiende usted lo que quiero decir.

—Entiendo perfectamente lo que quiere decir.

—No me gustaría llegar a otros extremos —persistió el visitante.

—También he entendido esto.

—Pues bien... —el hombre se aclaró la garganta—. Ciertas personas me han dado a entender —explicó cuidadosamente— que usted, señor Carey, ha estado efectuando ciertas investigaciones de índole confidencial en esta ciudad.

—Sí.

—Esta tarde ha mantenido una cierta conversación con cierta mujer cuyo nombre no pronunciaré.

—¿Se refiere a *madame Vassiotis*?

—Esto es.

—Entonces, ¿por qué dice que no mencionará su nombre?

—Si no hay nombres, no hay jaleos después.

—Está bien, de acuerdo. Prosiga.

—Ella le dio cierta información.

—¿Y qué?

—Tranquilo, se lo ruego, señor Carey. Sus preguntas se referían a un sargento alemán llamado Schirmer. ¿Correcto?

—Correcto.

—¿Le importaría explicarme por qué está realizando dicha investigación, señor Carey?

—Si usted me contara primero por qué desea saberlo, tal vez yo se lo diría.

Arthur digirió durante unos momentos esta respuesta en absoluto silencio.

—Y, para simplificar todavía más las cosas, Arthur, —añadió George—, le diré que, aunque soy abogado, soy perfectamente capaz de comprender el inglés más usual. Por tanto, ¿que le parece si se suelta de una vez el pelo y va al grano?

La estrecha frente de Arthur se arrugó bajo la tensión de su esfuerzo mental.

—Verá, es que se trata de un asunto confidencial y este es el problema, señor

Carey —dijo, no sin cierta inquietud.

—Así me lo ha explicado antes. Sin embargo, si es tan confidencial que no puede usted hablar de ello, lo mejor será que se vuelva a su casa y me deje dormir en paz, ¿no cree?

—Vamos a ver, no me hable así, señor Carey. Yo estoy haciendo todo lo que puedo. Mire, si usted me contara lo que desea saber acerca de ese fulano, yo podría decírselo a ciertas personas que tal vez pudieran ayudarle.

—¿Qué personas?

—Personas que pueden dar información.

—¿Quiere decir que pueden *vender* información, verdad?

—Yo he dicho *dar*.

George examinó atentamente a su huésped.

—Es usted británico, ¿verdad, Arthur? —preguntó al cabo de unos momentos—. ¿O también esto es confidencial?

Arthur sonrió.

—¿Quiere oír cómo hablo el griego? Lo hablo como un nativo.

—De acuerdo, pues. Usted es un ciudadano del mundo, ¿no es así?

—¡Goldsmith! —exclamó Arthur inesperadamente.

—¿Qué dice?

—Oliver Goldsmith —repitió Arthur—; él escribió un libro titulado *El ciudadano del mundo*. Lo teníamos en la escuela. Un rollo acerca de un chino que llegaba a Londres y visitaba la ciudad.

—¿De qué parte de Londres es usted, Arthur?

Arthur le amenazó en broma con un dedo.

—¡Ah, pillastre! ¡Quiere hacerme hablar demasiado!

—¿Teme que revise en el Ministerio de Guerra británico las listas de los soldados declarados desaparecidos en Grecia, y que averigüe cuáles procedían del mismo lugar que usted?

—¿Y a usted qué le parece, compañero?

George sonrió.

—Está bien, Arthur. Voy a explicárselo. Ese Schirmer sobre el que he estado investigando tenía derecho a una cierta cantidad de dinero que le dejaba un lejano pariente suyo en Estados Unidos. Se le declaró desaparecido. En realidad, vine aquí para confirmar su defunción, pero también me interesaba saber si él había dejado descendencia. Esto es todo. Precisamente hoy, he comprobado que murió.

—¿Gracias a la vieja Vassiotis?

—Exactamente. Y ahora me dispongo a regresar a mi país.

—Comprendo —Arthur estaba pensando ahora con todas sus fuerzas—. ¿Se trata de mucho dinero? —preguntó finalmente.

—El suficiente para que valiera la pena que yo llegara hasta aquí.

—¿Y esa acompañante que viaja con usted?

—¿Se refiere a la señorita Kolin? Es mi intérprete.

—Comprendo —Arthur tomó entonces una decisión—. Suponiendo, tan solo suponiendo, ¿comprende?, que hubiera alguna información más acerca de ese alemán, ¿le valdría la pena quedarse aquí un par de días más?

—Eso dependería de la información.

—Bueno, suponiendo que él tuviera esposa e hijos. Estos también tendrían derecho a la pasta, ¿no es verdad?

—¿Es que tenía esposa e hijos?

—Yo no ha dicho que los tuviera, pero tampoco digo que no los tuviera. Sin embargo, solo suponiendo que...

—Si el asunto fuera claro y permitiera obtener una prueba legal, sin duda me quedaría. Lo que no pienso hacer es quedarme tan solo para oír una serie de rumores sin fundamento, ni tampoco pienso pagarle ni un centavo más a nadie.

—Nadie se lo ha pedido, ¿verdad que no?

—De momento, no.

—Por lo que veo, es usted muy suspicaz.

—Sí.

Arthur asintió con la cabeza, sombríamente.

—No puedo culparle. En este rincón del mundo hay muchos estafadores. Vamos a ver, si yo le diera mi sagrada palabra de honor de que le valdría la pena quedarse un par de días más, ¿lo haría?

—¿No cree que me está pidiendo demasiado?

—Dígame, pollo. Es usted el que va a recibir un favor, y no yo.

—Eso es lo que usted dice.

—Pues bien, no puedo hacer nada más. He aquí mi proposición. Tómela o déjela. Si quiere la información que tienen mis amigos, quédese y haga lo que le diga yo.

—¿Y qué será lo que me diga usted?

—Pues bien, ante todo no debe decirle ni media palabra de esto a aquel cabroncete de capitán con el que estaba codeándose ayer por la noche. ¿De acuerdo?

—Prosiga.

—Todo lo que debe hacer es ir a aquel gran café con persianas amarillas, contiguo al Hotel Acrópolis, entre las cuatro y las cinco de mañana por la tarde. Se sentará allí y pedirá una taza de café. Si no recibe ningún mensaje mío mientras se encuentre allí, puede darlo todo por terminado. Pero si recibe un mensaje, será una cita. Asista a ella, sin decir ni una palabra a nadie.

—¿Y qué hago con la intérprete?

—Si sabe mantener la boca bien cerrada, también puede venir.

—¿Dónde sería la cita?

—Se le llevaría allí en coche.

—De acuerdo. Permítame una pregunta. No soy lo que se dice tímido, pero me gustaría saber algo más acerca de esos amigos suyos, antes de tomar mis medidas

para entrevistarme con ellos. ¿Serían miembros del ELAS, por ejemplo?

Arthur sonrió.

—No haga preguntas, y de este modo nadie le contará mentiras. No tiene por qué venir, si no desea hacerlo.

—Tal vez no, pero tampoco soy tonto. Usted dice que esos amigos suyos no quieren dinero a cambio de su información. Muy bien, ¿qué es lo que quieren, pues? Y por otra parte, ¿qué quiere usted?

—Salud, dinero y amor —replicó vivamente Arthur, riéndose.

—Déjese de bromas.

—De acuerdo. Tal vez deseen que se cumpla la justicia.

—¿La justicia?

—Sí. ¿Alguna vez ha oído hablar de ella?

—Desde luego. Y también he oído hablar de secuestros.

—¡Oh, maldita sea! —exclamó Arthur, echándose a reír—. Mire, si ha de ponerse tan nervioso, amigo, olvídalo. —Se levantó—. Ahora, debo marcharme. Si quiere continuar el asunto, vaya al café mañana, tal como le he dicho. De lo contrario... —se encogió de hombros.

—Está bien. Lo pensaré.

—Sí, será mejor que lo piense. Lamento haberle revuelto los papeles de este modo, pero supongo que usted sabrá ordenarlos de nuevo mejor que nadie. Hasta la vista, supongo.

—Adiós —contestó George.

Casi mientras hablaba, Arthur abandonó la habitación y cerró la puerta tras él sin hacer el menor ruido.

Aquella noche, George tampoco pudo dormir a sus anchas, pero no fue por culpa de las chinches.

El café de las persianas amarillas disfrutaba de una ubicación muy visible en la esquina concurrida, y todos los clientes del mismo podían ser vistos claramente desde cualquier rincón de la encrucijada. George pensó que era el último lugar que él hubiera asociado con una transacción de tipo clandestino. Sin embargo, él no podía considerarse como un conspirador experto, y aquel aspecto del café, que daba la impresión de no tener nada que ocultar, era probablemente su mejor ventaja. Sin duda, en el mundo de Arthur estas cuestiones eran calculadas con la mayor precisión.

La señorita Kolin había escuchado en silencio el relato de George sobre su entrevista con Arthur, y había aceptado sin comentarios su decisión de aplazar la partida. Sin embargo, cuando él dijo que, en vista de los posibles riesgos que implicaba la empresa, él dejaba a su decisión si había de acompañarle o no, la joven no ocultó su hilaridad.

—¿Riesgos, señor Carey? Pero ¿qué clase de riesgos?

—¿Cómo voy a saberlo yo? —repuso George irritado—. Lo cierto es que este no es, precisamente, el lugar del mundo donde mejor se observan las leyes, y que la manera de presentarse ese Arthur, para sostener una charla amistosa, no es la que adoptaría una hermanita de la Caridad, ¿no cree?

Ella se encogió de hombros.

—Era de esperar.

—¿Qué quiere decir?

—Francamente, señor Carey, creo que fue un error dar a aquella mujer tanto dinero.

—En mi opinión, se lo había ganado.

—Su opinión, señor Carey, es la de un abogado norteamericano. Las opiniones de la Vassiotis y sus amigos son diferentes.

—Lo comprendo. ¿Cree, entonces, que esta proposición de Arthur solo representa un nuevo sablazo?

—Lo creo. Usted dio a aquel capitán cien dólares y cincuenta a la Vassiotis. Ahora, el señor Arthur y sus amigos también quieren unos cuantos dólares.

—Destacó que no se trataba de una cuestión de dinero. Ya se lo he dicho.

—¿Y usted lo creyó?

—Está bien, me he convertido en el rey de los tontos, pero, por alguna razón, creí lo que me dijo. Y por alguna razón, igualmente estúpida sin duda, sigo creyéndolo.

Ella se encogió nuevamente de hombros.

—Entonces, obra acertadamente al mantener esta cita. Será interesante ver qué ocurre.

Esta conversación tuvo lugar durante el desayuno y, al llegar la hora del almuerzo, la confianza de George en su primera apreciación sobre las intenciones de Arthur se había evaporado por completo. Sentado en el café de las persianas amarillas, tomando malhumorado su café, solo quedaba un pensamiento que le consolase: hicieran lo que hicieran, ni Arthur ni ninguno de los amigos de Arthur iba a obtener un solo centavo de él.

Eran ya más de las cinco de la tarde y el local se encontraba vacío en sus tres cuartas partes. No se había acercado a ellos nadie que, concebiblemente, pudiera tener un mensaje que entregar.

George terminó su café.

—Está bien, señorita Kolin —dijo—, paguemos y larguémonos de aquí.

Ella hizo una señal al camarero. Cuando llegó el cambio, George observó que debajo de él había un papel gris doblado. Lo metió en su bolsillo junto con las monedas, y, cuando salieron del café lo sacó de nuevo y lo desdobló.

El mensaje estaba escrito con una cuidadosa caligrafía escolar, y además con lápiz:

Un coche con el número de matrícula 19907 le esperará ante el cine a las

20:00. Si alguien desea saber adónde va usted, diga que salen a dar un paseo para refrescarse un poco. El chófer es hombre de confianza. No haga preguntas. Haga lo que le diga él. Lleve un calzado comfortable. Arthur.

El coche era un viejo Renault descapotado, y George recordó haberlo visto en otra ocasión en la ciudad. Aquella vez, iba cargado de mobiliario, pero ahora estaba vacío y el chófer esperaba junto a él, gorra en mano, muy serio y manteniendo abierta la puerta para que ellos subieran. Era un hombre de avanzada edad, robusto y de aspecto fiero, con un largo bigote blanco y una piel semejante al cuero. Llevaba una camisa llena de parches y unos viejos pantalones a rayas, sujetos en la cintura por un cordón procedente de alguna instalación eléctrica. La parte posterior del coche mostraba signos de haber transportado recientemente hortalizas, además de muebles. El anciano recogió un puñado de hojas medio podridas y las arrojó a la calle antes de acomodarse en su asiento y poner en marcha el automóvil.

Pronto dejaron atrás la ciudad y se encontraron en una carretera en la que una señal indicaba Vevi, una estación del ferrocarril al este de Florina.

Oscurecía ya y el viejo encendió un solitario faro. Conducía como para ahorrar gasolina, bajando las pendientes sin dar el contacto, y arrancando de nuevo momentos antes de que el coche llegara a detenerse. La batería estaba muy debilitada y, cuando el motor no funcionaba, el único faro se extinguía hasta resultar totalmente inútil. Con la desaparición de las últimas luces diurnas, cada descenso se convertía en una terrorífica zambullida en la oscuridad. Por suerte, no encontraron tráfico; pero, después de unos momentos particularmente angustiosos, George protestó.

—Señorita Kolin, dígame que reduzca la marcha en las pendientes, o bien que mantenga el motor funcionando para que el faro le ilumine. Si no tiene más cuidado, acabará por matarnos.

El chófer dio media vuelta en su asiento para contestar.

—Dice que la luna no tardará en salir.

—Pues dígame que mire hacia adelante, por el amor de Dios...

—Asegura que no hay ningún peligro. Conoce bien esta carretera.

—Está bien, está bien... No le diga nada más. Prefiero que siga con la vista clavada en la carretera.

Llevaban ya casi una hora de trayecto y la prometida luna había empezado a alzarse, cuando la carretera se unió con otra procedente del norte. Diez minutos después, viraron a la izquierda e iniciaron una larga y penosa ascensión a través de los montes. Pasaron ante un par de casas de campo aisladas, construidas en piedra, y después la carretera empezó a empeorar gradualmente. Al poco rato, el coche saltaba y patinaba sobre una superficie cubierta de pedruscos sueltos. A los tres o cuatro kilómetros, el automóvil redujo de pronto la marcha, se desvió en la carretera para esquivar un profundo bache y se detuvo en seco.

La maniobra y el súbito paro arrojaron a George contra la señorita Kolin. Por un

momento, creyó que el automóvil se había averiado irremediablemente, pero después, cuando se separaron los dos de nuevo, vio que el conductor se había apeado, había abierto la puerta y les hacía gestos para que se apearan.

—¿Qué ocurre? —inquirió George.

El anciano murmuró unas palabras.

—Dice que aquí es donde debemos bajar —comunicó la señorita Kolin.

George miró a su alrededor. La carretera no era más que un estrecho camino de monte que discurría a través de un paisaje de matas espinosas. A la luz de la luna, el panorama era de una total desolación. Entre las matas, dejaba oír su concierto un coro de grillos.

—Dígale que no nos moveremos de aquí hasta que nos lleve a nuestro lugar de destino.

Hubo un torrente de palabras cuando esto fue traducido.

—Dice que él solo puede llevarnos hasta aquí. Es el final de la carretera. Debemos seguir a pie. Alguien se reunirá con nosotros en el camino que hay más allá. Él debe esperar aquí, pues tales son sus órdenes.

—¿No ha dicho que este era el final de la carretera?

—Si le acompañamos nos demostrará que está diciendo la verdad.

—¿Y usted no preferiría esperar aquí, señorita Kolin?

—Gracias, pero no.

Se apearon y echaron a andar.

Durante unos veinte metros, el anciano caminó delante de ellos, explicando algo y haciendo amplios gestos dramáticos, pero después se detuvo y señaló en una cierta dirección.

Desde luego, habían llegado al final de la carretera, o, al menos, al final de aquel tramo de la misma. En otro tiempo, un gran túnel de piedra había canalizado un torrente de montaña por debajo de la calzada. Ahora, los restos del mismo consistían en un profundo barranco que el mismo torrente había agrandado por ambos lados.

—Dice que fue volado por los alemanes y que las lluvias invernales lo han agrandado cada año.

—¿Y se supone que hemos de cruzarlo?

—Sí. La carretera continúa al otro lado y allí es donde nos esperan. Él se quedará junto al coche.

—¿A qué distancia del otro lado nos estarán esperando?

—No lo sabe.

—Aquel consejo sobre el calzado confortable debió advertirme. Bien, supongo que, puesto que ya estamos aquí, lo mejor será continuar.

—Como usted quiera.

El lecho del torrente estaba seco y pudieron abrirse camino por encima de las piedras y entre los peñascos, sin demasiados problemas. Sin embargo, escalar la otra orilla resultó menos fácil, ya que el barranco era allí más profundo. La noche era

calurosa y la camisa de George se pegaba a su cuerpo, mientras ayudaba a la señorita Kolin a subir hasta el otro tramo de carretera. Una vez allí, descansaron unos momentos para recuperar el aliento, y después miraron atrás. El anciano les saludó con la mano y regresó a su coche.

—¿Cuánto tiempo cree que necesitaremos para regresar a pie a Florina desde aquí, señorita Kolin? —preguntó George.

—Creo que el viejo esperará. Todavía no se le ha pagado.

—Pero no he sido yo quien lo ha contratado.

—Sea como sea, él esperará que usted le pague.

—Ya lo veremos. De todos modos, será mejor que hagamos lo que él ha dicho.

Echaron a andar.

Excepto el canto de los grillos y el rumor de sus propios pasos, no se oía ningún otro ruido en el camino. En una ocasión, percibieron a lo lejos el leve campanileo de una oveja, pero esto fue todo. Llevaban varios minutos caminando sin cesar, en silencio, cuando la señorita Kolin observó a media voz:

—Hay alguien en el camino, frente a nosotros.

—¿Dónde? Yo no puedo ver a nadie.

—Junto a esos matorrales a los que nos acercamos. Ha salido de la sombra por unos momentos y la luz de la luna le ha dado en la cara.

George notó que sus pantorrillas se endurecían mientras seguía andando. Mantuvo los ojos fijos en los matorrales, y poco después observó un movimiento entre las sombras y un hombre se plantó en medio del camino.

Era Arthur, pero un Arthur muy diferente de aquel que había hablado con George en el hotel. Llevaba pantalones de montar, una guerrera de campaña con el cuello abierto y una gorra de plato. Los zapatos delgados y puntiagudos había sido sustituidos por unas botas de media caña. Del ancho cinturón de cuero que rodeaba su cintura colgaba una funda de pistola.

—Buenas noches, amigos —dijo, cuando se acercaron a él.

—Hola —contestó George—. Señorita Kolin, le presento a Arthur.

—Encantado de conocerla, señorita.

El tono era humildemente respetuoso, pero George pudo observar que aquellos ojos astutos e insolentes tomaban las medidas de la joven.

La señorita Kolin saludó con la cabeza y un breve «buenas noches». Su hostilidad era claramente audible.

Arthur frunció los labios al captarlo.

—Espero que no habrán tenido ningún problema para llegar aquí, ¿verdad, señor Carey? —preguntó con vivo interés.

De pronto, se había convertido en el anfitrión de fin de semana que se excusa por las deficiencias del servicio de trenes local.

—Nada que valga la pena mencionar. ¿Nos esperará aquel viejo?

—No deben preocuparse por él. ¿Seguimos andando?

—Desde luego. ¿Hacia dónde?

—No está muy lejos. Dispongo de un medio de transporte. Está aquí cerca, en el camino.

Arthur echó a andar y los otros dos le siguieron en silencio. Medio kilómetro más allá, la carretera terminaba de nuevo. Esta vez, la obstrucción se debía a un deslizamiento de tierras de la colina, que había arrasado un tramo de unos cincuenta metros. Sin embargo, se había trazado un estrecho sendero sobre los restos del deslizamiento y avanzaron por él, cautelosamente, hasta que reapareció la carretera. En realidad, George y la señorita Kolin caminaban dando tumbos, en tanto que Arthur lo hacía con pie tan seguro como si se encontrara en la calle de una ciudad. Cuando encontraron nuevamente la carretera, él les estaba esperando.

—Ya falta muy poco —les dijo.

Recorrieron otro medio kilómetro. Crecían tamariscos en el flanco de la colina, y la luz de la luna proyectaba sombras deformadas a través del camino. Más allá, las sombras adquirieron solidez y Arthur moderó su marcha. Aparcado en la carretera, que era ya lo suficientemente ancha para permitir que maniobrara en ella un vehículo, había una camioneta provista de un toldo.

—Hemos llegado, amigos. Suban por detrás.

Mientras hablaba, iluminó el vehículo con una linterna.

—Usted primero, señorita. Tenga cuidado. Más vale no estropear sus medias de nilón, ¿verdad? ¿Ve ese estribo que hay aquí? Pues bien, basta que ponga un pie en él y...

Se interrumpió al ver que la señorita Kolin subía con toda facilidad a la camioneta.

—Me he encontrado otras veces en un camión del ejército británico —observó ella fríamente.

—¿De verdad, señorita? ¡Vaya, vaya, vaya! Eso está muy bien, ¿verdad? A propósito —continuó, mientras George seguía a la joven—, voy a tener que cerrar el toldo. Mucho me temo que hará un poco de calor, pero tampoco iremos muy lejos.

—¿Es necesario que lo haga? —gruñó George.

—Lo siento, pero así es, amigo. Mis compañeros tienen sus manías con respecto a que se sepa o no su paradero. Cuestión de seguridad, usted ya me comprende...

George y la señorita Kolin se sentaron en dos salientes en forma de caja que había en el interior del camión, mientras su custodio soltaba las correas del toldo. Cuando terminó de asegurarlo, oyeron que se instalaba en el asiento del conductor y ponía el motor en marcha. La camioneta empezó a avanzar sobre el pedregoso camino.

Arthur era un conductor más bien impetuoso y la camioneta daba tumbos y describía virajes de una manera un tanto alarmante. En su interior, era imposible mantenerse sentado y los dos pasajeros tuvieron que agazaparse bajo el toldo, agarrándose a unas asas metálicas. La atmósfera, que no tardó en mezclarse con los humos del tubo de escape, se hizo casi irrespirable. George se daba cuenta de que el

vehículo efectuaba una serie de virajes casi cerrados y sabía que estaban ascendiendo por una cuesta muy abrupta, pero al poco rato perdió todo sentido de la dirección. Después de unos diez minutos de vivas incomodidades, y cuando ya empezaba a pensar en pedirle a Arthur, a gritos, que se detuviera, después de un último viraje la camioneta empezó a correr sobre una superficie relativamente lisa y finalmente se detuvo. Unos momentos después, se levantó la lona de la parte posterior, entró el aire junto con la luz lunar, y la cara de Arthur hizo también su aparición.

—Un terreno bastante accidentado, ¿verdad? —comentó sonriente.

—Sí.

Se apearon del vehículo y se encontraron en lo que en otro tiempo había sido el patio de una casa de pequeñas dimensiones. Todo lo que quedaba ahora de ella era una pared medio derruida y un montón de escombros.

—Los chicos de ELAS fueron los causantes de esto —explicó Arthur—, ya que los del otro bando lo utilizaban como fortaleza. Síganme.

La casa en ruinas se encontraba en la cima de una colina cubierta de pinos. Siguieron a Arthur a lo largo de un camino que salía de la casa y se adentraba en el bosque.

Caminaron en silencio sobre agujas de pino durante unos cincuenta metros, y finalmente Arthur se detuvo.

—Esperen un momento —dijo.

Esperaron mientras él se adelantaba. La oscuridad era muy intensa bajo los árboles y reinaba en el aire un intenso olor a resina de pino. Después de la atmósfera en el interior de la camioneta, aquel aire fresco y aromático resultaba delicioso. Ante ellos, se elevó un leve murmullo de voces entre la oscuridad.

—¿Ha oído esto, señorita Kolin?

—Sí. Hablaban en griego, pero no he podido distinguir las palabras. Me ha parecido que era un centinela que daba el quién vive y recibía una respuesta.

—¿Qué le parece todo esto?

—Creo que hubiéramos tenido que dejar dicho a alguien adónde pensábamos dirigirnos.

—No sabíamos adónde nos dirigíamos, pero yo he hecho cuanto he podido. Si no hemos regresado cuando la *femme de chambre* limpie mi habitación por la mañana, ella encontrará una carta dirigida al director de mi oficina. En ella hay el número de matrícula del coche de aquel viejo, así como una nota de explicación para el capitán.

—Ha sido una medida prudente, señor Carey. Yo he observado algo... —se interrumpió—. Ya regresa.

Su oído era muy agudo. Pasaron varios segundos antes de que George pudiera oír el suave rumor de unos pasos que se aproximaban.

Arthur apareció entre las sombras.

—Adelante, amigos míos —dijo—. En marcha. Dentro de unos momentos tendremos un poco más de luz.

Le siguieron por el sendero, el cual se estaba volviendo ahora menos abrupto. Más tarde, cuando se niveló del todo, Arthur blandió una linterna y George vio al centinela apoyado en un árbol, con su fusil bajo el brazo. Era un hombre delgado y de mediana edad, ataviado con unos pantalones de color caqui y una raída camiseta. Les miró con fijeza cuando pasaron junto a él.

Habían dejado atrás los pinos y pudieron ver una casa ante ellos.

—En esa colina había antes una aldea —explicó Arthur. Fue borrada del mapa por algunos de los muchachos... Todo quedó arrasado, excepto nuestra barraca, aunque tuvimos que hacerle una buena cantidad de remiendos. En realidad, la habían dejado para el arrastre. Pertenecía a un pobre infeliz, un desviacionista, al que le rebanaron el cuello.

Volvía a ser el anfitrión de fin de semana, orgulloso de su casa y animado por los mejores deseos de que sus invitados compartieran su entusiasmo.

Se trataba de un edificio de dos plantas con paredes estucadas y con un tejado de anchos aleros. Todas las ventanas tenían los postigos cerrados.

Junto a la puerta había otro centinela. Arthur le dijo algo y el hombre proyectó el haz de una linterna en sus caras, antes de hacer un gesto de asentimiento a Arthur e indicarles que entrasen. Arthur abrió la puerta y sus acompañantes le siguieron al interior de la casa. Había una sala larga y estrecha, con una escalera y varias puertas. Junto a la puerta frontal, colgaba de un gancho una lámpara de petróleo. El techo no estaba enyesado y no quedaba gran cosa de las paredes. Tenía todo el aspecto de lo que era en realidad: una casa que había sido semidestruida por la explosión de una bomba o una granada, y después reparada temporalmente.

—Ya hemos llegado —anunció Arthur—. Esta es la antesala del cuartel general.

Había abierto la puerta de lo que parecía ser un comedor, puesto que había allí una mesa sobre caballetes y con un banco a cada lado. Sobre la mesa había botellas, vasos, un montón de cuchillos y tenedores, y otra lámpara de petróleo. En una esquina de la habitación había, en el suelo, varias botellas vacías.

—No hay nadie en casa —dijo Arthur—. Supongo que no les sentará mal un trago, ¿verdad? Sírvanse ustedes mismos. El cuarto para aliviar ciertas necesidades se encuentra a la derecha, si a alguno le interesa. Yo volveré enseguida.

Salió de la habitación, cerrando la puerta tras él, y le oyeron subir por la escalera.

George contempló las botellas. Había vino griego y aguardiente de ciruelas. Miró a la señorita Kolin.

—¿Un trago, señorita Kolin?

—Sí, por favor.

Sirvió dos vasos de aguardiente. Ella cogió el suyo, lo apuró de un trago y lo ofreció de nuevo a George, para que se lo llenara otra vez. Este lo hizo.

—Un aguardiente de lo más fuerte, ¿no cree? —preguntó, como para ponerla a prueba.

—Así lo espero.

—Bien, no suponía que fueran a conducirme hasta un lugar que parece un cuartel general militar. ¿Qué cree usted que es?

—Tengo una idea al respecto —contestó ella, mientras encendía un cigarrillo—. ¿Recuerda que hace cuatro días asaltaron un banco en Salónica?

—Creo recordar algo al respecto. ¿Por qué?

—Al día siguiente, mientras íbamos en tren a Florina, leí en el periódico el relato de este hecho. Daba una descripción exacta del camión que fue utilizado.

—¿Y que?

—Hemos venido aquí en ese mismo camión, esta noche.

—¿Qué dice? Usted bromea.

—No —contesto la señorita Kolin, tomando un nuevo trago de aguardiente.

—Entonces, está equivocada. Después de todo, debe de haber docenas, tal vez centenares, de esos camiones militares británicos abandonados en Grecia.

—No con ranuras para introducir matrículas falsas.

—¿Qué quiere decir?

—Observé estas ranuras cuando él enfocaba con la linterna para ayudarme a subir. Las matrículas falsas estaban en el suelo, en la parte posterior de la camioneta. Cuando nos detuvimos, las coloqué allí donde pudiera darles la luz de la luna mientras nos apeábamos. La parte de número que pude ver era la misma que se citaba en la noticia del periódico.

—¿Está totalmente segura?

—A mí, todo esto me gusta tan poco como a usted, señor Carey.

Pero George estaba recordando algo que había dicho el coronel Chrysantos: «*Son listos y peligrosos y la policía no los captura*».

—Solo con que sospechen a medias que sabemos algo... —empezó a decir.

—Sí. Podría resultar muy desagradable.

La intérprete levantó el vaso para tomar un nuevo trago, pero se inmovilizó.

Se oía rumor de pasos bajando por la escalera.

George terminó rápidamente su aguardiente y sacó un cigarrillo.

El docto juez del que él había sido secretario, había dicho en cierta ocasión que era imposible practicar la ley durante largos años sin constatar que ningún caso, por claro que aparentase ser, podía considerarse totalmente a salvo contra la lamentable tendencia de la realidad a asumir la forma y proporciones del melodrama. En aquella época, George sonrió con cortesía y se preguntó si él también expondría semejantes generalizaciones cuando llegara a ser juez. Ahora lo recordó.

Se abrió la puerta.

El hombre que entró en la habitación era rubio y atlético, ancho de hombros y con manos grandes. Su edad debía de situarse entre los treinta y los cuarenta años. El rostro era enérgico, con unas mejillas enjutas, una boca que reflejaba determinación y unos ojos fríos y alerta. Caminaba muy erguido y la camisa de campaña que llevaba se tensaba sobre su pecho. Con el revólver que llevaba en su funda colgada del

cinturón, parecía como si llevara uniforme.

Su mirada pasó, rápidamente de George a la señorita Kolin, mientras Arthur, que le había seguido, cerraba la habitación y se colocaba cerca de él.

—Siento que hayan tenido que esperar —dijo Arthur—. Señor Carey, le presento a mi jefe. Habla un poco el inglés —se lo enseñé yo—, pero evítele las palabras complicadas. Sabe quiénes son ustedes.

El recién llegado hizo chocar los tacones y les dirigió una leve inclinación.

—Schirmer —anunció brevemente—, Franz Schirmer. Creo que desean hablar conmigo.

LAS FUERZAS alemanas que se retiraron de Grecia en octubre de 1944 diferían considerablemente, tanto en número como en calidad, del ejército que había invadido el país poco más de tres años antes. Si el XII Ejército del general Von List, con sus divisiones acorazadas de choque y su palmarés de éxitos en la campaña de Polonia había representado dignamente la fuerza irresistible de la Wehrmacht, las fuerzas de ocupación, que trataban de abrirse paso mientras les quedara abierto algún camino hacia su país, representaban, con la misma exactitud, el agotamiento definitivo que padecía el ejército alemán. Hacía tiempo que se había abandonado, por considerarla un lujo, la anterior práctica de conceder descanso a las tropas de los diversos frentes activos, procurándoles temporadas de servicio como fuerza de ocupación. La División de Líneas de Comunicación, estacionada en la zona de Salónica en 1944, estaba formada, en su mayor parte, por hombres que, por una razón u otra, era considerados como no aptos para el combate; se trataba de supervivientes debilitados del frente ruso, hombres de edad ya avanzada, individuos más bien canijos, y aquellos que, ya fuese a causa de heridas o de enfermedad, pertenecían a categorías médicas muy bajas.

Para el sargento Schirmer, la guerra había terminado aquel día, en Italia, cuando obedeció la orden de un oficial inexperto para efectuar un salto en paracaídas sobre un bosque. La camaradería de los combatientes en un cuerpo de élite había significado mucho para muchísimos hombres. Al sargento Schirmer le había otorgado algo que su crianza siempre le había negado: fe en sí mismo como hombre. Los meses de hospital que siguieron al accidente, el consejo de guerra, el centro de rehabilitación, las revisiones médicas y su envío a Grecia habían representado un amargo epílogo para el único período de su vida en el que había creído ser feliz. Muchas veces había deseado que la rama de árbol que meramente le había roto la cadera, hubiera atravesado su pecho causándole la muerte.

Si el 94.º Regimiento de Guarnición en Salónica hubiera sido el tipo de unidad en la que un soldado como el sargento Schirmer hubiese podido sentir un cierto grado de orgullo, sin duda muchas cosas hubieran sido muy distintas, pero no se trataba de una

unidad de la que pudiera enorgullecerse un hombre con cierto respeto por sí mismo. Los oficiales (con unas pocas excepciones, como el teniente Leubner) eran de la clase no utilizable por un ejército, el tipo de oficiales de los que los comandantes de las unidades se apresuran a desembarazarse apenas tienen la oportunidad para ello, y que pasan la mayor parte de su vida prestando servicio en lugares de depósito, en espera de nuevos destinos. Los suboficiales (también con algunas excepciones) eran incompetentes y corruptos. En cuanto a las clases de tropa, constituían una asamblea desorganizada y decrepita de soldados de edad proveya, inválidos crónicos, estúpidos y delincuentes menores. Casi la primera orden que el sargento recibió de un oficial al incorporarse, fue la de quitarse su insignia de paracaidista. Tal fue su presentación en el regimiento y, con el paso del tiempo, aprendió a fortalecerse y consolarse con el desprecio que su unidad le inspiraba.

La retirada alemana en Tracia fue un ejemplo ignominioso. Los soldados del depósito responsables de la tarea administrativa tenían escasa experiencia en el movimiento de tropas en campaña, y todavía menos en lo que se refería a suministrar lo más necesario a las mismas mientras se encontraban en campaña. Unidades como el 94.º Regimiento de guarnición, ya que había más de una, poco podían hacer para compensar las deficiencias. El conocimiento de que las avanzadillas británicas ganaban terreno con rapidez desde el sur, a fin de hostigar la retirada, y que las bandas de *andartes* actuaban ya, agresivamente, en los flancos, pudo haber conferido urgencia a la retirada, pero con ello también aumento la confusión. Fue la congestión del tráfico, más bien que cualquier planificación brillante de Phengaros, lo que motivó la emboscada en la que cayó el convoy del sargento Schirmer.

Este fue uno de los últimos hombres de su regimiento que abandonó la zona de Salónica. Podía sentir desprecio por su regimiento, pero esto no impedía que hiciera todo lo posible para lograr que la fracción del mismo que él mandaba ejecutara debidamente sus órdenes. Como jefe instructor de armamento, no tenía responsabilidades de patrulla y se encontraba bajo el mando de un oficial de Ingenieros que dirigía un grupo especial de retaguardia. Este oficial era el teniente Leubner, y se le había encomendado efectuar una serie de demoliciones importantes a lo largo del camino de retirada.

El sargento apreciaba al teniente Leubner, que había perdido una mano en Italia, y tenía la impresión de que el teniente le comprendía a él. Entre los dos, organizaron el grupo en dos destacamentos, uno de los cuales fue puesto al mando del sargento. Este impuso un programa implacable a sus hombres y a sí mismo, y consiguió completar su parte de la tarea de acuerdo con la programación estudiada junto con la orden de retirada. Durante la noche del 23 de octubre, su destacamento cargó los camiones que habían de llevarse con ellos y abandonó Salónica. Su horario presentaba una exactitud minuciosa.

Sus órdenes consistían en atravesar Vodena, destruir el depósito de gasolina en la carretera de Apsalos, y después reunirse con el teniente Leubner en el puente, junto a

Vodena. Se había previsto que la colocación de las cargas de demolición para el puente exigiría el esfuerzo unido de los dos destacamentos, si había de realizarse según lo programado. La hora de la cita se había fijado para el alba.

Con las primeras luces del alba, el sargento Schirmer se encontraba aquel día en Yiannitsa, a poco más de medio camino en la carretera de Vodena, y trataba desesperadamente de abrir paso para su destacamento a lo largo de una columna de transporte de carros de combate. Los vehículos de transporte hubieran debido encontrarse unos ochenta kilómetros más lejos, pero a su vez se habían visto obstaculizados por una columna de carros tirados por caballos que había llegado por la carretera de Naoussa, con doce horas de retraso sobre lo planificado. El sargento llevaba a su vez dos horas de retraso cuando atravesó Vodena. De haber sido puntual, los hombres de Phengaros no hubieran podido realizar su emboscada por la diferencia de una hora. Durante la noche había llovido y, al salir el sol, el aire se tornó intensamente húmedo; además, el sargento llevaba treinta horas sin dormir. Sin embargo, sentado junto al conductor del primer camión, no le resultaba demasiado difícil mantenerse despierto. La metralleta colocada sobre sus rodillas le recordaba la necesidad de vigilancia y el sordo dolor que sentía en su cadera, sometida a un esfuerzo excesivo, le impedía encontrar una posición confortable. Sin embargo, su fatiga se manifestaba en otros aspectos. Sus ojos, al escrutar una zona de colinas sobre la curva de la carretera por la que estaban ascendiendo, se desenfocaron súbitamente, hasta el punto de que hubo de sacudir la cabeza para aclarar la visión; por otra parte, sus pensamientos erraban con la inconsecuencia propia de un sueño, desde las dificultades de la tarea que estaban desempeñando y los posibles problemas del destacamento que mandaba el teniente Leubner, hasta el ataque contra Even-Emael, hasta una chica con la que se había relacionado en Hannover, y después, con inquietud, hasta el momento en Salónica, cuarenta y ocho horas antes, en que Kyra había llorado al despedirse él de ella.

El llanto de las mujeres siempre causaba inquietud al sargento. No se trataba de que fuese sentimental con ellas, sino, simplemente, de que el llanto siempre le parecía presagiar sus propios infortunios. Por ejemplo, hubo aquella ocasión en Bélgica, cuando aquella anciana le maldijo entre sollozos porque había matado a su vaca. Dos días después, él había sido herido. Hubo aquella otra ocasión en Creta, en la que, en aras de la disciplina fue necesario alinear junto a un paredón a varios hombres casados y fusilarlos. Un mes después, en Bengasi, él cayó enfermo con disentería. Y hubo aquella vez en Italia, cuando algunos de los muchachos se pasaron de rosca con una muchacha muy joven. Esto había sucedido dos días antes de su accidente al saltar en paracaídas. Él jamás admitiría semejantes supersticiones tan irrazonables como infantiles, desde luego, pero si alguna vez se casaba lo haría con una chica que no llorase aunque él le propinara una buena tunda. Que chillara tanto como se le antojara, que tratara incluso de matarlo si así quería hacerlo, y se atrevía a ello, pero nada de llanto. Traía mala suerte.

Fue la rueda delantera derecha del camión la que provocó la explosión de la mina. El sargento notó la onda explosiva una fracción de segundo antes de que su cabeza chocara contra el techo de la cabina.

Después, sintió algo mojado en su cara y en sus oídos resonó una aguda musiquilla. Yacía boca abajo y todo parecía oscuro, con la excepción de un disco luminoso, parpadeante. Algo le asestó un golpe violento en el costado, pero él estaba demasiado cansado para gemir e incluso para sentir dolor. Pudo oír voces de hombres y supo que hablaban en griego. Después, los sonidos de sus voces se extinguieron y él empezó a descender a través del aire hacia los árboles que había debajo, protegiéndose contra las crueles ramas juntando estrechamente los tobillos y ofreciéndoles la punta de sus pies, tal como se le había enseñado en la escuela de saltos de paracaidismo. Los árboles lo engulleron con un suspiro que le pareció procedente de sus propios labios.

Cuando recuperó el conocimiento por segunda vez, no parecía que hubiera nada húmedo en su rostro, pero sí algo que tensaba la piel del mismo. El disco de luz seguía allí, pero ya no parpadeaba. Advirtió entonces que tenía los brazos extendidos por encima de la cabeza, como si fuera a zambullirse en el agua. Notaba cómo latía su corazón, enviando dolor desde todas las partes de su cuerpo a su cabeza. Notaba una sensación de calor en las piernas. Movié los dedos y estos se enterraron en gravilla y piedras. La conciencia empezó a salir de nuevo a la superficie. Ocurría algo con sus párpados y no podía ver claramente, pero siguió contemplando el disco luminoso y movió ligeramente la cabeza. De pronto comprendió que el disco era un pequeño guijarro blanco situado en un lugar bañado por la luz del sol. Entonces recordó que se encontraba en Grecia y que estaba antes en un camión que había sido alcanzado por un explosivo. Con un esfuerzo, rodó sobre su costado.

La fuerza de la explosión había volcado el camión y reducido a astillas el suelo del mismo, pero la deflagración principal no había alcanzado de lleno la cabina del conductor. El sargento yacía en un montón de latas vacías de gasolina y toda clase de restos, empapados en combustible, con la cara en el charco de sangre que había brotado de una herida en su cabeza. La sangre se había coagulado ya en sus mejillas y ojos. Los restos del camión se hallaban a su lado, dándole sombra, con la excepción de las piernas.

No había el menor ruido, excepto el canto de las cigarras y un leve rumor goteante que procedía del camión.

Empezó a mover sus extremidades. Aunque sabía que tenía heridas en la cabeza, todavía no podía calcular la gravedad de las mismas. Su mayor temor era el de haberse roto otra vez la cadera. Durante varios segundos, todo lo que pudo imaginar fue al cirujano radiólogo que le había enseñado el grueso clavo insertado para reforzar el extremo del hueso roto. Si ese clavo se había movido, podía considerarse acabado. Desplazó cuidadosamente la pierna. La cadera le dolía intensamente, pero ya lo hacía antes de la explosión de la mina. El cansancio siempre le producía aquel

dolor. Se sintió más audaz y, moviendo la pierna debajo de él, intentó sentarse. Fue entonces cuando advirtió que todo su equipo había desaparecido. Recordó las voces en griego y el golpe que había sentido, y empezó a comprender lo que había ocurrido.

La cabeza le latía dolorosamente, pero la cadera daba la impresión de no haber resultado dañada. Consiguió arrodillarse y, momentos después, vomitó. El esfuerzo le dejó agotado y volvió a tenderse para descansar. Sabía que la herida de la cabeza podía ser grave. No era la hemorragia lo que más le preocupaba, pues había visto numerosas heridas en el cuero cabelludo y sabía que siempre sangran abundantemente, sino la posibilidad de padecer una hemorragia interna a causa de la conmoción. Sin embargo, pronto sabría si esta posibilidad era cierta y, de todos modos, en este caso nada podía hacer para remediarlo. Su tarea más inmediata era la de descubrir qué le había ocurrido al resto del destacamento y, de ser posible, tomar medidas para hacer frente a la situación. Efectuó otro esfuerzo para ponerse de pie y, al cabo de un rato, lo consiguió.

Miró a su alrededor. Su reloj había desaparecido, pero la posición del sol le indicó que había transcurrido menos de una hora desde el ataque. Los restos del camión estaban esparcidos a través de la carretera, bloqueándola por completo. El cadáver del conductor no aparecía por ninguna parte. Avanzó cautelosamente hasta el centro de la carretera y escudriñó la falda descendente de la colina.

El segundo camión se había detenido, medio tumbado a través de la carretera, cien metros más allá. Tres soldados alemanes yacían en el camino, junto a él. Más allá, pudo ver la cabina de conducción del tercer camión. Echó a andar lentamente cuesta abajo, haciendo frecuentes pausas, para reunir sus fuerzas. El sol ardía y las moscas zumbaban alrededor de su cabeza. Le pareció una enorme distancia la que recorrió hasta el segundo camión. Empezó entonces a notar que iba a vomitar de nuevo, y se echó en el suelo, a la sombra de unos matorrales, para recuperarse. Después siguió su camino. Los soldados de la carretera estaban muertos. Uno de ellos, que parecía haber sido herido primero por la metralla de una granada de mano, había sido degollado. Todas sus armas y equipo habían desaparecido, pero el contenido de dos macutos estaba esparcido por el suelo. El camión mostraba varios orificios de bala y también las huellas de metralla de las granadas, pero por lo demás parecía estar casi ileso. Durante unos momentos, alimentó la osada idea de dar media vuelta con el camión y regresar a Vodena, pero la anchura de la carretera no permitía esta maniobra y también sabía que, aunque hubiera sido posible hacerlo, él no tenía fuerzas suficientes para ello.

Podía ver ahora, claramente, el tercer camión, y en él otros hombres muertos. Uno de ellos colgaba en el costado del vehículo, con los brazos en una posición grotesca. Parecía probable que todo el destacamento hubiera sido aniquilado, y por otra parte de poco servía investigar más a fondo. Hablando en términos militares, no cabía duda de que el destacamento había dejado de existir. Por tanto, era perfectamente adecuado que él buscara su propia salvación.

Se apoyó en el costado del camión, para descansar otra vez, y entonces vio su rostro en el espejo retrovisor.

La sangre se había coagulado en sus cabellos, así como en los ojos y el resto de la cara, su cabeza tenía un aspecto tan inhumano, como si la hubieran hecho papilla y era fácil comprender por qué los *andartes* le habían dado por muerto.

El miedo hizo que su corazón diera un salto repentino que envió una onda dolorosa hasta su cabeza. Los *andartes* se habían retirado de momento, pero era más que posible que regresaran con chóferes para recoger los dos camiones todavía útiles. Y era posible incluso que hubieran dejado un centinela y que, en algún lugar de la colina, el punto de mira de un fusil estuviera apuntándole en aquel mismo momento. Pero, al mismo tiempo, la razón le indicó que probablemente no habría ningún centinela y que, incluso si lo hubiera, el hombre en cuestión habría tenido ya tiempo más que suficiente para disparar si hubiera querido hacerlo.

No obstante, el lugar era peligroso. Tanto si los *andartes* regresaban como si no lo hacían, no pasaría mucho tiempo antes de que los habitantes de las cercanías se aventuraran hasta el lugar del encuentro. Para ellos, todavía quedaba un buen botín: las botas de los muertos, los bidones de gasolina, los neumáticos de los camiones y las cajas de herramientas. En realidad, los *andartes* apenas se habían llevado nada. Lo mejor sería alejarse de allí sin perder ni un momento. Durante un rato, acarició la idea de seguir adelante a pie, con la esperanza de llegar al depósito de carburante, pero no tardó en abandonar este proyecto. Aunque hubiera tenido fuerza suficiente para recorrer semejante distancia, la probabilidad de conseguirlo, en pleno día y sin que le vieran los habitantes del lugar, era más que remota. En aquella zona y en aquellos momentos, un soldado alemán solitario, herido y desarmado, podría considerarse afortunado si no se le torturaba antes de ser lapidado por las mujeres hasta morir. La carretera para regresar a Vodena sería todavía más peligrosa. Por consiguiente, había de esperar la oscuridad, y ello le concedería también tiempo para recuperar sus fuerzas. Por lo tanto, su curso inmediato de acción resultaba bien claro: había de encontrar agua, comida y un lugar donde ocultarse. Más tarde, si todavía seguía con vida, decidiría lo que debía hacer.

Todas las cantimploras de agua habían desaparecido. Arrastró hacia sí un bidón de gasolina vacío del camión, y empezó a vaciar el radiador en él. Cuando estuvo medio lleno, comprendió que no tendría fuerzas para transportar mayor cantidad. Todavía quedaba agua abundante en el radiador, y no estaba demasiado caliente para beberla. Cuando hubo saciado su sed, empapó el pañuelo en el agua y se limpió la sangre de la cara y los ojos. No tocó la cabeza, por temor a que se reanudase la hemorragia.

A continuación buscó comida. Los *andartes* se habían apoderado del saco que contenía los víveres, pero él conocía las costumbres de los camioneros del ejército y se dirigió a la caja de herramientas. Había en ella dos raciones de emergencia, unas tabletas de chocolate y el capote del conductor. Metió las raciones de chocolate en el

bolsillo del capote y se echó este al hombro. Después recogió el bidón de agua y emprendió, cojeando, su camino.

Había decidido ya cuál sería su escondrijo. Recordaba el aspecto inocente que presentaba la colina, sobre él, cuando llegó por la carretera en el camión, y lo bien que había ocultado a los atacantes. A él lo ocultaría de la misma manera. Abandonó la carretera y empezó a trepar por el monte.

Necesitó media hora para subir un centenar de metros. En una ocasión, permaneció echado casi diez minutos, demasiado fatigado para moverse, antes de recuperarse lo suficiente para proseguir su penosa marcha a gatas. La falda de la colina era muy abrupta y tenía que arrastrar el pesado bidón de agua. Varias veces pensó en abandonarlo y regresar después para recogerlo, pero un cierto instinto le previno que el agua era más necesaria ahora para él que la comida, y que no podía correr el riesgo de perderla. Siguió ascendiendo hasta que por fin no pudo continuar y se quedó un largo rato echado, con ganas de vomitar e incapaz siquiera de arrastrarse bajo el sol. Empezaron a posarse moscas en su cara sin que él tuviera fuerza para ahuyentarlas. Al cabo de un tiempo, torturado por los insectos, abrió los ojos para ver dónde estaba.

Había una mata de plantas espinosas a un metro de distancia, y un tamarisco entre ellas. Con un esfuerzo tremendo, arrastró el bidón del agua hasta la sombra del árbol y avanzó entre las matas con el capote. Lo último que vio fue una columna de denso humo negro que ascendía detrás de la colina, en dirección del depósito de gasolina. Después, comprendiendo que alguien había cumplido al menos una de sus decisiones, se echó boca abajo sobre el capote y se quedó dormido.

Oscurecía ya cuando despertó. El dolor de su cabeza era más agudo que nunca y, aunque la noche era cálida, temblaba violentamente. Se arrastró hacia el bidón de agua y tiró de él hasta colocarlo junto a su yacija. Sabía que estaba sufriendo un ataque de malaria, por si sus problemas eran pocos, y que ello podía reducir su resistencia a una posible infección de la herida en la cabeza. Tal vez muriese, pero esta idea no le inquietaba. Lucharía por su vida durante tanto tiempo como le fuese posible y, si al final era derrotado, no importaría. Él habría hecho todo cuanto estaba en su mano.

Durante casi cuatro días yació entre aquellas malezas espinosas. Pasó la mayor parte de este tiempo en un estado de duermevela, apenas consciente de los cambios de la luz a la oscuridad, y totalmente ignorante de lo que pudiera ocurrir más allá. En algunos momentos, advertía que parte de su mente deliraba y que él hablaba a personas que no se encontraban allí; en otros, se sumía en la insistente pesadilla de la caída a través de los árboles, que nunca parecía terminar dos veces en el mismo lugar. El tercer día, despertó de un profundo sueño para descubrir que el dolor en su cabeza había disminuido, que podía pensar con claridad y que tenía hambre. Comió parte de una de las raciones de emergencia y después inspeccionó sus provisiones de agua. El bidón estaba casi vacío, pero quedaba en él agua suficiente para aquel día. Por

primera vez desde que había subido a gatas hasta la cima de la colina, se levantó. Se sentía terriblemente débil, pero se obligó a caminar más allá de su escondrijo y contemplar la carretera.

Los dos camiones todavía útiles habían desaparecido y descubrió, con gran asombro por su parte, que el averiado había sido incendiado hasta consumirlo totalmente. Los restos quemados del mismo parecían una mancha negra sobre la calzada de caliza de la carretera. Él no había visto ni oído nada de aquel incendio.

Regresó a su madriguera y volvió a dormirse. Durante la noche, despertó a causa del ruido de numerosos aviones que volaban sobre él y supo entonces que se había llegado a la etapa final de la retirada. La Luftwaffe estaba evacuando el aeródromo de Yidha. Permaneció despierto durante algún tiempo, escuchando y sintiéndose muy solo, pero finalmente volvió a dominarlo el sueño. La mañana siguiente se sintió más fuerte y capaz de ir en busca de agua. Se mantuvo alejado de la carretera y, casi un kilómetro más abajo de la colina, encontró un arroyo en el que se lavó, después de haber llenado de agua el bidón.

Había atravesado un viñedo plantado en terrazas para llegar al arroyo, y en su camino de regreso casi topó con un hombre y una mujer que trabajaban allí. Sin embargo, los vio con el tiempo suficiente para poder dar media vuelta y reanudar su camino rodeando la viña. Al hacerlo, se acercó a la carretera y encontró las siete tumbas recientemente excavadas, con un casco de acero y un montículo de piedras en cada una. Había una estaca clavada en el suelo, con una nota sujeta a ella en la que estaban escritos los números y nombres de los soldados enterrados allí, con la petición de que no se removiera aquella tierra. La firmaba el teniente Leubner.

El sargento Schirmer se sintió extrañamente emocionado. Ni por una sola vez se le había ocurrido pensar que el teniente pudiera encontrar tiempo para interesarse por lo sucedido al destacamento perdido. Sin duda, fue él quien incendió el camión averiado y retiró los otros. Aquel teniente era un buen oficial.

Examinó de nuevo la nota. Siete muertos. Esto significaba que tres hombres, incluido el conductor desaparecido, habían sido hechos prisioneros o habían huido. El papel daba señales ya de haber permanecido allí durante más de un par de días. Era amargo enterarse de que manos amigas habían estado tan cerca mientras él permanecía oculto y sin conocimiento entre las matas de espinos. Por primera vez desde que explotó la mina, fue consciente de que le invadía una sensación de desespero.

Sin embargo, la rechazó airadamente. ¿Por qué desesperarse? ¿Por su incapacidad para reunirse con el 94.º Regimiento de Guarnición, que se abría camino hacia la patria con la cola entre las patas? ¿Por la ausencia de alguien a quien pedir órdenes? ¿Cómo se hubieran reído los instructores de la escuela de entrenamiento de paracaidistas!

Contempló de nuevo las tumbas. No llevaba gorro ni casco y, por tanto, no podía saludar. Se puso en posición de firmes e hizo chocar respetuosamente los tacones.

Después, recogió su bidón de agua y regresó a la falda de la colina y las matas de plantas espinosas.

Tras haber terminado los restos de la primera ración de emergencia, se echó para reflexionar.

La expedición en busca de agua le había agotado lo bastante como para hacerle comprender que todavía estaba muy débil. Habían de pasar otras veinticuatro horas antes de que estuviera en condiciones de moverse de veras.

Probablemente, podría alargar hasta entonces la poca comida que le quedaba, pero después habría de buscar nuevas provisiones.

¿Y después, qué?

Probablemente, las fuerzas alemanas habrían evacuado Vodena dos días antes, como mínimo. Era inútil suponer que pudiera darles alcance. Habría de recorrer cientos de kilómetros de terrenos muy difíciles para poder pensar en semejante cosa. Su única oportunidad para atravesar aquel terreno sin ser visto consistía en evitar las carreteras, pero con ello las largas y penosas marchas no tardarían en acabar con él. Podía probar la línea del ferrocarril, desde luego, pero era casi seguro que esta se encontrase ya en manos de los griegos. Volvió a apoderarse de él la desesperación, y esta vez no le fue tan fácil dominarla. Lo cierto era que no había ningún lugar al que pudiera dirigirse con unas probabilidades racionales de éxito. Estaba totalmente abandonado en territorio hostil, donde la captura o la rendición significaban la muerte, y las vías de evasión se encontraban todas ellas cerradas. Al parecer, lo único que podía hacer era seguir viviendo entre las zarzas como un animal, apoderándose de toda la comida que pudiera encontrar en los campos. Un prisionero de guerra fugitivo se encontraría en una posición mejor que él, pues al menos habría tenido tiempo para prepararse de cara a su aventura. Él, Schirmer, se hallaba en comparación indefenso. No tenía ropas de paisano, ni dinero, ni documentos, ni unos víveres dignos de este nombre, y además todavía padecía las secuelas de las heridas causadas por la explosión de una mina y de un ataque de malaria. Necesitaba tiempo para recuperarse por completo y más tiempo para planificar. Por encima de todo, necesitaba que alguien le ayudara a conseguir documentos de identidad. Podía robar las ropas y el dinero pero sería una locura apoderarse de papeles impresos en un idioma que él no podía leer, y correr el riesgo de utilizarlos como si fueran suyos.

Y entonces pensó en Kyra, aquella Kyra que había llorado tan amargamente cuando él se despidió de ella, que le había implorado, absurdamente, que desertara; la única persona amiga con la que podía contar en aquellas tierras hostiles y traicioneras.

La joven tenía un pequeño negocio de revelado de fotografías en Salónica. Él había visto el anuncio con la marca AGFA en la tienda, un día, y había entrado para comprar película para su cámara. Ella no tenía películas en venta, pues desde hacía algún tiempo era muy difícil conseguirlas, pero él se había sentido atraído por ella y había vuelto a la tienda en todas las ocasiones en que dispuso de tiempo para ello. El

trabajo de revelado era muy escaso y, para conseguir algún dinero, la joven había instalado un pequeño «estudio» cerrado con una cortina, para tomar fotografías de tarjetas de identidad y pasaportes. Cuando se entregó a las fuerzas de ocupación una tarjeta de identidad militar, de ámbito local, Schirmer sugirió al oficial responsable de esta entrega en su unidad, que se le encargara a ella todo el trabajo fotográfico. Al mismo tiempo, le regaló víveres del ejército. Ella vivía con su hermano en dos habitaciones sobre la tienda, pero el hermano trabajaba de noche como administrativo en un hotel que había sido convertido en cuartel general de las fuerzas de ocupación, y no regresaba a su casa hasta que era de día. Con frecuencia, el sargento podía obtener un pase para dormir fuera. Kyra era una joven ardiente, cuyas necesidades eran simples y quedaban fácilmente satisfechas, y el sargento era hombre a la vez experto y vigoroso. La relación entre los dos resultó plenamente satisfactoria.

Ahora podía servir para otro propósito.

Salónica se encontraba a setenta y cuatro kilómetros de distancia por carretera y ello significaba que el sargento había de recorrer al menos un centenar de kilómetros a fin de mantenerse alejado de ciudades y pueblos. Si caminaba de día, necesitaría probablemente unos cuatro días para llegar allí, y si, en aras de la seguridad, solo caminaba por la noche, este tiempo sería mucho más largo. Por otra parte, no podía someter su cadera a duras pruebas, y había de tener en cuenta, además, el tiempo que necesitaría para obtener alimentos. Cuanto antes empezara, tanto mejor. Notó que se levantaba su ánimo y la noche siguiente, después de haber devorado lo que restaba de las raciones militares y solo con el chocolate en su bolsillo para un caso de emergencia, emprendió el camino.

Necesitó ocho días para llegar a su destino. Viajar de noche, sin mapa ni brújula para orientarse, resultó demasiado difícil y se perdió varias veces. Después de la tercera noche decidió que había de aceptar los riesgos y caminar de día, cosa que le resultó más fácil de lo que esperaba. Incluso en terreno llano, había numerosos lugares que le permitían ocultarse y, excepto en las cercanías de Yiannitsa, pudo mantenerse muy cerca de la carretera. La comida era la mayor dificultad. En una granja aislada, logró robar unos cuantos huevos y otro día ordeñó una cabra que encontró suelta, pero se sustentó sobre todo a base de los frutos silvestres que pudo encontrar. Hasta el final del séptimo día no decidió que la situación había llegado a un punto tan desesperado que le obligaba a comerse el chocolate.

Eran casi las diez de la mañana cuando llegó a los arrabales de Salónica. Se encontraba cerca de la vía del ferrocarril y en una zona que ofrecía buenas oportunidades para el ocultamiento. Decidió detenerse allí y esperar hasta que cayese la noche, antes de entrar en la ciudad.

Ahora, casi completado ya su viaje, lo que más le preocupaba era su apariencia. La herida en su cuero cabelludo cicatrizaba bien y no podía suscitar una gran curiosidad. Le desagradaba la barba que le había crecido, pero solo porque le daba un aspecto poco militar, no porque resultara chocante. El mayor problema era su

uniforme. Le parecía que caminar por las calles de Salónica con un uniforme alemán, en aquellos momentos, era una invitación al arresto o al linchamiento. Algo debía hacerse al respecto.

Se acercó más a las líneas del ferrocarril e inició un reconocimiento a lo largo de ellas. Finalmente, llegó al lugar que estaba buscando: la barraca de un peón ferroviario. Estaba cerrada con un candado, pero había en el suelo cerca de allí, unos cuantos pernos de los raíles y utilizó uno de ellos para martillar la cadena hasta soltar el candado.

Había esperado encontrar en la barraca un mono de trabajo o tal vez una blusa de obrero, pero no había ropa de ninguna clase. Había, sin embargo, la cena de un trabajador, envuelta en una hoja de periódico: un trozo de pan, unas cuantas aceitunas y media botella de vino. Se lo llevó todo a un escondrijo y allí lo devoró ávidamente. El vino lo mareó un poco y después tuvo que dormir un rato. Al despertar, se sintió mucho más descansado y empezó a reconsiderar el problema de su indumentaria.

Llevaba bajo la guerrera una camiseta gris de algodón. Si se desprendía de la guerrera y conservaba el pantalón de uniforme con su cinturón, la parte superior de su persona tendría el aspecto de un trabajador del muelle. De noche, cuando el color y la tela de los pantalones no pudieran verse con claridad, lo único que podría delatarle serían sus botas altas. Trató entonces de ocultarlas poniendo los pantalones por encima, en vez de metidos dentro de las cañas. El resultado no fue de lo más satisfactorio, pero decidió que era suficiente. Los riesgos que habría de correr para robar unas prendas de vestir serían probablemente mayores que el de que sus botas fueran identificadas en la oscuridad. Hasta el momento, la buena suerte le había sonreído. Sería una locura ponerla excesivamente a prueba cuando ya estaba llegando a su objetivo.

A las ocho de la noche, consideró que la oscuridad era ya suficiente y echó a andar.

Al llegar a la ciudad tuvo una desagradable sorpresa. Los barrios que había de atravesar estaban espléndidamente iluminados. Los ciudadanos de Salónica celebraban su liberación, después de partir las fuerzas de ocupación y de llegar el «Grupo de Divisiones Macedonias» del ELAS.

Era una escena fantástica. A lo largo del muelle, largas cadenas de personas que chillaban y cantaban, corrían y bailaban al son de la música procedente de todos los cafés y bares. Los restaurantes estaban abarrotados de público. La gente bailaba sobre las sillas y las mesas. En todas partes había grupos de *andartes* borrachos, muchos de ellos búlgaros, que iban de un lado a otro, lanzando gritos salvajes, disparando sus fusiles al aire y sacando a las mujeres de los burdeles para bailar con ellas en las calles. Al sargento, mientras se deslizaba discretamente a través de las sombras que lograba encontrar, la ciudad le dio la impresión de una feria monumental entregada a la orgía.

La tienda de Kyra se encontraba en una calle estrecha, cerca del Eski Juma. No

había bares ni cafés en ella y reinaba allí una relativa tranquilidad. Los tenderos que tenían puertas metálicas en sus establecimientos habían adoptado la precaución de cerrarlas, y otros habían clavado tablas de madera a través de sus escaparates. El de Kyra estaba protegido de esta manera y no había luz en la tienda, pero sí una en la ventana sobre ella. Esta visión le tranquilizó. Había temido que ella pudiera estar tomando parte en el carnaval callejero, y que hubiera de esperar su regreso. El hecho de que se encontrara en su casa significaba también que la joven no compartía el júbilo popular ante el giro que habían tomado los acontecimientos. Esto era también buena señal.

Miró cuidadosamente a su alrededor, para comprobar si su llegada había pasado inadvertida para cualquier persona que pudiera conocerle de vista, y después, tranquilizado a este respecto, oprimió el timbre.

Al cabo de unos momentos, oyó que ella bajaba por una escalera y atravesaba la tienda en dirección a la puerta. Los tablones impidieron que la viese. Oyó que se detenía ante la puerta, pero esta no se abrió.

—¿Quién es? —preguntó en griego.

—Franz.

—¡Dios del cielo!

—Déjame entrar.

Oyó que ella manipulaba la cerradura y seguidamente la puerta se abrió. Entró, cerró inmediatamente la puerta tras él y estrechó a la joven entre sus brazos. Pudo notar, mientras la besaba, que ella temblaba, y después se separó de él con una exclamación de temor.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Le explicó lo que le había sucedido y lo que tenía planeado.

—Pero no puedes quedarte.

—Tengo que hacerlo.

—No, no puedes.

—¿Por qué no, querida? No hay ningún peligro.

—Ya me consideran sospechosa por haber tenido relaciones con un alemán.

—¿Y qué pueden hacer?

—Puedo ser detenida.

—Esto es absurdo. Si arrestaran a todas las mujeres de este lugar que han tenido relaciones amorosas con un alemán, necesitarían un ejército para vigilarlas.

—Conmigo es diferente. Los *andartes* ya han arrestado a Niki.

Niki era su hermano.

—¿Y por qué?

—Se le acusa de espiar para los alemanes y de pasar informaciones a estos. Cuando haya confesado y acusado a otros, lo matarán.

—¡Son unos cerdos! Pero, a pesar de todo, debo quedarme, amor mío.

—Debes rendirte. Serías un prisionero de guerra.

—No lo creas. Me degollarían.

—No. Hay aquí muchos soldados alemanes desertores. No les ocurre nada malo si dicen que son simpatizantes.

—¿Quieres decir si aseguran ser comunistas?

—¿Qué más da?

—¿Quieres compararme con esos asquerosos desertores?

—Claro que no, querido. Yo solo deseo salvarte.

—Está bien. Ante todo, necesito comida. Después, una cama. Esta noche utilizaré la habitación de Niki. Solo soy capaz de dormir.

—Pero no puedes quedarte aquí, Franz. ¡Es que no puedes!

Empezó a sollozar y él le agarró por los brazos.

—Nada de lágrimas, querida, ni de discusiones. ¿Me has comprendido? Yo doy las órdenes. Cuando haya comido y descansado, podremos hablar. Enséñame ahora qué puedo comer.

Había hundido los dedos en los músculos de los brazos de ella y, cuando la joven dejó de sollozar, él supo que la había asustado al mismo tiempo que le hacía daño. Así había de ser. De momento, no habría más desobediencias.

Subieron al apartamento y, cuando ella le vio bajo la luz, lanzó una exclamación de pena, pero él interrumpió con impaciencia sus inminentes lamentaciones.

—Tengo hambre —manifestó.

Ella le preparó una comida y miró cómo daba cuenta de ella. Ahora guardaba silencio y estaba pensativa, pero él apenas la observó. Estaba planeando. Primero dormiría y después trataría de conseguir un traje de paisano. Era una lástima que Niki, el hermano de ella, fuese tan canijo, ya que sus ropas le quedarían demasiado pequeñas. La joven habría de comprar un traje de segunda mano en cualquier lugar. Después averiguaría con exactitud qué documentos necesitaría para poder desplazarse libremente de un lugar a otro. Estaba, desde luego, la dificultad del lenguaje, pero tal vez pudiera superarla fingiendo ser un búlgaro o un albanés; habría en aquellos momentos buena cantidad de esa gentuza por allí. Más tarde, habría de decidir a dónde podía ir, y este sería un problema muy considerable. No quedaban ya muchos países en los que se diera la bienvenida a un militar alemán y se le ayudara a repatriarse. Quedaban España, desde luego —podría llegar allí por vía marítima—, o Turquía...

Pero su cabeza se inclinaba ya sobre su pecho y sus ojos se negaban a seguir abiertos. Se espabiló lo suficiente para llegar hasta el dormitorio y, ya en la cama, se volvió para mirar atrás. Kyra estaba en el umbral de la puerta, observando, y le dirigió una sonrisa tranquilizadora. Él se desplomó en la cama y se quedó dormido.

Reinaba todavía la oscuridad y no podía haber dormido más de un par de horas, cuando despertó al notar que le sacudían violentamente el brazo y le golpeaban en la espalda.

Se volvió en la cama y abrió los ojos.

Dos hombres, pistola en mano, se encontraban junto a la cama y le estaban contemplando. Llevaban el tipo elemental de uniforme que él había visto en los *andartes* que alborotaban en las calles pocas horas antes. Sin embargo, todos aquellos estaban muy borrachos, en tanto que estos aparentaban una perfecta sobriedad. Eran dos jóvenes delgados y de aspecto decidido, con unos correaes nuevos y brazaletes en las mangas. Supuso que eran oficiales de *andartes*. Uno de ellos le habló secamente en alemán.

—Levántate.

Obedeció lentamente, tratando de vencer un sueño que era más opresivo que cualquier sensación de temor. Deseó incluso que lo mataran enseguida para poder descansar.

—¿Cómo te llamas?

—Schirmer.

—¿Graduación?

—Sargento. ¿Quiénes sois?

—Ya lo sabrás. Ella dice que eras paracaidista y además instructor. ¿Es verdad?

—Sí.

—¿Dónde ganaste tu Cruz de Hierro?

El sargento estaba ya lo bastante despierto como para comprender la necesidad de mentir.

—En Bélgica —contestó.

—¿Quieres vivir?

—¿Y quién no lo desea?

—Los fascistas no. A ellos les gusta la muerte, y por tanto los matamos. Los verdaderos demócratas desean vivir. Demuestran este deseo luchando con sus camaradas de clase, contra los fascistas y contra los agresores capitalistas-imperialistas.

—¿Quiénes son estos agresores?

—Los reaccionarios y sus amos anglo-americanos.

—Yo no sé nada de política.

—Naturalmente. No has tenido la oportunidad de enterarte de su existencia. Sin embargo, la cosa es bien sencilla. Los fascistas mueren, los verdaderos demócratas viven. Puedes, desde luego, elegir libremente qué deseas ser tú, pero ya que el tiempo escasea y queda mucho trabajo por hacer, solo puedes disponer de veinte segundos para tomar tu determinación. El tiempo usual que se concede es diez segundos, pero tú eres un suboficial, un soldado experto y un instructor valioso. Por otra parte, no eres un desertor. Tienes derecho a pensar cuidadosamente antes de aceptar la sagrada responsabilidad que se te ofrece.

—¿Y si apelo a los derechos de un prisionero de guerra?

—Tú no eres un prisionero, Schirmer. Tú no te has rendido. Estás todavía en plena lucha. De momento, eres un enemigo de Grecia y —el *andarte* alzó su pistola

— nosotros tenemos muchas cosas que vengar.

—¿Y si acepto?

—Se te dará una primera oportunidad para demostrar tu fiabilidad política, tu lealtad y tus habilidades. Han pasado ya los veinte segundos. ¿Qué contestas?

El sargento se encogió de hombros.

—Acepto.

—Entonces, saluda —ordenó secamente el *andarte*.

Durante un momento, el brazo derecho del sargento empezó a levantarse, pero en aquel momento vio que el dedo del *andarte* se tensaba sobre el gatillo. Cerró el puño de la mano izquierda y lo levantó sobre su cabeza.

El *andarte* sonrió.

—Muy bien. Puedes venir con nosotros enseguida —abrió la puerta del dormitorio—. Pero antes hay otro asunto que debemos solventar.

Hizo que Kyra entrase en la habitación. La joven caminaba rígidamente y su cara era una máscara de terror, surcada por las lágrimas. No miró al sargento.

—Esta mujer —explicó el *andarte* sonriendo— nos ha informado de tu presencia aquí. Su hermano era un espía fascista colaboracionista. La intención de ella al traicionarte era convencernos de que tiene un auténtico espíritu democrático. ¿Qué opinas, camarada Schirmer?

—Creo que es una ramera fascista.

—Excelente. Es lo mismo que pensaba yo. Aprenderás deprisa.

El *andarte* miró a su compañero y asintió con la cabeza.

La pistola de su compañero se levantó. Antes de que Kyra pudiera gritar o de que el sargento pudiera pensar siquiera en protestar, habían resonado tres disparos.

Las ondas sonoras hicieron caer un trozo de yeso del techo. El sargento notó que chocaba con su hombro mientras miraba a la muchacha, que, con la boca todavía abierta, se había estrellado contra la pared, impulsada por la fuerza de los pesados proyectiles. Después, se desplomó en el suelo, sin el menor sonido.

El oficial *andarte* la contempló fijamente durante unos momentos, después volvió a asentir con la cabeza y abandonó la habitación.

El sargento le siguió. Sabía que en algún momento, cuando no estuviera tan cansado ni tan confuso, sentiría horror al recordar lo que acababa de suceder. Había apreciado a Kyra.

El sargento Schirmer sirvió en el Ejército Democrático del general Markos durante algo más de cuatro años.

Después de la rebelión de diciembre de 1944 y de la promoción de Markos a comandante del ejército, fue enviado a Albania. Allí, fue instructor en un campo de entrenamiento montado para disciplinar las bandas de guerrilleros que se estaban organizando entonces en formaciones más numerosas, como preparativo para la

campana de 1946. Fue durante su estancia en aquel campamento cuando conoció a Arthur.

Arthur había formado parte de una fuerza de comandos británicos que había realizado una incursión en un puesto de mando alemán en África del Norte. Allí fue herido y capturado. El oficial alemán que mandaba aquellas fuerzas había optado por ignorar la norma vigente que ordenaba fusilar a los comandos capturados, y había metido a Arthur en un grupo de otros prisioneros británicos que eran enviados a Alemania, vía Grecia y Yugoslavia. En Yugoslavia, Arthur se evadió y pasó el resto de la guerra luchando al lado de los partisanos de Tito. Al terminar la guerra, ni siquiera llegó a pensar en un posible regreso a Inglaterra, y se convirtió en uno de los instructores enviados por Tito para ayudar a Markos.

En Arthur, el sargento encontró un espíritu hermano. Ambos era soldados profesionales y los dos habían servido, como suboficiales, en cuerpos de élite. Ninguno de ellos tenía vínculos emocionales con su patria. A ambos les agradaba la vida militar solo por lo que esta significaba y, por encima de todo, compartían la misma opinión sobre las cuestiones políticas.

Durante su servicio con los partisanos, Arthur había oído tantas pláticas sobre el marxismo que era mucho lo que podía recitar incluso de memoria, cosa que hacía prolongadamente y con una rapidez extraordinaria en momentos de tensión o de aburrimiento.

El sargento Schirmer se sintió desconcertado cuando le oyó por primera vez, y después abordó privadamente este tema con Arthur.

—Yo no sabía, cabo —le dijo en la mezcla de griego, inglés y alemán que utilizaban para conversar—, que era usted un rojo.

Arthur sonrió.

—¿No? Soy uno de los hombres políticamente más fiables de todo este grupo.

—¿De verdad?

—De verdad. ¿Acaso no lo estoy demostrando? Fíjese en la cantidad de consignas que conozco. Puedo hablar como si fuera un libro.

—Ya lo he visto.

—Desde luego, no tengo idea de lo que significa toda esa historia del materialismo dialéctico, pero tampoco pude comprender nunca de qué trataba la Biblia. En la escuela, teníamos que recitar fragmentos de la Biblia y yo siempre conseguía muy buenas notas en Escrituras. Aquí, soy hombre políticamente fiable.

—¿No cree en la causa por la que luchamos?

—No más que usted, sargento. Dejo eso para los aficionados. Mi oficio es el de soldado. ¿Qué me importan a mí las causas?

El sargento asintió con la cabeza y contempló, pensativo, las cintas de condecoraciones que Arthur lucía en la camisa.

—¿Cree usted, cabo, que hay alguna posibilidad de que los planes de nuestro general tengan éxito? —preguntó.

Aunque ambos tenían rango de oficial en las fuerzas de Markos, habían optado por ignorar este hecho en privado. Ellos habían sido suboficiales en ejércitos de verdad.

—Podría ser —contestó Arthur—. Depende de cuántos errores cometan los otros, como ocurre casi siempre. ¿Por qué? ¿En qué está pensando ahora, sargento? ¿En un ascenso?

El sargento asintió.

—Sí, en un ascenso. Si esta revolución triunfa, puede haber grandes oportunidades para los hombres capaces de aprovecharlas. Creo que también yo debo tomar mis medidas para llegar a ser políticamente fiable.

Las medidas que tomó demostraron ser efectivas y sus cualidades como líder nato no tardaron en ser reconocidas. En 1947 mandaba una brigada, y Arthur era su lugarteniente. Cuando las fuerzas de Markos empezaron a desintegrarse, en 1949, su brigada fue una de las últimas en mantener la resistencia de la zona de Grammos.

Pero ellos sabían ya que la rebelión había terminado y su humor se había agriado. Ninguno de los dos había creído nunca en la causa por la que habían luchado durante tanto tiempo, con tanta dureza y con tanto esfuerzo, pero la traición de Tito y del Politburó les había parecido una infamia.

—No se debe confiar en los príncipes —había citado Arthur con amargura.

—¿Quién dijo esto? —había preguntado el sargento.

—La Biblia. Solo que esos no son príncipes sino políticos.

—Viene a ser lo mismo —brillaba una especie de mirada remota en los ojos del sargento—. Creo, cabo, que en el futuro solo deberemos confiar en nosotros mismos —añadió.

ACABABA DE AMANECER y las montañas sobre Florina se perfilaban contra el rosado resplandor del cielo, cuando el viejo Renault dejó a George y la señorita Kolin frente al cine donde los había recogido diez horas antes. Siguiendo las instrucciones de George, la señorita Kolin pagó al chófer y convino con él que volviera a buscarlos por la tarde, para hacer el mismo viaje. Regresaron a su hotel en silencio.

Cuando llegó a su habitación, George destruyó la carta que precavidamente había dejado allí para el director, y se sentó para redactar un cable destinado al señor Sistrom.

«RECLAMANTE LOCALIZADO EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS STOP IDENTIDAD MÁS ALLÁ DE TODA DUDA RAZONABLE STOP SITUACIÓN COMPLEJA IMPIDE ACCIÓN DIRECTA PARA PRESENTARSE ÉL EN SU DESPACHO STOP ENVÍO HOY POR CORREO INFORME COMPLETO STOP ENTRETANTO TELEGRAFÍE INMEDIATAMENTE CONDICIONES TRATADO DE EXTRADICIÓN SI LO HUBIERA ENTRE ESTADOS UNIDOS Y GRECIA CON REFERENCIA ESPECIAL ASALTO ARMADO A BANCOS STOP CAREY».

Pensó que ello daría al señor Sistrom algo en que trabajar. Releyó el texto de nuevo, tachando las preposiciones y conjunciones innecesarias, y después lo tradujo al código que habían acordado para los mensajes muy confidenciales. Cuando terminó, miró la hora. Faltaba otra para que se abriera la estafeta de correos. Escribiría al señor Sistrom y enviaría la carta al mismo tiempo que el telegrama. Suspiró. Había sido una noche agotadora, y agotadora en varios aspectos inesperados. Cuando llegaron el café y los panecillos con mantequilla que había encargado al restaurante, se sentó para redactar su informe.

«En mi último informe —comenzó—, le hablé de las pruebas que recibí de *Madame Vassiotis* y de mi correspondiente decisión en cuanto a regresar lo antes posible. Desde entonces, como habrá sabido por mi cable, el panorama ha cambiado por completo. Yo sabía, desde luego, que las investigaciones encargadas por *Madame Vassiotis* llegarían a oídos de toda clase de personas que, por una razón u otra, eran

consideradas como delincuentes por las autoridades. Lo que desde luego no me esperaba era que llamaran la atención del hombre al que hemos estado buscando. Sin embargo, esto es lo que ocurrió. Hace veinticuatro horas se puso en contacto conmigo un hombre que, según sus afirmaciones, tenía amigos con informaciones que dar con respecto a Schirmer. Después, la señorita Kolin y yo emprendimos un viaje muy incómodo con destino desconocido, hasta un cierto lugar de las montañas, cercano a la frontera yugoslava. Al finalizar el recorrido, nos llevaron a una casa y allí nos encontramos ante un hombre que afirmó ser Franz Schirmer. Después de explicarle la finalidad de nuestra visita, le hice varias preguntas pertinentes, a todas las cuales contestó correctamente. Le pregunté entonces detalles sobre la emboscada en Vodena y sus movimientos subsiguientes. Narró una historia fantástica».

George titubeó y después borró la palabra «fantástica» —al señor Sistro no le agradaban estos adjetivos— y escribió en su lugar «curiosa».

Y sin embargo, había sido fantástico sentarse allí, a la luz de la lámpara de petróleo, para oír cómo el tataranieta del héroe de Preussisch-Eylau, narraba en su inglés rudimentario, la historia de sus aventuras en Grecia. Había hablado con lentitud, a veces con una leve sonrisa en las comisuras de la boca, y sin dejar de observar y calibrar, con sus agudos ojos grises, a sus visitantes.

George pensó que el dragón de Ansbach debió de ser un hombre de tipo muy similar. Allí donde otros hombres habían de sucumbir ante un desastre físico, individuos como esos dos Schirmer siempre lograrían resistir y sobrevivir. Uno fue herido, depositó su confianza en Dios, desertó y vivió para convertirse en un próspero comerciante. El otro había sido dado por muerto, había depositado su confianza en sí mismo, había mantenido todo su ingenio y sus facultades, y había vivido para seguir luchando.

Sin embargo, en qué se había convertido el sargento Schirmer era una cuestión que el propio sargento no quiso contestar.

Su relato terminó incompletamente en el momento de cerrar Tito la frontera yugoslava, y lo concluyó con unas amargas quejas contra las maniobras de los políticos comunistas que habían derrotado a las fuerzas de Markos. Sin embargo, George abrigaba ya muy pocas dudas acerca de la índole de las subsiguientes actividades del sargento. Estas se habían amoldado a una pauta ya muy antigua. Cuando los ejércitos revolucionarios derrotados se desintegraban, aquellos soldados que temían, por razones políticas, el regreso a sus casas, o que ya no tenían casa a la que regresar, se dedicaban al bandidaje. Y puesto que, evidentemente, ni el sargento ni Arthur eran, para utilizar las palabras del coronel Chrysantos, «simples fanáticos desilusionados de esos que siempre se dejan capturar», sus cosechas en Salónica habían ido a parar, casi con toda certeza, a sus bolsillos, y a los de sus compañeros de armas. Era una situación delicada. Además, aunque solo fuera para no demostrar una sospechosa falta de curiosidad, él había de invitarles, como fuese, a explicar a su manera la razón de su presencia allí.

Fue Arthur quien rompió el hielo.

—¿No le dije que valdría la pena que viniera, señor Carey? —preguntó triunfalmente cuando calló el sargento.

—Es verdad, Arthur, y le estoy muy agradecido. Y, desde luego, comprendo ahora la razón de tanto secreto. —Miró al sargento—. Yo no tenía idea de que en esta zona todavía proseguía la lucha.

—¿No? —el sargento apuró su copa y la depositó violentamente sobre la mesa—. Es la censura —explicó—. El gobierno oculta la verdad al resto del mundo.

Arthur asintió muy serio.

—Son unos lacayos fascistas-imperialistas —dijo.

—Sin embargo, nada de hablar de política, ¿verdad? —el sargento sonrió mientras llenaba el vaso de la señorita Kolin—. No le interesaría a esta hermosa señorita.

Ella le contestó algo, fríamente, en alemán y la sonrisa del sargento se desvaneció. Por un momento, pareció reconsiderar a la señorita Kolin, y después se volvió hacia George con una sonrisa jovial.

—Llenemos todos nuestros vasos y vayamos al grano —propuso.

—Sí, al grano —dijo George. Les había dado la impresión tranquilizadora de que aceptaba su presentación como simples revolucionarios que todavía siguieran luchando por una causa perdida. Esto bastaba por el momento—. Espero que le agraderá saber algo más sobre este asunto, ¿no es verdad, sargento? —añadió.

—Esto es lo que estoy deseando.

George le explicó la historia del caso desde el comienzo. Durante algún tiempo, el sargento escuchó cortésmente, interrumpiéndole tan solo para pedir el significado de una palabra legal o de alguna frase que no comprendía. Cuando la señorita Kolin se la traducía al alemán, reconocía el servicio cada vez con una inclinación de cabeza. Parecía casi indiferente, como si estuviera escuchando algo que en realidad no le afectara. Fue cuando George llegó al papel desempeñado en el caso por el relato de las hazañas del primer sargento Schirmer en Eylau, cuando su actitud cambió. De pronto, se inclinó hacia adelante y empezó a interrumpir con preguntas bruscas y formuladas secamente.

—¿Dice usted Franz Schirmer? ¿Entonces aquel viejo tenía el mismo nombre y la misma graduación que yo?

—Sí. Y tenía más o menos la misma edad que tenía usted cuando se lanzó en paracaídas sobre Creta.

—De acuerdo. Prosiga, por favor.

George prosiguió, pero no por mucho tiempo.

—¿Dónde recibió la herida?

—En el brazo.

—Como yo en Eben-Emael.

—No, a él se la hicieron con un sable.

—No importa. Es lo mismo. Siga, por favor.

George siguió hablando. Los ojos del sargento estaban clavados en él, y al poco rato volvió a interrumpirlo.

—¿Comida? ¿De qué comida disponía?

—De unas cuantas patatas heladas que había encontrado en un granero. —George sonrió—. Sepa, sargento, que tengo el relato completo de todo esto, escrito por el segundo hijo de Franz Schirmer, Hans. Es el que emigró a Estados Unidos. Lo escribió para sus hijos, para explicarles que su abuelo había sido un hombre notable.

—¿Lo tiene aquí?

—Tengo una copia en el hotel, en Florina.

—¿Puedo verla?

Ahora, demostraba incluso avidez.

—Desde luego. Puede quedarse con ella. Con el tiempo, probablemente tendrá el original. Creo que todos los papeles de la familia le pertenecen por derecho.

—¡Ah, sí...! Los papeles de la familia —y asintió con la cabeza, pensativo.

—Pero lo que Hans escribió no es, ni mucho menos, toda la historia. Había varias cosas que Franz Schirmer no explicó a sus hijos.

—¿De veras? ¿Qué cosas?

George siguió explicándole entonces el encuentro con Maria, la investigación realizada por Moreton, y el descubrimiento por este de la verdad en los archivos del ejército en Potsdam.

El sargento escuchaba ahora sin interrumpir y, cuando George terminó, guardó silencio durante unos momentos, y con la vista fija en la mesa. Finalmente, levantó la mirada y hubo en su cara una sonrisa de satisfacción.

—Era todo un hombre —dijo a Arthur.

—Uno de los nuestros, desde luego —asintió Arthur—, y además con el mismo nombre y la misma graduación... Los dragones eran...

Pero el sargento se había vuelto otra vez hacia George.

—Y esa Maria... ¿era la madre de mi *Urgrossmutter*?

—Ciertamente. Su hijo primogénito, Karl, era su *Urgrossvater*. Pero ya ve la fuerza de nuestro caso al enterarnos del cambio de nombre. El primo hermano de Amelia Schneider era su abuelo Friedrich, este la sobrevivió a ella. ¿Usted lo recuerda?

El sargento hizo un vago gesto de asentimiento.

—Sí, lo recuerdo.

—Legalmente, él heredó el dinero. Usted lo heredará de él a través de su padre. Desde luego, su reclamación habrá de presentarse a través de los tribunales alemanes, o tal vez de los suizos. Es posible que ante todo tenga que pedir papeles de identidad suizos. No lo sé; todo depende de la actitud que adopte el tribunal de Pennsylvania. Desde luego, cabe esperar que la Commonwealth de Pennsylvania pleitee. No sabemos todavía cuál será la actitud de la Custodia de las Propiedades Aliadas. Será

una pugna muy dura, pero quiero creer que a usted no le importa esto, ¿verdad?

—No. —Sin embargo, no parecía comprender o prestar una gran atención a lo que George estaba diciendo—. Nunca he estado en Ansbach —dijo lentamente.

—Pues bien, supongo que más tarde tendrá tiempo más que suficiente para ir. Hablemos ahora de la cuestión práctica del asunto. La firma de asesores legales a la que yo represento la constituyen los abogados del administrador de la herencia, por lo que no podríamos actuar personalmente para usted. Deberá contratar a otras personas. Yo ignoro si puede usted o no adelantar dinero para los gastos de llevar este asunto a los tribunales. Serán muy cuantiosos. Si no quiere hacerlo, podemos recomendarle una buena firma que defendería sus intereses sobre una base de contingencia. Explíquese todo, señorita Kolin, por favor.

Ella lo hizo y el sargento escuchó con aire ausente y finalmente asintió con la cabeza.

—¿Lo comprende? —preguntó George.

—Sí, lo comprendo. Usted se encargará de todo.

—Está bien. Vamos a ver, ¿cuándo puede trasladarse a Estados Unidos?

George vio que Arthur le miraba súbitamente. Iba a empezar el jaleo.

El sargento frunció el ceño.

—¿Estados Unidos?

—Sí. Podemos viajar juntos si lo desea.

—Pero es que yo no deseo ir a Estados Unidos.

—Pues bien, sargento, si ha de reclamar su herencia, mucho me temo que deba ir —George sonrió—. El caso no puede abrirse sin su presencia.

—Usted ha dicho que su firma lo hará todo.

—Yo he dicho que recomendaríamos un bufete de abogados para que lo representara. Sin embargo, estos no pueden pleitear sin presentar al reclamante. Han de demostrar su identidad y dar una serie de detalles. Tanto el abogado del Estado como el de la Custodia de las Propiedades Aliadas querrán hacerle una gran cantidad de preguntas.

—¿Qué preguntas?

—Toda clase de preguntas. Será mejor que puntualicemos este hecho. Deberá usted justificar cualquier momento de su vida, especialmente a partir del momento en que se le declaró desaparecido.

—Ese es el problema —observó Arthur.

George interpretó con gran habilidad esta observación a su manera.

—Bien, no creo que el sargento tenga ningún motivo de preocupación en este aspecto —dijo—. Se trata puramente de un asunto legal doméstico. El hecho de que él haya tomado parte en una guerra civil aquí, no tiene el menor interés en Pennsylvania. Tal vez tengamos algunas dificultades para conseguir un visado, pero creo que podremos subsanarlas en vista de las circunstancias especiales del caso. Desde luego, los griegos podrían plantearle problemas si quisiera volver aquí

después, pero aparte de ello nada más pueden hacer. Al fin y al cabo, no se trata de que haya cometido algún delito por el que pudiera ser objeto de extradición por parte del gobierno griego, ¿verdad? —hizo una pausa—. Será mejor que traduzca esto, señorita Kolin —añadió.

La señorita Kolin tradujo. Cuando hubo terminado, hubo un tenso silencio. El sargento y Arthur se miraban fijamente con una expresión tensa. Finalmente, el sargento se dirigió de nuevo a George.

—¿Cuánto dinero dice que hay a la vista?

—Bien, quiero ser sincero con usted, sargento. Hasta no tener la seguridad de su identidad, no quise que la cosa resultara demasiado atractiva. Ahora, es mejor que conozca usted todos los hechos. Después de diversas deducciones en concepto de impuestos, hay que pensar que recibirá usted medio millón de dólares.

—¡Puñeta! —exclamó Arthur, y por su parte el sargento lanzó un enérgico juramento en alemán.

—Desde luego, esto solo si gana usted el pleito. También la Commonwealth persigue ese dinero. Evidentemente, tratarán de demostrar que es usted un impostor y usted habrá de demostrar que no lo es.

El sargento se había levantado con un ademán de impaciencia y se estaba sirviendo otro vaso de vino. George siguió hablando sin hacer pausas.

—Creo que no ha de ser difícil, si lo hacemos todo tal como es debido. Hay numerosas posibilidades. Por ejemplo, suponiendo que por alguna razón se le hubieran tomado las huellas dactilares —mientras servía en el ejército alemán, digo yo— entonces ya no tendrá motivo de preocupación. Por otra parte...

—¡Por favor! —el sargento había alzado la mano—. Por favor, señor Carey, déjeme reflexionar.

—Claro —dijo George—. Perdone mi actitud. Debe causar un efecto impresionante saber que uno es rico. Necesitará algún tiempo para hacerse a la idea.

Reinó de nuevo el silencio. El sargento miró a Arthur y los dos miraron a la señorita Kolin, que esperaba sentada, impasible, con su libreta de notas. Delante de ella, no podían decir lo que pensaban en griego o en alemán. Arthur se encogió de hombros y el sargento suspiró y volvió a sentarse junto a George.

—Señor Carey —dijo—, no puedo decidir inmediatamente. Necesito tiempo. Hay muchas cosas en juego.

George asintió como si hubiera comprendido de pronto la verdadera índole del dilema del sargento.

—Claro. Hubiera debido comprender que, aparte de otras dificultades, esta situación le presenta todo un problema en el aspecto de la ética revolucionaria.

—¿Cómo dice?

La señorita Kolin tradujo rápidamente estas palabras, con una sonrisa sarcástica que desagradó a George. Sin embargo, el sargento no pareció darse cuenta. Asintió con la cabeza, distraídamente.

—Sí, claro. Esto es. He de tener tiempo para pensar en muchas cosas.

George creyó llegado el momento de hablar con una claridad algo mayor.

—Hay un punto que me gustaría dejar en claro —anunció—. Desde luego, si es que no le importa depositar su confianza en mí.

—¿Qué? ¿Un punto?

—¿Las autoridades griegas le conocen por su verdadero nombre?

—Oiga, amigo... —empezó a decir Arthur, con aire de advertencia.

Sin embargo, George le interrumpió.

—No se preocupe, Arthur. Con el tiempo, el sargento habrá de contármelo todo si es que desea que yo pueda serle útil. Usted lo comprende, ¿verdad, sargento?

Este reflexionó durante unos momentos y después asintió.

—Sí. Es una buena pregunta, cabo. Puedo ver sus motivos. Señor Carey, la policía me conoce bajo otro nombre.

—Muy bien, pues. A mí no me interesa ayudar a la policía griega. Lo que a mí me interesa es la entrega de una importante herencia. En el caso de que este alias suyo pudiera ser mantenido al margen de todo procedimiento judicial (y no veo por qué no habría de ser así), ¿ello le facilitaría su decisión?

Los astutos ojos del sargento le miraban fijamente.

—¿No habría en los periódicos fotografías del hombre afortunado, señor Carey?

—Desde luego, habría fotografías en todas las primeras páginas. ¡Oh, ya comprendo! Usted quiere decir que, con nombre o sin nombre, el hecho de haber estado en Grecia habría de llamar la atención aquí, y que estas fotografías le identificarían sin duda alguna, ¿verdad?

—Son muchas las personas que conocen mi cara —explicó el sargento con aire de excusa—. Por consiguiente, ya ve usted que debo reflexionar.

—Sí, lo comprendo —admitió George.

Sabía ahora que el sargento comprendía tan bien como él su posición. Si el robo o los robos en los que había intervenido eran delitos que permitieran la extradición, cualquier tipo de publicidad sería fatal para él. Entre aquellos que reconocerían su rostro, por ejemplo, se contarían los empleados de la sucursal del Banco de Crédito Euroasiático en Salónica. Lo único que el sargento no sabía era que George estaba al corriente de la situación real. Sin duda, llegaría un día en que resultara más seguro ilustrarle sobre este punto, tal vez en el despacho del señor Sistro, pero de momento lo más aconsejable era la discreción.

—¿Cuánto tiempo necesita para pensarlo, sargento? —preguntó.

—Hasta mañana. Si vuelve mañana por la noche, volveremos a hablar.

—De acuerdo.

—¿Y me traerá también los papeles de mi familia?

—Lo haré.

—Entonces, *Auf Wiedersehen*.

—*Auf Wiedersehen*.

—¿No olvidará los papeles?

—No, no los olvidaré, sargento.

Arthur les acompañó hasta el camión. Durante el camino guardó silencio. Era evidente que también él tenía muchas cosas en las que pensar. Sin embargo, cuando estuvieron instalados de nuevo en el vehículo y él se disponía a cerrar el toldo de lona, se apoyó en la parte posterior y preguntó:

—¿Le ha gustado el sargento?

—Es un gran tipo; usted debe de apreciarlo mucho.

—Es el mejor amigo del mundo —replicó Arthur—. Yo solo preguntaba. No me gustaría que le ocurriese algo, ¿comprende lo que quiero decir?

George soltó una risita.

—¿Le gustaría ser el hombre más impopular de Filadelfia, Arthur?

—¿Eh?

—Esto es lo que seré yo si le ocurre algo a Franz Schirmer.

—*Oh-la-la!* Lamento haber dicho nada.

—Olvídelo. Oiga, ¿qué le parece si el viaje de regreso lo tomamos con más calma, sobre todo en aquellas curvas en pendiente?

—De acuerdo, amigo. Usted manda. Haremos lo posible.

La abertura entre el asiento del conductor y la parte posterior del camión quedaba cerrada por una lona y, durante el trayecto de regreso hacia la alcantarilla, George encendió una cerilla para que la señorita Kolin pudiera examinar de nuevo las matrículas falsas. Ella lo hizo con el mayor esmero y asintió con la cabeza. George apagó la cerilla con un gesto de impaciencia. Cualquier esperanza que hubiera podido alimentar en el sentido de que el sargento resultara ser, después de todo, otro simple zelota estilo Phengaros, había quedado abandonada ya desde hacía tiempo. Era absurdo seguir aferrándose a imposibles.

Después de prometerles reunirse con ellos en el mismo lugar, la noche siguiente, Arthur les dejó junto a la alcantarilla. Caminaron hasta el coche, despertaron al viejo, y emprendieron el camino de regreso a Florina.

Aunque era la primera oportunidad que tenían para hablar en privado desde que conocieron al sargento, ninguno de los dos habló durante varios minutos. Fue la señorita Kolin la que por fin rompió el silencio.

—¿Qué pretende hacer? —preguntó.

—Telegrafiar a la oficina pidiendo instrucciones.

—¿No informará a la policía?

—No, a menos que la oficina me lo ordene. En cualquier caso, no estoy ni mucho menos seguro de poder comunicarles algo más que unas vagas sospechas.

—¿Es esta su sincera opinión?

—Señorita Kolin, a mí no me han enviado a Europa para actuar como informador de la policía griega. Me han enviado para encontrar el auténtico beneficiario de la herencia Schneider Johnson y llevarlo a Filadelfia. Pues bien, esto es lo que estoy

haciendo. No es de mi incumbencia lo que él sea aquí. Puede ser un bandido, un atracador, un delincuente, un viajante de comercio o el arzobispo metropolitano de Salónica, tanto me da. En Filadelfia, es el legítimo beneficiario de la herencia Schneider Johnson, y lo que sea aquí no afecta en absoluto a su reclamación.

—Pues yo diría que debería afectar considerablemente su valor como testigo en el tribunal.

—Esto será el problema de su abogado, no el mío, y su abogado puede manejarlo como más le agrade. Además, ¿por qué se preocupa tanto?

—Yo pensaba que usted creía en la justicia.

—Y creo en ella. Por esto Franz Schirmer irá a Filadelfia si yo consigo trasladarlo allí.

—¡Justicia! —exclamó ella, con una risita desagradable.

George estaba ya cansado y ahora empezó a enfadarse.

—Vamos a ver, señorita Kolin. Se le ha contratado a usted como intérprete, no como consejero legal ni como mi conciencia profesional. Lo mejor será que cada uno de nosotros se ocupe de sus tareas. De momento, lo único que importa es que, por increíble que ello pueda parecer. Este hombre es Franz Schirmer.

—Es también un alemán del peor tipo —observó ella con semblante hosco.

—No me interesa cuál sea su tipo. Lo único que me importa es el hecho de que exista.

Reinó el silencio durante unos momentos y George creyó que la discusión había terminado, pero al poco rato ella empezó a reírse de nuevo.

—¡Un gran tipo, el sargento! —exclamó con voz burlona.

—Mire, señorita Kolin —empezó a decir él—, he estado muy...

Pero ella ya no le escuchaba.

—¡El muy cerdo! —exclamó con rencor—. ¡Cerdo asqueroso!

George la miró. Ella había empezado a golpearse las rodillas con los puños, sin dejar de repetir la palabra «asqueroso».

—Señorita Kolin, ¿no cree usted que...?

Ella se revolvió hacia él.

—¡Aquella chica en Salónica! ¿Ha oído lo que le hizo?

—He oído también lo que hizo ella.

—Solo por vengarse después de que él la hubiera seducido. ¿Y a cuántas más habrá tratado de esa manera?

—¿No está hablando a tontas y a locas?

Pero ella no le oyó.

—¿Cuántas víctimas más? —su voz se alzó—. Siempre son las mismas bestias... Matando, torturando, y violando allí donde pasan. ¿Qué saben de ellos los americanos y los británicos? Sus ejércitos no pelean en sus propios países. Pregunte a los franceses acerca de los alemanes en sus calles y en sus casas. Pregunte a los polacos y a los rusos, a los checos, a los yugoslavos. Esos hombres son una auténtica basura en

las tierras que pisan. ¡Una basura! Pegando y torturando, pegando y torturando, abusando siempre de su fuerza, hasta que..., hasta que...

Se interrumpió y miró fijamente hacia adelante, como si hubiera olvidado lo que iba a decir. Después, de repente, estalló en ella una tormenta de violentos sollozos.

George se quedó inmóvil, al menos tanto como se lo permitían su turbación y el traqueteo del coche, tratando de recordar cuántas copas le había visto beber desde que salieron de Florina. Le parecía que el vaso de la joven no había estado vacío ni una sola vez mientras se encontraron en el cuartel general del sargento, pero era un detalle que no podía recordar con precisión. Probablemente, lo había llenado una y otra vez. De ser así, seguramente había dado buena cuenta de la mayor parte de una botella de aguardiente de ciruelas, tal como hacía con sus coñacs después de la cena. Él había estado demasiado preocupado para prestarle atención.

Ahora, ella sollozaba casi en silencio. El viejo se había limitado a echar un vistazo hacia atrás y después ya no había mostrado el menor interés. Probablemente, estaba acostumbrado a las escenas de las mujeres. Sin embargo, George no lo estaba. Compadecía a la joven, pero también recordaba su actitud de agrado al oír las anécdotas del coronel Chrysantos, el hombre que sabía «cómo tratar a los alemanes».

Al cabo de un rato, ella se quedó dormida, apoyando la cabeza en sus brazos contra el respaldo del asiento. Cuando despertó, empezaba a amanecer. Durante un rato contempló la carretera, sin advertir que el viento le alborotaba los cabellos, y después sacó un cigarrillo y trató de que funcionara su encendedor. La brisa que soplaba era demasiado intensa para permitirlo y George, que ya estaba fumando, le entregó su cigarrillo para que encendiera el suyo con él. Ella le dio las gracias con toda normalidad y no hizo ninguna referencia a su arrebato. Sin duda lo habría olvidado. George había decidido ya que, con la señorita Kolin, cualquier cosa era posible.

Terminó su informe para el señor Sistro, lo metió en un sobre y cerró este. Pensó que la estafeta de correos estaría ya abierta, por lo que cogió el informe y el telegrama y bajó por la escalera.

Había dejado a la señorita Kolin delante de su habitación, una hora antes, y ahora, sorprendido, la vio sentada en el café, con los restos del desayuno en la mesa que tenía delante. Se había cambiado de ropa y daba la impresión de haber pasado una noche entregada a un sueño reparador.

—Creí que iba a acostarse —dijo él.

—Usted dijo que se disponía a enviar un cable a su oficina. Estaba esperando para llevarlo a la estafeta de correos. Aquí causan mucha impresión los telegramas, ya que ven muy pocos. No creí que le gustara tratar personalmente este asunto a solas.

—Es muy amable por su parte, señorita Kolin. Aquí lo tiene. También he escrito mi informe. Envíelo por correo aéreo, por favor.

—Desde luego.

La señorita Kolin dejó unas monedas en la mesa para pagar el desayuno y se disponía a atravesar el vestíbulo para salir a la calle, cuando el empleado de la recepción la siguió y dijo algo en francés. George pudo oír la palabra «telephone».

Ella asintió con la cabeza y echó una mirada a George, con una expresión un tanto confusa, le pareció a él.

—Es mi conferencia con París —explicó—. Había telegrafiado a mis amigos que me disponía a regresar a casa. Quería decirle que me retrasaría. ¿Cuánto tiempo cree que necesitaremos?

—Yo diría que dos o tres días. —George se volvió para marcharse, pero añadió —: No está mal eso de conseguir una conferencia con París desde aquí, en solo una hora.

—Sí.

La vio entrar en la cabina telefónica y empezar a hablar mientras él subía, para dirigirse a su habitación y poder dormir por fin.

A las ocho de la noche, volvieron a encontrarse con el viejo y el Renault, y comenzaron su segundo viaje hacia la madriguera del sargento.

George había dormido profundamente durante la mayor parte del día y tal vez por ello se sentía todavía más cansado. Con la leve esperanza de que hubiera un cable de respuesta enviado por el señor Sstrom, se había levantado a media tarde y bajado para comprobarlo. No se había recibido nada. Se sintió decepcionado, pero no sorprendido. El señor Sstrom necesitaría un tiempo de reflexión y además efectuar ciertas consultas antes de poder enviar una respuesta útil. La señorita Kolin había salido y, al sentarse junto a ella en el coche, observó que el bolso de cuero que llevaba colgado de su hombro parecía más voluminoso que de costumbre. Decidió que habría comprado una botella de coñac con la que fortificarse durante el viaje y esperó, algo inquieto, que no se dedicara a ella con excesivo entusiasmo.

Arthur les estaba esperando en el mismo lugar y tomó las mismas precauciones, encerrándolos en la parte posterior del camión. La noche era todavía más calurosa que la anterior y George protestó.

—¿Sigue siendo necesario todo esto?

—Lo siento, amigo. Debe hacerse.

—Es una medida de prudencia —observó inesperadamente la señorita Kolin.

—Sí, esto es, señorita —Arthur parecía tan sorprendido como George—. ¿Ha traído los papeles del sargento, señor Carey?

—Los he traído.

—Muy bien. Le tenía preocupado la posibilidad de que los olvidara. Está impaciente por conocer toda su historia.

—He traído también una copia de una antigua fotografía suya.

—Conseguirá usted una medalla.

—¿Qué se ha decidido?

—No lo sé. Ayer por la noche estuvimos charlando después de marcharse ustedes, pero..., ya hablará usted con él. ¡Ya hemos llegado! Ahora conviene agarrarse bien. Yo lo tomaré con calma.

Ascendieron por la sinuosa y pedregosa carretera hasta llegar a la casa en ruinas y, ante ella, procedieron a las mismas maniobras rutinarias de la noche anterior. Esta vez, sin embargo, mientras esperaban entre los pinos y Arthur advertía al centinela sobre su llegada, George y la señorita Kolin no tuvieron nada que decirse entre ellos. Arthur regresó y los acompañó hasta la casa.

El sargento les saludó en la entrada, estrechó la mano de George y dedicó un taconazo a la señorita Kolin. Sonreía, pero parecía experimentar una cierta inquietud, como si dudara de sus buenas intenciones. George se sintió aliviado al notar que la señorita Kolin mostraba su aspecto impasible de siempre.

El sargento les condujo hasta el comedor, sirvió unas copas y echó un vistazo a la cartera de George.

—¿Ha traído los papeles?

—Desde luego.

George abrió la cartera.

—¡Ah!

—Y también una foto del dragón —añadió George.

—¿De veras?

—Todo está aquí. —George sacó de la cartera una carpeta que había traído de Filadelfia. En su interior había fotocopias o fotografías de todos los documentos importantes pertenecientes al caso—. El cabo no tuvo tiempo para leer lo más interesante cuando registró mi habitación —agregó con una sonrisa burlona.

—*Touché* —dijo Arthur, sin inmutarse.

El sargento se sentó ante la mesa, con el vaso en la mano y los ojos brillantes, como si estuvieran a punto de servirle un banquete ambrosíaco. George empezó a depositar los documentos, uno por uno, delante de él, explicándole mientras lo hacía el origen y la importancia de cada uno. El sargento asentía mientras escuchaba cada explicación, o se volvía hacia la señorita Kolin para que le interpretase alguna palabra, pero George no tardó en ver que solo estaba interesado en ciertos documentos, aquellos que se referían directamente al primer Franz Schirmer. Incluso una fotografía de Martin Schneider, el potentado de las bebidas refrescantes que amasó la fortuna que el sargento podía heredar ahora, no le arrancó más que una exclamación cortés. En cambio, las fotocopias del Relato de Hans Schneider, las anotaciones en el registro de la iglesia que se referían al matrimonio de Franz, y los datos sobre el bautizo de Karl los estudió minuciosamente, leyendo en voz alta, en alemán, para sí. La copia de la fotografía del viejo Franz la trató como si fuera una reliquia sagrada. Durante largo rato la contempló sin decir palabra, y después se

dirigió a Arthur.

—¿Ha visto, cabo? ¿Verdad que soy igual que él?

—Quítele la barba y es su vivo retrato —admitió Arthur.

Y, desde luego, para el que estuviera enterado del parentesco, no dejaba de haber una gran semejanza entre los dos Schirmer. En las dos caras había la misma expresión enérgica, la misma determinación en las bocas, la misma postura erguida, y, en cuanto a las manos, George pensó que las que agarraban los brazos del sillón en el daguerrotipo y las que sostenían la copia de la fotografía parecían pertenecer al mismo hombre.

Hubo un golpe en la puerta y el centinela asomó su cabeza. Dirigió un gesto a Arthur y este lanzó un suspiro de impaciencia.

—Será mejor que vaya a ver qué quiere —dijo, y salió cerrando la puerta tras él.

El sargento no prestó la menor atención. Ahora sonreía ante el relato de Hans Schneider sobre Eylau y la fotocopia de una página del diario de guerra de los dragones, la que registraba la desertión de Franz Schirmer y que George había colocado ante él. Aquella antigua desertión parecía causarle un especial placer. De vez en cuando, contemplaba de nuevo la fotografía del anciano. George supuso que el hecho de no haber regresado el sargento a Alemania cuando se presentó alguna oportunidad (hubiera podido aprovechar una de las amnistías que se concedieron) había sido una especie de desertión. Posiblemente, lo que ahora le estaba regocijando era la tranquilizadora confirmación, procedente del pasado, de que, contrariamente a las creencias de su infancia, los pecadores no siempre iban al infierno, y los bandidos y los desertores, no menos que los príncipes encantados, podían vivir felizmente después de cometer sus fechorías.

—¿Ha decidido ya lo que piensa hacer? —preguntó George.

El sargento levantó la vista y asintió con la cabeza.

—Sí. Creo que sí, señor Carey. Pero antes me gustaría hacerle unas cuantas preguntas.

—Yo haré todo lo que pueda para... —empezó a decir.

Pero nunca sabría cuáles eran las preguntas del sargento. En aquel momento la puerta se abrió de golpe y Arthur entró en la habitación. Cerró de un portazo, avanzó hasta la mesa y dirigió una mirada aviesa a George y a la señorita Kolin. Tenía las facciones contraídas y la cara grisácea de rabia.

De pronto, arrojó dos pequeños tubos de vivo color amarillo sobre la mesa, delante de ellos.

—Está bien —dijo—. ¿Cuál de los dos lo ha hecho? ¿O han sido los dos?

Los tubos medían unos tres centímetros de longitud, con un grosor de medio centímetro. Parecían cortados en bambú y después coloreados. Las tres personas sentadas alrededor de la mesa los contemplaron y después volvieron a mirar a Arthur.

—¿Qué es esto? —exclamó el sargento.

Arthur lanzó una airada parrafada en griego. George miró a la señorita Kolin. Su

cara seguía impasible, pero había palidecido intensamente. Después Arthur dejó de hablar y reinó el silencio.

El sargento cogió uno de los tubos y después miró a George y a la señorita Kolin. Los músculos de su rostro se contrajeron. Con la cabeza, hizo un gesto a Arthur.

—Explíquelo al señor Carey.

—¡Como si él no lo supiera! —los labios de Arthur se estrecharon—. Está bien. Alguien dejó una pista de esas cosas desde la vieja alcantarilla hasta aquí. Una cada cincuenta metros, más o menos, para que alguien pudiera seguirnos. Uno de los muchachos, que subía con una linterna, los descubrió.

El sargento dijo algo en alemán y Arthur asintió.

—He hecho que los demás los recogieran todos antes de volver aquí —miró a George—. ¿Alguna idea sobre quién puede haberlos dejado caer, señor Carey? Encontré uno de estos dos metido entre el toldo y el chasis del coche, de modo que será mejor que no se haga el tonto.

—Tonto o no —contestó George con firmeza—, no sé nada de todo esto. ¿Qué son?

El sargento se levantó lentamente. George pudo ver que una vena latía en su cuello, mientras cogía la cartera de George y examinaba su interior. Después la cerró.

—Tal vez deba preguntárselo a la señorita —dijo.

La señorita Kolin seguía sentada, absolutamente rígida y con la mirada fija ante ella. De pronto, el sargento se agachó, cogió el bolso que ella había dejado en el suelo, junto a su silla.

—¿Me permite? —dijo y, metiendo la mano en él, sacó un ovillo de cordel.

Tiró lentamente del cordel. Apareció un tubo amarillo y después otro, y a continuación un puñado de aquellos tubos, rojos y azules además de amarillos. Eran sargas de cuentas de madera, de las utilizadas para fabricar cortinas. George comprendió entonces que no era una botella de coñac lo que se notaba tanto en el bolso. Empezó a sentirse enfermo.

—¡Muy bien! —el sargento dejó caer las cuentas de cortina sobre la mesa—. ¿Sabía algo de esto, señor Carey?

—No.

—Y creo que es verdad —intervino súbitamente Arthur—. Era esa fisgona la que quería la lona sobre el camión. No quería que él se enterase de lo que ella estaba haciendo.

—¡Por el amor de Dios, señorita Kolin! —exclamó George, enojado—. ¿Qué juego se está trayendo entre manos?

Ella se levantó resueltamente, como si se dispusiera a proponer un voto de censura en una reunión pública, y se volvió hacia George. Ni siquiera dirigió una mirada a Arthur o al sargento.

—Debo explicarle, señor Carey —dijo fríamente—, que en interés de la justicia y en vista de la negativa de usted a tomar medidas en el asunto, consideraré mi deber

telefonar al coronel Chrysantos en Salónica, e informarle, de parte de usted, de que los hombres que atracaron el Banco de Crédito Euroasiático estaban aquí. Siguiendo las instrucciones de él, he marcado el camino desde la alcantarilla, para que sus tropas pudieran...

El puño del sargento la golpeó de lleno en la boca y la señorita Kolin fue proyectada contra la esquina de la habitación, donde se apilaban las botellas vacías.

George se levantó de un salto, pero al hacerlo el cañón de la pistola de Arthur le hurgó dolorosamente en el costado.

—Quieto, amigo, o tendrá un accidente —dijo Arthur—. Ella se lo ha buscado y ahora va a recibir su merecido.

La señorita Kolin estaba arrodillada y de su labio partido brotaba sangre. Los tres hombres la miraron mientras se levantaba lentamente. De pronto, agarró una botella y la arrojó al sargento. Este no se movió. La botella falló por unos pocos centímetros y se estrelló contra la pared opuesta.

Entonces el sargento se adelantó y golpeó duramente la cara de ella con el dorso de la mano. Ella no había emitido el menor sonido y tampoco lo hizo ahora. Pasado un momento, empezó a levantarse otra vez.

—Yo no puedo tolerar esto —dijo George airadamente, y se dispuso a intervenir.

El cañón de la pistola volvió a hundirse en su flanco.

—Intente algo, amigo, y recibirá un balazo en los riñones. Esto no tiene nada que ver con usted, de modo que cierre la boca.

La señorita Kolin cogió otra botella. Ahora, manaba sangre de su nariz. Se enfrentó de nuevo al sargento.

—*Du Schuft!* —exclamó rabiosamente, y se abalanzó contra él.

El sargento desvió la botella y volvió a golpearla en la cara con el puño. Cuando ella cayó, esta vez no trató de levantarse, sino que permaneció en el suelo, jadeando.

El sargento se dirigió hacia la puerta y la abrió. El centinela que había avisado a Arthur esperaba ante ella. El sargento le ordenó que entrase, señaló a la señorita Kolin y dio una orden en griego. El centinela sonrió y se echó el fusil al hombro. Después avanzó hasta la señorita Kolin y la obligó a levantarse. Ella se tambaleó mientras con una mano trataba de contener la sangre que corría por su cara. El hombre la agarró fuertemente por un brazo y le dijo algo. Sin una palabra, y sin mirar a ninguno de ellos, echó a andar hacia la puerta.

—Señorita Kolin... —George quiso adelantarse.

Ella no pareció advertirlo. El centinela empujó a George a un lado y siguió a la joven hasta que los dos abandonaron la habitación. La puerta se cerró.

Mareado y tembloroso, George se volvió hacia el sargento.

—Tranquilo, amigo —recomendó, Arthur—. Nada de hacer el héroe. Aquí no serviría de nada.

—¿Adónde la llevan? —inquirió George.

El sargento se estaba lamiendo la sangre de uno de sus nudillos. Miró a George, y

después, sentándose ante la mesa, sacó el pasaporte del bolso de la señorita Kolin.

—Maria Kolin —leyó—. Francesa.

—He preguntado adónde la llevan.

Arthur se encontraba detrás de él.

—Yo no me haría el duro, señor Carey —aconsejó—. No olvide que usted la trajo aquí.

El sargento estaba examinando el pasaporte.

—Nacida en Belgrado —dijo—. Eslava. —Cerró el pasaporte de golpe—. Y ahora, nosotros charlaremos un rato.

George esperó. Los ojos del sargento se clavaron en los suyos.

—¿Cómo lo descubrió, señor Carey?

George titubeó.

—Suéltelo ya, amigo.

—El camión con el que nos trajo el cabo..., tenía unas ranuras para colocar matrículas falsas, y las matrículas se encontraban en el interior del vehículo. Eran los mismos números que se mencionaron en los periódicos de Salónica.

Arthur lanzó un juramento.

El sargento hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

—¡Está bien! ¿Lo sabían ya la noche pasada?

—Sí.

—Pero *usted* no ha acudido hoy a la policía, ¿verdad?

—Lo que he hecho ha sido telegrafiar en código a mi oficina para averiguar lo que dice el tratado de extradición entre Estados Unidos y Grecia, acerca de los robos a mano armada en los bancos.

—¿Cómo dice?

Arthur lo explicó en griego y el sargento asintió.

—Bien hecho por su parte. ¿Sabía ella que usted lo había hecho?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué se lo ha dicho ella a Chrysantos?

—No le gustan los alemanes.

—¿De veras?

George contempló las manos del sargento.

—Puedo comprender sus sentimientos.

—Cuidado con las palabras, amigo —dijo Arthur.

El sargento sonrió enigmáticamente.

—¿Usted comprende sus sentimientos? No lo creo.

El centinela entró, entregó al sargento una llave con unas breves palabras de explicación y volvió a salir.

El sargento se metió la llave en el bolsillo y se sirvió un vaso de aguardiente de ciruelas.

—Y ahora —dijo—, hemos de pensar qué se debe hacer. Su amiguita está bien

segura en una habitación, arriba. Creo que debemos pedirle también que se quede, señor Carey. No se trata de que no confiemos en usted, pero en estos momentos, puesto que usted no comprende, piensa que le gustaría destruir al cabo y a mí. Dentro de un par de días, cuando el cabo y yo hayamos terminado de arreglar nuestros negocios, podrá usted marcharse.

—¿Intenta retenerme aquí por la fuerza?

—Tan solo si no es usted prudente y se niega a quedarse.

—¿No estará olvidando por qué vine yo aquí?

—No. Le comunicaré mi decisión dentro de dos días, señor Carey. Hasta entonces, se quedará.

—¿Y si yo le digo que, a menos que la señorita Kolin y yo seamos puestos inmediatamente en libertad, tendrá usted tantas posibilidades de heredar como ese centinela que hay ahí afuera?

—Sus colegas de la oficina de Estados Unidos tendrán un gran disgusto. Es lo que me dijo Arthur.

George notó que se le enrojecía el semblante.

—¿Y no se le ocurre pensar que, con pista o sin ella, el coronel Chrysantos no necesitará ahora mucho tiempo para descubrir este lugar? Dentro de un par de horas, puede encontrarse rodeado por tropas griegas.

Arthur se echó a reír y el sargento sonrió torcidamente.

—Si ocurre esto, señor Carey. Chrysantos se verá en apuros con su Gobierno. Pero no debe usted preocuparse. Si este malvado coronel viene, nosotros le protegeremos. ¿Un vaso de vino? ¿No? ¿Coñac? ¿No? Entonces, puesto que está usted cansado, el cabo le enseñará dónde puede dormir. Buenas noches.

Le dirigió una inclinación de cabeza y empezó a examinar otra vez las fotocopias, colocando las que más le interesaban en un montón aparte.

—Por aquí, amigo.

—Un momento. ¿Y que le ocurrirá a la señorita Kolin, sargento?

El sargento ni siquiera alzó la vista.

—No debe usted preocuparse por ella, señor Carey. Buenas noches.

Arthur echó a andar y George le siguió, con el centinela cubriendo la retaguardia. Subieron al piso y entraron en una maltrecha habitación donde había un colchón de paja en el suelo. También había un cubo y el centinela trajo una lámpara de petróleo.

—Solo es para un par de noches, señor Carey —explicó Arthur, como el recepcionista del hotel que se excusa ante un buen cliente que ha llegado inesperadamente—. La colchoneta está muy limpia. El sargento es muy exigente en cuestiones de higiene.

—¿Dónde está la señorita Kolin?

—En la habitación contigua —dijo, con un gesto de su pulgar. Pero no debe preocuparse por ella. Su habitación es mejor que esta.

—¿Qué quería decir el sargento con aquello de que Chrysantos se vería en apuros

con el Gobierno?

—¿Si tratara de cercarnos? Pues bien, la frontera griega se encuentra a un kilómetro de distancia. Estamos en territorio yugoslavo. Pensaba que lo habría usted supuesto.

George digirió esta noticia desconcertante mientras Arthur ajustaba la mecha de la lámpara.

—¿Y las patrullas fronterizas?

Arthur colgó la lámpara de un gancho clavado en la pared.

—Usted quiere saber demasiado, amigo —se dirigió hacia la puerta—. En esta puerta no hay cerradura, pero, en caso de que sufra un ataque de sonambulismo, aquí, en ese rellano, hay un centinela muy despierto y aficionado a darle al gatillo. ¿Capta la idea?

—La capto.

—Le llamaré cuando sea la hora del desayuno. Que sueñe cosas bonitas.

Había pasado más o menos una hora cuando George oyó que subía el sargento y decía algo al centinela.

El centinela replicó brevemente. Unos momentos después, George oyó el ruido de una llave que se insertaba en la cerradura de la habitación vecina, aquella habitación, que, según había dicho Arthur, era la de la señorita Kolin.

Con la idea de protegerla, George abandonó rápidamente la colchoneta en la que había estado echado y se dirigió hacia la puerta. No la abrió inmediatamente. Oyó la voz de la señorita Kolin y también la del sargento. Hubo una pausa y después el ruido de la puerta al cerrarse. La llave giró una vez más en la cerradura.

Durante un rato, creyó que el sargento se había marchado y volvió a la esquina donde estaba su colchoneta, pero después oyó de nuevo la voz del sargento, y la de ella. Hablaban en alemán. Se aproximó a la pared y escuchó. Curiosamente, el tono de sus voces era el propio de una conversación normal. Notó una extraña inquietud y su corazón empezó a latir con excesiva rapidez.

Las voces habían cesado, pero no tardaron en oírse de nuevo, aunque más bajas, como si los que hablaban no desearan que les oyera nadie. Después hubo silencio durante largo tiempo. Volvió a echarse en la colchoneta. Pasaron unos minutos y después, en medio del silencio, oyó que la señorita Kolin lanzaba un fiero y estremecedor grito de pasión.

George no se movió. Pasado un tiempo, volvieron a oírse voces que hablaban quedamente. Después nada. Por primera vez sintió el canto de las cigarras en la noche, afuera. Por fin empezaba a comprender a la señorita Kolin.

GEORGE PERMANECIÓ dos días y tres noches en el cuartel general del sargento.

El primer día, el sargento abandonó la casa poco después de amanecer y regresó cuando oscurecía. George pasó un día en la habitación de la planta baja y allí tomó sus comidas con Arthur. No vio al sargento ni a la señorita Kolin. Después de aquella primera noche, ella fue trasladada a otra habitación, en un anexo de la casa, y uno de los centinelas se ocupó de llevarle la comida. Cuando George preguntó si podía verla, Arthur negó con la cabeza.

—Lo siento, amigo. No es posible.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Le permito hacer tres suposiciones.

—Quiero verla.

Arthur se encogió de hombros.

—A mí no me importa que la vea o no, pero lo que ocurre es que *ella* no quiere verle a *usted*.

—¿Y por qué no?

—El sargento es el único al que ella quiere ver.

—¿Está bien ella?

—Más contenta que unas pascuas —aseguró sonriendo—. Un labio partido, desde luego, y un par de moretones, pero por lo demás radiante como una recién casada. No la reconocería.

—¿Cree que esto va a durar mucho más?

—A mí que me registren. Yo diría que solo acaba de empezar.

—Después de lo que me ocurrió, la cosa no tiene ningún sentido.

Arthur le miró con una expresión divertida.

—Tengo la impresión de que usted estuvo muy bien criado. Ya le dije que ella había estado buscándoselo, ¿no es verdad? Pues bien, al final lo encontró, y además de veras. Nunca había visto al sargento tan encaprichado con una chica.

—¿Encaprichado?

A George le estaba invadiendo la ira.

—Casi apostaría que ella era virgen —murmuró Arthur—, o al menos que podía hacerse pasar por tal.

—¡Oh, haga el favor de callarse!

—¿Qué ocurre, amigo? ¿Celoso?

—No creo que valga la pena discutir este punto. ¿Se ha dejado ver el coronel Chrysantos?

—¿Se refiere al *sheriff* y sus valientes? Desde luego. Están todos sentados sobre sus traseros, al otro lado de la frontera. Esperando que ocurra algo.

—O tal vez esperando que aparezcamos la señorita Kolin y yo. Supongamos que la Legación norteamericana se meta en esto y envíe una nota de protesta a Belgrado. En este caso, la situación será bastante difícil para ustedes, ¿no cree?

—Habrá regresado usted a su país antes de que ellos acaben de ponerse de acuerdo y decidan hacer algo. Y cuando usted haya regresado, pensará de nuevo en todo el jaleo que van a armar los de su oficina con respecto al sargento, y acabará diciendo que todo fue un error.

—¿Lo han pensado todo, verdad? Pues no veo por qué han de estar tan trastornados por esto.

—¿No? Entre otras cosas, han detenido a aquel pobre viejo medio chiflado que les llevó hasta aquí. No creo que esto sea muy divertido, ¿verdad?

—¿Cómo lo saben?

—Nos lo han comunicado desde Florina esta mañana.

—¿Cómo?

—No haga preguntas y no se le contarán mentiras. Sin embargo, se lo diré. Los *comitadjis* han utilizado estos montes durante cincuenta años o más. Poca cosa puede pasar inadvertida en estos lugares si se conocen las vías de comunicación. No olvide que hay macedonios en ambos lados de la frontera. Cuando se trata de un trabajo a pequeña escala como este, los muchachos de Chrysantos no tienen la menor probabilidad de salir airosos.

—¿Qué le ocurrirá al chófer?

—Eso depende. Es un veterano *comitadji*, y por tanto no dirá quién le dio las órdenes, por más cosas que puedan hacerle. Sin embargo, la situación es desagradable. Él no es el único en Florina, pues está también la vieja tía Vassiotis, por ejemplo. Es posible que se dediquen a ella. Le aseguro que si el sargento no hubiera alterado un poco la situación, me sentiría inclinado a subir y dar a su señorita intérprete otra paliza con mis propias manos.

—¿Y si yo le dijera a Chrysantos que alquilé el coche y dije al viejo adónde habíamos de ir?

—Tal vez le creería. Pero ¿cómo sabía *usted* a dónde había de ir?

—Diría que usted me lo explicó.

Arthur se echó a reír.

—¿Un abogado listo, verdad?

—¿Le importaría que lo hiciera?

—En lo más mínimo.

—De acuerdo, pues.

Arthur estaba limpiando una pistola. George le miró unos momentos en silencio y, finalmente, dijo:

—Suponiendo que no hubiera surgido el asunto del sargento y su viaje a América, ¿habrían continuado ustedes con el mismo tipo de negocio?

Arthur alzó la vista y denegó con la cabeza.

—No. Creo que ya hemos terminado con él.

—¿Después de haber dado el gran golpe?

—Quizá. Sea como sea, ya era hora de trasladarse a otra parte.

Siguió limpiando la pistola y al cabo de unos momentos George le preguntó:

—¿Han reunido una buena cantidad de dinero?

Arthur le miró, sobresaltado.

—Nunca he conocido a nadie con unos modales tan descorteses —dijo.

—Vamos, Arthur, no hagamos comedia.

Pero Arthur estaba genuinamente escandalizado.

—¿Qué le parecería a usted si yo le preguntara cuánto dinero tiene en el banco? —exclamó indignado.

—Está bien. Entonces, dígame otra cosa. ¿Cómo empezó todo? El sargento se mostró muy discreto a este respecto. ¿Qué le ocurrió finalmente a aquella brigada de Markos que ustedes dos mandaban?

Arthur meneó la cabeza.

—¡Siempre haciendo preguntas! Supongo que es lo propio de un abogado...

—Tengo una mentalidad inquisitiva.

—Pues mi madre a eso lo hubiera llamado simplemente ser un fisgón.

—Olvidemos esto, de momento. Soy el consejero legal del sargento. Entre un hombre y su asesor legal no debe haber secretos.

Arthur pronunció una palabra obscena de cuatro letras y reanudó la limpieza del arma.

Sin embargo, la noche siguiente, los dos volvieron a tocar el mismo tema. George seguía sin haber visto al sargento ni a la señorita Kolin, y en su mente se había forjado una sospecha. Empezó de nuevo su interrogatorio.

—¿A qué hora ha de regresar hoy el sargento?

—No lo sé, amigo. Cuando le veamos, lo sabremos. —Arthur estaba leyendo un periódico de Belgrado que había llegado misteriosamente allí durante el día, pero no tardó en arrojarlo sobre la mesa, disgustado—. Este periódico cuenta una sarta de tonterías —dijo—. ¿Ha leído alguna vez *The News of the World*? Me refiero al diario de Londres.

—No, no lo he visto nunca. ¿El sargento se encuentra hoy en Grecia o en Albania?

—¿En Albania? —Arthur se echó a reír pero, cuando George abrió la boca para formular otra pregunta, dijo—: Usted me preguntaba ayer qué nos sucedió cuando dejamos de luchar. Nos encontrábamos entonces cerca de la frontera albanesa.

—¿Sí?

Arthur asintió con la cabeza, como quien se entrega a una reminiscencia.

—Debería echar un vistazo al monte Grammos, si alguna vez tiene esta oportunidad —manifestó—. Hay allí unos paisajes espléndidos.

El macizo de Grammos había sido uno de los primeros baluartes de las fuerzas de Markos, y más tarde fue uno de los últimos.

Durante semanas, la posición de la brigada en aquel sector se había deteriorado continuamente. El riachuelo de desertores llegó a convertirse en torrente, y finalmente, en octubre, llegó el día en que fue necesario tomar decisiones importantes.

El sargento llevaba más de catorce horas de pie y la cadera le dolía intensamente, cuando por fin dio la orden de vivaquear para pasar la noche. Más tarde, el oficial que mandaba una de las avanzadillas capturó a dos desertores de otro batallón y los envió al cuartel general de la brigada.

El sargento contempló a los dos hombres, pensativo, y después ordenó que fuesen ejecutados. Cuando se los llevaron, se sirvió un vaso de vino y, con un gesto, indicó a Arthur que hiciera lo mismo.

Bebieron los dos en silencio, y después el sargento volvió a llenar los vasos.

—¿Se le ha ocurrido pensar, cabo —preguntó—, que esos dos hombres pueden haber dado al comandante y al segundo comandante de su brigada un buen ejemplo?

Arthur asintió.

—Lo he estado pensando durante días, sargento. No nos queda ni la menor esperanza.

—No. Lo mejor que nos cabe esperar es que acaben con nosotros matándonos de hambre.

—Ya han empezado a hacerlo.

—No tengo ningún deseo de convertirme en un mártir de la revolución.

—Ni yo tampoco. Hemos cumplido con nuestra tarea, sargento, tan bien como hemos sabido e incluso mejor. Y hemos mantenido la fe. Es más de lo que puedan decir esos hijos de mala madre que mandan en las altas esferas.

—«No confíes en los príncipes». Ya ve que he recordado esta frase. Creo que ha llegado el momento de buscar nuestra independencia.

—¿Cuándo nos largamos?

—Mañana por la noche, lo más tarde.

—Cuando descubran que los dos nos hemos largado, no quedará ni uno de ellos en este lugar. Me pregunto cuántos podrán atravesar las líneas enemigas.

—Los que siempre han conseguido hacerlo, los del tipo *comitadji*. Estos se esconderán en sus montañas como ya lo han hecho otras muchas veces. Estarán allí cuando los necesitemos.

Arthur le miró sobresaltado.

—¿Cuándo los necesitemos? Me había parecido oírle decir algo sobre la independencia.

El sargento llenó de nuevo su vaso antes de contestar.

—He estado pensando, cabo —dijo por fin—, y tengo un plan. Los políticos se han servido de nosotros. Ahora, nosotros nos serviremos de ellos.

Se levantó y, cojeando, se acercó a su macuto en busca de la caja metálica en la que guardaba los puros.

Arthur lo miró con un sentimiento que, según a él le constaba, era algo semejante al amor. Sentía un profundo respeto por la capacidad planificadora de su amigo. A veces surgían cosas sorprendentes de aquella cabeza maciza y dura.

—¿Y cómo servirnos de ellos? —preguntó.

—Tuve esta idea hace varias semanas —explicó el sargento—. Estaba pensando en aquella historia del Partido que en cierta ocasión se nos obligó leer. ¿Lo recuerda?

—Claro. Leí la mía sin cortar siquiera las páginas.

El sargento sonrió.

—Entonces se perdió varias cosas importantes, cabo. Le daré mi ejemplar para que lo lea. —Encendió su cigarro y aspiró voluptuosamente el humo—. Creo que es muy posible que de ser meros soldados pasemos muy pronto a convertirnos en soldados de fortuna.

—La cosa fue muy fácil —dijo Arthur—. El sargento tenía una lista de todos los miembros secretos y simpatizantes del Partido en la zona de Salónica, y elegimos aquellos que trabajaban en bancos y en las oficinas de empresas con grandes nóminas. Después entramos en contacto con ellos y les ofrecimos su gran oportunidad para servir al Partido en un momento de necesidad, tal como explicaba el libro que habían hecho los antiguos bolcheviques. Siempre podíamos decir que los denunciaríamos si se mostraban suspicaces, pero no tuvimos ningún problema de este tipo. Le aseguro que, en cada uno de los trabajos que hemos realizado, hemos tenido un hombre o una mujer en el interior del objetivo, ayudándonos por el honor y la gloria del Partido. —Se echó a reír con una mueca de desprecio—. ¡Moscas de la mermelada, uníos! Estaban impacientes por desembarazarse de la gente para la que trabajaban. Algunos de ellos eran capaces de torturar a sus propias madres si el Partido se lo ordenaba, y además alegrarse de hacerlo. «Sí, camarada. Desde luego camarada. Me alegra poder prestar un servicio, camarada». A veces me entraban ganas de vomitar al oírlos —añadió con una expresión de justo enfado.

—Sin embargo, ustedes sacaron una buena tajada de todo esto ¿no es verdad?

—Tal vez sí, pero a pesar de todo no me gustan las personas que muerden la mano del que les alimenta.

—Seguramente, algunas de estas personas debieron de necesitar un respetable valor para actuar de acuerdo con sus convicciones, hasta el punto de ayudarles a ustedes.

—No estoy muy seguro —contestó Arthur con un semblante hosco—. Si me lo pregunta, le diré que esas convicciones políticas que recomiendan hacerle a otro una fea jugarreta a su espalda, tienen un fondo que resulta bastante falso.

—Es usted todo un moralista, Arthur. ¿Y qué me dice de la jugarreta que practicaban *ustedes*?

—Yo no pretendo ser mejor de lo que soy. Lo que no soporto es a esa caterva de falsarios. Debería hablar usted con algunos de ellos. Son listos. Conocen todas las respuestas. Demuestran lo que haga falta. Son de esos tipos a los que uno no quiere en su compañía cuando sale de patrulla, porque, si las cosas se ponen feas, son también los primeros que empiezan a mirar a su alrededor hasta encontrar un motivo para soltar las armas y largarse a sus casas.

—¿Tiene el sargento la misma opinión sobre estas cuestiones?

—¿Él? —Arthur se echó a reír—. No. A él no le importa. Verá, yo creo que hay toda clase de personas, y él no. Él cree que solo las hay de dos clases: aquellas a las que uno quiere tener al lado cuando las cosas se ponen feas, y aquellas cuya compañía no se desea a ningún precio —sonrió adustamente y añadió—: Y créame que sabe elegir al momento.

George encendió su último cigarrillo y, durante unos momentos, estudió pensativo a Arthur. De pronto, la sospecha se convirtió en certeza. Arrugó el paquete vacío y lo arrojó sobre la mesa.

—¿Dónde están, Arthur? —preguntó.

—¿A quién se refiere? —la cara de Arthur era la imagen de la inocencia.

—¡Vamos, Arthur! Dejémonos de triquiñuelas. Sé que la noche pasada estaban aquí, porque oí llegar al sargento alrededor de la medianoche y empezar a hablar con usted. Sin embargo, esta mañana ni él ni la señorita Kolin se encontraban aquí. Al menos, yo no le he visto a él, y a ella no se le ha subido comida. Por consiguiente, ¿dónde están?

—No lo sé.

—Piénselo bien.

—No lo sé, señor Carey, se lo aseguro.

—¿Se ha marchado él definitivamente?

Arthur vaciló y después se encogió de hombros.

—Sí, así es.

George asintió con la cabeza. Lo había sospechado, pero ahora, al saberlo con certeza, la noticia fue un golpe para él.

—Entonces, ¿por qué se me retiene aquí? —quiso saber.

—Necesita tiempo para alejarse.

—¿Alejarse de mí?

—No, alejarse de este país —Arthur se adelantó con un gesto de decisión—. Supongamos, por ejemplo, que usted regresara y Chrysantos le interrogase, y usted se dejara tirar de la lengua. No quiero decir que lo hiciera intencionadamente, pero Chrysantos es un cabrón muy astuto. Como puede ver, la situación podría ser peligrosa.

—Sí, lo comprendo. Ya tenía decidido lo que pensaba hacer, pero creo que hubiera podido decírmelo.

—Me pidió que lo hiciera yo, señor Carey. Había de esperar hasta después de la cena, para mayor seguridad, pero ya no importa que lo sepa ahora. Compréndalo, no había mucho tiempo. Durante días, hemos estado todos nosotros preparados para largarnos. Ayer, él tomó las últimas medidas y solo regresó para preguntarle a ella si quería marcharse también.

—¿Y ella aceptó?

—Al momento. Se le agarró como una lapa. ¡Es todo un caso!

—¿Y no teme él que ella vuelva a traicionarlo?

Arthur se echó a reír.

—No sea ingenuo, hombre. Durante toda su vida ha estado esperando encontrar un hombre como ese.

—Sigo sin entenderlo.

—Creo que usted es como yo —afirmó Arthur a guisa de consuelo—. Estas cosas prefiero tomármelas con cierta calma. Pero con respecto al dinero...

—Sí... ¿con respecto al dinero?

—Estuvimos hablando él y yo, señor Carey, y llegamos a una conclusión. Él no hubiera podido reclamarlo. Usted lo comprende, ¿verdad? Habló usted de extradición y todas esas cosas, pero esto no es lo más importante. Con extradición o sin ella, todo hubiera salido a la luz y esto no era aconsejable. Él se dispone a comenzar una nueva vida bajo un nuevo nombre, dejando atrás todo lo demás. No dispone de medio millón de dólares ni de nada que se parezca a esta cantidad, pero tiene lo bastante para ir tirando. Si reclamara ese dinero, sería un hombre marcado. Usted lo sabe tan bien como yo.

—Hubiera podido decirme todo esto la primera vez.

—Solo quería los papeles de su familia, señor Carey, y usted no puede culparle por ello.

—Y a mí me hizo bailar a su antojo para que no le causara ningún problema. Lo comprendo —George suspiró—. Está bien. ¿Cuál va a ser su nuevo nombre? ¿Schneider?

—Vamos, no le guarde rencor, amigo. Él le apreciaba y se siente muy agradecido. Pasados unos momentos, George le miró fijamente.

—¿Y qué va a hacer usted?

—¿Yo? Bueno, yo también me mantendré a flote. Para mí, la cosa es más fácil por ser británico. Hay muchos lugares a donde puedo ir. Si se me antoja, incluso puedo reunirme con el sargento.

—Entonces, ¿sabe adónde va él?

—Sí, pero lo que no sé es cómo irá. Tal vez se encuentre ya, en este mismo momento, a bordo de un buque en Salónica, pero no lo sé con certeza. Y lo que yo no sé, nadie puede obligarme a decirlo.

—Por lo tanto, solo se encuentra aquí para cuidar de mí, ¿no es así?

—Bien, además tengo que pagar a los muchachos y, como si dijéramos, recogerlo todo. Ya sabe que soy una especie de capitán ambulante.

Hubo un rato de silencio. Arthur miró a su alrededor, hasta que sus ojos se encontraron con los de George. Trató de sonreír, pero por una vez no lo consiguió.

—Voy a decirle una cosa, amigo —anunció—. Ahora que nos hemos quedado sin el sargento, creo que los dos necesitamos echar un trago especial. En cierta ocasión, nos apoderamos de unas botellas de vino alemán. Las hemos guardado para ocasiones especiales, como esta última noche. ¿Qué le parece si usted y yo nos bebiéramos una botella ahora mismo?

El sol brillaba cuando George despertó la mañana siguiente. Miró su reloj de pulsera y vio que eran las ocho. Las dos mañanas anteriores, Arthur le había despertado, con un estruendo típicamente militar, a las siete.

Escuchó. Reinaba el silencio en la casa, pero fuera de ella el canto de las cigarras era estridente. Se levantó y abrió la puerta de su habitación.

No había ningún centinela a la vista. Era evidente que los «muchachos» habían cobrado ya su soldada.

Bajó por la escalera.

En la habitación que les había servido de comedor, Arthur había dejado una nota y una carta para él.

George leyó primero la nota.

Bueno, amigo, espero que su resaca no sea muy fuerte. Hay aquí una carta que el sargento Schirmer dejó para usted antes de marcharse. Siento no poderle prestar hoy mi navaja de afeitar, ya que es la única que tengo. Cuando quiera regresar a nuestra querida y vieja Civilización, le bastará con atravesar el arbolado, más allá del lugar donde aparcamos el camión, y tomar el camino de la derecha. No puede equivocarse. Se encuentra a menos de un kilómetro y medio. En esta parte, nadie le molestará. No tardará en encontrar una patrulla más allá. Procure hacer cuanto pueda por aquel viejo chófer. Ha sido un placer conocerle. Con mis mejores deseos, Arthur.

La carta del sargento estaba escrita con la letra angulosa de la señorita Kolin.

Apreciado señor Carey:

He pedido a Maria que escriba esta carta en mi nombre, para que el significado de lo que quiero y debo decir sea claro y esté debidamente expresado en su idioma.

En primer lugar, permítame presentarle mis excusas por haberle abandonado de modo tan repentino y descortés, sin despedirme de usted. Sin duda, cuando lea estas líneas, el cabo le habrá explicado la situación y también las razones de mi decisión de no ir con usted a Estados Unidos. Creo que lo comprenderá. Naturalmente, no me ha sido grato tomarla, ya que siempre había deseado ver su país. Tal vez algún día me sea posible hacerlo.

Y ahora, permítame también expresarle mi gratitud, así como a las personas de su oficina que le enviaron aquí. Maria me ha hablado de su tenacidad y su determinación para encontrar a un hombre cuya muerte parecían confirmarle tantas informaciones. Siempre es bueno poder seguir más adelante cuando otros, con menos valentía, se disponen ya a regresar. Lamento que no reciba usted una recompensa más valiosa que mi gratitud. Sin embargo, se la expreso con toda sinceridad, amigo mío. Hubiera sido para mí una satisfacción recibir todo el dinero posible, pero no tan intensa como la que siento ahora al poseer los documentos que usted me entregó.

No puedo pensar en el dinero con una excesiva emoción. Se trata de una suma cuantiosa, pero no creo que tenga nada que ver conmigo. Fue amasada en América por un americano. Y creo que es justo que, si no hay otro heredero aparte de mí, el Estado norteamericano de Pennsylvania disponga de él. Mi verdadera herencia es la información que usted me ha dado sobre mi sangre y sobre mi persona. Muchas cosas han cambiado y Eylau queda distante en el tiempo, pero las cosas pasan de mano en mano a través de los años y el hombre siempre es el mismo. La inmortalidad del hombre radica en sus hijos. Espero tener muchos. Tal vez Maria me los dé. Ella dice que así lo desea.

El cabo me comunica que tendrá usted la amabilidad de hablar discretamente en favor del chófer que fue detenido. Maria pide que, si es posible, le entregue su máquina de escribir y las demás cosas que ella dejó en Florina, para que el hombre pueda venderlo todo y quedarse con el dinero. Su nombre es Douchko. Maria le presenta también sus excusas y le da las gracias. Por tanto, amigo mío, solo me queda expresarle nuevamente mi agradecimiento y desearle toda clase de felicidades en su vida. Espero que un día volvamos a encontrarnos.

Muy sinceramente,

FRANZ SCHIRMER

La firma era de su puño y letra, muy clara y pulcra.

George se metió las cartas en el bolsillo, recogió la cartera en su habitación y echó a andar entre los pinos. Era una mañana hermosa y fresca, y el aire olía bien. Empezó a pensar en lo que debería decirle al coronel Chrysantos. El coronel no estaría muy contento, ni tampoco lo estaría el señor Sistro. De hecho, la situación era de las más desafortunadas.

George se preguntó por qué, pues, se reía para sus adentros mientras seguía caminando hacia la frontera.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. *FULGOR DE MUERTE*, Elmore Leonard
2. *CALIFORNIA ROLL*, Roger L. Simon
3. *NO APTO PARA MUJERES*, P. D. James.
4. *HERENCIA MALDITA*, Eric Ambler
5. *ASESINATO EN EL SAVOY*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
6. *EL ANOCHECER*, David Goodis
7. *INOCENCIA SINGULAR*, Barbara Vine (Ruth Rendell)
8. *CONTRA EL MAÑANA*, William P. McGivern
9. *MUERTE EN EL DIQUE*, Janwillem Van de Wetering
10. *BLUES PARA CHARLIE DARWIN*, Nat Hentoff
11. *ASESINATO EN LA SINAGOGA*, Harry Kemelman
12. *LOS TERRORISTAS*, Maj Sjöwall y Per Wahlöö
13. *JUGAR DURO*, Elmore Leonard
14. *RATEROS*, David Goodis
15. *VÍCTIMA SIN ROSTRO*, Janwillem Van de Wetering
16. *LOS AMOS DE LA NOCHE*, Nicholas Freeling
17. *AGENTE ESPECIAL*, Nat Hentoff
18. *LA HUIDA*, Charles Williams
19. *CHANTAJE MORTAL*, Elmore Leonard
20. *SIDRA SANGRIENTA*, Peter Lovesey
21. *EL ZAPATO HOLANDÉS*, Ellery Queen
22. *CAÍDA DE UN CÓMICO*, Roger L. Simon
23. *CRÍMENES INFANTILES*, B. M. Gill
24. *ABRACADÁVER*, Peter Lovesey

25. *¿POR QUÉ SUENAN LAS CORNETAS?*, Nicholas Freeling
26. *EL CLUB DEL CRIMEN*, B. M. Gill
27. *DESCENSO A LOS INFIERNOS*, David Goodis
28. *BAILE DE MÁSCARAS*, Anthony Berkeley
29. *EL VIENTO DEL NORTE*, Nicholas Freeling
30. *EL FALSO INSPECTOR DEW*, Peter Lovesey
31. *DETECTIVE EN JERUSALÉN*, Harry Kemelman
32. *LA CHICA DE CASSIDY*, David Goodis
33. *CAÍDA MORTAL*, B. M. Gill
34. *SECRETOS PELIGROSOS*, William P. McGivern
35. *CAMINO DEL MATADERO*, Ruth Rendell
36. *CUIDADO CON ESA MUJER*, David Goodis
37. *UN CASO DIFÍCIL PARA EL INSPECTOR QUEEN*, Ellery Queen
38. *ME MUERO POR CONOCERTE*, B. M. Gill
39. *SU ALTEZA Y EL JOCKEY*, Peter Lovesey
40. *EL CASO DE LOS BOMBONES ENVENENADOS*, Anthony Berkeley
41. *ETERNA DESPEDIDA*, Ruth Rendell
42. *LA VIUDA*, Nicholas Freeling
43. *AMOR DE MADRE*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
44. *MISTERIO PARA TRES DETECTIVES*, Leo Bruce
45. *EL JURADO NÚMERO DOCE*, B. M. Gill
46. *TRAPOS SUCIOS*, Roger L. Simon
47. *LOS CONDENADOS*, Malcolm Bosse
48. *CAUSAS NO NATURALES*, Thomas Noguchi
49. *ESTACIÓN TÉRMINO*, Pierre Boileau y Thomas Narcejac
50. *ARRASTRADO POR EL VIENTO*, Janwillem Van de Wetering



ERIC AMBLER (Londres, Inglaterra, 28.6.1909 - Londres, Inglaterra, 22.10.1998). Tuvo una infancia feliz, según su propia autobiografía (*Here Lies: An Autobiography*, 1985) en donde narra con humor y modestia la primera parte de la vida del que llegará a ser maestro de la nueva novela de espionaje. En 1928 obtiene su título de ingeniero, pero prefiere dedicarse a la publicidad, profesión que ejercerá hasta finales de la Segunda Guerra Mundial y que alternará con la novela. Entre 1936 y 1940, escribe seis novelas de espionaje que se convertirán en clásicos.

Una vez enrolado, permanecerá en el ejército británico durante seis años, sirviendo en los batallones de propaganda cinematográfica, escribiendo guiones y realizando filmaciones en los lugares de batalla, en donde conoce a John Huston. Tras la guerra prueba sin éxito la aventura americana en Hollywood. Escribe algunos guiones, pero al cabo de poco tiempo regresa a la novela.

Decide volver a Europa en 1958. Siguió escribiendo numerosas novelas hasta 1981.

La contribución de Eric Ambler será fundamental para elevar el thriller a la categoría

de literatura noble. La novela negra será el género preferido por Ambler, ya que le permitía expresar sus opiniones políticas, aunque nunca caerá en las ilusiones de las utopías. Sus personajes son personas normales, en muchas ocasiones llegadas a espías sin pretenderlo, antihéroes vapuleados por fuerzas que les superan con mucho. A menudo Ambler utiliza su experiencia en los negocios y su formación como ingeniero para dar verosimilitud a sus relatos, sirviéndose de un muy británico sentido del humor y de un estilo de escritura inimitable.

[Wikipedia](#)

[The Guardian](#)